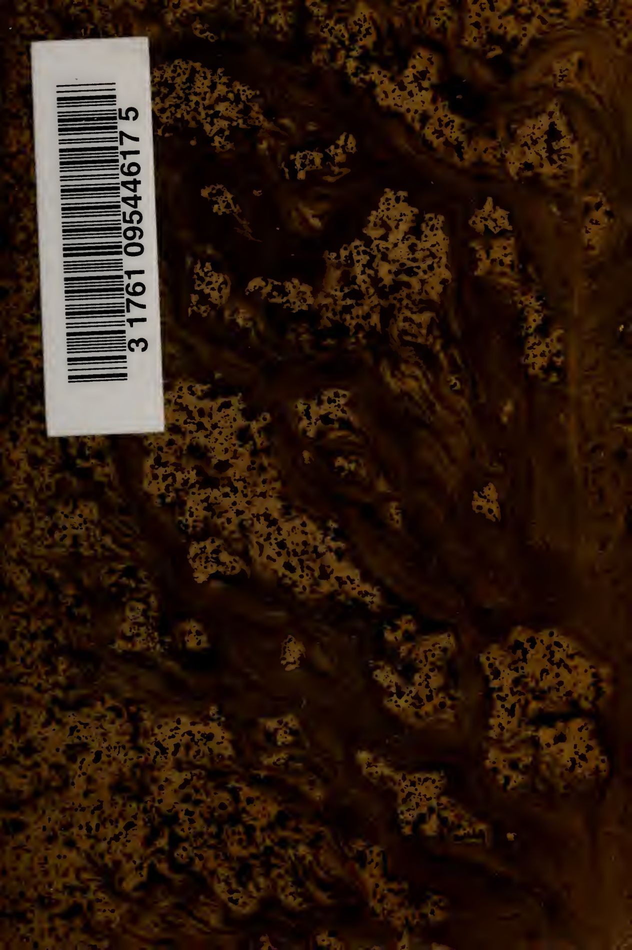
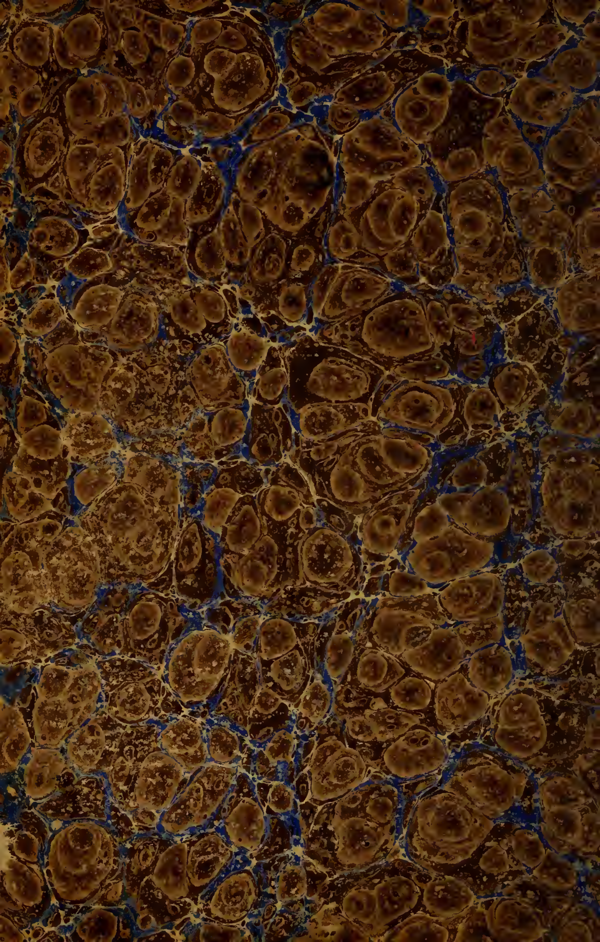
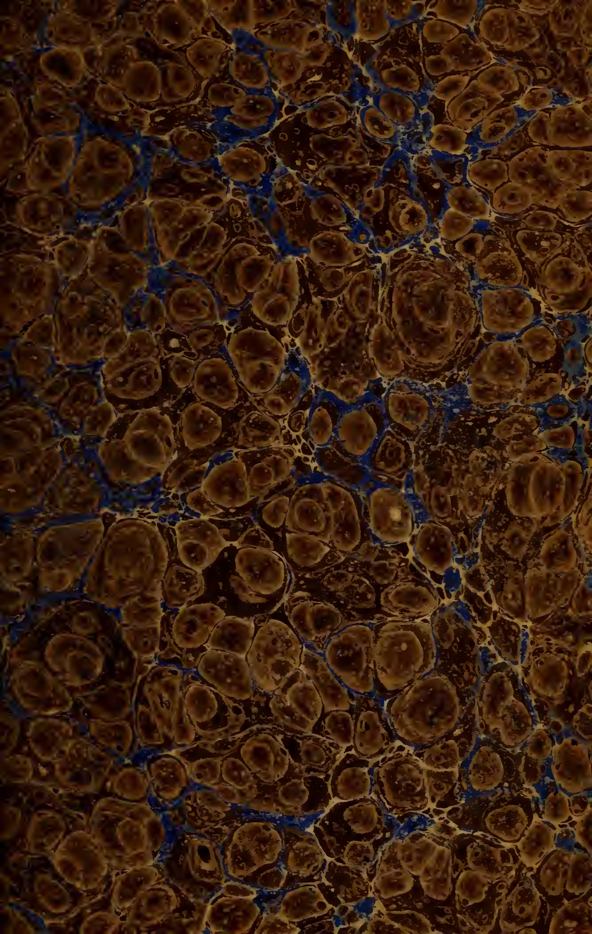

3 1761 09544617 5







GUATIMOZIN.

GUATIMOZIN

ULTIMO EMPERADOR DE MÉJICO.

NOVELA HISTÓRICA

POR LA SEÑORITA GOMEZ DE AVELLANEDA.

TOMO I.-2

Madrid:
IMPRENTA DE D. A. ESPINOSA Y COMPAÑIA,
CALLE DEL CABALLERO DE GRACIA.

1846.

Al Excmo. Señor Duque de Valencia,

como demostracion de aprecio y afectuosa amistad,

Gertrudis Gomez de Avellaneda.

CAPITULO I.

Hernan Cortés y Motezuma.

La muerte de Maximiliano I colocaba en la frente de Cárlos V la corona imperial de Alemania, y mientras el nuevo César recibia el cetro en Aquisgran, y la España, presa de la codicia y arbitrariedad de algunos flamencos, ardia en intestinas disensiones, el genio osado y sagaz de Hernan Cortés, ensanchando los límites de los ya vastos dominios de aquel monarca, lanzábase á sujetar á su trono el inmenso continente de las Indias occidentales.

En vano Diego Velazquez, arrepentido de haberle entregado el mando del ejército, temeroso de su osadía y envidioso de su fortuna, quisiera detenerle en su rápida y victoriosa carrera: en vano tambien habian conspirado sórdamente contra él enemigos subalternos.

Verificando política y oportunamente en Vera-Cruz la dimision del cargo conferido y revocado por Diego Velazquez, habia conseguido el astuto caudillo asegurarse el mando que anhelaba, y en el cual se sostuviera hasta entonces con mas osadía que derecho.

Un ayuntamiento creado por él le habia nuevamente revestido de la autoridad que fingiera deponer, y coronada por el éxito su sagacidad, inspiró mayor confianza á su ambicion.

La severidad que desplegó luego que vió en cierta manera consolidado su poder, impuso terror al ejército y quitó á sus enemigos la facultad de dañarle. Muchos capitanes españoles que le eran desafectos, gemian en las cadenas exhalando estériles amenazas contra su arbitraria autoridad, mientras que el ayuntamiento, hechura suya, daba cuenta al rey de sus conquistas, ponderando las riquezas del Nuevo Mundo, enumerando pomposamente las provincias sometidas, representando las ventajas que debian redundar á la iglesia de la propagacion del cristianismo en aquel vasto hemisferio, y pidiéndole por conclusion revalidase al caudillo estremeño el nombramiento de capitan general que le habian concedido la villa y el ejército, con entera independencia de Diego Velazquez, gobernador de Cuba.

Cortés por sí mismo hizo otra representacion manifestando mas estensamente al rey sus altas esperanzas de conquista, y acompañó ambos despachos con ricas alhajas de oro y plata, debidas á la liberalidad de los príncipes y caciques americanos.

Algunos soldados, testigos del embarco de los mensajeros, trataron de fugarse para dar aviso al gobernador; pero descubierta su intencion por el vigilante caudillo, sufrieron la última pena, inspirando este ejemplo tan profundo terror al pequeño ejército de su mando, que pudo creerse libre del riesgo de nuevas tentativas.

Tranquilo en este punto, solo se ocupó entonces

del gran proyecto que alimentaba desde que tuvo noticias de la existencia del dilatado imperio mejicano; y todos sus pensamientos y todas sus acciones no tuvieron ya otro objeto que la conquista de aquellos ricos dominios.

La alianza que celebró poco despues con Tlascala facilitaba su marcha, y tan previsor y político como atrevido y perseverante, habia empleado todos los medios imaginables para captarse la amistad y confianza de aquella república, de la cual le convenia mantenerse celoso y fiel aliado, mientras no pudiese dominarla como señor.

Fácil le habia sido adquirir un poderoso ascendiente sobre aquellos indios sencillos, aunque fieros y belicosos; pues ademas del orígen sobrehumano que atribuian á los españoles, poseia Hernan Cortés cualidades personales propias para fascinarlos.

Tenia entonces 34 años y era de noble presencia y espresivo semblante. La dignidad de sus modales, su admirable destreza en los ejercicios militares y un don particular de persuasion con que la naturaleza le habia dotado, cautivaban los corazones de aquellos fieros republicanos, que habian probado su valor en los combates, y que se sorprendian de encontrar el mas amable de los huéspedes en aquel mismo á quien habian temido como al mas maléfico de los dioses.

Ni su temerario empeño en arrancar de los altares los venerados ídolos fué poderoso á destruir el entusiasmo que inspiraba á los Tlascaltecas, que, perdonándole aquel, en su juicio, horrendo sacrilegio, se dieron por satisfechos con la promesa que les hizo de desistir de su primer empeño.

Animados de un odio tan grande contra el emperador mejicano como de afecto hácia Cortés, se prestaron voluntariamente á acompañarle en su marcha, (cuyo verdadero objeto no les era, sin embargo, perfectamente conocido) y 6,000 hombres, escogidos entre la flor de sus guerreros, se unieron á las tropas españolas, con las cuales emprendió Cortés el camino de Méjico, habiendo obtenido por fin, despues de reiteradas negativas, que el emperador Motezuma consintiese en darle audiencia.

No llegó á Méjico el ejército español sin dejar sangrientas señales de su tránsito. En Cholula, ciudad dependiente del imperio, hubo indicios de mala fé por parte de sus habitantes, y dió Cortés una nueva prueba de temeridad y rigor, haciendo teatro á la desgraciada ciudad de la mas horrible carnicería: pero tan peligroso y severo castigo, por sospechas de un delito no ejecutado, lejos de inspirar una enérgica resolucion á los cholulanos, les causó un terror profundo, y sobre las ruinas de sus templos y entre la sangre de sus compatriotas, corrieron á tributar á los estranjeros los homenajes debidos á seres sobrehumanos; tan cierto es que la mayor parte de los hombres miden el poder por la osadía.

Asegurado con esta señal de la ignorancia y flaqueza de sus enemigos, salió Cortés de Cholula, siendo su viaje hasta Méjico una marcha triunfal.

Recibido en todas las poblaciones del tránsito con honores desmedidos, saludado como un númen bienhechor, muchos Régulos tributarios llegaban á quejarse ante él de las tiranías del emperador, prestando, sin saberlo, mayores alas á las ambiciosas esperanzas del caudillo, que por aquellos síntomas comprendia la poca solidez de un Estado, cuya fuer-

za natural estaba dividida y minada en sus cimientos.

En efecto, no podia emprender su grande obra en circunstancias mas favorables.

El sistema feudal en su forma mas rígida habia prevalecido en Méjico hasta el reinado de Motezuma II.

Una nobleza numerosa y casi independiente; una clase no menos altiva y poderosa en el sacerdocio; un pueblo esclavizado, y un emperador encargado de los poderes ejecutivos, y con la sombra de una autoridad que no residia realmente sino en las dos clases mencionadas, era el aspecto político del imperio cuando subió al trono aquel monarca.

Soberbio, ambicioso y atrevido, descubrió desde luego sus tendencias al despotismo. Sin hacer mas blanda la suerte del pueblo, al cual consideraba esclavo de la nobleza por un convenio legal y solemne, (1) puso todo su empeño en limitar los derechos y privilegios de esta.

---

(1) Segun las tradiciones, en el reinado de uno de los primeros príncipes de la dinastía Azteca, el estado de Mèjico, que aun era poco considerable, sufrió las mayores persecuciones por parte de su poderoso enemigo el rey de los Tepauecas. La osadía de este llegó á tal estremo, que el soberano de Méjico se vió precisado á abandonar sus dominios, y huyendo de montaña en montaña fué perseguido incesantemente por el usurpador, que parecia resuelto á no dejarle asilo sobre la tierra. Mientras tanto, el pueblo mejicano gemia en la mas ignominiosa servidumbre.

Un noble azteca, varon señalado por su capacidad, emprendiò la gloriosa obra de libertar á su patria y humillar la soberbia del opresor. Púsose al frente de una conjura-

Los *Tlatoanis*, (1) que eran otros tantos señores feudales poderosos y altaneros, empezaron á mostrar su descontento.

---

cion, en la que logró comprometer á toda la nobleza mejicana, y procuró reanimar al pueblo con esperanzas de libertad y venganza; pero habia caido aquel mísero pueblo en tan completa abyeccion, que lejos de alentarse tembló al comprender el proyecto, temiendo que, frustrada la tentativa, hiciese el tirano mas dura y lastimosa su suerte. Viendo imposible el disuadir á los conjurados, les amenazó con descubrir sus designios, y para acállarle é inspirarle alguna confianza en el buen exito de la empresa, les digeron los nobles, que en el caso de ser vencidos se pondrian en manos del pueblo, para que, entregándolos al vencedor, le diese prueba de no haber favorecido la conjuracion y alcanzase gracia á precio de su sangre. Juráronlo así solemnemente, y entonces los plebeyos se obligaron espontáneamente con las mismas formalidades á servirles como á lejítimos señores, dándoles una autoridad ilimitada sobre ellos y sus descendientes, en el caso de que lograran vencer al tirano.

La victoria fué completa.

Algunos años despues subiò al trono de Mèjico el jefe de aquella noble conjuracion y reinó con el nombre de Motezuma I, datando desde entonees la esclavitud del pueblo.

(1) Los españoles llamaban caciques á los grandes vasallos del emperador de Méjico : cacique era una voz de la lengua haitiana que significaba *Señor*; pero en la mejicana su equivalente era *Tlatoanis*, y este título se daba á los príncipes tributarios. A los nobles en general los llamaban *Teutlis*, palabra que B. Diaz del Castillo traduce equivocadamente por *Dioses*, y que en nuestro concepto solo quiere decir *caballeros*.

Reveláronse abiertamente algunos de ellos; pero como las disensiones particulares que tenian entre sí les impidiesen ligarse y favorecerse mútuamente, fué fácil á Motezuma reducirlos á la obediencia, con la fuerza de tres ejércitos que mantenia constantemente sobre las armas.

El descontento de los nobles no se calmó seguramente; pero las señales ostensibles fueron disminuyendo de dia en dia.

Las cualidades del emperador eran propias para inspirar respeto y temor. Habia dado pruebas de gran capacidad y estraordinario valor, y habiendo sido sacerdote gozaba reputacion de hombre favorecido por los dioses, concepto que parecia justificado por la dicha que le acompañaba en todas sus empresas.

Era liberal, magnífico, justiciero: sus parciales le atribuian una sabiduría sobrehumana y virtudes sublimes: sus enemigos le temian porque conocian su rigor y la violencia de su resentimiento.

El pueblo, aunque no menos esclavo en su reinado que en el de sus predecesores, aplaudia sus actos arbitrarios contra la nobleza, y amaba en el gran tirano el azote de los tiranos pequeños. La nobleza, aunque desposeida de sus mas lisonjeros privilegios, se veia precisada á aceptar con aparente reconocimiento los facticios honores con que compensaba Motezuma la autoridad que le quitaba, y sin que sea posible creer que aquel monarca gozaba un afecto general y verdadero, puede asegurarse que ninguno de sus antecesores obtuvo igual respeto y sumision.

Conquistó nuevas provincias en las que puso príncipes ó gobernadores de su familia: ensanchó los Estados de los soberanos de Tacuba y Tezcuco, que

eran sus deudos y tributarios, y para mas ligarles, dió su hija mayor en matrimonio al heredero del primero, y ofreció al otro la mano de la segunda, que aun era muy jóven para realizar aquel enlace.

Al mismo tiempo aumentó considerablemente el ejército, concediéndole mayores premios y distinciones, y se granjeó crédito de generoso y protector de las artes fundando hospitales y colegios, y concediendo derechos de nobles á los artistas mas distinguidos.

A la sombra de la celebridad que adquirió con estos actos pudo desplegar con éxito las alas de su ambicion y constituirse en verdadero déspota.

Segun el antiguo sistema, no podia declarar la guerra, admitir la paz, decidir las graves cuestiones del Estado, ni dar ninguna ley, sin la aprobacion de un consejo de nobles de primer rango; redújole al número de seis príncipes escogidos por él, y aunque les dejó el honor de llamarse *consejeros del trono*, los constituyó bien presto en una casi completa nulidad.

Su ilimitado poder se hizo mas aborrecido á proporcion que fué mas respetado; y muchos Tlatoanis sufrian con impaciencia un yugo tiránico que adquiria cada dia mayor gravedad, dispuestos á aceptar con regocijo la mas leve esperanza de sacudirlo.

Cortés y los suyos, vencedores de Tabasco y Tlascala; rodeados con la aureola de un orígen celestial, pues eran llamados *hijos del sol*; temibles por sus armas y su disciplina; revestidos con el carácter de *redentores*, porque se anunciaban como amigos de los débiles y vengadores de los oprimidos, necesariamente debian ser recibidos con júbilo por los descontentos de Motezuma.

La conducta de este por otra parte daba suficientes indicios del recelo con que veia aproximarse á á aquellos huéspedes peligrosos: recelo cuyas causas no tardaremos mucho en descubrir. Despachaba embajadores á Cortés con magníficos regalos y órdenes contradictorias, que solo servian para revelar una inconsecuencia ó debilidad de carácter de la que se prometia grandes ventajas el caudillo español.

Adelantábase, pues, lleno de lisonjeras esperanzas, y en una de las mas hermosas mañanas de noviembre saludó á la populosa capital de aquel poderoso imperio, que, semejante á la antigua reina del Adriático, se levantaba del seno de las aguas, encumbrando en medio de feraces islotes cubiertos de verdor las cúpulas de sus inumerables templos, y tendiendo, dentro de su ceñidor de ciudades, espaciosas calzadas de piedras, hácia el occidente, septentrion y mediodia.

Mil príncipes y grandes del imperio salieron á recibir á los huéspedes estranjeros, anunciando la próccsima llegada del emperador.

En efecto, no tardó en aparecer la brillante comitiva precursora de aquel soberano, la cual iba alfombrando el suelo que debian pisar los poderosos Tlatoanis que conducian en sus hombros el magnífico palanquin, de oro macizo, en que iba Motezuma con todas sus insignias reales.

Los sacerdotes y los nobles de primera clase formaban un numeroso acompañamiento, vestidos los primeros con anchas túnicas negras, y los otros con airosos mantos, parecidos en la forma á los albornoces morunos, de varios y brillantes colores, en armonía con las altas plumas de sus penachos. Riquísimas joyas adornaban sus cuellos y desnudos bra-

zos, y á vista de ellas encendiéronse de codicia y esperanza los ojos de los soldados españoles, que devoraban los lujosos arreos de aquellos nobles como el buitre que mira vecina la presa largo tiempo perseguida. Los súbditos de Motezuma por su parte, asombrados al ver las distinciones concedidas por su soberbio príncipe á los guerreros estranjeros, fijaban en ellos miradas atónitas, preguntándose en voz baja los unos á los otros: ¿serán realmente Dioses?

La entrevista de Motezuma con Hernan Cortés fué sostenida bajo un aspecto de perfecta igualdad, y el afortunado aventurero entró en la capital del poderoso imperio mejicano conducido en triunfo por el mismo monarca, cuya corona debia servir de base al pedestal de su gloria.



CAPITULO II.

La familia imperial de Méjico.

Levantábase el palacio imperial dominando una estensa plaza, cuyo frente ocupaba con su principal fachada de marmol, sobre la cual se veia brillar desde lejos el escudo de las armas de Motezuma, que era un águila en campo de plata en el momento de tomar el vuelo, llevando un corpulento tigre entre sus garras.

En torno de aquel enorme edificio, en toda la estension de la plaza y en las avenidas de las numerosas calles y canales que desembocaban en ella, hormigueaba, por decirlo asi, un numeroso concurso, que en literas, á pie y en canoas acudia ansioso á contemplar de cerca al general español, que debia hacer aquel dia á Motezuma su primera visita.

Era una hermosísima mañana: el sol parecia ávido de acariciar con sus mas puros y ardientes rayos á aquella ciudad que le colocaba en el número de sus dioses: sus reflejos argentaban blandamente las aguas del lago cubiertas en parte por las pintores-

cas *chinampas*, islillas flotantes de ingeniosa invencion, sugerida sin duda á los aztecas por la misma naturaleza, porque aquellos jardines movibles no fueron en su principio mas que muchos pedazos de cesped, arrancados por las aguas en las grandes avenidas.

La industria de aquel pueblo consiguió mas tarde convertir los trozos aislados, que reunieron artificialmente, en tierras cultivadas, y nada debió ciertamente parecer tan curioso á los españoles como la vista de aquellos campos flotantes, moviéndose á discrecion del viento, con la cabaña del cultivador en medio de sus floridos plantíos.

La animacion que prestaban al lago las chinampas y las innumerables aves acuáticas de matizados plumajes que se deslizaban por su planteada superficie, en medio de los graciosos bateles que en todas direcciones lo atravesaban, correspondian al movimiento que se observaba en la ciudad en la mañana célebre de la primer visita de Cortés al monarca americano.

Méjico, con sus rectas y anchas calles, sus canales y sus puentes, sus simétricos y ordenados monumentos, y sus curiosos habitantes corriendo en tropel á contemplar á los recien llegados, presentaba aquel dia un aspecto de fiesta, que hubiera enternecido profundamente al que mirándolo alcanzase á levantar una punta del velo del porvenir: de aquel porvenir funesto que á toda prisa se anunciaba, y del cual no se curaba en tales momentos el imprudente pueblo.

Sin embargo, permitiéndonos la libertad de introducir al lector en lo interior de aquel palacio, en torno del cual se agolpaba la imprevisora multitud, le haremos esperar, con menos impaciencia que ella, la

llegada del capitan español, ocupándole brevemente del monarca indiano.

En un vasto salon de forma circular, cuyas paredes eran todas de riquísimos mármoles, hallábase el emperador Motezuma aguardando á sus huéspedes.

Su silla era una especie de divan de plata maciza, cuyo asiento estaba cubierto de finísimas plumas: descansaban sus pies, calzados con un coturno de forma especial, en un almohadon igualmente de plumas, y á su derecha, sirviendo de apoyo á su brazo, estaba una mesa de piedra tan negra y lustrosa como el azabache, sobre la cual se veia la corona imperial que era de oro, primorosamente trabajada.

Estaba el monarca en actitud de profunda meditacion; sus vivaces ojos negros fijos en tierra con una mirada triste; su espaciosa frente surcada de arrugas verticales, que no podian ser obra de los años, pues no contaba todavía 40; y mientras una de sus manos sostenia su cabeza doblegada bajo el peso de algun doloroso pensamiento, la otra estregaba maquinalmente, y como si quisiera hacerlo trizas, el ancho manto de finísimo algodon, tan luciente y hermoso como la mas rica seda, que pendia de sus hombros sujeto encima del pecho con grandes broches de oro y perlas.

A una distancia respetuosa de su persona veíanse tres hombres, cuya perfecta inmovilidad podria hacer imaginar eran estátuas, sino se viese brillar en sus ojos la vida que el respeto debido al monarca paralizaba en sus cuerpos.

El lugar que ocupaban y la riqueza de las joyas que sobresalian en sus adornos indicaban un alto

rango ; mas no obstante, ninguno era osado á fijar los ojos en el emperador y aguardaban en religioso silencio que se dignase llamarlos.

A pesar de aquel silencio, y de aquella inmovilidad, las fisonomias de los tres personajes revelaban con bastante claridad la diversidad de sus caractéres.

El que parecia de mas edad, y que no llegaba, sin embargo, á la del emperador, tenia con este una notable semejanza. Era como él de mediana estatura, esbelto, delgado, de agradable semblante; consistiendo la única diferencia esencial que entre los dos podia advertirse, en que habia en la fisonomía del emperador mas fogosidad y energía, y en la del otro mayor calma y firmeza.

El que estaba á la derecha de este personaje representaba ocho ó diez años menos y le aventajaba considerablemente en estatura. Su robusto cuerpo presentaba todas las formas que los pintores y escultores prestan á los antiguos atletas, y el color animado de su rostro, con facciones enérgicamente pronunciadas, estaban manifestando un temperamento fibroso-sanguíneo estremadamente activo, asi como se advertia en la configuracion de su cabeza una exuberancia de orgullo, imprudencia, impetuosidad y valor.

Era el otro de los tres un jóven aun no salido de la adolescencia, cuya tez perfectamente blanca y los ojos de un pardo claro, le hacian parecer estranjero entre sus compatriotas. Faltábale mucho para adquirir aquel esterior vigoroso del que acabamos de pintar, y aunque alto y bien proporcionado, no tenia apariencia alguna de robustez. Su hermosa cabeza, prolongada en la region superior, estaba cubierta de finos y sedosos cabellos, que sombreaban

ıgradablemente una frente alta, cuadrada, pálida y ınchurosa, que parecia, sin embargo, oscurecida por ına nube de melancolía. Sus ojos, llenos de inteli- ;enci , tenian la mirada penetrante del águila, y ıunque la parte posterior de su rostro presentase asgos notables de bondad y dulzura, la fisonomía lel conjunto era triste y grave, pensativa y severa: liríase al observarla que reflejaba al mismo tiempo jue el presentimiento doloroso de un infausto desti- ıo, la fortaleza invencible que se aprestaba á arros- rarlo.

Los Régulos, magistrados, oficiales y criados del emperador llenaban las antecámaras, salones y pa- ios del palacio, y solamente aquellos tres individuos parecian tener el privilegio de permanecer cerca de Motezuma.

Rompió este por último el silencio que reinára en aquel recinto vedado á los profanos, y volviendo los ojos lentamente hácia los tres personajes mudos, que esperaban al parecer aquel momento, pronunció con voz lenta:

—¡Quetlahuaca!

A este nombre se adelantó respetuosamente el primero de los tres que hemos descrito, y el emperador añadió á media voz y con tono de profunda amargura:

—Quetlahuaca, tu hermano y señor quiere escuchar tus consejos.

Inclinóse con humilde acatamiento Quetlahuaca, y Motezuma, estendiendo la mano hácia los otros dos que permanecian inmóviles en sus puestos, añadió:

—Acércate tambien, Cacumatzin: eres un poderoso príncipe de mi sangre: eres primer elector y consejero del imperio, y uno de los mas valientes guerreros

mejicanos, mereciendo por todos estos títulos que tu emperador se digne escucharte.

Acercóse con marcial aunque respetuoso continente el atlético mancebo, y luego que estuvo junto á Motezuma fijó este los ojos por un momento, con cierta espresion de ternura, en el bello adolescente que quedaba solo á la distancia que le imponia el respeto.

—Ven, dijo despues de un instante de pausa, ven tu tambien, Guatimozin; pues aunque tu edad debiera alejarte de los consejos arduos, tu valor, tu talento y tu rango te ponen al nivel de mis mas dignos servidores, y te constituyen uno de los mas firmes apoyos del imperio.

Obedeció el jóven, y Motezuma prosiguió.

—Príncipes de Iztacpalapa y de Tezcuco, y tu, Guatimozin, hijo muy amado de mi ilustre hermano el rey de Tacuba, llegado es el momento en que vuestro emperador necesite de la sabiduría de vuestros consejos. Unos hombres estranjeros que el vulgo venera como á dioses, y cuyas artes prodigiosas han alcanzado á domesticar las fieras, á imitar el rayo y á fabricar sobre las aguas, se han introducido en el seno de nuestros Estados. Las noticias que de esos estranjeros han llegado á nuestros oidos son varias y contradictorias. Unos aseguran que son malos, feroces, interesados, sedientos de oro y de sangre, y que no vienen á estos dominios sino con la esperanza de sembrar en ellos la discordia y poder robarnos nuestras riquezas. Otros los pintan benévolos, clementes, generosos, y anuncian que son ellos los descendientes de nuestro venerado Quetzalcoal, señor de las siete tribus de *Nahuatlacas.* (1)

---

(1) *Nahuatlacas* significa *vecinos del lago.*

Ninguno de vosotros ignora que reverenciamos como á fundador de los pueblos que dieron orígen á este poderoso imperio á aquel príncipe sábio y emprendedor, que partió despues en busca de otras tierras, anunciadas por una tradicion tan antigua como popular.

Por ella sabemos que Topilzin, progenitor de Quetzalcoal, desapareció de entre los Nahuatlacas cuando habitaban todavía en sus primitivos campos, y que luego declararon los dioses que se habia ido á fundar un reino en tierras apartadas y queridas del Sol, á las cuales irian algun dia sus hijos ó los descendientes de sus hijos á aprender mejores leyes y ciencias desconocidas.

Ansioso Quetzalcoal de encontrar dichas tierras, abandonó las orillas del lago en que habia nacido, y condujo á las siete tribus, que le reconocieron por jefe, por largos caminos, en los cuales esperimentaron innumerables trabajos, hasta que llegaron á estos paises, que creyeron serian los anunciados por Topilzin.

Algun tiempo despues conoció su engaño Quetzalcoal, y no queriendo seguirle las siete tribus, partió solo en busca del reino de su projenitor, ofreciendo que andando el tiempo vendrian sus descendientes á cumplir las promesas, trayendo mejores leyes y ciencias útiles y maravillosas.

Llegadas estas profecías á los aztecas, las hemos respetado y trasmitido de padres á hijos, siendo muy sabido que en el reinado de uno de los príncipes de nuestra familia, apareció por muchos dias una *Yxtasihualt* (1) vestida con una túnica sembrada de

(1) Dama blanca.

soles y signos misteriosos, sobre la cumbre del alto monte que conserva todavía su nombre, (1) la cual consultada por los *teopixques* (2) declaró que llegarian antes de muchos *soles* (3) los descendientes de Quetzalcoal, para castigar con rigor á los príncipes tiranos ó impíos.

Posteriormente, prosiguió con visible turbacion, hemos tenido otras muchas señales y vaticinios, que inducen á creer que es en mi reinado cuando deben realizarse las antiguas profecías.

Hizo una pausa para disimular la alteracion de su voz, y sus oyentes bajaron la cabeza respetando su silencio.

Nos aprovecharemos de él para manifestar al lector el orígen que suponemos á todas aquellas notables profecías, de las que se muestran maravillados los historiadores españoles, exagerándolas y desfigurándolas á su placer.

Parécenos indudable que todas ellas no eran otra cosa que ingeniosas astucias sacerdotales para imponer terror á los príncipes y sujetarlos, por decirlo así, á los altares. Nunca estuvieron tan en uso estos medios restrictivos del despotismo real como en el reinado de Motezuma II, cuyo orgullo y ambicion no podia tener otro freno que el temor á los dioses.

Entre las muchas amenazas que á manera de oráculos hacian llegar los sacerdotes á oidos de aquel que, habiendo sido de su gremio, se convirtiera despues en su opresor, era ciertamente notable la que

(1) El monte *Yxtasihualt*, uno de los montes mas elevados de la cordillera mejicana.

(2) *Teopixques*: sacerdotes.

(3) Llamaban *soles* á los dias.

anunciaba la próxima llegada de los descendientes de Quetzalcoal, que venian del Oriente, tierra querida del Sol, armados del furor de los dioses, para castigar á los reyes tiranos y redimir á los pueblos de la esclavitud. Los sacerdotes, que conocian á Motezuma tan soberbio como supersticioso, le obligaban de este modo á recurrir á ellos como á únicos medianeros entre él y las irritadas deidades; pero su objeto no fué completamente conseguido hasta el momento en que se tuvo noticias de la vecindad de los españoles.

Vencedores de Tlascala y Tabasco, con la fama de un valor sobrehumano, armados de rayos, dominadores de fieras, venidos del Oriente, segun se decia, encargados de una mision importante, todo convenia perfectamente á la idea que se formaban los mejicanos de aquellos redentores anunciados, y los autores de la ingeniosa mentira quedaron sorprendidos, y no menos confusos é inciertos que el mismo Motezuma, al verla inesperadamente convertida en realidad.

Los tres príncipes que hemos dejado al lado del monarca esperaban en silencio la conclusion de su interrumpida arenga, y venciendo con trabajo su emocion, volvió á tomar la palabra en estos términos:

—Sabeis que desde mi primera juventud he aprendido á arrostrar los peligros de la guerra, y que mis victorias, mas que mi sangre real, me levantaron al trono de Méjico. Sabeis que en cerca de 15 años que han corrido desde que llevo en mi frente la corona imperial he ensanchado considerablemente los límites del imperio, haciéndolo temido y respetado de todos los Estados vecinos.

Nunca el enemigo ha visto el miedo en mi semblante, y la fama ha llevado muy lejos el ruido de

mi nombre. Asi, pues, puedo confesaros, sin recelo de parecer cobarde, que siento desfallecer mi ánimo al aspecto de unos estranjeros que se me presentan con carácter dudoso, y á los cuales no sé cómo debo considerar ni cómo me conviene recibir.

Los teopixques, esos mismos teopixques que anunciaban con alegría su llegada, parecen ahora consternados, y en las oscuras palabras con que revelan la voluntad de los dioses, se traslucen temores incompatibles con sus anteriores anuncios.

Antes nos pintaban á los descendientes de Quetzalcoal como sábios y benignos, despues como terribles ministros de la justicia de los dioses, que debian arrojarme del trono y libertar á los pueblos: ahora se me avisa que la existencia del imperio está amenazada y que debo velar si quiero precaver funestas calamidades.

Pero, ¿qué debo pensar, ni qué puedo resolver?

Si los dioses protejen á los hombres de Oriente, ya sean los descendientes de Quetzalcoal, ya una raza desconocida y poderosa, ¿qué resistencia puede oponer un desgraciado mortal á la sentencia de los grandes espíritus? Si los dioses no les protejen, ¿cómo han podido obtener triunfos tan maravillosos, ni cómo entender los oráculos que hace tanto tiempo nos anunciaban su llegada, revistiéndoles con un irresistible poder?

Príncipes, con tales dudas he luchado toda la noche última, y solo sé que el corazon me anuncia desgracias inevitables y que los dioses no me son propicios.

Calló Motezuma inclinando la cabeza con profundo abatimiento, y tomando la palabra despues de saludarle respetuosamente el príncipe de Iztacpalapa,

—Supremo emperador, le dijo, permite á tu herma-

no que te haga notar la exajeracion de tus temores. Tu grande ánimo solo ha podido decaer por la idea de que los dioses han determinado tu ruina y la de tu imperio, y porque consideras á los estranjeros como instrumentos de su ira : pero acaso te ciega el vapor de tus cavilaciones.

No creo que sea la llegada de esa gente orígen de las calamidades que nos anuncian los teopixques. Poderosas razones, como tú mismo has observado, se unen para persuadirnos que los hombres de Oriente son los descendientes del gran Quetzalcoal, y que cumpliendo las antiguas profecías vienen solamente á comunicarnos la sabiduría que han adquirido en remotas tierras. Pero aun suponiendo que no fuesen realmente esos hermanos tan deseados, ¿qué mal pueden hacernos unos hombres nacidos en los paises que el mismo sol escojió para su nacimiento, y que vienen á visitarnos con muestras pacíficas?

Si el supremo espíritu ó alguno de sus hijos los Dioses ha decretado castigarnos; si la existencia de tu imperio está amenazada, debemos alentarnos y recibir como un ausilio, que otra divinidad benigna nos concede, el afecto y proteccion del poderoso monarca de, Oriente de quien son súbditos nuestros huéspedes.

Suspende, pues, ¡oh soberano Tlatoáni! suspende el curso de tus cavilaciones, y desechando una desconfianza indigna de tu grande ánimo, muéstrate como siempre el mas valeroso y magnífico de todos los monarcas de la tierra.

Cesó de hablar Quetlahuaca, y el emperador volvió los ojos hácia Cacumatzin, mostrando de este modo que esparaba su dictámen. Irguióse con altivez el mancebo y dijo:

—Poco me importa á mí, ilustre emperador, que

esos advenedizos sean ó no descendientes de Quetzalcoal, y vengan como amigos ó como enemigos. Si los dioses quisieran destruirnos no escojerian ciertamente tan flacos instrumentos. ¡Pues que! ¿puede algo contra el inmenso imperio mejicano un puñado de hombres que pudiera ser sepultado con el polvo que levantase al marchar nuestro ejército?

Esos rayos que forjan, ¿son otra cosa que unos cañones de metal, que á manera de nuestras cerbatanas obran por efecto del aire comprimido, que al escapar arroja con estrépito el obstáculo que dificulta su salida? Esos brutos maravillosos que les obedecen, ¿quién ignora que no son mas que una especie de venados, mas corpulentos y mas inteligentes que los que nacen en nuestros montes? Si los estranjeros poseen ciencias que desconocen nuestros sabios, no por eso alcanzan á hacerse invencibles, y mengua seria que una corta porcion de simples mortales pusiese miedo al mas poderoso y mas fuerte de todos los monarcas de la tierra.

Recibamos, pues, á esos estranjeros como á gente amiga, y hagamos en su obsequio, ilustre Motezuma, todo aquello que el genio de la hospitalidad puede inspirar á un pueblo generoso; pero si la menor accion ó palabra nos dá indicios de ingratitud ó mala fé, yo, Cacumatzin, hijo de Nezahualpili, príncipe de Tezcuco, primer elector del imperio, y humilde vasallo y sobrino tuyo, yo me ofrezco á presentar sus cabezas en el Teocali (1) de Huitzilopochtli. (2)

(1) Teocali: templo.

(2) Huitzilopochtli: dios de la guerra, en cuyo templo depositaban los mejicanos las cabezas de las víctimas de sus venganzas.

Tomó entonces la palabra el jóven Guatimozin, y despues de saludar con una profunda reverencia al emperador:—Me hallo muy distante, dijo, de conceder á los españoles el ilustre progenitor que algunos les atribuyen; ni doy como el noble Quetlahuaca gran valor á sus protestas de amistad, ni tampoco los considero tan despreciables como piensa el valiente Cacumatzin. Cortos son en número, es verdad, pero grandes son las ventajas que deben á esas armas formidables desconocidas entre nosotros, y á esos inteligentes brutos que les obedecen, y á escs vestidos impenetrables contra los cuales se doblan como juncos nuestras flechas. Sus triunfos en Tabasco y en Tlascala prueban demasiado la exactitud de esta observacion. Es un puñado de hombres, dice el príncipe de Tezcuco; pero, ¿olvida que ese puñado de hombres traen consigo máquinas de muerte, de las cuales una sola bastaria para aniquilar un ejército? ¿Olvida que ese puñado de hombres, aprovechando nuestras intestinas disensiones, tiene ya, por aliados mas de 200,000, y puede todavía conseguir muchos mas? Tambien el respetable Quetlahuaca ha olvidado, al llamarlos pacíficos huéspedes que han llegado á nuestras puertas cubiertos con la sangre de los cholulanos. Creo, sin embargo, que habiéndoles permitido la entrada en tu capital ¡oh poderoso Tatlzin! (1) no puedes ya negarte á oir

(1) *Tatl* significaba *padre* en la lengua de los mejicanos, y *zin* era una voz de respeto que acostumbraban añadir cuando daban un título de afecto á una persona de rango superior. Tambien alargaban con ella los nombres de personajes augustos, como Cacumat-*zin*, Guatimo-*zin* y aun Motezuma, en los manuscritos mejicanos, es designado por el nombre de Motezuma-*zin*.

la embajada de que dicen vienen encargados por su rey cerca de tu sagrada persona, así como no debes tampoco permitirles que permanezcan la duracion de un sol en tus Estados, cuando no los detenga en ellos causa legítima y poderosa.

—Príncipes, dijo Motezuma, todos habeis hablado cuerda y valerosamente, y mi ánimo se siente menos decaido despues de haberos escuchado.

Convengo con vosotros en la necesidad de continuar tratando amistosamente á los estranjeros, que escusan las crueldades cometidas en Cholula diciendo que aquella ciudad, infringiendo mis órdenes, les prevenia una alevosa muerte, y cuento con vuestro valor para castigarlos si son bastante ingratos para corresponder con perfidias á nuestra hospitalidad y buena fé. Sin embargo, te encargo á tí, hermano Quetlahuaca, ordenar que nuestros sacerdotes ofrezcan á los dioses públicos sacrificios, procurando por todos los medios imaginables desarmar su ira, y que alejen de mi imperio las calamidades que hace mucho tiempo me está anunciando sin cesar el corazon.

En el momento en que el emperedor terminaba estas palabras, oyóse en la plaza alegre vocería, y un oficial llegó hasta los umbrales de la habitacion en que se hallaban los príncipes, anunciando la llegada de los españoles.

Púsose en pié Motezuma, ciñendo su frente con la corona imperial y procurando disipar de su rostro la profunda tristeza que le oscurecia, mientras que los príncipes de Iztacpalapa y de Tezcuco se adelantaban á recibir á los huéspedes, y Guatimozin se confundia entre la multitud de ministros y generales, que en un momento llenaron la gran sala que servia de antecámara.

Atravesó rápidamente el jóven varios corredores y habitaciones vistosamente adornadas, y detúvose por último al umbral de una ancha puerta, cubierta por cortinas de algodon, que daba entrada á uno de los mas hermosos aposentos del palacio. Levantó ligeramente la cortina, y permaneció un momento inmóvil y silencioso, contemplando un interesante cuadro que en lo interior de aquel aposento se ofrecia á sus miradas.

Aparecia en primer término, en una hamaca de primoroso tegido, sobre una riquísima piel de marta, un niño como de dos meses, apaciblemente dormido: junto á la hamaca una jóven de 18 á 20 años, de noble y hermosa presencia, se entretenia en hacer labores con plumas de diversos matices, habilidad en la que eran tan diestros los mejicanos que formaban figuras y paisajes que parecian obras del pincel. Interrumpia la jóven con frecuencia su trabajo para fijar en el niño una de aquellas miradas de inefable ternura que revelan el corazon de una madre, y en aquellos momentos su rostro, naturalmente sereno y grave, tomaba una espresion casi sublime.

A algunos pasos de distancia, sobre una espaciosa estera de variados colores, una jovencita como de quince años, y cuatro muchachos, de los cuales el mayor no llegaba á doce, se divertian con un pequeño espejo, regalo de Cortés á Motezuma, disputándose la posesion de aquella joya, y celebrando con voces y demostraciones de alegria la menor apariencia de triunfo. Se decidió este por fin á favor de la jóven que, posesionada del espejo, hacia mil gestos estravagantes, y colocaba de diversos modos los rizos de sus negros cabellos, por el placer de observarse en el májico cristal.

Guatimozin se adelantó pronunciando con dulzura el nombre de Gualcazinla, y la tierna madre levantando sus bellos ojos,

—¿Eres tú? dijo, no te esperaba tan pronto; te suponia ocupado con los huéspedes estranjeros.

—He preferido otra ocupacion mas dulce, respondió con galantería; he querido contemplar el sueño de mi hijo, y oir la amada voz de mi esposa Gualcazinla.

—¡Y qué! esclamó con vivacidad la niña del espejo volviendo sus brillantes ojos hácia el príncipe, y arrojando con desden aquella joya tan disputada, ¿han venido ya los estranjeros?

—Sí, Tecuixpa, respondió Guatimozin, y leo en tu semblante que cederias sin pena esa maravillosa alhaja que duplica tus lindas facciones, en cambio de ver por un momento á los hombres de Oriente.

—¡Ah! sí; esclamó la jóven poniéndose en pié; toma al instante mi espejo y condúceme adonde pueda mirar, aunque sea de lejos, á esos seres maravillosos que, segun se dice, son mas hermosos y mas valientes que todos los príncipes aztecas: mas que tú, Guatimozin; mas que el de Tezcuco, mi primo y futuro esposo, y mas que el mismo emperador nuestro padre.

Gualcazinla, cuyo aspecto lleno de nobleza y magestad contrastaba con la fisonomía alegre y casi infantil de Tecuixpa, lanzó sobre ella una severa mirada, y la niña volvió á sentarse lentamente en su estera, diciendo con gracioso despecho.

—¡Ni por ser hoy, segun dices, un sol hermoso (1) para tí, quieres ser complaciente con tu hermana!

(1) Creemos haber advertido ya que los mejicauos llamaban *soles* á los dias.

—Es verdad, dijo el príncipe sentándose junto á su mujer y mirándola con viva ternura. Doce lunas hemos visto comenzar y terminar su curso despues de la noche feliz en que por primera vez me admitistes en tu lecho. Hoy hace un año (1) que tu padre, el supremo emperador, te llevó al templo en donde fueron unidas nuestras dos almas; y en aquel mismo salon que en este instante profana la planta de los estranjeros, recibimos juntos el calor del fuego doméstico, y nos declaró el sacerdote que éramos ya perfectos casados. (2)

A este dulce recuerdo una sonrisa de felicidad asomó á los lábios de Gualcazinla, y mientras los dos jóvenes esposos, enlazándose con los brazos, se inclinaban á la par á besar la hermosa cabeza de su hi-

---

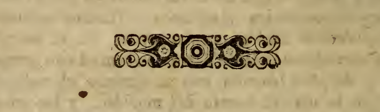
(1) El año de los mejicanos constaba, como el nuestro, de 365 dias, divididos en 18 meses, cada uno de veinte dias, escepto el último, que tenia 25.

(2) Solís describe con bastante estension las ceremonias del matrimonio entre los mejicanos. «Hechos los tratados, dice, comparecian ambos contrayentes en el templo, y uno de los sacerdotes examinaba su voluntad con preguntas rituales, y despues tomaba con una mano el velo de la mujer y con la otra el manto del marido, y los anudaba por los estremos, volviendo á su casa los contrayentes con este género de yugo nupcial. Visitaban en seguida el fuego doméstico, que á su parecer mediaba en la paz de los casados, y daban siete vueltas al rededor de él, siguiendo al sacerdote, con cuya diligencia y la de sentarse despues á recibir juntos el calor del fuego, quedaba perfecto el matrimonio.»

jo, y Tecuixpa, (1) aprovechando su distraccion, se adelantaba ligeramente á una ventana, con la esperanza de ver desde ella á los guerreros españoles; los cuatro muchachos, que eran tambien hijos de Motezuma, continuaban disputándose la posesion del espejo, que Tecuixpa les habia abandonado.

---

(1) Llamaban á esta princesa los mejicanos Tecuixpatzin, segun la costumbre que tenian de añadir la sílaba *zin*, entre ellos voz de respeto, á todos los nombres ilustres. Nosotros suprimimos en este y en otros varios la sílaba final, por evitar al lector la confusion entre tantos nombres como habremos de emplear con terminacion idéntica.



CAPITULO III.

Visita de Cortés á Motezuma.

Los señores de Tezcuco y de Iztacpalapa salieron á recibir á los españoles hasta el patio principal del palacio, en el cual habia un cuerpo de guardia bien ordenado y numerosos sirvientes colocados en dos hileras, por medio de las cuales pasaron los españoles conducidos por los príncipes. Atravesaron innumerables corredores y salas ricamente adornadas y llenas de ministros, generales, nobles y oficiales del imperio, todos lujosamente ataviados y guardando en su rostro severa compostura.

En la antecámara del aposento de Motezuma hicieron detener á los estranjeros para descalzarlos, pues juzgaban irreverencia el pisar con los pies cubiertos la régia habitacion.

Adelantándose despues dos oficiales á prevenir segunda vez al emperador de la visita de sus huéspedes, volvieron á anunciar el permiso con grandes ceremonias.

Entró Cortés con sus capitanes, todos perfectamente armados, mostrando en sus semblantes, á par

del orgullo que les inspiraba su posicion presente y las esperanzas de su futura gloria, el asombro de encontrar en la corte de un soberano á quien llamaban *bárbaro*, la magnificencia ponderada de las antiguas monarquías del Asia.

Adelantóse el emperador algunos pasos y tendió la mano á Cortés con una sonrisa benévola, ordenando despues que se sentasen asi él como los capitanes que le acompañaban: distincion inaudita que escandalizó á todos los grandes de su corte, porque apenas solia concederla Motezuma á los príncipes de su sangre.

Comenzó la conversacion el monarca, preguntando á Cortés, por medio de los intérpretes, si estaba gustoso en el alojamiento que le habia destinado, especificando que era un palacio fortificado de pertenencia suya, y construido por su padre Axayacat.

Satisfecho por Cortés, abrió campo á las esplicaciones, haciendo otras muchas preguntas respecto á las regiones orientales en que habian nacido sus huéspedes, y al gran monarca de quien eran embajadores.

Cortés aprovechó la oportunidad para manifestar que su embajada era proponer al soberano de Méjico una amistosa alianza con el gran rey de las Españas, para que, abriéndose comercio entre ambas regiones, lograsen una y otra las ventajas consiguientes á esta comunicacion.

Motezuma manifestó el mayor placer, contestando con suma urbanidad que aceptaba desde luego la proposicion, congratulándose de que tuviese lugar en su reinado un acontecimiento tan satisfactorio.

Parecia que las sombrias nubes de su imaginacion iban disipándose á medida que se esplicaba el caudi-

llo español, y que se hacian por instantes mas sinceras las demostraciones de benevolencia que le dispensaba.

Hablóle largo tiempo afable y casi familiarmente, procurando instruirse de las leyes, usos y costumbres españolas, y descubriendo en todas sus preguntas y observaciones tanto talento como buen juicio. Sin embargo, cuando Cortés hizo caer la conversacion sobre la diferencia de sus creencias religiosas, manifestó con un gesto enérgico que no escuchaba con placer ningun género de comparacion en este punto, y su desagrado rayó casi en indignacion cuando, con mas fervor que política, le echó en cara lo absurdo de su culto, haciendo irrision de sus venerados ídolos.

Centelleaban los ojos de Motezuma mientras hablaba Cortés, y echábanse de ver los esfuerzos que hacia sobre sí mismo para no traspasar los límites de la moderacion, notando lo cual el príncipe de Tezcuco iba ya á imponer silencio el orador, cuando levantándose con dignidad Motezuma.

—Basta, dijo, yo acepto lleno de gratitud la alianza que me propones á nombre del gran monarca que os envia, y deseo honraros y favoreceros como lo mereceis por vuestro valor y por súbditos de tan ilustre príncipe, á quien ya no dudo en reconocer como á legítimo descendiente de nuestro glorioso Quetzalcoal: pero creo que todos los dioses son buenos, y que los mios deben ser respetados por vosotros. Quiero, añadió con cortesana urbanidad, que no me ocupeis ahora sino en el mejor modo de obsequiaros, y mientras llega la hora de comer os suplico permitais á mi ilustre sobrino el príncipe de Tezcuco, y á mi digno hermano el señor de Iztacpalapa, os

acompañen á recorrer la ciudad, y os hagan conocer algunas de sus curiosidades.

A una señal casi imperceptible de su cabeza se adelantaron los dos príncipes, y Motezuma despidió á los españoles, concediendo á Cortés el estraordinario honor de volver aquel dia para acompañarle á la mesa, é indicando con un gesto á Cacumatzin y á Quetlahuaca que debian usar igual atencion con los otros capitanes.

Salió Cortés en medio de los señores de Tezcuco y de Iztacpalapa, siguiendo de dos en dos los otros españoles y varios nobles mejicanos que iban como comitiva de los príncipes. Apenas estuvieron fuera del palacio, aparecieron muchos indios de la servidumbre de estos, llevando en hombros diferentes palanquines ó literas cubiertas de plumas y otros adornos, y obligados los españoles por las instancias de los príncipes á dejarse conducir en ellas, emprendieron su paseo, precedidos de Cacumatzin, cuya litera abria la marcha rodeándola algunos nobles de sus Estados, y seguidos de Quetlahuaca, que iba el último acompañado por otra pequeña corte de sus vasallos.

Inmenso era el gentío que se agolpaba en cada calle por donde pasaba aquella especie de convoy, curiosos los mejicanos de ver de cerca á los estranjeros y á los príncipes de la sangre de Motezuma.

En medio de aquella multitud atravesaron la gran plaza de Tlatelulco; plaza inmensa, rodeada de un magnífico pórtico bajo el cual todos los manufactureros y mercaderes del reino depositaban diariamente sus obras y mercancías, formando numerosas calles de portátiles tiendas, que ofrecian á la vista el mas pintoresco conjunto. Hallábanse allí en de-

terminados sitios toda clase de géneros: á un lado profusa reunion de variadas plumas, al otro esquisitos ornamentos de oro y plata y las mas preciosas piedras conocidas en aquellos paises. No lejos de los tejidos delicados de los telares de Tezcuco (1), los blanquísimos alabastros de Telalco (2) y los matizados mármoles de Calpolalcan; cerca de las odoríferas flores y variadas frutas que amontonaban incesantemente las innumerables *piraguas* (3), que surcaban los canales, toda clase de artículos de caza.

En medio de la plaza se elevaba una espaciosa tienda de madera, á la que llamaban *la audiencia*, porque en ella estaban constantemente los jueces del mercado para no permitir ninguna especie de fraude, y siguiendo toda la estension del pórtico, numerosos almacenes de bebidas, barberías, boticas y perfumerías, adornadas con lujo oriental y provistas las últimas de toda clase de aromas, desde el precioso bálsamo de *Huitziloxit*, en nada inferior al afamado de Palestina, hasta la esquisita goma de la acacia americana, de gran virtud para muchas do-

---

(1) No tenían los mejicanos lana, lino, ni seda, pero los suplian con algodon, pelo de conejo y de *Tlalcoyott*, y tambien con hebras sutiles que sacaban del maguei y de la palma. El traje sacerdotal de algodon que fué enviado á Roma despues de la conquista, maravilló á cuantos lo vieron y se le juzgó superior al de la mas rica seda.

(2) Al presente *Tecale*.

(3) La *piragua* se diferencia de la canoa en que es mas grande y tiene quilla. Era la mayor embarcacion conocida de los mejicanos antes del arribo de los españoles.

lencias, y aun el *Tecamaca* milagroso, que reputaban como talisman infalible contra la fascinacion.

El órden admirable, la profusion, diversidad de las mercancias, y la mucha afluencia de gentes prestaban á aquel vastísimo mercado un aspecto tan grandioso que, segun la espresion de un historiador español, *se venian á los ojos de una vez la magnificencia y el gobierno de aquella córte.*

El gran *Teocali* ó templo de Huitzilopochtli fué el primer edificio visitado aquel dia por los estranjeros. Ocupaba aquel el centro de la ciudad, circundándole una muralla, dentro de la cual, segun Cortés, cabia una gran poblacion. Estaba orientado el monumento mejicano como las pirámides egipcias, revestido todo de pórfido y con entrada por cuatro puertas á los cuatro vientos cardinales. Todo el pavimento contenido dentro del recinto de la muralla estaba primorosamente embaldosado, y decoraban el atrio algunas estátuas de mármol que, sino podian aspirar á la calificacion de obras maestras, probaban al menos que, aunque sin el auxilio del cincel, no desconocian los aztecas el arte de la escultura.

Componíase el templo de cinco cuerpos formando el último una plazoleta cuadrilonga, á cuya estremidad oriental se elevaban dos torres de cincuenta pies de altura, coronadas por ligeras y elegantes cúpulas. contiguos á este Teocali principal, y en el mismo recinto de la muralla, habia, ademas de otros varios consagrados á diversos dioses, el palacio del pontífice, un gran seminario de nobles, un colegio ó monasterio de sacerdotes y un hospicio vastísimo para hospedar forasteros que fuesen por devocion á visitar el templo ó á admirar por curiosidad la grandeza de la corte.

Bellísimas fuentes, á cuyas aguas se atribuian efectos milagrosos, adornaban aquella plaza de la cual se salia á las principales calles de la ciudad.

Despues de llevar los señores mejicanos á los españoles á los templos de sus dioses, quisieron hacerles admirar los palacios de sus reyes. Varios eran estos, todos igualmente suntuosos y con estensos jardines. En uno de ellos estaba la armeria real y en otro la curiosa coleccion de hombres deformes y animales de toda especie de que tanto han hablado los historiadores. En ningun pais del mundo podia ser tan difícil como en Méjico encontrar un gran número de los primeros, pues apenas se conocia allí la figura humana contrahecha; pero en cambio eran abundantísimas las familias de la segunda clase de habitantes de aquel régio edificio. En uno de sus departamentos se hallaban reunidas todas las aves domésticas, en otro las de rapiña; habia magníficas habitaciones para los cuadrúpedos y algunas no menos bellas estaban destinadas á los reptiles, sin faltar tampoco numerosos estanques de agüa salada y dulce para aves acuáticas de rio y de mar.

Notábase en aquel singular museo de todas las especies irracionales el consiguiente contraste. Despues del gigantesco condor admirábase al casi imperceptible colibri; no lejos del corpulento tapir se veia al elegante *Tlalmototli*, (el Svizero de Bufon) y vecina del feroz cocodrilo la argentada serpiente *Maquizcoal* y la inofensiva *Tzicatlinan*, que vive familiarmente con las hormigas.

Llegaban á trescientos los empleados en aquella casa, contándose entre ellos algunos médicos destina-

dos esclusivamente á asistir en sus enfermedades á las numerosas familias animales.

Saliendo de aquel palacio dijo Cacumatzin á Hernan Cortés:

—Has visto ya, noble embajador, algunas de las grandezas de la antigua Tenoxtitlan (1) y seria preciso pasases muchos años en ella para que conocieras todas las que contiene.

—Yo espero, añadió Quetlahuaca, con tono en que se mezclaban el recelo y la urbanidad, que nuestros ilustres huéspedes no nos dejarán antes de haberlas visto todas.

Hernan Cortés, cuyos penetrantes ojos, se habian clavado en aquel príncipe mientras proferia estas patas palabras, se limitó á contestarle, que jamás haria cosa alguna que no fuese aprobada por sus ilustres aliados. Regresaron en seguida al palacio que habitaba Motezuma, y entre las aclamaciones del pueblo, el caudillo español, sumido en honda meditacion, pesaba toda la grandeza de la temeraria empresa que habia acometido.

Los príncipes llevaron á sus palacios á los capitanes, y Motezuma declaró á su servidumbre que aquel dia comeria familiarmente con el embajador.

La mesa fué servida en un gran salon, cuyas nu-

---

(1) Llamábase asi la ciudad de Méjico al principio de su fundacion, y con aquel nombre la designaban comunmente los naturales, á pesar de que, colocada posteriormente bajo la especial proteccion del Dios *Mexitli* (que segun algunos era el mismo Huitzilopochtli) se la dió el nombre de Méjico, que conserva.

merosas y rasgadas ventajas tenian vistas á un espacioso jardin, y el emperador condujo de la mano á Cortés, diciéndole con tono jovial:

—Ven á juzgar si están nuestros cocineros tan atrasados respecto de los vuestros, como nuestros sábios.

Ocupó la cabecera de la mesa, y obligó á Cortés á que se sentase á su lado, mandando en seguida á sus criados que hiciesen entrar á sus juglares.

Aparecieron, en efecto, cuatro ó seis hombres vestidos de un modo estravagante, con los rostros pintados de diversos colores, y en seguimiento suyo treinta ó cuarenta mujeres ricamente ataviadas, que eran las que servian por lo comun la mesa del emperador.

—Aquí tienes, dijo á Cortés señalando con la mano á los juglares, aquí tienes á los únicos hombres de mi imperio que suelen decirme las verdades amargas: por eso los amo y los admito con placer junto á mí en mis momentos de ocio. Qucalutcaco, añadió volviéndose á uno de los juglares, hoy estás en buena ocasion de lucir tu ingenio delante de un ilustre estranjero, que viene de un pais donde se saben todas las artes y habilidades de que es capaz el entendimiento humano.

El juglar á quien se dirigian estas palabras empezó á preparar varios trevejos para sus juegos de manos, y sus compañeros tomaron á su cargo justificar lo que habia dicho el monarca, dirigiéndole algunas chanzas, cuya desvergüenza se perdonaba á favor del chiste de que iban acompañadas. Motezuma parecia complacido, y á cada instante rogaba al intérprete esplicase á Cortés las palabras mas necias

ó atrevidas que salian de la boca de sus juglares, celebrándolas él con sus demostraciones.

Mientras tanto, 300 jóvenes de la nobleza cubrieron las mesas de numerosos manjares en vajillas de oro, y retirándose en seguida comenzaron á servirlos las mujeres, que eran tambien las que suministraban el *pulque*, bebida que en aquel pais tenia lugar de vino, y era una especie de cerbeza hecha del maguei, de la cual bebia muy parcamente Motezuma, pues sus efectos no se diferenciaban de los que producen los mas fuertes licores de Europa.

Otras de aquellas mujeres quemaban mientras tanto en braserillos de oro esquisitos aromas, y cuatro de las mas jóvenes hacian aire al emperador y á su convidado con grandes abanicos de plumas.

Los juglares comenzaron tambien á lucir su habilidad con varios juegos de manos, en los cuales eran ciertamente sobresalientes, logrando no pocas veces maravillar á Cortés con gran satisfaccion de Motezuma, que parecia envanecerse del talento de sus *locos*, como él los llamaba.

Sirviéronse mas de trescientos platos, bien que Motezuma, segun su costumbre, no probase mas que dos ó tres, y que el español no fuese menos sóbrio. En seguida aparecieron otras mujeres con canastillos de frutas y flores, en aquella variedad y profusion con que las prodiga el feraz suelo mejicano, y cuyos aromas embalsamaron, por decirlo así, el aire de aquel recinto. Llenáronse las copas por última vez; bebió Cortés brindando por Motezuma, y este correspondió haciendo otro tanto por el monarca de España y su digno embajador.

Estaba Motezuma festivo y alegre, como si todas sus cavilaciones, ya atenuadas á las primeras espli-

caciones de Cortés, hubiesen sido completamente disipadas en la intimidad de aquella comida; y en sus conversaciones de sobremesa tuvo momentos de cordial franqueza con su convidado, hablándole de su familia, de sus disgustos como monarca y aun de sus flaquezas como hombre. A pesar de haber sido dotado por la naturaleza de una gran sagacidad, tenia aquella especie de candor comun á los americanos, y habituado á tratar con súbditos suyos, con los cuales hubiérale parecido indecorosa la confianza, gozaba una especie de placer nuevo para él en la sociedad de un hombre con el cual podia deponer algunas veces el austero carácter de soberano.

Las sirvientas presentaron por último, á manera del café que posteriormente se ha establecido servir en Europa despues de la comida, anchas jícaras de espumoso chocolate, y seguidamente quemaron nuevos perfumes, y presentaron á Motezuma y á su convidado unas largas pipas parecidas á las turcas, llenas de tabaco y de resina de xochiocotzol, llamada vulgarmente liquidambar.

Motezuma ordenó despues que entrasen sus músicos, y como ya fuese casi de noche se iluminó rápidamente el palacio y el jardin con numerosas teas de maderas resinosas, que daban una luz resplandeciente y pura.

Los músicos, que eran en número de veinte, llevaban por instrumentos flautas, caracoles marinos, tambores, y una especie de bandurria de cuello corto de la que sacaban mas ruido que armonía. Al compas de aquellos instrumentos concertados de la manera menos ingrata, comenzaron á cantar las hazañas de los reyes y héroes mejicanos, estendiéndose largamente cuando le llegó su turno á Motezuma,

«No hay en la tierra, cantaban los trovadores, no hay un ser humano que no sea esclavo del gran Motezuma. Corre por sus venas la sangre de innumerables héroes, y tiene por vasallos á mas de treinta reyes.»

«La sangre de los enemigos vencidos por su brazo bastaria á formar una laguna tan grande como aquella sobre la cual se sienta la noble ciudad de Méjico. Así tiemblan ante él todas las naciones de la tierra, y le llaman con respeto *Motezuma*.» (1)

«¡Desgraciados de aquellos contra los cuales se levante la justicia de Motezuma! Es su justicia como el sol de los cielos, que alcanza igualmente á la ceiba gigante y al humilde maní, que apenas osa levantar sus humildes tallos de la tierra.»

«El rayo de la tempestad es menos rápido y temible que la cólera de Motezuma. Su ira devora cómo el fuego, y su mirada severa paraliza la sangre de los culpables.»

«Ningun mortal tiene bastante voz para cantar las glorias de Motezuma. Sus hazañas se pierden en su misma multitud, y su grandeza anonada al que intenta describirla.»

Y dejando el tono bajo y grave en que habian cantado hasta entonces por otro mas vivo y agudo, empezaron á gritar haciendo todo el ruido posible con sus instrumentos.

«¡Gloria á Motezuma! ¡Motezuma es el mas grande y mas poderoso monarca del mundo! ¡Gloria á Motezuma!»

Los sonidos de aquellos instrumentos, que eran los mismos que hacian oir en sus combates, y las palabras del canto que recordaban al emperador

(1) *Motezuma* significaba *príncipe fiero*.

todas sus victorias, habian escitado en su alma una especie de ardimiento belicoso. Brillaban sus ojos con un fuego de entusiasmo; coloráb̃ase su frente y acelerábanse los latidos de su corazon. En aquel instante no se le venian al pensamiento ni los pronósticos de sus teopixques, ni el poder de las armas de los españoles. Sentíase guerrero, valeroso, triunfante, invencible, y levantándose de la silla por un espontáneo movimiento de arrogancia, pareciendo tan alto como si creciese en aquel instante cuatro pulgadas mas, «¡Sí, esclamo, gloria á los valientes! ¡Gloria á los invencibles aztecas! ¡El imperio de Méjico es eterno como el sol! ¡Gloria á Méjico!»

Mil voces de alegria y entusiasmo respondieron á este exabrupto del monarca, y el grito de: «¡Viva Motezuma!» repetido por cien bocas, resonó largo tiempo por el palacio, encontrando eco en toda la servidumbre que ocupaba diferentes habitaciones.

Mandó retirar á los trovadores haciendo que sus ministros les ofreciesen varios regalos, y radiente de placer y de orgullo se volvió hácia Cortés diciéndole:

—Me he criado en los campos de batalla, y los cantos belicosos han sido el arrullo de mis sueños de niño. Todas mis grandezas como soberano son á mi corazon menos gratas que mis triunfos como guerrero. Motezuma ha nacido para los combates, y los peligros son sus fiestas.

En aquel momento llegaron á despedirse los juglares, y dijo jovialmente á Qucalutcaco:

—Dí, miingenioso loco, tu que te precias de adivino, ¿serán mayores mis hazañas futuras que las pasadas? ¿Me reserva el cielo todavía el placer de muchas victorias?

—Principia por vencer tu vanidad, dijo lentamen-

te el juglar, y habrás conseguido el mayor triunfo que puedes esperar ya sobre la tierra. ¿Deseas saber tu porvenir? Los diosos te lo tienen señalado, y en vano seria que consiguieses conocerlo si no has de poder evitarlo.

Estas palabras, á las que no prestaba el mismo que las proferia otro valor que el del atrevimiento y agudeza, hicieron tan terrible impresion en Motezuma que vieron palidecer su frente, y un estremecimiento súbito recorrió todos sus miembros.

El juglar se alejó haciendo contorsiones ridículas, y el emperador cayó desplomado en una silla.

Cortés, de pié junto á él, mirábale con profunda admiracion, no alcanzando á esplicarse la repentina mudanza ocasionada en el ánimo de Motezuma, hasta que alzando este la cabeza y fijándole una mirada de terror,

—¡Es verdad! esclamó. De nada sirve el esfuerzo del corazon cuando pesa sobre él la manodel destino. El hombre no puede contrarrestar el poder de los dioses, y los dioses no revocan jamás sus sentencias terribles.

Y despidiendo á Cortés con un silencioso saludo, quedó solo largo tiempo sumido en honda y tétrica meditacion. Atrevióse Guatimozin á interrumpirla entrando en la sala para convidarle á una pequeña fiesta que habia dispuesto su esposa para aquella noche en celebridad del aniversario de su casamiento: pero Motezuma se escusó pretestando una ligera indisposicion.

Salíase ya el príncipe, un poco enojado de la negativa, cuando levantándose súbitamente y acercándose á él Motezuma, le tendió los brazos diciendo con voz conmovida:

—Ven, Guatimozin, ven y olvida un instante la grandeza del monarca para que puedas compa-

decer los tormentos del hombre. Guatimozin, deja que descanse en tu pecho esta frente que se parte, y presta tu oido á las confianzas dolorosas de un padre desgraciado, que no por sí, sino por sus hijos y súbditos, siente estallar su corazon de dolor. Pero apresúrate á apagar todas esas luces importunas..... apresúrate, príncipe de Tacuba, porque ningun mortal debe ver llorar á Motezuma.

—¡Llorar! esclamó el príncipe como si tal muestra de debilidad le pareciese increible. Y apretando las manos del monarca con un movimiento convulsivo, ¡Desgraciado de aquel, añadió, que vea llorar á Motezuma y no lave con rios de sangre tan indigna flaqueza! ¡Desgraciado mil veces el que permita al sol alumbrar los ojos del hombre impio que haya sido causa de las lágrimas que el emperador de Méjico confia con vergüenza al misterio de la noche! Nombra ¡oh supremo Taltzin! nombra al miserable que así ha podido trocar tu grande ánimo, y gota á gota caerá su sangre inmunda para cubrir las manchas de tus lágrimas.

Motezuma levantó las manos y los ojos al cielo, y dijo con sorda voz:

—Allá estan, jóven presuntuoso, vé pues á pedir cuenta de mi flaqueza á los grandes espíritus que dirigen la suerte de los reyes.

Y volviendo á caer desfallecido en su taburete, hizo una seña al príncipe para que se retirase. Hízolo lentamente Guatimozin, y el emperador, que le siguió con la vista, esclamó con profunda desesperacion:

—Todos son valientes, generosos, magnánimos. ¿Qué han hecho, ¡inexorables dioses! qué han hecho los heróicos príncipes aztecas para merecer vuestra ira?

CAPITULO IV.

La fiesta popular.

La melancolía del emperador se hizo desde aquel dia mas constante y profunda, no siendo bastante á disiparla ni aun la llegada de su esposa, que volvió á Méjico despues de una corta ausencia.

Ocho años hacia que un feliz himeneo habia unido á Motezuma con la amable Miazochil, cuyas gracias y modestas virtudes le consolaron de la pérdida de la bella y altiva Maxaimazin, objeto de su primer amor y madre de Gualcazinla, de Tecuixpa y de tres niños que dejó en edad tierna. Menos hermosa Miazochil, pero mas dulce, habia cicatrizado con su ternura la herida dolorosa que aquella pérdida abrió en el corazon del monarca, de cuyo lado solo pudo arrancarla la necesidad de mudar de aires, como único recurso aun no probado para destruir una pasion de ánimo que iba alterando visiblemente su salud.

Sin fuerzas para resistir una larga separacion de su esposo y de un tierno hijo, único fruto de su himeneo, volvió Miazochil á la capital despues de pa-

sar algunas semanas en la ciudad de Tula, de la cual era señor un hermano suyo, y su regreso, deseado por el emperador, no produjo, sin embargo, el favorable efecto que esperaba.

La afeccion que iba dejando á Miazochil parecia trasladarse toda al ánimo de Motezuma, y su familia observaba con dolor aumentarse de dia en dia aquella enfermedad moral, contra la cual eran inútiles todos los esfuerzos del arte.

Si la llegada de la emperatriz no habia sido poderosa á restituir su alegría á Motezuma, sirvió al menos de pretesto á los príncipes para ensayar otros medios que le distrajesen de sus tristes cavilaciones, y movidos de este deseo, y acaso tambien por la vanidad de lucir su destreza delante de los españoles, pidieron permiso al monarca pare celebrar con la mayor pompa una de aquellas fiestas populares frecuentes en Méjico, y á las cuales no se desdeñaban de asistir los mismos soberanos.

Obtenido el consentimiento, se dispuso todo rápidamente bajo la direccion del señor de Iztacpalapa, y se señaló el dia y se eligió el sitio para una soberbia fiesta, que bien podremos llamar *torneo*, aunque no fuese precisamente igual á los de Europa.

Al rededor de un vasto circo formado en la gran plaza de Tlatelulco (1) se construyeron numerosas gradas en forma de anfiteatro para los espectadores, y algunos palcos espaciosos destinados á la familia imperial.

El dia 10 de diciembre, señalado para la funcion,

---

(1) Segun la mayor parte de los historiadores, podia contener aquella plaza de 50 á 60 mil almas.

amaneció tan sereno y hermoso en aquel clima feliz, como si tomase parte en el lucimiento de la fiesta.

A las diez de la mañana salió de su palacio Motezuma con su familia, conducidos en magníficos palanquines y acompañados de brillante comitiva. Apenas entraron en sus palcos voló por todos los ámbitos de aquel estenso campo, lleno ya de un numeroso concurso, el unánime grito de ¡*viva Motezuma*! ¡*viva la familia imperial*! y todas las manos tocaron la tierra en señal de veneracion.

Ocupó Motezuma la silla preferente en uno de los palcos, colocando á su derecha á su esposa y á su izquierda á Hernan Cortés, y ordenando se pusiesen detrás varios personajes.

Se colocaron en otro palco las princesas Gualcazinla y Tecuixpa con sus hermanos; y á espalda suya algunos señores y nobles damas de la servidumbre de palacio.

Estaban el emperador y su esposa lujosamente ataviados, deslumbrando con el resplandor de sus joyas, no siendo de inferior magnificencia el ornato de las princesas.

Llevaba la consorte de Guatimozin una ligera túnica de esquisita blancura, ceñida á su esbelto talle con un cordon de hilos de oro, de cuyos estremos pendian gruesas borlas que casi tocaban en sus pulidos pies, calzados con unas ligeras sandalias de purísima plata. Sus hermosos brazos, descubiertos hasta el hombro, estaban engalanados con diversos brazaletes de plumas de Tlanhtototl (pajaro cardenal) y de papagayo, y conchitas marinas de un bellísimo carmesí, engarzadas en arillos de oro. Caia su negra y sedosa cabellera sobre su redonda espalda, y brillaba en torno de su frente una diadema de

perlas, que convenia perfectamente á su severo perfil de emperatriz. Dos robustos cangrejos de oro colgaban de sus orejas, y llevaba en las manos innumerables sortijas de diversas y preciosas piedras.

Tecuixpa vestia una corta falda de color de rosa, sobre otra talar pajiza, ajustadas ambas á la cintura por una faja de piel de armiño cerrada por un broche de esmeraldas. Sobre su naciente seno, casi descubierto, se cruzaban varias cadenillas de oro con colgantes de pedrerías, y coronaba su cabeza, cuyos rizos numerosos le cubrian las orejas y parte del cuello, un penacho de plumas azules, sombreando agradablemente su rostro redondo y fresco, iluminado por dos ojos de fuego.

Plumas iguales á las de aquel penacho adornaban sus brazos, y sobre sus torneados tobillos subian trenzadas las cintas de color de rosa que sujetaban sus sandalias de oro.

Cortés y sus capitanes estaban tambien con todas sus galas militares. En el palco vecino al de las princesas se habian colocado los principales personajes estranjeros. Allí se veian el implacable Sandoval, el prudente Lugo, el fanático Dávila, el elegante Alvarado, que por su hermosura mereció entre los mejicanos el nombre de *Tonatioh*, que quiere decir *Sol*, pero en quien los vencidos nunca encontraron piedad. Allí estaban tambien Olid y el intrépido Orgaz y el jóven y gallardo Velazquez de Leon.

Las nobles mejicanas, cuyos ojos eran atraidos por un momento hácia las bellas facciones de Alvarado, se detenian con mayor complacencia en la noble y espresiva fisonomía de Velazquez, que por su parte correspondia á aquellas lisonjeras miradas con las suyas llenas de franqueza y de pasion.

Presentó aquel recinto un espectáculo verdaderamente magnífico, en el momento en que, abriéndose las barreras del circo por órden de los príncipes de Iztacpalapa, de Matalcingo y Xochimilco, que hacian las veces de mariscales de torneo y reyes de armas, aparecieron los contendientes.

Entraron sucesivamente cuatro cuadrillas de jóvenes guerreros vistosamente ataviados, con sus jefes al frente, y fueron desfilando por delante del palco régio, doblando la rodilla al saludar á Motezuma.

Mandaba la primera el soberbio príncipe de Tezcuco, cuyas atléticas proporciones encubria muy ligeramente el manto de finísimo algodon y de color purpúreo que caía en torno de su cuerpo, sujeto sobre el pecho con una hebilla de oro. Anchas plumas blancas y azules cubrian la especie de zagalejo que le caia desde mas abajo de la cintura hasta la mitad de los muslos, dejando enteramente desnudo el resto de su cuerpo.

Un carcaj de primoroso trabajo con labores de oro pendia á su espalda, y llevaba el arco en su mano derecha y en la izquierda un ligero escudo. Entrelazábase con las plumas del alto penacho que adornaba su cabeza una cinta roja, á cuyos estremos colgaban numerosas borlas del mismo color, en muestra de sus muchas hazañas y de su carácter de príncipe y caballero de la mas alta órden militar del imperio. (1) Seguiánle mas de 50 nobles

(1) Instituyó Motezuma varias órdenes militares: la mas distinguida era aquella á cuyo frente estaba el mismo emperador y á la que no podian aspirar sino los nobles de sangre real. La insignia de esta órden era una cinta roja, cuyas borlas eran en número proporcionado á las hazañas del caballero. (Véase á Solís.)

de sus Estados, vestidos de la misma manera y con iguales colores, siendo la mayor parte de ellos caballeros del Leon ó del Tigre, como lo advertian las figuras de dichas fieras pintadas en sus escudos.

Componian la segunda cuadrilla jóvenes de la alta nobleza de Tacuba, todos caballeros del Aguila, llevando por jefe al bizarro Guatimozin que, lo mismo que su primo el de Tezcuco, tenia la insignia de la órden suprema, con una cantidad de borlas que mostraba que eran sus hazañas mas numerosas que sus años. Los mantos de esta cuadrilla eran blancos, y sus plumas verdes y encarnadas.

Dirigia la tercera el príncipe de Cuyoacan, mancebo de aventajada estatura y acreditado valor, amigo íntimo de Guatimozin y amante favorecido de una hermana de este. Mostrábase orgulloso de llevar en su cuadrilla no solamente los primeros nobles de sus Estados, sino tambien algunos príncipes de los Estados vecinos: todos ostentaban como él mantos azules y plumas negras y blancas.

La última cuadrilla, dirigida por el príncipe de Tepepolco, llevaba mantos matizados de rojo y blanco; y plumas blancas y amarillas, formando aquella variedad de colores un conjunto galano y vistoso.

Los músicos, que ocupaban unas gradas bajo los palcos de la familia imperial, hicieron sonar á la vez sus caracoles, bandurrias, flautas y tambores, concertados del mejor modo posible, y cuya armonía, aunque no muy suave, tenia algo de belicosa.

Despues de varias danzas guerreras, ejecutadas por las cuatro cuadrillas al son de la música, cuyo compás seguian en el choque de sus escudos, comenzóse la lucha por el tiro de flechas.

Dos blancos se habian colocado en un mismo si-

tio. En la cima de una palma de plata de proporcionada altura se habia puesto horizontalmente una varita de unas quince pulgadas de largo, sostenida por un eje, sobre el cual giraba con rapidez al mas ligero impulso que se diese á alguno de sus estremos. A uno de estos estaba una fruta de corteza dura, algo mayor que una manzana, que, ahoradada por el medio, daba paso á un delgado cordon que la sujetaba á unos anillos de plata que habia en aquella punta de la varita. Al otro estremo de esta se veía igualmente sujeto un pajarillo de plata muy ligero, para equilibrar con su peso el de la fruta; pues el objeto que en aquella punta debia servir de blanco era una rodelita de madera, que apenas llegaba al grandor de una peseta, pendiente del pico del pájaro.

La fruta era el blanco general de los tiros, y la rodelita solo se ponia para que los mas diestros archeros pudiesen, si lo deseaban, ensayar algunos tiros de mayor dificultad.

Ninguno, sin embargo, se mostró decidido á aventurar una prueba de tan fácil malogro, y todos eligieron el primer blanco, probando su destreza la mayor parte de ellos. La fruta quedó bien pronto cubierta de flechas, y otro tanto sucedió á varias mas que sucesivamente la sustituyeron; pues de 225 flechas que se dispararon, las 200, por lo menos, dieron en el blanco á 40 pasos de distancia. A cada tiro feliz la vara giratoria daba vueltas como una rehilandera, durando el aplauso de los espectadores lo que tarbaba la vara en detener su giro y otro archero en presentarse.

Difícil era declarar un vencedor en contendientes tan igualmente hábiles, y ya los mariscales

—que este nombre daremos á los directores de lo juegos—iban á ordenar se comenzasen otros, cuando saliendo de un grupo de su cuadrilla el arrogante príncipe de Tezcuco, declaró en altas voces que iba á clavar una flecha en la casi invisible rodela que sostenia el pájaro.

Toda la atencion se fijó entonces con profundo silencio en el atrevido archero, que plantándose con serenidad y desembarazo en la línea que señalaba los 40 pasos de distancia del blanco, sacó de su carcaj una flecha, acomodóla con cuidado en el arco que levantó pausadamente hasta nivelarlo á sus cejas, miró de hito en hito al diminuto blanco que apenas podrian divisar ojos menos perspicaces, y adelantando un pié, hizo volar la flecha que, despedida por tan robusto brazo, imprimió un movimiento rápido á la vara, en el momento de clavarse en el centro de la rodela.

Unánime aclamacion le proclamaba vencedor, cuando, acallándose subitamente, volvió á reinar un silencio profundo. Guatimozin habia aparecido en la línea con el arco en la mano y en actitud de disputar el triunfo á su orgulloso primo. La vara giraba todavía con mucha rapidéz, y sonriéndose Cacumatzin miraba aquel largo movimiento que probaba la fuerza de su brazo, y comenzó á decir al príncipe de Tacuba con altanera confianza:

—Aprovecha el largo tiempo de reflecsion que te impone la volubilidad del blanco, y no aventures una prueba, en la cual no tienen dos hombres el acierto de Cacu......

No acabó de articular su nombre el príncipe de Tezcuco. La flecha de Guatimozin, sorprendiendo á la varita en su rápido giro, se habia clavado en la

flecha misma del Tezcucano, que cayó en tierra hecha menudos fragmentos; y recibiendo un impulso contrario al que traia, la varita comenzó á voltear en opuesta direccion.

Un silencio de asombro siguió á este maravilloso tiro, hasta que, recobrados algun tanto los espectadores, prorrumpieron en desaforados aplausos.

Ningun archero osó disputar el premio al esposo de Gualcazinla, que conducido en triunfo por los mariscales, lo recibió puesto de rodillas de manos de aquella idolatrada hermosura.

Felicitáronle á porfía los mismos vencidos, y los guerreros españoles le saludaron como á un archero sin igual, recibiendo él con modesta dignidad todas aquellas lisonjeras demostraciones, y buscando un premio más dulce en las miradas de su bella esposa. Comenzóse despues el juego de la pelota, que consistia en mantener por largo tiempo en el aire unas bolas elásticas, despidiéndolas con pequeñas palancas cada vez que descendian, hasta llevarlas hácia una línea trazada á mucha distancia. En este juego ninguno de los príncipes pudo igualar la destreza de dos jóvenes hermanos de la cuadrilla de Guatimozin. Eran aquellos adolescentes hijos de un valiente general muy estimado por Motezuma: llamábanse Naothalan y Cinthal, y nacidos en los Estados del soberano de Tacuba, padre de Guatimozin, habian profesado siempre un particular cariño á este jóven príncipe. El triunfo que acababan de obtener en la pelota le fué por tanto sumamente grato, y él mismo los llevó á recibir de mano de Tecuixpa el premio de su habilidad, que consistia en dos ricos brazaletes.

Comenzóse despues la lucha: cada atleta eligió su

contrario, y Cacumatzin, celoso de haber sido superado en el tiro de flechas por su jóven primo, le desafió con altas y corteses palabras.

—Ven, pues, admirable archero, le decia, y si quires que te perdone el haberme quitado la dicha de recibir el carcaj de oro de la hermosa mano de Gualcazinla, hazte digno en la lucha de una de las coronas que la augusta emperatriz debe ceñir á la frente de los vencedores.

No esperó segunda provocacion el yerno de Motezuma, y arrojando el manto y el carcaj dejó descubiertas las bellas formas de su blanco cuerpo; formas delicadas en comparacion de las hercúleas que al desnudarse dejó patentes su adversario.

Por grande que fuese la opinion que los espectadores tenian formada de la destreza del príncipe de Tacuba, no hubo ninguno que al hacer involuntariamente aquel cotejo se atreviera á pronosticar su victoria, y como era generalmente amado y el carácter violento de Cacumatzin no escitase las mayores simpatías, hubo un momento de emocion general, en el cual todas las miradas, fijas en el jóven combatiente, parecian suplicarle renunciase á una lucha desigual, cuyo éxito no podia serle favorable.

Notólo Guatimozin, y una imperceptible sonrisa de desden pasó fugaz sobre sus lábios, mientras su arrogante adversario paseaba la vista por todos los espectadores, como si buscase testigos de su infalible triunfo.

A una señal de los mariscales, los contendientes se lanzan uno sobre el otro, y la primera embestida de Cacumatzin es tàn vigorosa, que su contrario se bambolea un momento entre sus membrudos brazos, y un grito unánime espresa el temor de los

espectadores. ¡*Animo, valor, príncipe de Tacuba*! esclaman. La esperanza renace prontamente: Guatimozin ha logrado desembarazarse de su antagonista, como un anguila que se escurre de la mano del niño que procura empuñarla, y acometiendo á su vez echa su brazo izquierdo en torno de la cintura de Cacumatzin, y asiéndole con el derecho por el cuello, le dá violentas sacudidas, á las que resiste el atleta como una ceiba azotada por el huracan.

Hace el jóven príncipe mayores esfuerzos y no permanece ocioso su enemigo. Sus brazos se enlazan como dos bejucos que se abrazan á un mismo tronco; se sacuden, se oprimen, se rechazan mutuamente y vuelven á trabarse con mayor tenacidad. La fuerza de Cacumatzin agovia repetidas veces á su adversario: la elasticidad y ligereza de este burlan otras tantas los esfuerzos de aquel, y empiezan á fatigarlo.

Aprovecha uno de estos momentos de cansancio Guatimozin, y embiste con mayor denuedo; persigue, estrecha á su enemigo; enlázale, sacúdele con todas sus fuerzas, y procura inclinarle hacia un lado. En efecto, una de las rodillas del príncipe de Tezcuco se dobla al impulso, y su mano izquierda casi toca la tierra. Los espectadores abren la boca para gritar ¡*victoria*! cuando enderezándose rápidamente el robusto mancebo, y rujiendo como el leon que acaba de romper la red que lo aprisionaba, arremete á su adversario con irresistible pujanza.

La lucha entonces es rápida y sin tregua. Los dos cuerpos parecen uno solo: apriétanse pecho con pecho; se enlazan brazos y piernas; la cabeza de cada uno se apoya en el hombro del otro para dar mayor

uerza al empuje: caen á tierra sus penachos; mézclanse en desórden sus negras cabelleras; corre el sudor por todos los miembros de ambos; levántase en torno una espesa polvareda, y se oye el trabajoso resuello que sale de sus pechos á manera de ronquido.

Una palidez profunda cubre á Guatimozin, mientras parece que brotan sangre las mejillas y el desnudo pecho del Tezcucano. Pero ninguno cede, ninguno afloja, y ambos, sin embargo, parecen próximos á sucumbir.

El príncipe de Iztacpalapa dá una voz y arroja en medio del circo la insignia de su autoridad, á cuya demostracion cesa repentinamente la lucha.

—Príncipes, dice entonces: ambos habeis merecido la gloriosa corona.

El pueblo aplaude con entusiasmo aquella justa decision, y la emperatriz previene iguales premios para los dos combatientes, que permanecen algunos minutos jadeando, sin voz y casi sin aliento. Mientras habian luchado aquellos dos diestros lidiadores, otros muchos combates del mismo género habian tenido lugar en aquel recinto. Los mas notables vencedores habian sido el príncipe de Cuyoacan, que echó por tierra á tres robustos competidores, y el jóven Naothalan, que habia conseguido derribar al cacique de Otumba, despues que este habia triunfado de dos adversarios, uno de los cuales era Cinthal, hermano del osado jóven que le arrebató despues la victoria.

Premiados los vencedores, la fiesta tomó un carácter mas popular. Nobles y plebeyos se mezclaron y confundieron en el vasto recinto: los músicos sustituyeron tocatas alegres á los sonidos fuertes y belicosos, y comenzó el baile, en el cual el mas orgulloso

príncipe no se desdeñaba de tener por pareja á la hija ó mujer del labrador y del artesano.

Sucedíanse los corros; confundíanse los trajes lujosos con los ridículos; la alegría tomaba un carácter de delirio, siendo de admirar que en medio de aquel aparente desórden que mezclaba las clases y los sexos, no aconteciese jamás la menor desgracia; pues aquel pueblo inmenso, en su casi frenético placer, no incurria en ningun esceso contrario á la razon ni á la decencia.

Comió aquel dia en público el emperador, y duró la fiesta hasta la proximidad de la noche, hora en la que se volvió con su familia y los capitanes españoles al palacio, donde se habia dispuesto un refresco ó ambigú en obsequio de los príncipes vencedores.

Cortés, que buscaba todos los medios posibles para imponer respeto é inspirar admiracion, aprovechó la oportunidad de aquella fiesta, que se habia celebrado con pretesto de la llegada de la emperatriz, para decir á Motezuma que deseaban tambien los españoles festejar aquel fausto acontecimiento, y le pedian permiso para tener al dia siguiente una de las fiestas militares que se estilaban en su pais, la cual esperaba honrarian con su presencia el emperador y su familia.

ConcedióIo Montezuma agradeciendo el obsequio, y entró en palacio apoyado en el brazo de Cortés, como dos amigos que se conocen de largo tiempo. No era afectado, sin embargo, el cariño que mostraba á aquel capitan; pues bien que se hubiese persuadido de que una grande y próxima calamidad le amenazaba, y de que eran aquellos estranjeros los ministros que habia escogido el terrible Tlacate-

colt (1) para ejecutores de su ira, sentia como á pesar suyo una especie de inclinacion hácia Cortés, y parecia ligado á él por un sentimiento estraño, en que se mezclaban el afecto que le inspiraba por sus prendas militares, atrevido carácter y despejado talento, y el temor que estas mismas cualidades debian darle colocadas en un enemigo.

Estos pensamientos le acompañaron en la fiesta de familia que aquella noche se celebró en palacio, y la espresion adusta y melancólica de su semblante afligió á la tierna y tímida Miazochil que, ignorante de la causa, creyó haber enojado involuntariamente á su esposo.

Guatimozin, que observaba como ella á Motezuma, inquietábase al ver que nada alcanzaba á disipar su tristeza, é inquietábase tambien al notar el valimiento que iban tomando los estranjeros con el atemorizado monarca.

Hernan Cortés por su parte, ajeno á lo que pasaba á su al rededor, fatigado de unos placeres en los cuales no tomaba parte, absorvíase con frecuencia en sus ambiciosas esperanzas, y meditaba los medios mas seguros de apresurar su realizacion.

De otro género eran los cuidados que en aquella noche turbaban el ánimo del príncipe de Tezcuco, pero no menos importantes para su corazon.

Veia el fogoso jóven con torvos ojos fijos sin cesar los de Velazquez de Leon en la graciosa Tecuixpa,

---

(1) Dios del mal. Algunos historiadores españoles han confundido este nombre con el de Tezcalepuzca, que era el Dios creador, alma del mundo y rey del cielo.

y el rubor y la emocion que aquella muda preferencia causaba en la jóven princesa heria cruelmente el orgullo y la pasion del Tezcucano. Amaba á su prima, que hacia cerca de dos años le estaba prometida por esposa, y aunque este compromiso no hubiese costado repugnancia á Tecuixpa, sabia Cacumatzin que nunca sus palabras mas apasionadas habian escitado la dulce agitacion que con solo sus miradas producia el estranjero.

Devoraban sus ojos al jóven capitan y era menester todo el respeto debido á Motezuma para que contuviese su celosa ira.

En medio de todos aquellos semblantes, que espresaban diversas agitaciones, conservaba únicamente Gualcazinla su magestuosa calma.

No le habia revelado su esposo las inquietudes del emperador, ni concebia ella que pudiesen existir. Los españoles eran á sus ojos unos hombres peligrosos por su religion y sus cieneias: acaso los aborrecia como enemigos de sus dioses; acaso les temia como capaces de corromper la sencillez de sus costumbres; pero no se le habia ocurrido todavía la idea de que pudiesen ser destructores del mas poderoso imperio americano.

Conservaba serena como su alma su hermosa y soberbia frente, pareciendo en aquella imponente tranquilidad un ser de naturaleza superior á la humana.

Retiráronse los españoles concluido el refresco, y Motezuma se apresuró á encerrarse en su habitacion sin dirigir una palabra de cariño á su desconsolada esposa, que con los ojos llenos de lágrimas corrió á exhalar en su solitario lecho mil tiernas quejas por su inmerecido abandono.

Gualcazinla y Guatimozin, privados de su precioso hijo en todo el dia, se apresuraron tambien á retirarse para cubrirle de besos, y solamente Tecuixpa permaneció en su silla, preocupada con sus pensamientos. Acercóse á ella Cacumatzin y la dijo con alterada voz:

—¿En qué te distraes tanto, Tecuixpa? ¿piensas en las atrevidas miradas del imprudente estranjero, y en lo que habrá padecido mi corazon obligado á retardar su castigo?

Volvióse hácia él la princesa con un gracioso gesto de desden, y contestó:

—Cacumatzin, tus palabras son á veces tan desagradables como la voz del cojotl ó la del cuguardo (1), y se pareee tu corazon á la gran montaña de popocatepec (2) que se embravece sin motivo vomitando fuego, y sin motivo se aplaca.

—¿Piensas, pues, Tecuixpa, esclamó indignado el príncipe, que se calmará mi ira sin castigar al culpable?

—Pienso, respondió ella con impaciencia, que harias muy mal en castigar una ofensa de la cual no se queja la ofendida, y que tus celos son mas atrevidos que los ojos del estranjero.

Juntáronse las cejas del príncipe por la contraccion que la cólera produjo en sus facciones; pero reprimiéndose trabajosamente:

—Severa estás conmigo, Tecuixpa, dijo, y acaso te conviniera mas guardar esa severidad para aquel

---

(1) Animales feroces de aquella parte de la América.
(2) El volcan.

que sin ningun derecho ni disculpa ha perseguido tus ojos toda la noche, sin respetar tu rango ni tu modestia; pero supuesto que no te crees ofendida que llamas celos atrevidos mi justa indignacion, yo buscaré á ese estranjero y castigaré en él, no ya la osadía de mirarte, sino la fortuna de no haberte ofendido.

Una sonrisa burlesca y de infantil malicia fué la sola respuesta de la doncella, y marchóse dejando confuso y colérico al enamorado príncipe.

Permaneció un momento pensativo, y en seguida lanzóse fuera del salon murmurando con amargura: ¡Motezuma! ¡Motezuma! ¡desgraciado de tí si fuera tan fácil á los estranjeros conquistar tu imperio, como el corazon de tus hijas!

CAPITULO V.

La revista.

En el dia siguiente al de la fiesta popular, dispu-
o Hernan Cortés pasar revista á su ejército en el
nismo circo en que se habia celebrado el que llama-
nos *torneo*, y, segun lo habia ofrecido, asistió á aque-
la funcion militar el emperador con todos los prín-
ipes y princesas.

Inmenso era el gentío que se agolpaba á la plaza
on el anhelo de ver la fiesta de los estranjeros. No
abiendo el pueblo en las gradas del anfiteatro, coro-
ábanse de espectadores todas las azoteas de las ca-
as vecinas, y pintábase en todos los semblantes una
uriosidad mezclada de inquietud.

Formóse la tropa española en órden de parada y
l frente se puso el general perfectamente armado,
primiendo el lomo de un soberbio caballo que, tas-
ando el freno con impaciencia, le cubria con copos de
lanquísima espuma. Estaban igualmente á caballo
dos los capitanes, entre los cuales se distinguian
lvarado y Velazquez de Leon, el uno por su elegan-
a y hermosura, y el otro por su gallardía y nobleza.

Previniéronse algunas piezas de artillería bajo la direccion de los mas diestros oficiales, y á la sola vista de las formidables máquinas reinó un silencio de asombro en aquella inmensa multitud.

Al entrar Motezuma en el palco dispuesto para él y su familia, hiciéronle las tropas los honores militares debidos á su clase, y Velazquez de Leon, cuyos ojos se fijaron en la linda Tecuixpa, hizo caracolear su yegua torda al bajar con respeto delante de la jóven la aguda punta de su espada de Toledo.

El dócil bruto, como si comprendiera y participase de los deseos de su dueño, enderezó las orejas, sacudió con orgullo la espesa y larga crin, y comenzó á lucirse, ya piafando con lentitud, ya dando graciosos corcovos, ya levantando con altivez la cabeza ú ocultándola con coquetería entre sus delgadas piernas.

Púsose pálida Tecuixpa temiendo que la fiereza del bruto no pudiese ser dominada por el imprudente ginete que no pensaba mas que en mirarla, y le espresó con un gracioso gesto que no queria por entonces se ocupase tanto de ella. Aquel interés inocente lisongeó infinito al jóven castellano, que dió gracias á la princesa con una mirada que fué perfectamente comprendida, pues volvieron los colores al gracioso rostro de la niña. En aquel instante, una espuela diestra y oportunamente clavada, mientras se sujetaban muy cortas las bridas, obligó á la yegua á dar un bote, y cubriéndose los ojos Tecuixpa, arrojó un grito creyendo que el ginete habia caido.

Cuando descubrió sus ojos y miró ansiosamente buscando al temerario, encontróle muy firme en su silla, con una sonrisa sobre los lábios y una espresion de amor y gratitud en la mirada. Su agitacion y alegría fueron entonces tan escesivas, que algunas

dulces y cristalinas lágrimas acudieron á sus párpados, y apresuróse á ocultarlas bajo el velo de sus negros y rizados cabellos. ¿Pero qué cosa perteneciente al objeto querido puede ocultarse á los ojos de un amante? Velazquez de Leon vió el precioso llanto, y hubiera dado diez años de su vida por poder secarlo con el fuego de sus lábios.

Pasó Cortés revista al ejército haciéndole desfilar en columna, hasta situarse en el frente de la plaza opuesto al palco de Motezuma, y ordenó en seguida varias evoluciones, todo lo cual veian los mejicanos con atenta admiracion. Motezuma, Guatimozin, Quetlahuaca y aun Cacumatzin, celebraban con entusiasmo aquellos ejercicios militares, en los que se descubria la pericia del general, el cual mandó terminar las evoluciones con un fuego bien sostenido por la artillería é infantería, que hizo perder su presencia de ánimo á los mejicanos.

Al prolongado estruendo vióse huir á los unos despavoridos; los otros se tendieron por el suelo cubriéndose las caras con las manos, y aun los mas animosos sostuvieron con gran trabajo una serenidad afectada.

Tembló Motezuma, aunque valiente, al estampido, perdiendo la color del rostro; pero un instante despues procuró sonreirse aparentando complacencia.

Volvióse Guatimozin al de Tezcuco y le dijo:

—¿Crees todavía, príncipe, que son despreciables como enemigos esos estranjeros, que dominan asi la ferocidad de los brutos, y roban al cielo la ciencia misteriosa con que cria el fuego y hace bramar al rayo?

Movió la cabeza y respondió con arrogancia:

—Aun cuando fuesen hijos del mismo Huitzilopozeli no pudieran imponer miedo al ánimo de Cacumatzin.

—Eso no basta, dijo con amarga sonrisa el príncipe de Tacuba; de poco sirve tu valor personal (que sin duda no admira á ninguno de cuantos sienten correr por sus venas la sangre de Motezuma), mientras no logres inspirarlo á ese pueblo que huye ó se postra al oir los truenos de las armas estranjeras.

La conversacion de los dos príncipes fué interrumpida desagradablemente. La emperatriz se habia desmayado de resultas del terror, y las princesas, no menos asustadas, enviaron á llamar á Guatimozin para que las hiciese conducir al palacio.

Imposible fué á Cortés calmar el terror del pueblo, aunque debemos confesar que no hizo grandes esfuerzos para conseguirlo. Disolvióse en un momento la multitud, y las tropas españolas volvieron á su cuartel por calles desiertas, de las que se alejaban los mejicanos con una especie de religioso miedo.

Cortés y algunos de sus capitanes acompañaron á caballo las literas del emperador y su familia, hasta dejarlas á las puertas de palacio, donde se despidieron con atentas y respetuosas palabras, manifestándose pesarosos del susto que habian causado á la emperatriz y princesas.

Apenas se vió dentro de su palacio Motezuma, cuando ordenando á las mujeres del servicio de las princesas que las llevasen á sus habitaciones, é hiciesen venir á sus juglares y enanos para distraerlas y alegrarlas, se encerró en su aposento, llevándose consigo á los príncipes de Tezcuco, de Tacuba y de Iztacpalapa.

Echóse de repente en una silla, y dijo con voz alterada:

—¿Habeis visto, príncipes, habeis visto á ese pueblo inmenso huir al estruendo de las armas españolas,

como una tropa de tímidas palomas al grito del gavilan?

—Castiga, gran señor, dijo airado Cacumatzin, castiga esa vergonzosa cobardía, indigna del nombre mejicano.

—¡Castigarla! esclamó Guatimozin. ¡Pues qué! ¿puede el castigo inspirar el valor? ¿Y por qué llamar cobardìa al espanto natural que produce la primera vista de un fenómeno desconocido? No castigos, seguridades es lo que necesita el pueblo mejicano: en vez de aumentar el terror, ocupémonos en disiparle: hagamos comprender la naturaleza de esos rayos que creen bajados del cielo á las manos de los españoles; familiarizémosle con esas armas que apenas han visto; inspirémosle confianza en su valor y en nuestra prudencia, y sobre todo, lancemos cuanto antes de nuestro suelo á esos estranjeros, á quienes ningun motivo plausible detiene ya entre nosotros.

Movió Motezuma la cabeza y dijo con profunda emocion: ¡lanzarlos!...¿qué nos han hecho para justificar tal ultraje? ¿y pensais que lo dejarian impune? Los Dioses que los han traido á nuestro suelo por ocultos designios de su sabiduria ó de su ira, ¿les abandonarian en aquel trance?

—No les protege otro Dios que nuestra flaqueza, esclamó con indignacion Cacumatzin, y sobrado crimen es en ellos el haberla inspirado.

—Poderoso emperador, dijo Quetlahuaca, me atrevo á aconsejar á tu sabiduria que ordenes nuevos sacrificios, y que consultes al gran sacerdote para que nos revele la voluntad de los Dioses.

—Hágase como lo dice mi ilustre hermano, respondió Motezuma, y mandó al instante que se previniesen sacrificios y avisasen al pontífice que iria aque-

lla tarde el mismo emperador á consultarle sobre importantes negocios del Estado.

Mientras estas cosas pasaban en la régia cámara, los capitanes españoles, que tenian ya recogida su tropa, se esparcian por la ciudad buscando entretenimiento.

Visitaban unos las armerias reales examinando con curiosidad y admiracion los trabajos de los artífices mejicanos; otros se iban á pasear por los jardines de los palacios del emperador, en todos los cuales tenian entrada franca por particular obsequio; algunos se embarcaban en las piraguas que surcaban las aguas de la gran laguna, y los de mas talento buscaban útil recreo instruyéndose de las costumbres de aquel imperio, recorriendo los colegios y escuelas de enseñanza pública, y visitando á los artistas, oradores, poetas é historiadores de mas fama en el pais. (1)

Muy distinto pasatiempo era el de Velazquez de Leon. Rondaba el jóven por las cercanias de palacio buscando en su pensamiento algun medio para poder esplicarse con Tecuixpa. Ora determinaba aprender la lengua mejicana; ora, pareciéndole muy lento aquel recurso, se resolvia á intentar medios estraordinarios para darla á entender su pasion.

---

(1) En una nacion que poseia el mas bello y espresivo lenguage (dice el abate Clavijero hablando de Méjico), no podian faltar oradores y poetas. Los embajadores y consejeros aprendian la elocuencia, y las escasas muestras que se han conservado de las arengas gratulatorias que se hacian á los reyes, dan testimonio de la precision, elegancia y gravedad que caracterizaba á los oradores aztecas. La poesía, á juzgar por los fragmentos llegados á nosotros, estaba aun

Vagaba todavía pensativo por la plaza atisbando indiscretamente las ventanas de la habitacion de la jóven princesa, cuando vió salir sin acompañamiento al emperador con los príncipes de Iztacpalapa, Tezcuco, Tacuba y los otros consejeros de Estado, que subiendo silenciosamente á sus literas, tomaron el camino de uno de sus mas cercanos templos.

Atrevióse entonces á aproximarse á palacio, y como iba ya oscureciendo, pudo situarse, sin ser notado, debajo de las mismas ventanas de Tecuixpa, é inspirándole su amor temeridad, sacó una pequeña flauta y comenzó á tocar muy pianito una cancion amorosa que habia aprendido en su niñez.

Cuando sentia las pisadas de alguno que atravesaba la plaza, suspendia su música y se ocultaba detras de una disforme estátua que allí habia; y cuando la plaza estaba sola volvia á su puesto y á su música.

La ventana, sin embargo, permaneció cerrada, y ya muy entrada la noche se retiró el enamorado jóven, asaz mohino del poco éxito de su tentativa.

Poco despues regresó el emperador, y cualquiera que hubiese visto la espresion de su rostro habria adivinado que los oráculos celestiales no habian sido en manera alguna satisfactorios. Al observar su

---

mas adelantada que la elocuencia oratoria: brillante y figurada como la oriental, distinguíase ademas por la delicadeza de la espresion.

Solís hace tambien mencion de los historiadores y poetas aztecas, entre los cuales sobresalian los tezcucanos, por ser su ciudad el centro de la civilizacion mejicana. Un distinguido escritor ha dicho hablando de Tezcuco que era la *Atenas de América*.

profunda tristeza no osaban hablarle los príncipes que le acompañaban, á los cuales despidió secamente, retirándose solo y sombrío á su aposento.

—Las palabras del Hueiteopixque, (1) dijo uno de los consejeros, no han sido propicias á lo que parece. El dolor ha aferrado entre sus garras el corazon de Motezuma.

—Son las hechicerías de los estranjeros, repuso Cacumatzin, las que trastornan su grande espíritu.

—Príncipes, dijo Guatimozin, lo mas sensible en todo esto es que el soberano, entregado á sus cavilaciones, descuide lastimosamente los importantes cuidados del imperio. Preciso es que le estimulemos á

---

(1) En la lengua mejicana, como en la griega, se compone una palabra de dos, tres ó cuatro simples. *Teopixque*, que significa *sacerdote*, como hemos advertido antes, es una voz compuesta de *Teotl*, que quiere decir *Dios*, y del verbo *pia* que es *custodiar*. Anteponiendo á dicho nombre compuesto el adjetivo *Huei* que significa *grande*, formaban una nueva composicion que significa *gran custodio de Dios*, pero que debe traducirse *gran sacerdote* ó *pontífice*. Daban tambien los mejicanos al individuo revestido de la suprema dignidad sacerdotal el título de *Teoteuctli*, otra voz compuesta que quiere decir *caballero de Dios*, ó, segun Clavijero, *señor divino*.

Por medio de tales composiciones daban en una sola palabra el nombre y la definicion de la cosa.

Conveniente nos parece observar aquí que no hay lengua que abunde tanto como la mejicana en nombres verbales y abstractos: no hay en ella verbo del cual no se hagan numerosas diferencias verbales, ni sustantivo ó adjetivo de que no se formen abstractos.

sacudir esa indigna pereza, y que, dejando por ahora las consultas con los sacerdotes, conceda audiencia á sus súbditos, y vuelva á mostrarse poderoso príncipe y padre benigno.

—En vano intentarás devolver su grandeza y sabiduría al desgraciado monarca, esclamó Cacumatzin, mientras no alejes de su sagrada persona á esos advenedizos, que empiezan haciéndole perder la razon, y serán causa al fin de que pierda tambien la corona y la vida.

Dijo, y se alejó muy ageno de sospechar él mismo toda la exactitud de aquel vaticinio.



CAPITULO VI.

La audiencia.

Las instancias de los príncipes y consejeros, y acaso tambien el deseo del mismo Motezuma, que creia conveniente ostentar á los ojos de los españoles toda la sabiduría de su gobierno, para hacerles olvidar en cierto modo sus atrasos en el arte de la guerra, le decidieron á conceder una solemne audiencia á sus vasallos, convidando para presenciar el acto á Córtés y sus capitanes.

Una hora antes de abrirse la audiencia se trasladaron estos al palacio del emperador, donde fueron recibidos por los ministros, que les instruyeron de algunas particularidades de su gobierno.

Aquella conversacion no fué desagradable á Cortés, y sus curiosas preguntas dieron vasto campo á los ministros para estenderse en esplicaciones.

—Las leyes por medio de las cuales gobiernan nuestros reyes á sus numerosos súbditos, dijo Cortés, constan escritas y pasan fácilmente de este modo de soberano á soberano y de siglo á siglo. Pero vosotros, ¿de qué manera conservais y perpetuais vuestras leyes?

—Aunque no haya alcanzado nuestra sabiduría, respondió Guacolando que era el mas anciano de los ministros, á comprender esos signos que llamais letras, no carecemos de otros que suplen su falta, y por cuyo medio trasmitimos á nuestros nietos las historias de nuestros reyes y grandes generales, y los acontecimientos memorables de que somos testigos. Los signos á que me refiero no se parecen á los vuestros, ni podemos trazarlos en el lienzo ó en el icxolt (1) con tanta rapidez como pintais vosotros en esas hojas finísimas que llamais papel; pero tienen igual uso y destino, y nos bastan para glorificar los nombres y hechos dignos de eterna alabanza.

Por lo que hace á nuestras leyes, jamás hemos pensado que tuviésemos necesidad de escribirlas. Nuestros ascendientes nos las trasmitieron sin este ausilio, y nosotros cuidaremos de trasmitirlas á nuestros descendientes, siendo la costumbre un monumento mas indestructible que todos los signos inventados para dar forma á la palabra. Pensamos ademas que no deben existir leyes absolutas: que no pueden preveerse en ellas todos los casos posibles, y que la sabiduría de los reyes debe solamente juzgar con equidad las diferencias que pueden existir entre aquellos que aparentemente sean iguales. Por eso damos á nuestros monarcas el derecho de alterar la costumbre cuando lo aconseje la justicia.

Nosotros creemos que la sabiduría de los dioses ilumina el entendimiento de los reyes; pero como comprendemos que un solo hombre no puede atender á todos los cuidados de un gran pueblo, nos re-

(1) El *icxolt* de los mejicanos era una especie de papiro. Algunos historiadores españoles le llaman amalt.

signamos á que llame en su ausilio á los nobles de conocida virtud, capacidad y esperiencia. Asi es, que tenemos varios ministros con diversas atribuciones y prerogativas: uno que cuida de la hacienda pública y del real patrimonio; otro que administra la justicia; otro que atiende al sostenimiento del ejército y á sus premios y castigos; otro para el comercio y abasto público, y el supremo consejo de Estado que preside siempre el rey. En este consejo no son admitidos sino los ancianos electores de sangre real, y los príncipes de Tezcuco y de Tacuba, en quienes es hereditaria esta prerogativa.

Tenemos ademas varios tribunales. En todas las principales capitales hallareis un magistrado revestido de estensa autoridad, destinado esclusivamente á administrar justicia. Subordinados á este existen otros jueces inferiores, que conocen en las causas civiles ó criminales en primera y segunda instancia: en las causas de la primera clase su sentencia es inapelable: en las de la segunda puede apelarse al magistrado supremo. Aparte de los espresados tribunales de justicia, existen en Méjico algunos otros para velar por la seguridad pública y perseguir á los ladrones y perturbadores del órden; para cuidar de la limpieza de las calles y buena direccion de los trabajos públicos; para el arreglo y distribucion de los correos, (1) y uno, en fin, cuya única atencion

(1) Habia correos establecidos en todo el imperio, por cuyo medio se comunicaban rápidamente las disposiciones del gobierno á las mas remotas provincias. En aquella època no existía en Europa igual establecimiento.

Imponiánse en Méjico gravísimas penas á cualquiera que detuviese ó maltratase á un correo.

es el inspeccionar las escuelas de enseñanza. Tenemos muchas de estas gratuitas para la gente vulgar, y seminarios de nobles, y colegios de niñas presididos por matronas.

Absorto estaba Cortés escuchando al ministro mejicano, y le dijo sin esforzarse por encubrir su admiracion:

—Vuestro gobierno me maravilla: paréceme que hay en él tanto acierto como armonía, y quisiera saber cuales son los delitos que en vuestras leyes penales merecen el castigo capital.

—El robo sin necesidad probada, respondió Guacolando, la rebelion ó desacato al emperador, la heregía, la falta de integridad en los ministros y funcionarios públicos, el adulterio, el asesinato y la embriaguez repetida. Tambien tienen entre nosotros gravísimas penas los que cometen incesto en primer grado de parentesco; los reos de delitos nefandos contra la castidad, mayormente si son sacerdotes, y el oficial que pierde por cobardía ó descuido el estandarte sagrado del imperio.

—Y estas audiencias estraordinarias, una de las cuales vamos hoy á presenciar, dijo Cortés, ¿qué objeto tienen, siendo asi que la justicia es constantemente administrada por el tribunal competente?

—En estas audiencias, satisfizo el ministro, escucha el emperador por sí mismo las quejas de sus vasallos; ¿y cómo pudiera saber de otro modo si sus ministros desempeñan con acierto é integridad sus cargos y destinos?

—Y sin embargo, repuso el español, he oido quejarse á muchos señores mejicanos del despotismo y arbitrariedad de Motezuma.

—Muchos *Tlatoanis*, respondió el anciano, son soberbios y descontentadizos, y tienen mala voluntad

á su monarca, cuya justicia castiga severamente sus demasías: pero lo que mas les desagrada, es que se les haya despojado del injusto privilegio de ejercer enormes exacciones sôbre sus vasallos, sin estar ellos obligados á pagar tributo al emperador. Cumplian en otro tiempo con acudir al ejército con sus vasallos en tiempos de guerra; mas al presente están obligados á venir por turno á prestar sus servicios personales en palacio, y hallándose impuestos los tributos con mas justa regla, saben que tienen que soportar una parte del fondo público. Estos tributos son á proporcion de las tierras que se posean, ya heredadas, ya adquiridas: los mercaderes y artesanos contribuyen tambien con una parte de sus efectos y manufacturas, que se venden en el mercado, y los que ejercen cargos ó empleos lucrativos, ceden una pequeña utilidad de las que gozan por sus sueldos ú honorarios.

—¿Goza del derecho de propiedad la clase plebeya entre vosotros? preguntó Cortés.

—Sí, aunque de un modo diferente que la nobleza, contestó su interlocutor. Las tierras del imperio se hallan divididas entre el emperador, los nobles, los sacerdotes y el pueblo. Las primeras las distribuye el soberano á su alvedrío á los empleados especiales de palacio, para que las posean en clase de usufructuarios. Las segundas son hereditarias; las terceras pertenecen perpétuamente al templo, y las cuartas, que son las del pueblo, se dividen y reparten á proporcion del número de las familias. Estas forman asociaciones que conocemos con el nombre de *Altepetlalli* (1) (comunidad), y no pueden enagenar las

(1) Asi las designa Clavijero: Robertson las llama *Calpulé*.

tierras que poseen, porque su propiedad, permanente é indivisible, está destinada á su manutencion.

El cultivo de dcihas tierras es comun, como la propiedad, á todas las familias que componen la *Altepetlalli*; la recoleccion se deposita en almacenes públicos, de los que se saca y reparte bajo la direccion del ministerio de Hacienda, segun las necesidades respectivas de las familias. (1)

—¿Y es esa clase del pueblo, preguntó Cortés, la mas pobre y humilde que existe en Méjico?

—No ciertamente, respondió Guacolando: entre nosotros son muchas las distinciones de rango. Sin mencionar á la alta nobleza, que posee vastos territorios y ha sido largo tiempo casi independiente, hay una clase distinguida cuyos individuos designamos con el título honorífico de *Teutlis*. (2) A ella pertenecen los magistrados y todos los que ejercen empleos considerables; de ella salen la mayor parte de los jóvenes que se dedican á las armas y al sacerdocio; y en el dia logran entrar en ella los poetas y artistas célebres, como tambien aquellos que por haber prestado grandes servicios al Estado merecen del emperador una distincion tan honrosa.

Hay otra clase libre y estimada, aunque no es no-

---

(1) Estas y todas las noticias que damos del gobierno y policia de los mejicanos han sido tomadas de Robertson, Clavijero, y aun algunas de Solis y otros historiadores españoles.

(2) Ya hemos dicho que en nuestro concepto la traduccion mas exacta de la palabra *Teutlis* es *caballeros*. Clavijero la traduce *señores*. B. D. del Castillo dice erróneamente que significa *dioses*.

ble; tal es la del comercio, artesanos, etc. é inferior á la espresada la muy numerosa de los *Mezecuales* (1) cuyas familias componen las *Altepetlalli* ó comunidades. Pero existe aun otra ínfima clase que se emplèa en la servidumbre doméstica, y á ella pertenecen los *Tamemes* y los que trabajan en las obras públicas. Una parte considerable de los individuos de esta última clase es esclava, porque no obstantante que en Méjico solo estan condenados á suerte tan infausta los prisioneros de guerra que no son sacrificados, hay hombres en esta vil clase de que os hablo que venden voluntariamente á sus hijos. Esto, empero, no puede hacerse sino cuando el interesado tiene edad suficiente para ser consultado y despues de haberse justificado su libre asentimiento.

—Y los hijos de los esclavos, preguntó Hernan Cortés, ¿participan de la mísera condicion de sus padres?

—No: respondió el ministro: todo mejicano nace libre: la esclavitud no es hereditaria, y si algun perverso se atreve á sujetar á tan triste condicion un niño, ya sea ó no su hijo, pierde en castigo su libertad propia.

—¿Tiene el amo derecho de vida y muerte sobre un esclavo, interrogó el español?

—El esclavo fugitivo, contumaz, que ha sido inútilmente amonestado por tres veces, delante de testigos, solo puede ser castigado por su amo imprimiéndole una señal de infamia, y haciéndolo vender públicamente en el mercado. Si con el nuevo

---

(1) Villanos. Robertson los llama *Mayeques*; pero la verdadera significacion de *Mayeques* es *labradores*.

amo persiste en su delito, entonces es vendido por poca cosa al templo para el sacrificio. Pero el esclavo mas delincuente queda absuelto infaliblemente si consigue pisar los umbrales del palacio imperial.

—Quisiera saber, dijo Cortés, quiénes son los que entre vosotros tienen el derecho de elegir emperador, y qué cualidades se requieren para merecer dicha eleccion.

—El derecho de eleccion residia antiguamente en todos los individuos de la alta nobleza, respondió el ministro, y era elegido el emperador por mayoría de votos; pero al presente solamente son seis los electores. Los príncipes de Tacuba y Tezcuco gozan este prerogativa por herencia, y los otros cuatro son siempre los mas ancianos señores de aquellos que componen la alta nobleza.

Para merecer la suprema dignidad de emperador le basta al ciudadano noble haberse distinguido con grandes virtudes y acciones gloriosas; pero por respeto á la familia del monarca difunto se elige por lo comun á un príncipe de su sangre. No se observa la mayor ó menor aproximacion al trono, pues se prefiere al órden de nacimiento el mérito distinguido; y el príncipe mas digno es siempre el que se considera con mayores derechos.

—Son numerosos, segun tengo entendido, observó Córtes, los ejércitos que puede levantar en sus dominios el soberano de Méjico.

—Treinta príncipes vasallos de Motezuma, respondió Guacolando, pueden presentar en campaña 100,000 hombres de guerra cada uno.

En el momento en que terminaba estas palabras llegaron algunos oficiales de palacio á advertir que

iba á abrirse la audiencia, y los españoles fueron conducidos con grandes ceremonias al gran salon del consejo, donde debia verificarse.

Era este uno de los mas espaciosos departamentos de aquel gran edificio, y sorprendió á Cortés la riqueza y magnificencia de su ornato.

Estaban las paredes entapizadas de plumas formando simétricos matices; el pavimento y los techos se hacian notables por el primor y delicadeza de sus embutidos y labores, y en las muchas ventanas que daban luz al recinto se veian cortinajes de trasparente blancura en forma de pabellones, suspendidos de grandes flechas de oro adornadas con pedrerías.

En todo el circuito del salon habia escaños de caoba sin respaldo para los príncipes y señores que asistian al acto, y al frente se levantaba el trono imperial, sostenido sobre las tendidas alas de cuatro águilas de oro. Del mismo metal era el trono, cuyo asiento y respaldo lo formaban cojines de piel de armiño. El sólio era de plata recamado de esmeraldas y coronado con una águila de oro, sostenido sobre delgadas columnas de jaspe, de cuya piedra eran tambien las gradas y dos corpulentos tigres que guardaban sus estremos con las garras estendidas y abiertas las anchas fauces.

A los lados habia seis magníficos divanes para los electores del imperio, y un poco mas atrás otros muchos, formados en semi-círculo, para los consejeros y ministros. En medio de la sala estaban las mesas y sillas para los secretarios, que con sus geroglíficos iban anotando las cosas dignas de conservacion.

Subió Motezuma al trono sosteniéndole por los brazos los príncipes de Tezcuco y de Tacuba, y sen-

tándose con magestad procuró disimular la melancolía de su espíritu.

Ocuparon despues sus respectivos puestos las demas personas, y Cortés y sus capitanes se sentaron entre los señores mejicanos que eran espectadores del acto.

No tardaron en llegar los pretendientes, que fueron introducidos sucesivamente en el salon los pies descalzos y con escesivas ceremonias, que causaban estrañeza á los españoles.

Presentáronse varios Régulos con quejas ó pretensiones. El de Guacachula acusaba al de Izucan de ladron y facineroso, pues introducia sus vasallos en los dominios de aquel, y talaba y robaba sus campos. El de Izucan se defendia diciendo que el de Guacachula le insultaba contínuamente y se declaraba su enemigo, obligándole á cometer aquellas tropelías para vengarse de sus ultrajes. Los señores de la serranía se quejaban de estar mal mirados por los de la tierra llana, y los de la tierra llana clamaban contra los de la serranía. En fin, los unos pidiendo justicia y los otros mercedes, fueron tantos los indios que acudian á la audiencia, que prolongándose ya demasiado aquel acto, empezó á cansar á los españoles.

No podian, sin embargo, dejar de admirar la paciencia y atencion con que escuchaba Motezuma á todos los solicitantes, animando con su bondad á los que llegaban turbados y torpes, y dando sus fallos con equidad y energía. En los casos que le parecian dudosos ó difíciles consultaba á sus consejeros, y bien que muchas veces no siguiese su dictámen les oia siempre con suma amabilidad.

La audiencia aun no terminaba, y Cortés ideaba

ya el modo mejor de avadirse de tan larga sujecion, cuando se presentó un mancebo de aventajada presencia, que despues de las formalidades de estilo, dijo con un desembarazo poco comun en los pretendientes:

—Señor, mi señor, gran señor, (1) tu humilde vasallo Zimpazin, hijo de Qualpopoca, solicita de tu bondad un momento de audiencia; pero siendo cosas reservadas é importantes las que tendrá el honor de comunicarte, te suplica le escuches tu solo, ó con tus ministros y consejeros.

—Habla, dijo el emperador; los estranjeros que aquí se hallan son como miembros de mi propia familia, y nada les reserva mi confianza.

El jóven lanzó una rápida é iracunda mirada sobre los españoles, y bajando la cabeza guardó silencio.

—¡Habla! repitió el monarca con tono absoluto.

—No puedo, dijo resueltamente el mancebo.

Una nube de cólera pasó sobre la frente de Motezuma; pero antes que tuviese tiempo para hablar, uno de los consejeros se atrevió á dirigirle la palabra, no sin alguna timidez, haciéndole observar que acaso aquel jóven tendria que quejarse á su justicia de algun ultraje vergonzoso, de aquellos que un hombre noble no confiesa sino á Dios y á su rey, y que seria una cruel humillacion obligarle á hacer casi pública su vergüenza.

Estas palabras parecieron tener alguna fuerza en

(1) Esta especie de encabezamiento en el discurso era fòrmula imprescindible. Las palabras en lengua mejicana eran: ¡Tlatoani! ¡Notlatocatzin! ¡Hueitlatoani!

el ánimo de Motezuma, y no queriendo hacer esclusion notable de los españoles, mandó salir igualmente á todos sus ministros y consejeros, quedando solo con Zimpazin. Aguardó el jóven escuchando con atencion, hasta que, atenuándose gradualmente el rumor de las pisadas, conoció que se hallaban los que habian salido á bastante distancia para no poder oirle; entonces, inclinándose profundamente delante del trono:

—Señor, dijo, tu humilde vasallo Qualpopoca, que manda la gente de guerra que tienes en las fronteras de Zempoala, me envia á tí para comunicarte noticias importantes. Señor, los estranjeros que hospeda tu benignidad en esta córte son gente maligna y sediciosa, que solo aspira á sembrar la discordia entre tus vasallos y á deprimir tu grandeza. Muchos de esos españoles han hecho una nueva poblacion en tus dominios, y no contentos con que tu bondad los deje tranquilos sin castigar su atrevimiento, andan escitando á la rebeldía á tus vasallos, y apoyan con sus armas la resistencia que por consejo suyo hacen algunos pueblos de la serranía, negándose á pagar el tributo establecido. Los totonaques, gente servil y revoltosa, se han enorgullecido de tal manera con el apoyo de los estranjeros, que escusan hasta darte el nombre de emperador, y provocan tan insolentemente á tus soldados, que Qualpopoca se ha visto precisado á entrar en sus poblaciones con las armas en la mano.

Los españoles han acojido en su poblacion á los rebeldes que abandonaron las suyas, y aunque mi padre, no atreviéndose á castigar su insolencia sin tu permiso, escusó la persecucion de los rebeldes, el capitan de aquella gente se ha atrevido á enviarle

unos emisarios, reconviniéndole ágriamente por el justo castigo dado á los totonaques.

Calló un momento el jóven viendo la alteracion que sus palabras producian en el rostro de Motezuma; pero notando en este un ademan de impaciencia, continuó:

—Contestó mi padre manifestando que no recibia órdenes sino de su soberano. y que era hacerse culpable para con tu grandeza el oponerse al castigo de tus rebeldes.

Despachados los emisarios con esta contestacion, resolvió Qualpopoca enviarme á tí para poner en tu soberano oido la noticia de los desafueros que ejecutan esos estranjeros, en desprecio de tu autoridad, pidiéndote permiso para castigarlos; pero en el momento de mi salida recibió aviso cierto de que los españoles, ausiliados por un ejército de tus rebeldes, marchaban contra tus tropas en ademan de presentarles la batalla.

Calló segunda vez el jóven emisario. El rostro de Motezuma habia cambiado cien veces de color durante su relacion, y cuando la concluyó permaneció largo rato en agitado silencio y como si dos opuestos impulsos luchasen en su corazon.

—Retírate, dijo despues á Zimpazin, y á nadie comuniques las noticias que acabas de darme.

Llamó en seguida á sus ministros, les ordenó dedeclarar que habia terminado la audiencia por aquel dia, y solo, torvo, meditabundo, se encerro en su habitacion, en la cual solo permitió la entrada á Guacolando, su ministro favorito, con el cual quiso tener una secreta conversacion.

—Fiel vasallo, le dijo con acento concentrado y triste: muchos soles han salido sin que se alegrasen con

su luz mis ojos que no cierra el sueño, ni hallase manjar grato mi paladar. El grande espíritu habla algunas veces al corazon de los reyes, y el mio ha sabido de este modo cosas terribles.

Una voz que no suena en el oido, pero que encuentra eco allá en lo mas hondo de mi pecho, me dice sin cesar que el tiempo de mi reinado vá á terminar; pero no es eso lo que abate mi ánimo ni hace desfallecer mi cuerpo.

La corona pesa mas que adorna, y la mano de Motezuma sabe empuñar un cetro con dignidad y soltarle con alegría. Si el cielo me indicase cual es el hombre mas digno que yo de gobernaros; si supiese que bajo su potestad seriais mas grandes y mas felices, yo mismo buscaria al nuevo rey, y de mi mano recibiria la corona. Pero otro temor, otra calamidad mas grande es la que me intimida. Horribles pronósticos anuncian hace algun tiempo la destruccion de este poderoso imperio, y desgracia menos grande no pudiera abatir el fuerte ánimo de Motezuma. El infausto Tlacatecolt, que acaso nos castiga por alguna falta grave de nuestros abuelos, puede solo revelarnos la estension de los males que nos prepara.

Vé á consultar á los teopixques del formidable Dios, Guacolando, y para hacerle propicio ofrece nuevos sacrificios de sangre y de oro. Yo quedo en oracion esperando tu vuelta y rogando á los grandes espíritus se apiaden de mi pueblo, y descarguen en mí solo todo el peso de su ira.

Salió Guacolando á cumplir las òrdenes del emperador, y tardó poco en volver con semblante triste y grave. Hallóle en el mismo sitio y postura que le habia dejado, orando mentalmente con profundo fervor.

Levantó los ojos, y al ver el aire melancólico del ministro, movió tristemente la cabeza, diciendo con amarga sonrisa.

—Nada tienes que decirme: habla por tí tu tristeza.

—Señor, dijo compungido Guacolando, el Dios se niega á todos los conjuros; pero los teopixques han comprendido por mil signos notables que es grande su enojo contra tí.

—¡Ya lo sabia! esclamó con abatimiento Motezuma.

—¡Gran señor y dueño mio! prosiguió el ministro, contra tí mas que contra tu pueblo dirige la implacable divinidad los rayos de su ira, y yo te suplico de rodillas salgas de los términos de Méjico y evites los primeros golpes del castigo. En Méjico es en donde te amenaza la calamidad; no la esperes, señor, y poniendo en salvo tu sagrada persona, dá tiempo á tus vasallos para que puedan aplacar á la divinidad con preces y sacrificios.

—¡No! dijo Motezuma levantándose con magestad y como si acabase de recobrar súbitamente todo su perdido brio. Venga la calamidad; caiga el cielo sobre mi cabeza; no es razon que me encuentre fugitivo.

Y decayendo progresivamente de ánimo, á medida que hablaba, prosiguió:

—¡Pero sálvese mi pueblo! tengan los Dioses piedad de él, y sobre todo de los pobres ancianos, niños y mujeres que no pueden defenderse. (1)

---

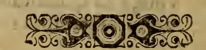
(1) Esta contestacion de Motezuma es exactamente histórica.

Cayó en su silla casi desfallecido al concluir estas palabras, y algunas lágrimas humedecieron sus pálidas mejillas.

Guacolando se puso de rodillas delante de él, y acompañando las lágrimas del monarca con las suyas,

—Señor, esclamó, manda á tu esclavo; no hay cosa por grande ó arriesgada que sea que no intente para aliviar tu afliccion.

—¿Y qué podemos hacer? dijo con desesperacion Motezuma. ¿Qué podemos hacer ¡insensato! si nos desamparan nuestros Dioses?



CAPITULO VII.

Prision de Motezuma.

Eran las cinco de la tarde del dia 22 de diciembre, y Cortés, que hacia algunos dias no dejaba su cuartel, pareciendo mas pensativo y preocupado que lo estaba regularmente, recibió aviso de sus centinelas de que dos soldados tlascaltecas, disfrazados con el traje de los mezecuales mejicanos, acababan de llegar al cuartel y pedian ansiosamente hablarle.

Mandóles entrar y recibió de ellos una carta del ayuntamiento de Vera-Cruz, con las noticias que el jóven Zimpazin habia dado pocos dias antes á Motezuma; añadiendo el resultado de la batalla entre las tropas españolas y las mejicanas. Escalante, que mandaba á las primeras, habia obligado á las segundas á retirarse á la poblacion mas cercana al lugar de la batalla, y prendiéndola fuego hizo perecer á la mayor parte de los refugiados. Pero este triunfo habia costado caro á los españoles. Un cabo llamado Arguello fué herido y hecho prisionero, y el mis-

mo Escalante y algunos soldados murieron de las heridas que habian recibido en el combate.

Causó bastante disgusto al caudillo la temeridad de Escalante y sus sensibles consecuencias; y comunicó reservadamente á sus capitanes aquellas noticias, que no creyó conveniente hacer saber á los soldados.

La noche no fué mas grata para Cortés que lo eran para Motezuma todas las que habian pasado desde su llegada á Méjico.

Muchos dias hacia que el caudillo español, cansado de su inaccion, ansioso de adelantar en sus proyectos y detenido por la prudencia, buscaba recursos en su talento y sagacidad para encontrar un medio plausible de salir de vacilacion.

Es fama que aquel dia mismo, ó el anterior, habia descubierto en una pieza recientemente tabicada grandes tesoros que allí guardaba Motezuma, y que la vista de tanta riqueza no fué uno de los estímulos menos poderosos que tuvo para decidirse á proseguir á todo trance su temerario empeño.

Como quiera que fuese, aquella noche no se cerraron ni un minuto sus ardientes párpados, y al verle ora recorriendo á pasos largos su espacioso aposento, ora permaneciendo horas enteras abismado en profunda meditacion, cualquiera hubiera adivinado que alguna grande y atrevida resolucion fermentaba en aquella cabeza poderosa.

Al amanecer convocó á sus capitanes para una junta, y luego que estuvieron reunidos,

—Compañeros, les dijo: los mejicanos, que acaban de batirse con españoles, saben ya que no somos inmortales. Avisos fidedignos he tenido en estos últimos dias de que Motezuma nos teme mas que nos estima,

y que los príncipes de su sangre empiezan á censurar que nos permita tan larga permanencia en la capital de sus Estados.

En efecto, oida y contestada nuestra supuesta embajada, ningun pretesto plausible podemos dar á nuestra dilacion, y las ocurrencias de Vera-Cruz deben forzosamente acrecer el descontento de los mejicanos y debilitar acaso el terror de Motezuma. Tengo por indudable que lo mas satisfactorio que podemos naturalmente prometernos es la órden de dejar sin dilacion á Méjico, sino es que quieran castigar de otra manera mas violenta las hostilidades del difunto Escalante. Hallámonos, pues, en la alternativa forzosa de renunciar completamente á nuestras esperanzas, retrocediendo en el camino con tanta fortuna comenzado, ó dar un paso largo, enérgico, decisivo, que sacándonos con gloria de esta crísis peligrosa, nos aproxime evidentemente al término de nuestros deseos.

Calló Cortés esperando la opinion de sus amigos, aunque muy decidido á no seguir otra que la suya.

—¿Qué duda queda, pues? dijo el prudente Lugo. Si la voluntad de Motezuma es arrojarnos de sus dominios, ¿qué fuerza tenemos para resistirle? Ningun recurso se me presenta que pueda salvarnos con gloria del presente conflicto, y solo podremos evitar la humillacion de ser despedidos. Mi dictámen es que se pida hoy mismo pasaporte á Motezuma, y acudamos á Vera-Cruz, donde la muerte de Escalante hace mas necesaria la presencia del general.

El codicioso Sandoval opinó que convenia mejor salir ocultamente de Méjico, para poder llevarse todas las riquezas sin riesgo de ser despojados; y Velazquez de Leon, Alvarado y otros creyeron que debian

permanecer á todo evento, sin darse por entendidos de los sucesos de Vera-Cruz, esperando la resolucion de Motezuma.

Oyóles Cortés con apariencias de grande atencion, y dijo despues, que aunque conocia la prudencia de todos y alababa el celo con que deseaban el acierto, no podia considerar la retirada sino como una renuncia total de sus esperanzas; como un indicio de flaqueza, que destruyendo todo su prestigio les haria perder hasta la amistad que, mas por temor que por afecto, les concedian sus aliados. Mostró inclinarse al partido de permanecer, pero ponderó las dificultades que debian naturalmente encontrar en Motezuma.

—Compañeros, esclamó al concluir sus reflexiones, poniéndose en pié con marcial denuedo y teniendo en su fisonomía un aire de inspiracion que fascinó á los que le miraban. Compañeros, repitió con voz enérgica, solamente una grande, una temeraria y asombrosa resolucion puede sacarnos con felicidad ó hacernos morir con gloria. Es preciso que el emperador de Méjico venga preso á nuestro cuartel.

Dijo, y el asombro dejó mudos á los capitanes.

Aprovechando aquel síntoma de sorpresa prosiguió el caudillo:

—Conozco en vuestro silencio que nada teneis que oponer en contra de mi atrevida, pero conveniente y casi forzosa empresa. La paz ha sido quebrantada, y de esta infraccion debemos acusar á los mejicanos. Escalante, Arguello y otros españoles han muerto, y de su muerte debemos pedir cuenta á los mejicanos. La persona de su rey entre nuestras manos es una arma que nos hará in-

vencibles, y rey y vasallos habrán de aceptar la capitulacion que queramos proponerles.

Grande es el riesgo y grande será la gloria. Dificil es, muy dificil; pero Dios nos ha favorecido hasta ahora y no nos abandonará en el dia del peligro. Ea pues, valerosos capitanes, mandad disponer una prision digna del emperador de Méjico, que con el ausilio del cielo vendrá á ocuparla dentro de algunas horas.

Saliόse de la sala al concluir estas palabras, y obrando su poderoso ascendiente el efecto que siempre sobre sus compañeros, aplaudieron con voces de alegría el proyecto que un momento antes les hubiera parecido efecto del delirio de un calenturiento.

Mientras esto pasaba en el cuartel español, Motezuma visitaba los templos y consultaba á los sacerdotes, sin conseguir nada que calmase sus interiores inquietudes.

Habia decaido física y moralmente en términos que apenas parecia el mismo. Los pesares habian blanqueado prematuramente sus cabellos, y sus ojos tan vivos y espresivos tenian un mirar amortecido y lánguido.

Volvió á palacio cerca del medio dia, y ya iba á encerrarse en su habitacion, como lo hacia por lo comun en aquellos últimos tiempos, cuando le anunciaron una visita de Cortés. Recibióle con la misma urbanidad que otras veces; pero las vigilias y disgustos le tenian tan decaido, que no pudiendo apenas tenerse en pié, volvió á caer en la silla de la que se habia levantado á la llegada del jefe español.

Acompañaban á este los intérpretes y algunos capitanes, todos armados, como lo tenian de costumbre, y por las inmediaciones de palacio vagaban

muchos de sus mas fieles soldados, que en aparente desórden, y como por mera curiosidad, habian seguido al general. Todas las tropas tlascaltecas y españolas estaban sobre las armas, y se notaban centinelas apostados en las avenidas de las calles desde el cuartel hasta el palacio.

Ninguna de estas hostiles prevenciones habia llegado á noticia del emperador; y luego que se hubieron sentado los españoles, mandó, como lo hacia regularmente, retirar á sus criados, quedando solo con Cortés y sus compañeros.

Antes de que hubiese tenido tiempo para dirigirles los cumplimientos de estilo, tomó la palabra Cortés, y se quejó amargamente y con todas las apariencias de un profundo resentimiento, de la infraccion de la paz, que atribuyó con osadía á Qualpopoca, pidiendo pública satisfaccion de la muerte de Escalante y Arguello, y del agravio hecho al monarca de Castilla en las personas de sus servidores.

Sorprendido y turbado Motezuma al oir el tono atrevido con que le hablaba, permaneció un instante en silencio, hasta que, haciendo un penoso esfuerzo sobre sí mismo para recobrar, ó aparentar al menos serenidad, respondió:

—La paz no ha sido quebrantada por órden mia, ni con mi consentimiento: te lo aseguro por mi honor, puro como el Sol de los cielos; y si el general Qualpopoca ha cometido algun desafuero contra vosotros, te prometo castigarle con la mayor severidad.

Inmediatamente llamó á sus oficiales y dió órden de que se trajese á Qualpopoca preso, para que contestase á los cargos que el embajador español hacia contra él; y volviéndose nuevamente hácia Cortés,

luego que salieron los oficiales, continuó diciendo:

—Nunca dejaré en duda la inviolabilidad de mi palabra, ni toleraré me hagais el ultraje de creerme capaz de pagar con ofensas las amistosas muestras que recibo de vuestro rey.

—No es mi ánimo hacer á V. M. semejante agravio, respondió Cortés vivamente. Estoy muy convencido de su perfecta inocencia en el ultraje de que me quejo; pero no hay la misma seguridad en mis tropas, y no podré convencerlas si V. M. no nos concede una satisfaccion pública y solemne, que sea al mismo tiempo una prueba de estimacion y de confianza.

—¿Y cuál otra mayor satisfaccion puedo daros, dijo Motezuma, que la de hacer prender y juzgar al general á quien acusais?

—Dudo, contestó Cortés, que esa justicia dejase satisfecho al poderoso monarca de quien soy ahora representante, y creo que por el decoro de aquel y por el de V. M. debeis dar un testimonio público, grande, estraordinario, que desmienta los rumores que corren de haberse infringido la paz por vuestra órden. En esta conviccion, prosiguió atrevidamente, suplico á V. M. se sirva trasladarse por algunos dias á mi alojamiento, hasta que, sufriendo su castigo Qualpopoca, no quede la menor duda de la indignacion que ha sentido vuestro real ánimo al saber su desacato.

Cesó de hablar Cortés, y la sorpresa y la cólera dejaron mudo y como petrificado á Motezuma, hasta que vuelto en sí, se levantó con fiereza esclamando:

—Los príncipes de mi sangre saben morir antes que deshonrarse; y aun cuando yo olvidase mi dignidad

hasta el estremo de constituirme vuestro prisionero, ¿pensais que mis súbditos consentirian tan enorme bajeza?

No se desconcertó Cortés, antes por el contrario respondió friamente, que no habia entrado en su pensamiento la desatinada idea de prender á un monarca en su palacio: que si le proponia trasladarse á otro, cedido á él para su alojamiento, y en el cual el mismo emperador habia residido algunas veces, era para servirle y obedecerle mejor; y que, como representante del mas grande soberano del orbe, no se creia indigno de alojar en su vivienda á otro soberano, al cual juraba solemnemente que seria respetado como merecia.

Habia vuelto á sentarse Motezuma durante estas palabras de Córtes, y el esceso de la indignacion alteraba de tal manera su máquina, que parecia sin fuerzas para contestar.

El intérprete que traducia al emperador lo que decia Cortés era una jóven indiana, que bautizada con el nombre de Marina, seguia al caudillo con el caracter de intérprete en público, y con otro mas íntimo en secreto. Notando esta la poca apariencia de docilidad que tenia Motezuma,

—Señor, le dijo en voz baja, soy una súbdita tuya que no puede desearte mal, y una confidente de ellos que sabe sus intenciones. Cede, te ruego, por amor á tu vida y para evitar grandes males á tus vasallos.

—¡No, no! murmuró con voz ahogada Motezuma: ¡seria una infamia!

Levantáronse á la vez con señales de impaciencia los capitanes españoles, y uno de ellos,

—¿En qué nos detenemos? dijo; es preciso que nos siga ó matarle.

El tono y el gesto hicieron comprender á Motezuma el sentido de las palabras. En aquel momento su imaginacion, exaltada por los insomnios y la abstinencia de tantos dias, le sugirió en tumulto todos sus presentimientos, todas las profecias. Consideróse como el objeto de la ira de los dioses; como la víctima escojida para expiar algun recóndito y horrendo delito de sus antepasados, y con voz desfallecida,

—¡Basta! esclamó: hágase la voluntad de los dioses. Estoy pronto á seguiros.

Al instante hizo llamar á sus criados, mandó que le dispusiesen la litera y que hiciesen entrar á sus ministros, á los cuales dijo, que consideraciones de Estado le obligaban á mudar de alojamiento por algunos dias, y habia elegido el de su amigo Hernan Cortés. Que se comunicase así á sus súbditos, y que supiesen todos que esta determinacion era voluntaria y conveniente.

Salió en seguida apoyado en el brazo de uno de sus oficiales, sin despedirse de sus hijas, sin ver á los príncipes, por medio de su guardia atónita y de sus ministros consternados.

Iba en litera, y los españoles á pié á sus lados, siguiéndole sus criados en tétrico silencio.

El pueblo, que se agolpaba á las calles del tránsito, y para quien era novedad ver tan sin séquito á su soberano y rodeado de estranjeros, comenzó á agitarse presentando síntomas de tumulto; pero notándolo Motezuma, procuró manifestarse alegre, y con un movimiento de su mano impuso silencio cada vez que se levantaron algunas voces de descontento.

Así llegó, sin que ocurriese novedad particular, al cuartel español. Así fué preso por un puñado de hombres, en mitad del dia, en el centro de su imperio, en su propio alcazar aquel poderoso monarca.

La historia de los siglos no contiene ningun hecho tan atrevido, ni jamás víctima real ha visto caer de su cabeza con menos ruido la sagrada corona.



CAPITULO VIII.

Situacion de la familia imperial.

En el momento en que se verificó la prision de Motezuma no se hallaban en palacio ninguno de los príncipes de su familia; pero estendiéndose rápidamente la noticia de aquel suceso, no tardó en llegar á sus oidos.

Volarón inquietos y dudosos de la verdad al palacio imperial, notando la consternacion general y viendo el terror pintado en los semblantes de todas las personas que encontraban. La terrible palabra «está preso el emperador» llegaba de todos lados á sus oidos, en medio de sollozos y alaridos, y al entrar en palacio, el desórden que reinaba en él no les dejó duda de la asombrosa verdad.

La esposa, hijas y esclavas de Motezuma hacian resonar por el palacio sus penetrantes gritos: los jóvenes príncipes, hijos del desgraciado monarca, se tendian en el pavimento, arrancándose los cabellos con hondos gemidos: y los consejeros y ministros vagaban desatinados por el palacio, tratando de apaciguar la guardia que á grandes gritos demandaba venganza.

La vista de los príncipes de Tezcuco, Iztacpalapa y Tacuba, que entraban juntos, prestó mayor ánimo á los guerreros; y adelantándose por entre la multitud que se agolpaba alrededor de los príncipes, los dos hermanos Nacthalan y Cinthal, hijos de Qualpopoca y oficiales de la guardia del emperador,

—Ilustres príncipes, dijo el uno; la sagrada persona de Motezuma ha sido ultrajada por los estranjeros, y sus ministros pretenden que estén ociosas nuestras manos mientras el emperador gime en las prisiones de sus bárbaros enemigos.

—Los españoles que están fuera de Méjico, añadió el otro, sublevan los pueblos, calumnian al soberano, insultan á sus generales... así lo ha sabido seis dias há el mismo Motezuma de boca de nuestro hermano Zimpazin, que ha venido de órden de nuestro valiente padre Qualpopoca: y no contentos con la impunidad de tantos delitos, han atacado con los rebeldes las tropas del imperio, reduciendo á cenizas el pueblo en que se refugiaron. Estos hechos bastarian á decidirnos si otro mayor crímen no reclamase imperiosamente el castigo de los culpables. ¡Príncipes, á vosotros toca dirigirnos, pero que sea á la venganza!

—¡A la venganza, sí! gritó con furor Cacumatzin. Perezcan en un dia los pérfidos y traidóres advedizos que tan vilmente pagan nuestras bondades. A ninguna mano cederá Cacumatzin el honor de presentar en el Teócali de Huitzilopochtli la primera cabeza de aquellos monstruos.

—¡A la venganza! ¡á la venganza! repitieron mil voces unánimes.

—¡Sí, valientes mejicanos! dijo el señor de Iztac-

palapa. ¡Sí! cobarde é infame seria aquel corazon que no respondiese á tan justo voto: pero no nos espongamos por una imprudente fogosidad á malograr tan lejítimo deseo. Convóquense á palacio á todos los príncipes, consejeros, ministros y generales del imperio, y formando un plan y nombrando un jefe supremo, cuidemos de cortar la retirada al enemigo antes de emprender el ataque.

—Los consejos de tu prudencia, noble Quetlahuaca, contestó con altanería Cacumatzin, son mas útiles para las cosas del gobierno que para las de la guerra. No es este el momento de detenernos en convocatorias y formalidades pueriles, y si no hay entre tantos príncipes ninguno que se atreva á conducir un ejército para salvar á su rey, yo solo soy bastante para emprenderlo, conseguirlo, ó perecer con gloria.

—Ninguno de cuantos sientan hervir en sus venas la sangre de Motezuma, esclamó con dignidad el jóven Guatimozin, te cederia esclusivamente esa gloria; y si en casos tan árduos hablase tan solo el corazon, no seria tu oido el primero que le hubiese escuchado, ni fuera tu voz la primera que se hubiese levantado.

—Príncipes, dijo el señor de Xochimilco, antes de pasar adelante en inútiles cuestiones, oigamos, de las personas que estaban con el monarca en el momento de su salida, la esplicacion de un hecho tan temerario y escandaloso, y porque tantos señores y guerreros han permitido se ultrajase tan dignamente á su soberano. Yo encuentro en estas circunstancias un misterio que no alcanzo á comprender, y sobre el cual nos darán alguna luz los que presenciaron el increible desacato.

—¡Los ministros! gritaron los guerreros: ¡los mi-

nistros del emperador nos han impedido defenderle!

—Poderosos príncipes, esclamó Guacolando, adelantándose con semblante triste y grave. El supremo emparador nos ha ordenado reprimir, como una sedicion, cualquiera género de resistencia que quisiesen oponer sus súbditos á su traslacion al cuartel de los españoles. El gran Motezuma nos ha comunicado que altas y secretas consideraciones de política, le determinaban á la estraña resolucion de mudar de alojamiento, y que era voluntaria y conveniente la eleccion que hacia. S. M. suprema nos mandó comunicarlo así á sus vasallos, y que cualquiera que se opusiese ya á su manifiesta voluntad, se haria reo de inobediencia.

Estas palabras produjeron un efecto tan rápido como general. Una sola voz no hubo que tuviera bastante osadia para replicar á la órden del emperador, y acatando con una profunda reverencia al ministro que acababa de pronunciar la voluntad soberana, se disolvió en un momento aquella inmensa reunion, y los nobles y los guerreros, mohinos y cabizbajos, se separaron en diversas direcciones, mientras los príncipes acudieron á consolar á las princesas, recomendando á los ministros y empleados de palacio hiciesen observar el órden, y que nada se alterase hasta nuevos mandatos del emperador.

Estaban la esposa é hijas de Motezuma tan preocupadas de su dolor, que no echaron de ver la entrada de los príncipes.

—Consúelate madre mia, decia Tecuixpa á la afligida Miazochil: los españoles son buenos y generosos y no se habrán llevado á Motezuma con ánimo de hacerle mal. Yo he visto al mas amable de los es-

tranjeros dar la mano al emperador para subir á su litera, y el respeto estaba pintado en sus facciones. ¡Ah! ¡si yo pudiese hablarle! Velazquez de Leon dicen que es su nombre, y mis ruegos bastarian para que al instante dejasen libre á tu esposo.

—¿Tanto confias, Tecuixpa, dijo con violenta sonrisa Cacumatzin, en el poper de tus palabras sobre el corazon de ese guerrero bárbaro? ¿Tienes mucha fé en su bondad y en sus nobleza, en el momento en que acaban de hacer á la sagrada persona de tu augusto padre el mas vil de los ultrajes?

Tecuixpa, que hasta el momento en que escuchó su voz no habio visto al príncipe, volvió á él sus bellos ojos con gracioso espanto, y Gualcazinla, al oir la confirmacion de una desgracia, que aun le parecia increible, comenzó á quejarse con mayores lamentos.

—¿Es pues cierto, esclamó, que está preso el emperador? ¿Es cierto ese ultraje ignominioso? ¿Y tú, prosiguió volviéndose hácia su marido, tú, Guatimozin, y vosotros, príncipes de Tezcuco y de Iztacpalapa, vosotros venis á las hijas del ofendido monarca con las manos desarmadas? ¡Oh! ¡muriera yo cien veces antes de presenciar la vergüenza que ha caido sobre la familia imperial!

—Gualcazinla, dijo Guatimozin, tomando casi por fuerza una mano que le reusaba su indignada y afligida esposa; las órdenes supremas del emperador pudieran solamente desarmar nuestros brazos, y si con lágrimas y no con sangre lavamos el ultraje del monarca, su voluntad sagrada es la causa.

—Princesas, añadió el señor de Iztacpalapa, el emperador ha declarado á sus ministros que iba voluntariamente al cuartel español, y que castigaria como á sedicioso y rebelde á cualquiera de sus súb-

ditos que osase oponer resistencia á su soberana determinacion.

A estas palabras las princesas bajaron con humildad la cabeza, y Gualcazinla, arrojándose en los brazos de su jóven esposo, dió libre curso á su llanto, que endulzaba él con tiernísimas caricias, mientras el celoso Cacumatzin decia con sarcasmo á Tecuixpa:

—Debes en efecto estar tranquila y aun gozosa, princesa. Tu padre tiene tantas simpatías como tú por los advenedizos de Oriente, y si es cierto que voluntariamente ha dejado su palacio para ir á habitar entre ellos, posible es tambien que traslade á sus hijas á tan digno alojamiento.

—No escojes con acierto el momento de manifestar tus celos, Cacumatzin, dijo la jóven princesa, y debieras tenerme alguna compasion ya que no te merezca ningun respeto.

A estas palabras, acompañadas de una cristalina lágrima que rodó desde los lindos párpados por todo lo largo de la redonda y fresca megilla, sintió súbitamente desarmar su enojo el enamorado príncipe, y trocando en afectuoso acento el áspero tono usado hasta entonces,

—Perdóname, ¡oh adorada niña, esclamó, y no agraves con tu llanto una falta que quisiera reparar á costa de mi vida! Olvida mis celos indiscretos y mis palabras insensatas. En el corazon de Cacumatzin no pueden reinar otros sentimientos que el mas ardiente amor y la mas profunda veneracion por tí. Tecuixpa ¿perdonas á tu amante?

—Le perdonaria, respondió con un gesto de infantil coqueteria, si no creyese necesario guardar mi clemencia, para la frecuente repeticion que ha de tener su falta.

CAPITULO IX.

Motezuma en la prision.

La habitacion destinada á Motezuma por los españoles, era uno de los mas grandes salones del palacio que aquel monarca les habia cedido para su alojamiento, y apenas hubo entrado en él cuando se colocaron á la puerta numerosas guardias.

Doblóse ademas la ordinaria del cuartel, y mantuviéronse en sus puestos los centinelas avanzados que guardaban las avenidas desde aquella mañana.

Tomadas estas y otras medidas de seguridad, pasó Cortés á visitar al ilustre preso, que le recibió sin muestras de enojo ni de temor.

—Ya me teneis en vuestro poder, le dijo, y podeis manifestarme sin ningun género de desconfianza vuestras intenciones y deseos; pues no me persuado me supongáis tan necio que crea no habeis tenido otro objeto al conducirme aquí, que el de satisfacer á vuestro rey de la infraccion de la paz que atribuís á uno de mis generales. Decid, pues, qué es lo que pretendeis de mí y os escucharé con toda mi atencion.

—Mis deseos al presente, contestó el astuto cau-

dillo, no pueden ser otros que el de complacer á V. M. en todo aquello que guste ordenarme, y hacerle gratos, cuanto de mí dependa, los dias que nos honre con su compañía.

—¡Y qué! dijo el emperador con alguna sorpresa: ¿nada mas deseais?

—Que permita V. M. á mis oficiales entren á ofrecerle sus respetos y á tributarle gracias, por el honor que nos dispensa viniendo á habitar entre nosotros.

No pudo Motezuma reprimir una sonrisa al oir hablar de su prision como de un acto voluntario; pero disimulando su observacion y adoptando un lenguaje en armonía con el de su interlocutor,

—Yo me congratulo, dijo, de que me hayais dado esta ocasion de probaros el aprecio y confianza que me mereceis, y para ahorraros la pena de custodiarme y la inquietud que os causa no saber como tomarán mis vasallos esta determinacion, os empeño mi real palabra de que no me moveré de este sitio y que respetando el pueblo mis órdenes, no intentará ningun medio violento de libertarme. Todavía, añadió con cierto orgullo, todavía Motezuma es temido y respetado por sus súbditos.

—V. M., respondió con impávida serenidad el caudillo, no será menos respetado de los españoles, y las guardias que se han colocado cerca de la habitacion que os habeis dignado favorecer, menos están para nuestra seguridad, que para el decoro de vuestra real persona. V. M., prosiguió levantándose y haciendo al emperador una profunda reverencia, puede mandar aquí lo mismo que en su palacio, y recibir á los príncipes, ministros ó señores que sean de su real agrado.

Salióse al concluir estas palabras repitiendo sus cortesías, y Motezuma recibió despues á otros varios capitanes que lo trataron con no menos consideracion, y á los cuales correspondió con suma afabilidad. Antes de despedirlos regaloles algunas joyas preciosas de las que adornaban su persona, y les rogó pasasen algunos de ellos á visitar á su esposa é hijas, y á los príncipes de su familia, para manifestarles que podian verle, y que se encontraba complacido y obsequiado entre *sus amigos españoles.*

Luego que quedó solo depuso su semblaute la forzada serenidad que habia ostentado á vista de sus opresores, y levantando los ojos al cielo con profundo dolor,

—¿Estais ya satisfechos, formidables espíritus? esclamó. Si la humillacion á que me he sometido no es bastante para mi castigo; si vuestra ira no queda todavía satisfecha; imponedme mayores vergüenzas y mas ignominiosos ultrajes, que no os opondrá resistencia mi voluntad. Pero básteos mi expiasion y sed clementes con mi familia y con mis pueblos. Pronto estoy á devolveros la corona que me habeis concedido; pero no me arranqueis con ella pedazos del corazon.

Algunas lágrimas acudieron á sus párpados, que fueron devoradas rápidamente oyendo que alguno se aproximaba.

Uno de sus centinelas anunció que el ministro Guacolando deseaba ver al emperador, y aunque fuese uno de los hombres á quienes dispensaba mayor confianza, procuró Motezuma que lo encontrase sereno.

—Gran señor y soberano mio, dijo el anciano ministro con acento conmovido; el general español

nos ha comunicado el permiso que concedes para que vengan á asistirte tus criados, y puedan visitarte tu augusta familia, y tus nobles y ministros, advirtiéndome es tu real determinacion que no haya alteracion ninguna en el gobierno de tus Estados, los cuales continuarás rigiendo como hasta ahora con tu gran sabiduría y acierto; y vengo á escuchar de tus sagrados lábios la confirmacion de tan fausta noticia, para hacerla pública entre tus leales vasallos, que se inquietan y agitan en la duda y en la ignorancia.

—El general español, contestó Motezuma, te ha dicho esactamente la verdad. Puedes comunicar al pueblo en mi nombre cuanto has escuchado de su boca, y que sepan todos que será severamente castigado cualquiera que se atreva á interpretar mi conducta ó á contravenir mi espresada voluntad.

Bajó la cabeza Guacolando con aire de tristeza, y con algun temor dijo, que los príncipes y las tropas ansiaban libertarle con las armas en la mano, esterminando hasta el nombre español; pero que lo habian intentado creyendo que se hubiese empleado la astucia ó la violencia para arrancarle de su palacio. Luego que han oido de mi boca, prosiguió mirando á Motezuma, las palabras que tuve el honor de escuchar de la tuya, todos se han sometido á tu voluntad suprema, y solamente con tu real aprobacion se armarán contra los estranjeros.

—¡Nunca! dijo con viveza el monarca dominado un instante por la emocion que en vano queria ocultar. Nunca consentiré, que por defender esta vida desgraciada, objeto de la venganza del cielo, atraigan sobre sí mis generosos parientes y mis leales vasallos la cólera divina que pesa sobre mi cabeza.

Si sucumbo en esta calamidad, los dioses quedarán satisfechos; y no faltará á los mejicanos un príncipe digno de gobernarlos, tan grande y mas dichoso que yo.

Las lágrimas que inundaron las mejillas del anciano ministro le impidieron contestar, y Motezuma continuó despues de una breve pausa, suficiente para recobrar alguna serenidad.

—Vé, leal y animoso vasallo, vé á comunicar á los mejicanos mis inmutables resoluciones, y vele tu prudencia sobre los príncipes mis hermanos y sobrinos, para que no se precipiten en ningun empeño peligroso, que castigarian los dioses cuando no lo hiciera Motezuma. Asegúrales que estoy aquí por mi voluntad y por consejo de los dioses, y que prohibo solemnemente se hagan sobre esto temerarias suposiciones.

Despidióse Guacolando besando repetidas veces las manos del emperador, y este volvió á su tétrica tristeza luego que no hubo quien pudiese ser testigo de ella.

Mientras tanto Velazquez de Leon, que deseaba volver á ver á la linda Tecuixpa, tomó á su cargo el desempeño de la mision que les habia confiado el monarca, y se dirigió á palacio perfectamente armado, en compañía del intérprete Aguilar.

Circulaba ya por la ciudad la voz de que el emperador habia ido por voluntad suya á habitar con los estranjeros, y aumentando el prestigio de estos tan estraordinaria demostracion de afecto por parte de Motezuma, en vez de los síntomas de descontento que esperaba encontrar en el pueblo, notó Velazquez mayores demostraciones de respeto.

Llegó al palacio, cuya entrada le fué franqueada

inmediatamente que manifestó venia con un mensaje del emperador á su familia, y le condujeron á las habitaciones de las princesas, obtenido que fué el necesario permiso.

Aun estaba reunida la familia imperial cuando llegó el jóven estranjero, y acababa de comunicarles Guacolando las órdenes del monarca, asegurando, contra su propia conviccion, que su traslacion al cuartel de los españoles habia sido un acto voluntario, dictado por los mismos dioses á la sabiduría de Motezuma.

Con estos antecedentes fué Velazquez benévolamente recibido, escepto del celoso Cacumatzin que, viendo teñirse de púrpura las mejillas de Tecuixpa al presentarse el jóven capitan, perdió la serenidad necesaria para corresponder dignamente á las corteses demostraciones de este.

Tomó asiento el estranjero á instancias de los príncipes, y dijo que tenia el honor de ser enviado por el gran emperador Motezuma para saludar en su augusto nombre á las princesas y príncipes de su familia, advirtiéndoles al mismo tiempo que S. M. imperial les permitia visitarle siempre que lo tuviesen por conveniente.

Contestó á nombre de todos el príncipe de Iztacpalapa, agradeciendo al emperador el permiso que les enviaba, y dando gracias á su embajador por su eficacia en comunicarles tan fausta noticia.

La tierna Miazochil preguntó despues con vivo interés si estaba contento y satisfecho su augusto esposo, y el jóven castellano no vaciló en asegurar que jamás habia visto tan alegre á Motezuma.

Ponderó la felicidad y gloria que era para ellos hospedar al gran emperador; la gratitud que le de-

bian por aquella estraordinaria demostracion de afecto; los obsequios con que procuraban corresponder á ella; y como conviniese lo que decia con cuanto antes habian oido á Guacolando, quedaron las princesas muy persuadidas de la inocencia de los españoles, y los mismos príncipes, aunque menos crédulos, empezaron á juzgarla posible.

Manifestaron á Velazquez, que haciendo uso del permiso del emperador irian á visitarle al siguiente dia, repitiendo las espresiones de su agradecimiento, y mientras que el jóven correspondia con mudas reverencias, arrojaba furtivas y ardientes miradas sobre Tecuixpa, que en su turbacion dejó caer de sus manos un grueso cordon de hilos de oro que solia ceñir á su cintura, y con el cual jugueteaba entonces, por tener algo con que disimular su agitacion.

Precipitóse el príncipe de Tezcuco para levantarle; pero mas ligero ó mas dichoso Velazquez le alcanzó primero, escitando tan violenta ira en el impetuoso Cacumatzin, que interponiéndose entre la princesa y el estranjero, tendió la mano hácia él para pedirle el cordon, diciendo con altanería:

—Nadie sino yo tiene derecho de servir á la princesa Tecuixpa.

Retrocedió un paso Velazquez de Leon, retirando con violencia el cordon que casi llegó á tocar la mano de Cacumatzin, y contestó con tanta altivez como su rival, que estaba resuelto á no ceder á otro, con derecho ó sin él, el honor de presentar aquella joya á la princesa.

Ya iba el soberbio príncipe á hacer valer de una manera mas violenta sus pretendidos privilegios, cuando Guatimozin se interpuso entre los dos rivales, y

procurando dar un tono jovial á la cuestion, dijo que ambos eran poco galantes en disputarse un honor que solo debia ser estimado siendo merecido, y que Tecuixpa solamente tenia derecho á decidir á cual de los dos concedia la gracia de servirla.

Ambos guerreros mostraron por su silencio conformarse con aquella decision, y la princesa dijo, mirando con hechicero rubor al castellano:

Llevad á mi augusto padre esa prenda, valiente capitan, y decidle que la ate á su brazo para que no me olvide.

Salió Velazquez con aire de triunfo de la habitacion de las princesas, llevando consigo el codiciado cordon, y el príncipe de Tezcuco, detenido por Guatimozin, rugió como el leon que se siente encarcelado en el momento de lanzar e á la anhelada presa.

—¡Perezcan, gritó furioso, perezcan esos advenedizos engañadores, cuyos sortilegios han conseguido hacer perder el juicio al emperador y el pudor á sus hijas!

—¡Príncipe de Tezcuco, esclamó con severidad Guatimozin: perecer debe antes el sacrílego vasallo que ose mancillar con temeraria lengua los sagrados nombres del emperador y las princesas de Méjico!

El príncipe de Iztacpalapa se apresuró á interponer su respeto entre los dos primos, mandándoles con la autoridad de tio que se separasen, y no volviesen á verse hasta que la reflexion diese lugar á uno y á otro para medir el valor de sus palabras.

CAPITULO X.

Qualpopoca.

Pasaron muchos dias sin que se desmintiese la benignidad que al principio usaron los españoles con el augusto preso. Servíanle sus mismos criados, haciánle compañía con muestras de satisfaccion por este honor, Cortés y sus capitanes; visitábanle diariamente los príncipes y princesas de su familia, á los cuales trataban con todas las consideraciones debidas á su rango, y continuaba el preso gobernando sus Estados y dando audiencia lo mismo que si estuviera en plena libertad y en todo el goce de su poder.

Vigilábanle, sin embargo, cuidadosamente, y con el pretesto de evitarle la molestia de una numerosa reunion en su aposento, no se permitia que estuviesen muchos mejicanos dentro del cuartel, haciendo salir á unos cuando entraban otros.

No se ocultaba á la perspicácia de Motezuma la verdadera causa de estas prevenciones; pero aparentaba no echarlas de ver y esperaba con resignacion el desenlace de aquella estraña conducta de los españoles. Disimulaba cuidadosamente su indigna-

cion y tristeza; aparentaba una grande amistad por Cortés, pasando horas enteras entretenido con él en un juego del pais llamado el totoloque, mostrándose en estas ocasiones siempre sereno y atento y algunas veces jovial y festivo.

A ninguno de sus parientes dejaba traslucir su verdadera posicion y el estado de su espíritu; y aquella larga y violenta disimulacion, aquel combate sin treguas que sostenia consigo mismo, enflaquecia su cuerpo, encanecia sus cabellos, arrugaba sus mejillas, sin que se echase de ver decaecimiento en su razon.

Con tan penosos esfuerzos creia él infelíz aplacar la ira de sus dioses sin desmerecer de su carácter de rey, y por supersticion y por orgullo aceptaba con una especie de alegria la humillante posicion en que se veia constituido.

Hacíanle tertulia todas las tardes su esposa é hijas, y algunas los príncipes, con los cuales sostenia con aparente interés conversaciones insignificantes, evitando se mencionase directa ni indirectamente el asunto que mas debia interesar á sus allegados: su traslacion al cuartel español.

El único príncipe que apenas le visitaba era Cacumatzin, porque el celoso mejicano no podia soportar la vista de su dichoso rival, admitido con frecuencia á la sociedad de la real familia y constituido con permiso de Motezuma en maestro de su hija En efecto, Tecuixpa habia manifestado tan vivos deseos de aprender la lengua española, que la india Marina, que ya la conocia regularmente, se ofreció á darla lecciones, y poco despues obtuvo Velazquez de Leon el honor de ser nombrado director de aquellos estudios.

Tenia Tecuixpa gran comprension, vivísimo ingénio, y sus progresos fueron tan rápidos que en pocos dias se entendian á maravilla la discípula y el maestro, sin necesitar la intervencion de Marina.

No ignoraba ninguna de estas particularidades Cacumatzin, y mil veces se hubiera precipitado en las mas ruidosas imprudencias, sino velasen para reprimirle la prudencia del príncipe de Iztacpalapa y la amistad de Guatimozin.

Su ódio á Velazquez de Leon, estensivo á todos los españoles, se hacia mas profundo cuanto era mas reprimido, y deseando alejarse de Méjico, pero sin resolucion bastante para dejar libres á Tecuixpa y á su amante, pasaba en aquella ciudad unos dias tristísimos, abandonando sus Estados, olvidándose hasta de Motezuma y su situacion, y viviendo solo en su amor, en sus celos y en sus proyectos de venganza.

No eran todos insensibles á los sufrimientos del enamorado príncipe. Gualcazinla, que le estimaba con estremo, condenaba severamente á su hermana, haciendo inútiles esfuerzos para cortar su naciente inclinacion: Guatimozin manifestaba su descontento por la intimidad de la princesa con el jóven español, hasta en presencia del mismo emperador; pero Motezuma, ó no daba valor á aquella aficion de niña, que juzgaba pasajera, ó ciego en su supersticion creia deber aceptar como castigo de los dioses todo género de disgustos, ó lo que es mas probable, se hallaba demasiado preocupado con mas graves intereses, para poder atender á los amores de su hija.

Un mes habia transcurrido, poco mas ó menos, desde la prision del monarca, cuando sus enviados volvieron á Méjico trayendo presos al general Qualpopoca, á su hijo Zimpacin y á otros muchos oficiales

de los que tomaron parte en la batalla contra Escalante.

Comunicaron los ministros esta noticia á Motezuma, que mandó inmediatamente se presentasen los presos á Cortés, enviándole á decir que le *mandaba al general á quien acusaba de infractor de la paz, para que se oyesen sus descargos y se averiguase la verdad.*

Convencido Motezuma de la injusticia de aquella acusacion, y creyendo firmemente que no habia sido sino un pretesto para cohonestar en cierto modo su prision, se persuadió que Cortés no la llevaria adelante y que aquel asunto se dejaria dormir, de manera que sin necesidad de confesarse engañado escusase Cortés á Qualpopoca la recriminacion de un delito que no habia cometido, puesto que no habia usado de las armas sino en el caso de legítima defensa.

No comprendia Motezuma al raciocinar asi la política del jefe español: aquella *política del terror* que siguió constantemente.

Poseia Hernan Cortés la fria razon que pesa matemáticamente las ventajas de los resultados, las conquistas á cualquier precio, cuando las ha perfectamente comprendido y apreciado. Los medios siempre eran para él cosas accesorias, y persuadíase con facilidad de su justicia siempre que tocase su utilidad.

Participaba tambien de aquella feroz supersticion de su época, en que un celo religioso mal entendido hacia que no se considerasen como hombres á los que no profesaban las mismas creencias. Venia de una tierra poblada de hogueras inquisitoriales, donde casi era un rito religioso ó un artículo de dogma el aborrecimiento á los *infieles y hereges.* Su gran ta-

lento no bastaba á hacerle superior al espíritu de su siglo y al carácter de su nacion, y lo que le hubiera parecido un vil asesinato tratándose de cristianos, era á sus ojos poco menos que una accion meritoria cuando pertenecian las víctimas á la reprobada gente que no conocia á Jesucristo. Hernan Cortés poseia ademas con esta supersticion feroz, y con aquellas cualidades que son comunes á los grandes conquistadores y á los grandes bandidos, (destinos que filosóficamente examinados no se diferencian mucho,) otra cualidad ó talento que le era no menos útil en aquellas circunstancias: la de saber dar á sus acciones mas arbitrarias un colorido de justicia.

Aconsejábale su política respetar la vida de Motezuma; pero dictábale igualmente mantener y aumentar el terror, que podia únicamente allanarle el camino de la conquista.

No queria, sin embargo, inspirar aquel á fuer de asesino: preciso era que su rigor pudiese vestir el traje de la justicia; y para designar víctimas necesitaba improvisar culpables.

Los manes de Escalante y Arguello reclamaban un sacrificio expiatorio; los mejicanos necesitaban terribles ejemplares; Qualpopoca y sus compañeros eran idólatras y estaban acusados por él. Aquellos desgraciados podian servir de instrumentos para el terror y de víctimas á la venganza, dándose al sacrificio hecho á la conveniencia el carácter de un castigo. Cortés era demasiado sagaz para desconocer esta ventaja y sobrado prudente para despreciarla.

Un consejo de guerra formado de españoles fué el tribunal que escogió el caudillo de los mismos para juzgar á los estranjeros acusados por él.

CAPITULO XI.

Acusadores, jueces y verdugos.

Serian las doce de la mañana de uno de los primeros dias del mes de febrero, y se hallaban reunidos en la sala en que tres meses antes hemos visto á Motezuma esperar la primera visita de los españoles, los mismos príncipes que en aquella ocasion le acompañaban.

Estaban, como entonces, inmóviles y silenciosos; pero su silencio y su inmovilidad, que antes eran hijos del respeto, nacian aquel dia de cólera y dolor.

El príncipe de Iztacpalapa, sentado tristemente en un ancho sitial, exhalaba de vez en cuando suspiros profundos. El señor de Tezcuco, de pié y estático junto á una ventana, fijaba miradas ardientes en el abandonado trono, mientras sus uñas ensangrentaban sus manos cerradas con fuerza. Guatimozin apoyaba los codos en el respaldo de la silla de su tio, y cubria con ambas manos su rostro pálido, en el que se pintaba un dolor enérgico.

Mas de 20 minutos trascurrieron sin la menor va-

riacion en aquel silencioso grupo, hasta que saliendo Cacumatzin de su iracunda meditacion, comenzó á pasearse á largos pasos por toda la longitud de la sala.

Levantó entonces la cabeza el jóven príncipe de Tacuba y profirió como si hablase consigo mismo:

—¡Será, pues, forzoso sufrir pacientemente todavía!

—¡No! gritó el Tezcucano deteniéndose de pronto. El sufrimiento en tales casos mereciera el nombre de cobardía y flaqueza. ¿No lo habeis oido hace una hora de boca del mismo Guacolando? ¿No habeis oido á ese fiel, pero pusilánime ministro, asegurar que son españoles los que deben juzgar á un general del imperio?

Si Motezuma ha sido capaz de degradar con tamaña flaqueza su augusto carácter; si ha depositado su autoridad suprema en las manos de esos estranjeros, ¿qué veneracion debemos á un soberano que así se degrada y nos humilla? Y si los estranjeros usurpan su autoridad por medio del engaño ó la violencia, ¿qué necesidad tenemos del permiso de un monarca oprimido, para libertarle de su vergonzosa servidumbre y restituirle su poder primitivo?

—Pero, ¿sabes con certeza, observó Quetlahuaca, que los españoles se hayan arrogado autoridad de jueces sobre unos hombres de quienes son acusadores? ¿Crees cierto que se atrevan á condenar por sí mismos al general Qualpopoca?

—Tu lo has oido de los lábios de Guacolando, respondió el príncipe de Tezcuco, y por todo Méjico se murmura.

—Las tropas españolas y tlascaltecas estan sobre las armas, añadió Guatimozin, y la agitacion que se

ha observado hoy desde muy temprano en su cuartel, prueba bastante que se preparaban á alguna cosa estraordinaria.

—¡Y qué! dijo con aire de duda Quetlahuaca; ¿podrá Motezuma consentir en tan enorme maldad?

—¿Y sabes tu, príncipe de Iztapalapa, esclamó con amargo acento Guatimozin, sabes tu si el mismo Motezuma es libre, ó si esos advenedizos pedirán aprobacion á un príncipe prisionero?

—¡Prisionero! repitió con un estremecimiento de ira Quetlahuaca. ¡Prisionero el emperador de Méjico!

—Si acaso no lo está en el riguroso sentido de esta palabra, dijo Cacumatzin, sufre, por desgracia nuestra y para vergüenza suya, un cautiverio cien veces peor. Si esos estranjeros no han tiranizado su cuerpo tiranizan su corazon; y entre la esclavitud de su espíritu ó la de su persona, os dejo escojer las que mejor os plazca, con tal que, sea una ú otra, sepais romperla y vengarla.

—Quiero oir otra vez al ministro Guacolando, dijo el príncipe de Iztacpalapa, y antes de ejecutar resolucion ninguna, os ruego que tomeis informes cuidadosos, y que me ayudeis á conseguir del emperador la esplicacion de una conducta, que acaso, por demasiado sábia y profunda, nos parece culpable.

Iba Cacumatzin á replicar con alguna impaciencia, cuando se oyó un gran ruido en palacio, y adelantándose unos pasos distinguió las voces de los dos hermanos Naothalan y Cinthal, que porfiaban con las guardias pidiendo les dejasen entrar hasta la presencia de los príncipes.

Apenas lo supo Guatimozin, salió presuroso para conducir él mismo á los dos hijos del desgraciado Qualpopoca. Todos ellos habian nacido en los domi-

nios del rey su padre; todos ellos amaban con fanatismo al jóven príncipe, y Cinthal habia tenido la dicha de salvarle la vida en una batalla.

Apenas le divisaron corrieron hácia él y echáronse á sus pies los dos hermanos.

—¡Príncipe, gritó Cinthal, tú eres nuestra única esperanza!

—¡Valiente Guatimozin, esclamó Naothalan, quítanos la vida ó salva la de nuestro padre y la de nuestro hermano.

Levantólos el príncipe con visible emocion y los condujo á la sala en que habia dejado á Quetlahuaca y á Cacumatzin.

—Aquí teneis, les dijo, á los afligidos hijos de Qualpopoca, que vienen á rogarnos no permitamos sea juzgado por estranjeros el valiente general que ha sostenido con gloria el sagrado estandarte del imperio.

—¡Ya está juzgado! esclamaron á la vez los dos hermanos con profunda desesperacion.

—¡Ya está juzgado! repitieron con asombro los príncipes. Y bien, añadió Quetlahuaca, ¿cuál ha sido la sentencia de ese tribunal intruso?

—¡La muerte! gritaron los dos jóvenes con pavoroso acento, ¡la muerte!

—Sí, príncipes, dijo Naothalan, la muerte para todos los valientes que supieron sostener con las armas en la mano la dignidad del nombre mejicano.

—¡La muerte! ¡oh! la muerte no es nada; añadió Cinthal con sorda voz y con los cabellos erizados; pero es una muerte horrible, ignominiosa.... ¡Quemados, príncipes, quemados vivos! repitió por tres veces apretando los dientes con violenta contraccion.

Un grito de horror resonó en la sala, y siguióse á él un instante de tétrico silencio.

Rompierónle los hijos del infeliz sentenciado, que volvieron á arrodillarse delante de los príncipes esclamando con lástimosa ansiedad:

—¡No lo consentireis, príncipes Aztezas, raza de héroes, no consentireis que sufran los desventurados esa muerte horrible! Pero si nada merecen, si su oscura suerte no es digna de ocupar vuestros reales ánimos, hacedlo por el gran emperador, cuyos derechos se ven usurpados, cuya voluntad es despreciada, y que yace preso como un delincuente. Su gloria os manda no permitais ejerzan esos estranjeros actos tan inícuos en sus dominios; vuestra propia seguridad os aconseja no dejar tomar alas á esa gente atrevida, que acaso ensaya en vuestros vasallos las crueldades de que mas tarde sereis vosotros mismos grandes y lamentables víctimas.

—¡Piedad! ¡piedad! repetia el uno.

—¡Justicia, príncipes! gritaba el otro.

—No perdais tiempo, decian luego los dos: hemos visto la leña para las hogueras: ¿oís, príncipes? ¡La leña para quemar sus cuerpos la hemos visto con nuestros propios ojos!

—¡Levantaos, valientes y desgraciados jóvenes! esclamó Guatimozin. ¿No escuchais en la plaza confuso ruido de voces? El pueblo se subleva sin duda á la noticia del arrojo criminal de esos tigres feroces. Partid, presentaos á ese pueblo; decidle que los príncipes Aztecas no permitirán jamás sea su sangre el pasto de esas fieras. Volad, jóvenes, mientras nosotros, convocando á los nobles y ministros, justificamos la inobediencia que vamos á cometer haciendo comprender su necesidad.

Arrojáronse á tierra los dos hermanos besando con lágrimas de alegria las plantas del príncipe de Ta-

cuba, y haciendo despues otro tanto con Cacumatzin y Quetlahuaca, salieron presurosos á cumplir la órden que acababan de recibir.

—¡Perezcan esos monstruos! dijo el príncipe de Tezcuco. Borremos con sangre hasta la memoria de sus odiosos nombres.

—¡ Si! respondió con energía Guatimozin. La sentencia pronunciada por ellos es la sentencia contra ellos. ¡Quetlahuaca ! ¡Cacumatzin! llegado es el dia de libertar á nuestro rey de sus opresores y lavar con sangre la mancha de nuestra afrenta.

—Mis emisarios, dijo el Tezcucano, volarán de provincia en provincia á convocar á los príncipes, y el sol de mañana verá reunida bajo el estandarte del imperio á toda la grandeza mejicana; pero si su asistencia nos es necesaria para dar á nuestro levantamiento un carácter de justicia y solemnidad que disculpe nuestra inobediencia, no lo es en manera alguna para volar sin demora á salvar á Qualpopoca y á sus compañeros de un espantoso suplicio. Tropas bastantes encierra la capital y solo falta un jefe que se ponga á su frente. Sélo tú, ilustre Guatimozin: te cedo esta gloria como al mas digno. Yo me encargo de traer á este sitio á los consejeros y ministros: yo me encargo de presidir la asamblea y volar en tu auxilio si fuese preciso, con toda la poblacion de Méjico. ¡ Corre, pues, príncipe! en estos momentos no hay rango, no hay dignidad fuera de la del valor. Vuela á reunir las tropas y salva de la garra de esos tigres á sus indefensas víctimas.

—¡Lo haré, dijo Guatimozin, y no pienso que sea larga la gloriosa tarea que me impones para honrarme, príncipe de Tezcuco! Reunios en este sitio: ¡en breve me vereis volver triunfante ó muerto!

Lanzábase con ardiente prisa fuera de la sala, cuando precipitándose á su encuentro pálida y conturbada Gualcazinla,

—¡Detente! le dijo, ¿á dónde vás? ¿En qué momento intentas salir solo y desarmado? ¿Ignoras por ventura lo que pasa en esa plaza? ¿No has oido ese sordo rumor que hiela de espanto mi corazon?

—¡Y bien! preguntó el príncipe, ¿qué es lo que ocurre? ¿de qué proviene ese ruido?

—Tu lo habias adivinado ya, respondió Cacumatzin. El pueblo se agolpa á las puertas de palacio y pide y espera venganza.

—¡El pueblo! esclamó con dolor la princesa. ¡Ah! el pueblo no clama, sino llora. ¡Príncipes! prosiguió estremeciéndose, desde las ventanas de mi habitacion he visto yo, y han visto todas las mujeres de mi servidumbre, el mas horrible espectáculo. Los estranjeros guardan la plaza, armados de manera que causa miedo solamente verlos. El pueblo es arrastrado por muchos de ellos para ser testigo de la sangrienta escena. ¡Oh! añadió apretando las manos sobre sus ojos y temblando en todos sus miembros: ¡el resplandor de aquellas hogueras me ha lastimado los ojos y el corazon!

—¡Hogueras! repitieron á la vez los tres con un movimiento convulsivo.

—¡Ya han devorado sus presas! dijo una voz profunda y lúgubre á espaldas de los príncipes. Volviéronse con espanto y vieron á Naothalan, pálido como un difunto, el cabello levantado de horror, los dientes apretados con horrible rechinamiento; pero con los ojos secos, los brazos cruzados sobre el pecho, y con aquella especie de calma que es el último período de la desesperacion.

Cinthal llegó al mismo tiempo, y como si sus fuerzas solo le hubiesen ausiliado hasta conducirle junto á los principes, cayó á sus pies articulando débilmente:

—¡Quemados!

Una especie de estupor se habia apoderado de los príncipes; pero la rabia que le siguió fué frenética.

—¡A ellos! gritó Cacumatzin; ¡á ellos! ¡solos, desarmados... de cualquier modo! ¡A ellos! ¡á ahogarlos entre nuestros brazos, á despedazarlos con nuestros dientes!

—¡A llevarles nuevas y mas grandes víctimas! dijo Naothalan con indescribible sonrisa. Los infelices que no pueden ya ser salvados, pueden ser vengados todavía. ¿Pensais que mis dientes no tenian hambre de su carne, y mis lábios sed de su sangre, cuando los veia mirar con rostro sereno los horribles visajes de sus víctimas, cuyas carnes chirriaban en el fuego?... Pero la vida me es ahora demasiado querida para arriesgarla así neciamente. La vida es necesaria para la venganza.

—¡Venganza! murmuró con débil voz Cinthal, que comenzaba á recobrar los sentidos.

—¡Sí, príncipes! ¡Venganza! repitió Naothalán con acento terrible. ¡Venganza os piden esas cenizas que humean delante de las puertas de vuestro palacio! ¡Pero venganza segura, atroz, inaudita!

—¡La obtendrán! esclamó solemnemente Guatimozin. Yo lo juro por esas mismas cenizas y por el formidable nombre de Huitzilopochtli.

—Pero tened presente, dijo Quetlahuaca, lo que acaba de deciros Naothalan. Es preciso venganza; pero venganza segura. Yo marcho á prevenir los medios. Consultad á la prudencia para satisfacer mejor á la ira.

Saliose de la sala.

—¡No intenteis nada! esclamó con angustia la princesa. Acordaos que la sagrada persona del emperador está en manos de esos feroces enemigos.

—A romper sus cadenas nos preparamos, dijo Cacumatzin. Retírate, princesa y no quieras apagar con las lágrimas de tus ojos el incendio de nuestros corazones.

—¡No! repuso con dignidad y entereza la esposa de Guatimozin. No es tan flaco el ánimo de la hija de Motezuma que desconozca ó desapruebe vuestra justa ira; pero debeis considerar como primera obligacion, no poner en peligro la vida del emperador. Pensad pues en ella: pensad que esos bárbaros estranjeros, que acaban de dar tan atroz muestra de su osadía, pueden vengar en su augusto prisionero los daños que reciban de vosotros: si podeis salvarle de este riesgo, Gualcazinla misma vendrá á colocar en vuestras manos las armas vengadoras.

—Eres sábia como un anciano y brava como una Miztlit, (1) dijo Cacumatzin. Retírate, que no olvidaremos tus consejos.

Retiróse Gualcazinla, y los dos príncipes, haciendo llamar á los consejeros, empezaron á concertar con ellos los medios mejores de ejecutar su venganza, sin esponer la persona sagrada de Motezuma, mientras Quetlahuaca hacia convocar á palacio á todos los nobles del imperio.

---

(1) Miztlit.—La leona americana.



CAPITULO XII.

La conjuracion.

Mientras ocurrian las escenas que acabamos de referir en el palacio imperial, otras no menos interesantes y tristes pasaban en el cuartel español.

Condenados á muerte el general mejicano, su hijo Zimpazin y los otros oficiales y soldados presos con ellos como cómplices de su supuesto delito, ocurriósele á Alvarado el loco pensamiento de que, para aumentar el terror que debia inspirar aquel castigo, y para que Motezuma no osase oponer ningun género de resistencia, convenia asegurar su persona durante la ejecucion. Estas fueron al menos las razones en que apoyó el inhumano capitan aquel odioso consejo, que solo se puede comprender como un capricho de crueldad, tan bárbaro como inconveniente. El caudillo español tuvo la flaqueza de escucharle, y no sin alguna repugnancia se presentó en el aposento del monarca, que le recibió con menos serenidad que de costumbre. Fuese que los concentrados dolores y los largos insomnios, que iban á toda prisa arruinando su físico, empezasen ya á debilitar su espíritu; fuese que en el rostro del

castellano leyese la amenaza de un nuevo y mayor ultraje, lo cierto es, que se turbó estraordinariamente á vista de Cortés.

—Señor, dijo este, ya quedan sentenciados á muerte Qualpopoca y sus cómplices; pero la justicia humana, á imitacion de la divina, no distingue las gerarquías; y es forzoso expieis vos mismo con alguna mortificacion los indicios que hay contra vos, de haber ordenado el crímen.

Concluidas estas palabras mandó á sus soldados pusiesen al emperador unos pesados grillos que traian visibles, y su órden impía se ejecutó con presteza increible. Estuvo presente Cortés, como si temiese alguna resistencia en el desgraciado príncipe; pero el esceso del ultraje habia anonadado á Motezuma. Sin voz, sin movimiento, fijos los ojos, inmóviles las facciones, sufrió la ignominiosa maniobra, sin dar muestras de sensacion física ni moral.

Concluida que fué, salióse Cortés, acaso avergonzado de sí mismo, y dió órden para que no se permitiese ninguna comunicacion al augusto preso.

Los criados que asistian á este y que veian, sin acertar y dar crédito á sus ojos, la inaudita afrenta, echábanse á sus pies con lágrimas y gemidos, besando la cadena y sosteniéndola para aligerar su peso; pero nada decia, nada parecia sentir Motezuma, conservándose en un verdadero estado de estupor las horas que tardó Córtes en volver á su aposento.

—Ya no existen los culpables, dijo al presentarse con rostro sereno, y la justicia del cielo queda satisfecha con su muerte y vuestra penitencia. Estais libre.

A estas palabras, los soldados que le acompaña-

ban quitaron los grillos al emperador, con la misma prontitud con que se los habian puesto, y este, á quien las últimas palabras de Cortés sacaron algun tanto de su enagenamiento, repitió con aire de insensatez:

—¡La justicia del cielo está ya satisfecha!

—Sí, noble Motezuma, dijo el caudillo con una reverencia respetuosa, que era indudablemente el mas cruel sarcasmo al infortunio. Ya está libre V. M. y puede salir y entrar segun su soberana voluntad lo determine.

—¡La justicia del cielo está ya satisfecha! volvió á decir Motezuma mirando á todas partes con temor y duda.

—Y V. M. está libre, repitió Cortés sin poder defenderse de un impulso de compasion.

Sentóse junto al monarca y le habló con respeto y cariño; pero el golpe habia sido demasiado violento. Escuchaba á Cortés dando muestras tan pronto de una insensata alegria, tan pronto con una especie de miedo pueril, y á veces con absoluta distraccion.

Disipáronse algun tanto con el tiempo aquellos síntomas de demencia; pero ¡ay! ¡aquel grande y valeroso príncipe no volvió á ser nunca lo que habia sido!

Todos sus actos anteriores se esplican por su supersticion de terrible fatalismo: sus actos desde aquel dia no pueden comprenderse sino como los resultados de aquella gran convulsion moral, que quebrantó para siempre los resortes de su espíritu.

Cortés le permitió salir á sus templos y visitar á su familia. Sabia bien que la flaqueza y el temor en-

cadenaban mas al desventurado que pudiera hacerlo con todos sus hierros.

Mientras tanto, los príncipes proseguian infatigables en su proyecto. La aparente libertad concedida al monarca no les habia alucinado; y mas decididos porque veian menos difícil sustraerle de manos de sus opresores, cuya vigilancia creian algo relajada, apresuraban el momento de sacudir para siempre el vergonzoso yugo.

La noble conjuracion era dirigida con sagacidad y prudencia: estaban tomadas todas las medidas, previstos todos los casos, vencidos todos los obstáculos; y sin embargo, muchos nobles y oficiales del ejército mostraban cierto disgusto en acometer una empresa sin permiso del emperador.

Habia sabido Motezuma inspirar á su pueblo tan anática veneracion, que aun en utilidad de él mismo creian un delito la mas leve infraccion de sus órdenes supremas. Los que con mas franqueza y decision habian mostrado estos sentimientos eran los ministros, y aparentaba sus mismas opiniones el señor de Matalcingo, que por enemistad con Cacumatzin condenaba cualquiera resolucion de este. Como pariente próximo de Motezuma y varon muy respetado entre los mejicanos, aspiraba á sucederle en el trono, y temia que el buen éxito de aquella conjuracion, á cuyo frente se habia colocado su enemigo, le hiciese adquirir un prestigio que favoreciese las pretensiones que le suponian al trono imperial.

La autoridad y violento carácter de Cacumatzin, la prudencia y dulzura de Quetlahuaca, y la dignidad y política de Guatimozin lograron imponerle lo bastante para que no diese ninguna pública se-

ñal de oposicion á sus designios; pero pasó secreto aviso á Motezuma de la conjuracion y del dia y hora en que debia estallar.

Los espías de Cortés por otra parte habian concebido sospechas que comunicaron sin demora á aquel general, que no encontró gran dificultad en saber del mismo Motezuma todo cuanto respecto á la conjuracion le habia descubierto su pariente.

Conociendo el monarca el carácter atrevido del señor de Tezcuco, no dudó fuese el principal, ya que no el único agitador de aquella rebelion, y la elevada clase del reo y su estenso poder fueron pesados rápidamente por la prudencia de Cortés. Conoció que si habia exaltado los ánimos la muerte de Qualpopoca, la condenacion de Cacumatzin atraeria mas graves consecuencias; que por muy acobardado que estuviese el pueblo mejicano no dejaria verter impúnemente por manos estranjeras la sangre de sus príncipes, y que para fallar en la causa de tan ilustre culpable debia colocarse bajo la autoridad de Motezuma.

Hecha esta reflexion, encontró en su talento fáciles medios de obligar al desventurado monarca á que le concediese aquella salvaguardia que le escusaba los peligros, dejándole entera la utilidad. Ponderó la enormidad del desacato cometido por el príncipe de Tezcuco contra la autoridad de su soberano; manifestóse mas resentido de la ofensa hecha á su cautivo que temeroso de su propio riesgo, y se ofreció á conducir presos á los rebeldes, si se dignaba Motezuma concederle el honor de ser el vengador de su agravio.

Por muy enflaquecidas que estuviesen las facultades morales del monarca, tuvo todavía un mo-

mento de dignidad y de energía para negarse resueltamente á aquella proposicion.

—No, dijo, nunca emplearé armas estranjeras para castigar á mis súbditos, mayormente siendo hombres de tan alta y respetable gerarquía. La inobediencia de mi sobrino es efecto de la imprudencia de la juventud y de la demasiada viveza de su carácter, y bastará para su correccion que yo le amoneste con suavidad, recordándole sus deberes.

Llamó al concluir estas palabras á uno de sus oficiales, y le mandó pasase á ver al príncipe de Tezcuco, y le intimase la órden de comparecer sin demora á la presencia de su soberano.

No creyó prudente Cortés mostrarse disgustado por esta resolucion; antes bien añadió con finura que podia el mensajero saludar en su nombre al príncipe, invitándole á venir á su cuartel como á la casa de un sincero amigo.

Agradeció Motezuma aquella inesperada urbanidad, y dijo casi enternecido:

—No eres malo, capitan; sin duda un maligno espíritu, posesionado á veces de tu ánimo, es el que te ha dictado algunas acciones que nunca pudieran ser hijas de tu corazon.

—La gloria, contestó Cortés, mas bien como hablando consigo mismo que contestando al emperador, la gloria es á veces una deidad cruel, que vende muy caros sus favores.

—¡La gloria! repitió Motezuma con acento amargo; tambien yo he ambicionado su posesion y creia haberla conseguido. Pero todo puede perderse en un dia, y la gloria no siempre es independiente del génio caprichoso que vosotros llamais fortuna.

Mientras continuaban hablando de este modo el

jefe español y su augusto prisionero, circulaba velozmente entre los conjurados el alarmante rumor de haber sido vendidos, y que el emperador, altamente indignado, se disponia á descargar sobre sus cabezas todo el rigor de su ira.

Tales voces produjeron una inquietud general, y en muchos un visible terror. Formábanse grupos por todas las calles; hablábase misteriosamente en cada uno de ellos y parecia discutirse opuestos pareceres.

Sin embargo, ninguna muestra clara hubo de arrepentimiento ó desaliento, hasta que se supo que el príncipe de Tezcuco habia sido citado á comparecer delante de su soberano, y que el altivo mancebo habia rehusado la obediencia, lo cual no podia considerarse sino como un acto de declarada rebelion.

Muchos de los conjurados se escaparon secretamente entonces huyendo de la cólera del monarca; otros de propia voluntad impetraron su perdon, y los mas resueltos halláronse turbados y vacilantes al ver la dispersion de sus coligados.

Juntáronse nuevamente en palacio los principes y señores mas empeñados en aquella causa para determinar de comun acuerdo el partido que debian tomar en circnnstancias tan críticas, pero imposible fué convenirse.

Guatimozin opinaba que se hiciera al emperador una franca manifestacion de sus designios y de los motivos poderosos que los habian inspirado, esforzándose todos á convencerle de la necesidad de espulsar á los españoles de aquellos dominios, levantando una voz unánime contra sus desacatos y tiranías.

Simpatizaban con este dictámen Quetlahuaca y

otros señores poderosos; pero negábase obstinadamente Cacumatzin, arrastrando á su partido á algunos de sus amigos. Decia, no sin alguna razon, que nada podia esperarse de Motezuma en el estado de abatimiento y opresion en que se encontraba, y que entregarse á él era lo mismo que entregarse á Cortés. Que la desobediencia era justificada por los motivos, y que el mismo emperador les daria gracias, cuando libre de los sortilegios de los estranjeros se viese restituido á su antiguo poder y gloria. Sostuvo que descubierta la conjuracion era forzoso llevarla á cabo, y que solo debian tratar de apresurar su realizacion sin ningun género de misterio ni debilidad.

Vacilaban muchos entre estos dos pareceres que sostenian algunos con igual calor, y muy avanzada la noche se disolvió la junta sin que se hubiese tomado resolucion decisiva.

Impaciente y asaz disgustado entró Cacumatzin en el palacio que habitaba, murmurando palabras de desprecio contra la pusilanimidad de los mejicanos. No inspiraba el amor aquella noche los pensamientos del fogoso indiano; ó mejor diremos, se amalgamaban de tal modo en su alma los intereses de la patria y los de su corazon, que las amenazas que dirigia en su interior á los españoles, como opresores de su libertad, eran acojidas con placer y sancionadas, por decirlo asi, por los celos que ardian en su pecho, y cuyo objeto veia entre aquellos enemigos detestados.

Muchas horas pasaron sin que pudiese sosegar un momento, concibiendo mil proyectos temerarios que acojia y desechaba alternativamente, hasta que rendida su naturaleza á tan vivas agitaciones se quedó adormecido.

Diez minutos á lo mas habrian trascurrido desde que logró aquel ligero reposo, cuando le sacó de él súbitamente un estraordinario ruido en su mismo aposento. Abrió los ojos, quiso incorporarse; pero se sintió en el mismo instante fuertemente asido por ambos brazos, y á la luz de una especie de linterna, que apareció como por encanto delante de su rostro, conoció á uno de los oficiales de Motezuma, que esclamó con solemne acento:

—Date preso al emperador.

Rugió Cacumatzin como la fiera que acaba de caer en la trampa del astuto cazador, y comenzó á insultar á los soldados haciendo inútiles esfuerzos para escapar de sus manos.

—¡Traidores! les decia; ¡estais vendidos á los españoles y habeis comprado á mis criados para sorprenderme indefenso en mi lecho! ¡Mejicanos indignos! ¿cómo osais poner las manos en un príncipe de la sangre real? ¡soltadme, cobardes! ó lavaré en la sangre de vuestras mujeres y vuestros hijos la afrenta que intentais hacerme.

El oficial que mandaba la pequeña tropa solo respondia á tantos denuestos :

—Estais preso por órden del emperador.

—¡Mentis, traidores! gritaba el príncipe: ¡mentís, siervos infames! Los estranjeros de quienes sois esclavos, pueden solamente cometer esta bajeza.

Diciendo estas palabras forcejeaba por desasirse, defendiéndose con increible fuerza; pero todo fué en vano, pues á pesar de su obstinada resistencia, los soldados le cubrieron la boca y le sacaron de su palacio, sin que acudiese en su ausilio ninguno de sus sobornados servidores.

Conducido con la mayor prevencion y diligencia

al cuartel español, fué encerrado en un pequeño apo sento donde le dejaron solo, entregado al mas violento furor, y Cortés pasó á la habitacion de Motezuma, que tampoco dormia, y estaba mas pálido y decaido que nunca.

—Señor, le dijo, segun vuestras órdenes, el príncipe de Tezcuco ha sido preso en su propio palacio y acaba de ser trasladado á este cuartel. V. M. únicamente tiene derecho para disponer de tan alto delincuente.

Estremecióse Motezuma.

—El príncipe ha cometido sin duda una grave falta, dijo. ¡Nunca hasta ahora, añadió con amargura, habian despreciado los príncipes mejicanos la autoridad de su rey! ¡Nunca tan abatido se habia visto Motezuma! Pero, ¿qué quieres de mí, capitan? No creo que me aconsejes haga morir cómo á un facineroso al señor de Tezcuco, á un príncipe de mi sangre!

—La sangre de Motezuma, contestó el caudillo, será siempre sagrada para mí, y nunca aconsejaré á V. M. medidas de rigor que pudieran serle penosas. Prisiones de Estado hay para los delincuentes de condicion tan elevada como el soberano de Tezcuco, y la prision basta, á mi entender, para castigar la rebelion de que se ha hecho reo.

—Pues bien, dijo con voz lánguida Motezuma, manda en mi nombre que sea conducido á una prision de nobles, y escúsame el disgusto de ver á ese insensato jóven.

Apenas amaneció cuando hizo Cortés que Motezuma repitiese la sentencia en presencia de sus ministros, cuidando de que se le diese la mayor solemnidad posible; y cuando supo que habia sido notificada al reo, se presentó á él con afable semblante,

ofreciéndose como medianero cerca del emperador; pues mas que sepultado en una prision, le convenia tener obligado y agradecido al mas poderoso príncipe del imperio.

Al verle Cacumatzin,

—¿A qué vienes? esclamó. ¿Traes para el señor de Tezcuco las cadenas con que oprimieron tus sacrílegas manos al emperador de Méjico?

Hizo Cortés que los intérpretes esplicasen al príncipe sus amistosas ofertas; pero encendido en ira,

—¡Aléjate, hipócrita! esclamó, y vé á engañar con tus palabras embusteras al monarca infeliz á quien has entontecido con tus hechicerías.

Guardáronse los intérpretes de trasmitir al general estas palabras, temiendo los primeros efectos de su cólera; pero comprendiendo por el tono y el gesto su sentido, salió de la habitacion del preso arrojándole una mirada entre desdeñosa é iracunda.

Fué conducido sin demora á su prision el soberbio Cacumatzin por entre las oleadas del atónito y consternado pueblo, y algunos minutos despues un enviado del príncipe de Tacuba se presentó pidiendo permiso para hablar al emperador.

Estaba tan abatido Motezuma que se negó abiértamente á dejarse ver de nadie, y solo á las repetidas instancias de Cortés consintió por último en oir el mensaje de su yerno.

Dejáronle solo con Cinthal, que era el mensajero de aquel príncipe, siempre bien guardada la puerta de su habitacion por los acostumbrados centinelas; y apenas tuvo licencia para hablar el hijo de Qualpopoca, cuando dijo con voz clara y bastante alta:

—Gran señor, tu hijo y sobrino el príncipe Guatimozin me envia á tí, porque habiendo jurado por

los dioses no entrar en este edificio sino con las armas en la mano, no puede presentarse personalmente.

—¡Calla, imprudente! esclamó el emperador mirando con inquietud á un lado y á otro. Guatimozin no puede haber hecho semejante juramento.

—Asi lo dice al menos, gran señor, repuso el jóven, y me envia á ti para que sepas que ha sido uno de los jefes de la conjuracion que tan severamente castigas en la persona del ilustre Cacumatzin. El príncipe mi señor te suplica absuelvas al sentenciado y arrojes de tus Estados á los estranjeros, contra los cuales se han armado, ó que de lo contrario le impongas el castigo que quieras, puesto que confiesa ser reo de la misma culpa que has castigado en el señor de Tezcuco.

—¡Silencio! esclamó con terror el infeliz soberano. ¡Silencio, jóven insensato! Es falso todo eso que acabas de decir.

—Protesto, señor, y afirmo por tu augusto nombre que es verdad, y que tales cuales acabas de oirlas, son las palabras que el príncipe Guatimozin me encargó comunicarte.

—Todo lo han oido esos soldados, murmuró con dolor Motezuma echando una ojeada hácia la puerta, y no faltará por allí un intérprete, si es que alguno de ellos no ha entendido á este loco. Y elevando en seguida la voz,

—Bien, dijo, si el afecto que Guatimozin tiene á su primo le hace atribuirse su mismo delito, mi justicia sabrá castigar la locura del uno, como ha castigado el crímen del otro. Sal al instante, jóven, y vé á decir á tu señor que le ordeno salir de esta capi-

tal en el término de dos horas. Adviértele ademas que le prohibo detenerse en las inmediaciones, y que señalo para su destierro la provincia de Xocotlan, donde permanecerá cerca del venerable Olinteth, hasta que mi voluntad levante su destierro.

Inclinóse Cinthal hasta tocar el pavimento con su mano derecha, que aplicó en seguida á sus lábios, y salió de la habitacion sin replicar una palabra.

Quedó Motezuma profundamente pensativo hasta que, entrando Guacolando,

—¿Será cierta, gran señor, le dijo, la noticia que acaban de comunicarme? ¿Es verdad que destierras de tu capital al príncipe Guatimozin?

Asióle por un brazo Motezuma; y acercando su boca al oido del ministro, le dijo en voz muy baja:

—¿Hay algun otro medio de evitarle una imprudencia? Ese generoso y valiente jóven no puede estar en esta capital, mientras haya en ella hombres que debe aborrecer y á los que no le conviene irritar.



CAPITULO XIII.

La partida.

Teniendo en sus brazos á su precioso hijo, cuya cabeza acariciaba con amorosos besos, estaba Gualcazinla sentada en un almohadon á los pies de su marido, que echado en un banco, en uno de los sitios mas retirados del jardin de palacio, parecia respirar con avidez la brisa fresca de la mañana que le era sin duda necesaria, pues se notaba por la dificultad de su aliento y la alteracion de su semblante, que se hallaba oprimido su pecho é irritada su sangre por una noche de agitacion é insomnio.

Mirábale de hito á hito la princesa con afectuosa inquietud, y el tierno Uchelit tendia sus manecitas maquinalmente, formando con su garganta dulces y confusos gorgeos, como si á falta de voz quisiese llamar de aquel modo la atencion de su padre; pero Guatimozin, preocupado con sus pensamientos, no atendia ni á las tiernas miradas de su mujer ni á las infantiles gracias de su hijo.

Contraste singular á la verdad presentaba el aspecto adusto y pensativo de aquel jóven, con el con-

junto risueño y voluptuoso del paraje en que se hallaba.

En aquel jardin ameno, bajo doseles de verdura, escuchando el blando murmurio de las fuentes y el variado canto de las aves; respirando en las benignas auras matinales los penetrantes aromas del níveo *Floripundio*, del nacarado *Joloxochitl*, que en su forma imita la figura de un corazon, como lo indica su poético nombre (1), de la vistosa *Macpalxochit*, que exhala de su capullo, semejante á un canastillo, el mas grato de los perfumes, y de la magnífica *Occloxohil* (2) de atigrado matiz; rodeado, en fin, de las mas lindas y amenas producciones de la naturaleza y del arte, parecia estraña la grave y melancólica disposicion de aquel adolescente, cuya vida se hallaba, como el dia á que nos referimos, en su apacible mañana.

Despues de larga y profunda meditacion, levantóse de repente y comenzó á pasearse á largos pasos con aspecto de suma agitacion. Gualcazinla se levantó tambien y le siguió en silencio, sin apartar la vista de su alterado rostro. La brisa que revolvia su negra cabellera, la arrojaba como un velo de seda sobre el blanco cuerpo del niño que abrigaba en su pecho, y cuyas manecitas se enredaban entre las brillantes hebras.

---

(1) *Joloxochitl* significa *flor del corazon*, ó, segun otros *flor del amor*. Es la mas fragante de cuantas flores indígenas mencionamos aquí. El arbusto que la produce es alto, las hojas àsperas, la flor blanca con el centro nacarado: cerrada figura una estrella y abierta un corazon.

(1) *Flor del tigre*: llámase asi por la semejanza que tenian sus colores con la piel de la espresada fiera.

—¿Cómo has podido envilecer asi tu augusto carácter? esclamó de pronto Guatimozin hablando consigo mismo, pero arrojando en torno una mirada colérica, como si buscase á la persona á quien era aplicable aquella pregunta. ¿Cómo has perdido en pocos dias todas las altas cualidades que veneraban mas de cien provincias?

La princesa, que llegaba en aquel instante cerca de su marido, se detuvo confusa y sorprendida, y mirándola, aunque sin verla, prosiguió Guatimozin:

—Todos sabemos los ultrajes que has sufrido, y tú solamente pareces olvidarlos. ¿Te has vuelto, pues, tan cobarde como la liebre montaráz, que huye al ruido que el viento forma en las hojas de los árboles? ¿Te alimentas ya con tu oprobio ó has perdido el juicio para no conocerlo?

—¡Guatimozin! dijo con dolor la princesa, ¿por qué flaqueza he merecido tan duras reconvenciones?

Sacando estas palabras á Guatimozin de su enagenamiento, vió á su esposa bañada en lágrimas, y tendiéndole los brazos,

—¡No se dirigen á tí, esclamó, arroyo purísimo, que corres por el desierto de mi vida! ¡No mereces tú sino mis bendiciones, blanco cisne, que encantas con tu voz las agonias de nuestra comun felicidad!

Y aproximándose á ella, y contemplándola con una mirada enternecida,

—Estás hermosa con tu llanto, la dijo, como la rosa que en la madrugada aparece salpicada por las perlas del cielo, y te asemejas, con tu hijo entre tus brazos, á una tortolilla cobijando su nido bajo las maternas alas. Pero el esposo de la tortolilla cae

herido por la flecha del cazador, y el tuyo, Gualcazinla, está herido tambien por la mano de la desventura.

—Soy tierna como la tortolilla, y frágil é inútil como la rosa, respondió Gualcazinla; pero si mi esposo es perseguido, me volveré fiera y terrible como la hembra del *jaguar* (1), y robusta como la ceiba. Dime, pues, tu pena, Guatimozin, y nómbrame á tus enemigos.

Condújola el príncipe á un banco de verdura, y atrayéndola sobre sus rodillas comenzó á decirla:

—Tu padre abandona su pueblo á la tiranía de los estranjeros, cuyas cadenas ha soportado con indigna resignacion. Un general del imperio ha muerto quemado como traidor: un príncipe de la sangre está preso como facineroso... ¿me preguntarás todavía por qué padezco?

Calló Gualcazinla, bajando tristemente sus soberbios párpados, y el príncipe prosiguió:

—El imperio no tiene soberano; el pueblo mejicano no tiene padre. Motezuma es siervo de los españoles, y sus vasallos una tropa de conejos abandonada al furor de los perros. Y sin embargo, ese mismo pueblo, imbécil y loco, infama con el nombre de rebeldes á los que quieren libertarle: y tu padre solo tiene poder para castigar á sus defensores.

¡Oh esposa querida de mi alma! En sol aciago ha venido al mundo nuestro hijo! Los genios de la desgracia han mecido la cuna de este pobre infante, y sus ojos solo se han abierto para mirar la vergüenza de sus padres.

(1) *El jaguar*: de la familia del tigre.

Una lágrima corrió de los ojos del príncipe cayendo sobre la cabeza de su hijo. ¡Bautismo del infortunio, sello de dolor fué aquella gota amarga, que pareció consagrar á la desventura la tierna existencia de aquel niño!

Apretóle la madre como si hubiera querido esconderle dentro de su pecho, y mirando con espanto á Guatimozin,

—¡Qué debemos temer! esclamó. Mi entendimiento no alcanza á comprender toda la estension de tus inquietudes, y sin embargo, el corazon ha saltado de terror en mi pecho, como si por instinto súbito presintiése insólitas desventuras.

—¡Que debemos temer! repitio Guatimozin con amarga sonrisa. Y estrechando á su esposa y á su hijo entre sus brazos con una especie de furor,

—Nada, dijo, nada se debe temer cuando hay valor bastante para saber morir.

—¡Morir! gritó temblando la princesa y cayendo de rodillas á los pies de su marido; no, no quiero morir. ¿Por qué morir? ¿Qué seria de nuestro hijo sin su padre y sin su madre? Matemos si es preciso á todos los españoles, antes que abandonar á nuestro hijo, ó arrancarle de la tierra como á una tierna planta que no ha saludado al sol dos veces todavía. Todas las madres me maldecirian, esclamando al ver mi sepultura: aquí duerme la cruel Gualcazinla, que se llevó su hijo á la pira, antes de que sus lábios hubiesen aprendido á bendecir á los dioses, ni su mano á lanzar una flècha defendiendo á la patria. Y las almas de mis abuelos me arrojarian indignadas de las ciudades eternas donde habitan, diciéndome: has sido en la tierra como el árbol infecundo, que cae sin de-

jar ningun fruto, ó como el insecto maligno que devora sus hijos.

Tomó Guatimozin en sus brazos al tierno infante, grabó en sus labios, que sonreian, un beso paternal, y levantándolo sobre su cabeza y alzando los ojos al cielo con patético fervor,

—¡ Protejed su inocencia, espiritus divinos! esclamó. Protejed á esta indefensa criatura y á la tierna madre que llora á mis pies; y si no estoy destinado á la dicha de salvar mi patria, concededme la gloria de morir por ella, y sed los defensores de la viuda y del huérfano.

Al acabar esta oracion patética, un ligero ruido advirtió al príncipe que se acercaba alguno; y volviendo la cabeza hácia el paraje de donde salia, vió por entre unos plátanos aparecer á Cinthal con semblante triste.

Puso al niño en brazos de su madre y salió á encontrarle.

—Nada debes esperar, señor, del emperador tu padre y tio, dijo el mensajero, y solo te quedan dos horas para prepararte á partir. Estás desterrado á la provincia de Xocotlan, donde permanecerás cerca del Tlatoaní Olinteht, hasta que se haya aplacado la cólera de Motezuma.

—Bien está, dijo el príncipe despues de un instante de silencio: vé, pues, á disponer lo necesario para nuestra partida.

Y acercándose á su esposa,

—Tu padre me destierra de su capital, le dijo, y los opresores triunfan.

—El cielo castigue su maldad, respondió la princesa, y abra los ojos al desgraciado emperador. Tu esposa y tu hijo te acompañaremos.

—Eres la luz de mis ojos y el bálsamo de mi corazon, esclamó Guatimozin; pero no debo consentir en que espongas á tu niño á las molestias de un viaje.

—Yo cuidaré de su comodidad, repuso la princesa, y aun cuando hubiese de sufrir algun trabajo, mi hijo, si fuese capaz de elejir, lo aceptaria con placer por amor á su padre.

Reflexionó un instante Guatimozin y luego abrazó á su mujer diciéndola:

—Ven, sí, que no estaría tranquilo mi espíritu dejándote en esta infeliz ciudad, donde mandan los estranjeros. Dos horas tenemos para disponernos; aprovéchalas despidiéndote de tu familia, porque antes de que el sol llegue á la mitad de su carrera debemos estar fuera de la capital.

Separáronse los dos esposos, y la noticia del destierro del príncipe, esparcida rápidamente por el palacio, produjo un sentimiento de pena general que se manifestó con lágrimas y alaridos.

Miazochil y Tecuixpa se despedian de Gualcazinla con tan estremado dolor como si jamás hubiesen de volver á verla; y todos los príncipes y nobles que se hallaban en la capital acudieron en tropel á dar un tierno adios á los ilustres desterrados.

Los tamemes (1) cargados con el equipaje llenaron en un momento los patios de palacio; y las literas, cubiertas con grandes doseles de telas de

(1) Llamábanse así los indios que se empleaban en llevar las cargas, los cuales soportaban pesos enormes y suplian en aquel pais con su fuerza y ligereza la falta de las caballerías.

algodon, verdes y encarnadas, estaban ya preparadas con todo lo necesario á la mayor comodidad.

Salió Gualcazinla de los brazos de su madrastra y hermana, cubierta la cabeza con un velo blanco; y llevando en la mano derecha una especie de quitasol de plumas verdes y amarillas. Tomóle su marido la otra mano y la condujo á la litera destinada á ella, en la cual se habia dispuesto un pequeño lecho formado de pieles para su tierno Uchelit.

Colocadas en sus respectivos palanquines algunas mujeres de la servidumbre de la princesa, Naothalan, Cinthal y dos ó tres criados de Guatimozin, que habian jurado no apartarse nunca de su lado, tomó la suya el príncipe y salió la caravana de palacio, atravesando algunas calles, á las que corria el pueblo á despedirlos con lamentos y bendiciones.

Correspondian Guatimozin y su esposa á aquellas afectuosas muestras saludándoles con la mano, y arrojando á los grupos de gente pobre algunas joyas de su adorno, que recojian con ansia y besaban con respeto, como cosas sagradas.

Gualcazinla lloraba amargamente y dirigia en voz baja fervientes oraciones al Dios protector de los viajeros, para que los condujese sin contratiempo al término de su destierro. Jamás se habia alejado la jóven princesa de las orillas del lago, y al comenzar inesperadamente un viaje de mas de sesenta leguas, acometia una empresa que se le representaba tan árdua como peligrosa.

La caravana atravesó un gran trecho por agua en engalanadas piraguas y emprendió silenciosamente su camino al través de un pais el mas propio para fijar la atencion mas distraida, disipando pesares sombríos.

La campiña de Méjico, reputada con razon como una de las mas estensas y hermosas de la tierra, ofrecia por todas partes vistas risueñas y agradables. Hácia un lado y otro veian los viajeros terrenos cultivados, donde tan pronto se encontraban vastísimos maizales, cuyas mazorcas, coronadas de hilos de oro, resaltaban entre las hojas de un verde muy vivo, como sotillos de chirimoyas y áloes, ó largos platanales que se balanceaban al impulso de la brisa: aquí abrian los algodoneros sus verdes capullos brotando copos tan blancos como la nieve, y allá se estendian inmensos cacaguales, entreteJiendo sus ramas cubiertas de vainas matizadas de amarillo y grana.

Por campos de ananas se llegaba á pintorescos prados de maguei, planta curiosa, admirable fuente vegetal que mana un zumo precioso, de que fabrican su apreciado pulque los mejicanos, y en medio de alamedas de magestuosos zapotes se admiraba en abundancia el inestimable nopal que cria la cochinilla.

En segundo término encontraba con frecuencia la vista colinas pintorescas, coronadas de cocos y soberbias palmas; y en el fondo del cuadro dilatadas montañas, cuyas cimas azuladas iban á envolverse en cendales de purpurinas nubes.

Bandadas de papagayos, de guacamayos, de cateyes y otras muchas aves de vistosos plumajes aparecian á menudo por uno y otro lado del camino, y de vez en cuando veíase dirigir su vuelo hácia las alturas algun águila solitaria.

El hermoso cielo que cubria tan amenos paisajes comenzó á oscurecerse con sombras que robaban por grado los vivos colores á los campos; y el príncipe, que no se habia detenido en todo el dia sino

lo necesario para cambiar de tamemes y dar algun descanso á la princesa, determinó hacer alto en una pequeña poblacion, que ocupaba próximamente el sitio en que hoy se encuentra el mal meson conocido por el nombre de venta de Córdoba.

Como la caravana andaba despacio, sobrevino la noche antes que pudiesen entrar en aquella aldea; pero era noche de las mas deliciosas que pueden gozarse en aquel clima. Una multitud de brillantes luciérnagas pobló los árboles en pocos minutos, como si por una benéfica prevision hubiese cuidado la naturaleza de proporcionar claridad á los viajeros de aquellos campos.

Llegó por fin la caravana al sitio de su descanso, donde no pudo escusarse Guatimozin de recibir las visitas de algunos indios principales de las cercanías, que despues de disputarse el honor de hospedarle, acudian á ofrecerle víveres y tamemes para la carga.

El pais por donde al dia siguiente continuaron su marcha presentaba un aspecto enteramente diferente del que acababan de atravesar. Empezaron á subir, dejando al sur el gran volcan de Popocatepec, y al norte los soberbios montes Matlalcueyes: el príncipe se detuvo un momento para echar una mirada sobre la fértil llanura que se tendia á su espalda, y á cuyos últimos términos se descubrian, á vista de águila, las poblaciones del gran lago de Méjico. Aquella estension de agua, comparable á un ancho brazo de mar, se veia en lontananza sembrada por todos lados de hermosas ciudades, cuyas torres doradas parecian flotar sobre su superficie. Descollaba entre todas las poblaciones la gran Tenoxtitlan, y queriendo casi rivalizarle, tendia Tez-

cuco su alto caserio por la orilla oriental, á manera de una ancha cinta de plata, metal que imitaban las barnizadas paredes de sus edificios, mientras al estremo opuesto, orgullosa de su antigüedad, se levantaba Tacuba, ciudad de las flores, cuyos terrados eran otros tantos jardines. En medio de ella y de Tacubaya erguíase la desnuda roca de Chalpotepec, en cuyo vértice se veia un soberbio palacio del emperador, y no muy distante la colina de Tepeyac, donde estaba el templo de *Ben Teotl*, diosa de la agricultura. Cuyoacan, al sur, daba las manos, por decirlo así, á las ciudades de Xochimilco, Mezquique y Churubusco, y mas distante de la capital se encontraba la montaña cónica de Tecosingo, á cuyo pié conservan todavía su nombre los célebres baños de Motezuma.

Un hondo suspiro se escapó del pecho de Guatimozin.

—Vé, dijo á su esposa con acento amargo, vé alla tantas grandes ciudades, capitales de los dominios de tantos príncipes poderosos, sobre los cuales reina un supremo emperador... ¡unos pocos hombres estranjeros esclavizan á todos esos soberanos!

—El grande espíritu les volverá la razon, respondió la princesa.

Guatimozin ordenó continuase la marcha. Si eran hermosos los puntos de vista que podian gozar los viajeros volviendo los ojos hácia atrás, no eran á la verdad menos dignos de atencion los que naturalmente se les presentaban.

La tierra alta, por donde caminaban, ofrecia una sucesion contínua de magníficos cuadros. Por cualquier parte que se tendiese la vista encontrábase algun rasgo valiente de aquella naturaleza que pare-

ce obra de una mano mas atrevida que la que formó el resto de la creacion.

Pronto saludaron los viajeros las risueñas márjenes de Rio-frio, y desde aquel punto la vejetacion mas vigorosa comienza á presentar un verde sombrío, renovándose á cada instante el aspecto del terreno. Tan pronto llanos floridos, como profundos valles; aquí horribles precipicios y escarpadas rocas; allá bosques espesos impenetrables á los rayos del sol, en los que al canto del sinsonte y de la calandria responden los discordantes mahullidos de los gatos monteses, y de vez en cuando el ronco rugido del cuguardo y el agudo silbo de la serpiente *Canauhcoatl*. A veces en medio de la verdura de una colina se levanta la pintoresca cabaña de un Mezecual; á veces la truncada pirámide de algun Teocali consagrado á las divinidades campestres, mientras que, como atalayas gigantescas de aquel pais de encantos, levántan en lontananza sus ignívomas cumbres los volcanes de Pinahuizapan y de Orizaba, unidos por una cadena de escarpadas montañas.

Pronto el terreno ofrece nuevo carácter. Al traves de una vasta llanura, un fenómeno de óptica presenta á los asombrados viajeros lagos y jardines ondulando blandamente en medio de los aires, y al último término de la inmensa sabana, pasando por las cercanías del monte Pizarro, encuentran la vía mas recta que conduce á Xocotlan, aproximándose á la cual vá haciéndose progresivamente mas grave la naturaleza del terreno. Como todos los volcánicos, tiene aquel algo de triste y uniforme. Sin embargo, hay un género de solemne hermosura en aquellas lavas amontonadas en toda especie de formas, que ora ofrecen á la vista ligeros arcos aéreos, como si al salir

líquidas se hubiesen congelado en la atmosfera, ora semejan á los ojos de la fantasía las olas de un torrente que se precipita de las rocas.

A las faldas empero de aquella cordillera, que puede llamarse semillera de volcanes, aparece de súbito un fértil y risueño valle bordado de aldeas, en medio de las cuales tenia Olinteht la capital de sus dominios.

La imaginacion pudiera concebir perfidia en la amena belleza de aquella tierra, dominada por tan temible enemigo. Pudiera decirse que es como la sirena, que seduce al hombre para atraerlo al peligro.

¡Pero qué grandioso espectáculo el de aquella montaña gigantesca de pórfido basáltico, tan caprichosa en su forma, y desde cuya cumbre, cubierta de perpétua nieve, puede abarcar de un golpe la vista todo el recuesto oriental de las cordilleras de Méjico, vestido de bosques de balsamina y helecho arborescente, y el Occéano tendiendo al otro lado sus arenosas costas!

Entró el príncipe en Xocotlan en una tarde fria, pero serena, y salió á recibirle al umbral de su palacio el respetable Olinteht.

—¿En qué situacion dejas al emperador? preguntó al príncipe. ¿Prosigue dispensando sus favores á los advenedizos de Oriente?

—El soberano de Tezcuco arrastra cadenas como un malhechor, respondió Guatimozin, y yo vengo á tus dominios en clase de desterrado. Por aquí puedes inferir el grado de favor que tienen con Motezuma los estranjeros.

—¡Está preso *el príncipe de la lanza mortal*! (1)

---

(1) Cacumatzin era muy conocido por aquel sobrenombre, que debió á sus grandes hazañas.

esclamó asombrado el Tlatoani de Xocotlan. ¡Viene desterrado el héroe de Tacuba!.... ¡Los dioses se compadezcan de nosotros!

Bajó tristemente la cabeza, y sin decir mas condujo á sus huéspedes á las habitaciones mas espaciosas de su palacio, donde dejándolos en libertad fué á disponer alojamiento para las personas de su comitiva.



CAPITULO IIV.

Progresos de Cortés.

Preso el príncipe de Tezcuco, desterrado Guatimozin, vueltos á sus respectivas provincias los príncipes que se habian reunido en la capital, ningun obstáculo podia encontrar la influencia de los españoles. Motezuma, cada dia mas debilitado física y moralmente, se abandonaba á sus opresores con aquella especie de resignacion con que cedemos á un destino que creemos inevitable, y Cortés le trataba con mayores respetos y le revestia de mas alucinadoras apariencias de autoridad, cuanto era mas estenso el poder que iba adquiriendo en aquel ánimo abatido.

Por una sagacidad de política que parece agena de la época en que vivió, supo adquirirse una autoridad mas estensa y sólida que la que hubiera podido conquistar con las armas, y desenvolver su usurpacion bajo la salvaguardia del mismo soberano á quien precipitaba del trono.

Hizo que se despojase á Cacumatzin de sus dominios hereditarios, y que muerto civilmente por traidor á su rey, fuese sustituido por uno de sus hermanos, príncipe ambicioso y de mala índole, pero sin

inteligencia ni resolucion, del cual se prometia con fundamento tanta docilidad y afecto como ódio y enemistad le profesaba el desposeido. Motezuma sancionó este acto escandaloso de tiranía, que fué el anuncio de otros infinitos.

Muchos ministros y generales, que por su capacidad ó poder le parecieron obstáculo, á su proyecto, fueron degradados por acusaciones sin fundamento ni probabilidad, y se pusieron en su lugar hombres ineptos ó adictos á los españoles. Los emisarios de estos recorrian el imperio bajo la proteccion inmediata de personajes distinguidos que les daba Motezuma, y á nombre de este y por su autoridad ejecutaban todo aquello que creian conveniente á sus miras.

Escudado de este modo por su víctima; teniendo por instrumentos de su dominacion las mismas leyes y magistrados del pais; contando, por decirlo asi, todas las convulsiones de aquel imperio moribundo, esperaba Cortés con admirable sangre fria el término de la grande obra con tanta dicha comenzada. Sin embargo, aunque resuelto á continuarla con toda la infatigable perseverancia de su carácter, supo preveer su prudencia el caso de una retirada forzosa, y para proporcionársela segura, mandó construir por los mejicanos dos grandes bergantines, bajo la direccion de los carpinteros españoles.

Para realizar esta prudente medida escitó de antemano la curiosidad de Motezuma, hablándole con frecuencia del arte de la navegacion, y aparentó no llevar otra mira en la construccion de los buques que la de entretener al monarca, y enseñar á los carpinteros de la ciudad el modo de fabricar aquellos *palacios flotantes*, que tanta admiracion les causaban.

El éxito feliz de todos sus empeños, la debilidad que encontraba en Motezuma, la apatía del pueblo, que al parecer no se inquietaba por sus operaciones, el favor que le dispensaban algunos nobles, y la escesiva lealtad de otros que devoraban su descontento sin atreverse á resistir ninguna órden sancionada por el soberano, eran mas que suficientes para escitar y fortalecer la audacia natural de Cortés. Por considerables que hubiesen sido los progresos de su obra, no le parecieron bastantes para detenerse en ellos; y cuando lo juzgó oportuno determinó prestarles nuevo impulso, con un rasgo de atrevimiento mayor aun que todos los anteriores.

Presentóse una tarde en el aposento del monarca, y comenzando la conversacion en los términos respetuosos que acostumbraba, ponderó el placer que daria al rey de las Españas la alianza y amistad del emperador mejicano, al cual (dijo) debia considerar como individuo de su propia sangre, puesto que segun las noticias que se tenian del gran Quetzalcoal, Don Cárlos de Austria era indudablemente descendiente de aquel rey, y aun su legítimo sucesor en el imperio de Méjico.

Espresó, como observaciones rápidas de aquel momento, que no seria estraño que el rey su señor creyese que de rigurosa justicia debia su digno aliado reconocerle vasallaje, aunque no fuera mas que de mera fórmula, y como notase que empalidecia el rostro de Motezuma al escuchar estas palabras, añadió con prontitud:

—Esto es solo una suposicion mia, porque interesado en mantener la amistad y alianza entre dos grandes príncipes, de los cuales el uno es mi legítimo soberano y el otro me ha colmado de atenciones

y beneficios, preveo acaso con sobrada anticipacion todos los casos desagradables que pudieran alterar aquella paz y armonía, cuya conservacion juzgo tan ventajosa para ambos.

—Yo haré por conservar esas ventajas, respondió Motezuma, todo aquello que sea posible á un rey sin hacerse indigno de este título.

—La mayor parte de los vasallos de V. M., prosiguió Cortés desentendiéndose de las palabras de Motezuma, está en la íntima conviccion de que es una disposicion del cielo la que nos ha conducido á estos dominios, para descubrir el derecho que tiene á ellos nuestro gran monarca, y no faltan señores mejicanos que digan secretamente que el grande espíritu quebranta el corazon y la salud de V. M., indignado al ver que continuais ocupando un trono cuyo legítimo propietario está ya descubierto y conocido.

Turbóse notablemente Motezuma, y dijo con alterada voz:

—No hay duda en que los dioses han derramado sobre mí su ira: el motivo no lo alcanza mi entendimiento; pero, ¡ojala pudiese aplacarles con el sacrificio de una corona que me pesa mas que me adorna! Los electores del imperio tienen solamente el derecho de nombrar los reyes, y si ellos quisiesen escojer otro, cualquiera que fuese, yo pediria solamente el honor de ceñirle por mi mano la sagrada diadema.

—Los mejicanos no pueden encontrar sienes mas dignas de llevarla que las del gran Motezuma, repuso Cortés, y el rey de España no consentiria nunca en que se despojase de su carácter supremo á un soberano aliado y amigo suyo. Pero V. M. debe co-

nocer las exigencias que impone algunas veces su dignidad á los príncipes que ocupan un trono, asi como los sacrificios que les ordena la política. Don Cárlos de Austria puede ceder á las primeras, reclamando el vasallaje que, segun los mismos mejicanos, le debe en justicia V. M.; y tal vez sea preciso que, atendiendo á la segunda, haga V. M. el pequeño sacrificio que debe asegurarle la corona, y conservarle la amistad de un poderoso príncipe.

—¿Si accediese á ello, dijo Motezuma despues de un momento de silencio, os marcharías en seguida?

—Yo lo prometo solemnemente á V. M., respondió Cortés poniendo la mano derecha sobre su corazon.

—Ven á verme mañana y trataremos de eso, dijo Motezuma, pues antes de responderte quiero consultar á mis ministros.

Despidióse Cortés, y el emperador ordenó á uno de sus oficiales fuese á buscar á Guacolando.

Mientras tan atrevida proposicion ocupaba al augusto preso, su esposa Miazochil meditaba el modo mejor de hacerle otra no menos importante y osada. Aquella princesa imprevisora y sencilla, satisfecha con el aparente respeto que tributaban á Motezuma los españoles, y seducida por la amabilidad y cortesía del jefe, se habia aficionado sinceramente á ellos, concibiendo ademas una amistad muy viva por la indiana Marina, mujer de gran talento y hermosura, que gozaba el afecto de Cortés y era apreciada entre sus capitanes.

Aquella infiel convertida por amor, ponderaba á la esposa de Motezuma las virtudes de los españoles y la escelencia de su religion, hasta el punto que Miazochil se decidió á proponer á su marido abando-

nase unos dioses de cuya ira le oia quejarse contínuamente, y escojiese al Dios estranjero que tantos favores dispensaba á sus adoradores.

Quiso consultar su resolucion con Tecuixpa; pero aquella jóven princesa no se ocupaba de otro interés que el de su amor. Era la primera vez que aquel sentimiento se posesionaba de su fogoso corazon, y la apasionada indiana hubiera visto sin terror desplomarse el universo, si sobre sus ruinas pudiese levantar un altar para tributar culto á su pasion.

Aquel amor vehemente era correspondido: Velazquez de Leon, cuyo ídolo hasta entonces habia sido la gloria, se ocupaba mas de Tecuixpa que de los proyectos grandiosos de su general.

Jamás una belleza europea le habia encantado como la sencilla americana. Jamas corazon tan virginal y tan cándido le habia ofrecido un afecto tan vivo.

Era hechicera aquella niña con su ignorancia y su talento natural; con sus delirios y sus caprichos; con su altivez de princesa y su sumision de amante.

—Te prohibo, decia á Velazquez, te prohibo absolutamente que me hables jamás de tu vuelta á España. Quiero que vivas en mi patria, y que mi padre te haga príncipe tan poderoso como lo era Cacumatzin, mi primer amante.

Y añadia en seguida poniéndose de rodillas delante del jóven:

—¿No es verdad que no abandonarás nunca á tu pobre Tecuixpa que moriría de dolor? Dime que no; te lo suplico por el amor de la madre dichosa que te llevó nueve lunas en su seno, y que al echarte al mundo conoció en tu hermosura que te habia concebido en una de las mas bellas noches que mira desde el cielo la hermana del sol, y en la hora en que

los espíritus de amor bajan á murmurar dulces palabras en los oidos de las vírgenes y de los amantes. Por eso es tu frente blanca y hermosa como la luna y tus acentos encantan al corazon.

Escuchábala Velazquez embelesado, y la juraba un eterno amor.

—Cuando conozcas á mi Dios. la decia, recibirás el nombre de mi madre, y un sacerdcte cristiano nos unirá con vínculos eternos.

—¿Y será preciso ir muy lejos para conocer á tu Dios? preguntaba cándidamente la jóven.

—El está en todas partes, Tecuixpa mia, y ahora mismo nos escucha y habla á tu corazon aunque invisible á tus ojos.

—Si es asi, yo te aseguro que ya le conozco y que puedes darme el nombre de tu madre y escojerme por esposa. Muchas veces, mientras estamos juntos y me hablas de tu amor y de nuestra felicidad futura, siento que gira en torno mio un aire de fuego, y que mis ojos se ofuscan, y mi corazon se dilata y se engruesa, como si no pudiese contener alguna cosa que le llena. En aquellos momentos me parece que escucho sonidos del cielo mezclados á tu voz, y que no es todo tuyo el resplandor de tus ojos, que me abrasan. Entonces está sin duda tu Dios al lado tuyo, y todo lo que yo siento en mí es efecto de su presencia.

Sonreia Velazquez besando la delicada mano que Tecuixpa en el calor de su discurso colocaba cerca de la suya, y ella añadia:

—Los dioses mejicanos son muy feos, si hemos de juzgar por sus retratos, que habrás visto en nuestros templos. El tuyo debe ser hermoso, porque sino no se hubiesen enamorado de él todas aquellas vírgenes

que me contabas ayer se dejaron matar antes de abandonarle, porque le habian elegido por esposo.

Yo no aspiraré nunca á tan grande honor: me contento con ser esposa tuya.

Desistía Velazquez de hablar de religion con Tecuixpa, y se creia sobrado felíz con pintarla cien y cien veces su fogosa pasion.

¡Ay! la dicha imprevisora de aquella jóven y enamorada pareja, podia causar tanta compasion al que lograse penetrar los secretos del porvenir, como la misma amargura que devoraban en su destierro Guatimozin y su esposa.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

GUATIMOZIN.

GUATIMOZIN

ULTIMO EMPERADOR DE MÉJICO.

NOVELA HISTÓRICA

POR LA SEÑORITA GOMEZ DE AVELLANEDA.

TOMO II.

Madrid:
IMPRENTA DE D. A. ESPINOSA Y COMPAÑIA,
CALLE DEL CABALLERO DE GRACIA.

1846.

CAPITULO I.

La convocatoria.

Era la hermosa tarde de uno de los últimos dias del mes de mayo : el sol en su ocaso doraba con sus últimos rayos las nevadas cumbres de las montañas, y dejaba traspasar una claridad melancólica en el ameno valle donde se levantaba la linda ciudad de Xocotlan. Las aves buscaban ya el abrigo de sus nidos, y los *mayeques* (1) se retiraban á sus hogares entonando la *cancion del reposo* , cuando deteniéndose de improviso y cesando el canto se les vió correr con aire de curiosidad, y una voz, circulando rápidamente de unos en otros, esplicó la causa de aquel movimiento, que en los mas habia sido efecto de mera imitacion.

La curiosidad tenia por objeto al principe Guatimozin que volvia de una montería, único ejercicio que podia sacarle de su tristeza, y que Olinteth le habia aconsejado, conociendo la necesidad de dar al-

(1) *Mayeques*, labradores.

gun empleo á la gran actividad de su jóven huésped.

Los monteros mas diestros y atrevidos no igualaban en agilidad y arrojo al yerno de Motezuma, que en las batidas en que se entretenia llevaba siempre al palacio de Olinteth, como trofeos de su valor, al voraz y astuto *Cojotl*, al indómito *Tlalmolotli* y al *Tlalcoyot* de codiciada piel.

Retiràbase aquel dia algo mas temprano que de costumbre con sus amigos Naothalan y Cinthal, siguiéndole los monteros con las muestras de su victoria; pero aunque el jóven príncipe saludase á los labradores que salian á la vereda del camino con su habitual amabilidad, díjose entre ellos que parecia mas melancólico y disgustado que de costumbre, y que se notaban en sus dos compañeros síntomas de inquietud.

En efecto, las pocas palabras que trocaban entre sí los desterrados confirmaban aquella suposicion.

—¿No sospechais vosotros quiénes puedan ser esos personajes? preguntaba Guatimozin á los dos hermanos.

—El cazador que me dijo haberlos visto llegar á Xocotlan por el camino de Méjico, respondió Cinthal, aseguraba solamente que parecian hombres de suposicion, y que viajaban con grande prisa.

—¡Serán tal vez nuevos desterrados! murmuró el príncipe bajando con tristeza su altiva frente.

—Temo que sean mas bien, dijo Naothalan, agentes de los tiranos.

Guardaron silencio y se apresuraron á llegar á la ciudad, en la cual creyeron notar indicios de agitacion. En efecto, al conocer al príncipe algunos grupos que se formaban en las calles, prorrumpieron en voces, y pudieron entenderse estas palabras:

—¡*Mueran los españoles*! ¡*viva Guatimozin*!

Llegó el príncipe al palacio de Olinthet, seguido por pelotones de pueblo que hacian oir por intérvalos aquellas dos aclamaciones, y al bajar de su litera se volvió á ellos y les dijo:

—Regresad á vuestras casas, amigos mios, y dejad á cargo de nuestro legítimo soberano Motezuma el castigo de los estranjeros, si es que algun desacato han cometido.

Era tan estremado el respeto que aquel pueblo profesaba á sus príncipes, que aunque descontentos y de mal talante, obedecieron al instante los de Xocotlan la órden de Guatimozin, que entró en el palacio ansioso de conocer la causa del tumulto que acababa de apaciguar.

Salió á su encuentro Olinteth con aire pensativo, y le dijo suavemente:

—Tu destierro ha terminado y debes salir conmigo esta misma noche de Xocotlan, para ir á una gran asamblea á que convoca Motezuma todos los señores de las provincias.

—¿Cuál es el objeto de esa asamblea estraordinaria? preguntó con ansiedad Guatimozin.

—Reconocer vasallaje al rey de los españoles, respondió Olinteth con acento amargo.

Quedó mudo y estático por algunos minutos el príncipe de Tacuba, y el de Xocotlan prosiguió:

—Tu padre anciano y enfermo acaso no pueda asistir, y serás tú quien lo represente en la asamblea.

—¡Nunca! esclamó Guatimozin haciendo mil pedazos el grueso chuzo que llevaba en las manos.

—¡Es forzoso! dijo con triste sonrisa Olinteth. Un enviado de Quetlahuaca y Huasco, príncipes de Iztac—

palapa y de Cuyoacan, ha llegado casi al mismo tiempo que los emisarios de Motezuma, y estas son las palabras que á nombre de nuestros ilustres amigos me ha dicho el mensajero: «El pueblo acata todas las órdenes del emperador, y seria en vano intentar persuadirle de que para obedecerlo sin bajeza es preciso antes libertarlo de los opresores que mandan en su nombre.

«Tlascala, Zempoala, Tabasco, Zimpazingo y otras muchas poblaciones de la serranía están por las españoles. El nuevo soberano de Tezcuco es hechura de ellos y está interesado en conservar la influencia que lo ha colocado en el trono. La mayor parte de las provincias se horrorizarian á la proposicion de desobedecer un mandato de Motezuma, y son muy pocos los Tlatoanis, aun entre aquellos menos seducidos por los españoles, que se atreviesen á combatir á cara descubierta esta escesiva y perjudicial fidelidad del pueblo.

—¡Pues qué! esclamó Cinthal con desesperacion: ¿no hay medio ninguno de libertad y venganza?

—La muerte liberta de todo; dijo con voz sombría Naothalan, y nunca falta la venganza á la desesperacion.

—La desesperacion, jóven, dijo Olinteth, es un consejero peligroso, y la venganza deja de serlo cuando nos atrae un mal mayor que aquel que causamos. Yo pienso, y es igual la opinion del noble príncipe de Iztacpalapa, segun me ha manifestado su mensajero, que debemos acudir todos al llamamiento de Motezuma, nuestro legítimo soberano, suplicándole como á tal arroje de sus dominios á los estranjeros que lo estravian. Segun ofrece el monarca, esos hombres inícuos saldrán del imperio tan

pronto se reconozca el vasallaje, y si solo se nos exije el sacrificio de algunas riquezas y se cumple el ofrecimiento de despedir á los españoles, soy de opinion que debemos resignarnos y callar.

—¿En donde están Quetlahuaca y Huasco? preguntó Guatimozin.

—En Méjico, respondió Olinteth, á donde acuden todos los Tlatoanis al llamamiento del emperador.

—Vamos pues allá, gritó Guatimozin. Vamos á pedir á Motezuma la libertad ó la muerte.

Apenas despuntó la aurora salieron con numeroso séquito. Gualcazinla lloraba en su litera al ver el sombrío aspecto de su marido; nunca aquel jóven de semblante noble y espresivo habia tenido un ceño tan adusto. Cerca de él iba Olinteth no menos silencioso y taciturno, y los seguian Naothalan y Cinthal, el uno con todas las apariencias de concentrado furor, y el otro con el aspecto de un desaliento profundo.

Viajaban los príncipes con precipitacion: apenas descansaban algunas horas de la noche: no se tenia consideracion con la princesa y el tierno Uchelit: Guatimozin parecia impaciente por llegar á Méjico, y como olvidado de aquellas caras prendas.

Sin embargo, cuando las asperezas del camino le hicieron salir de su abstraccion, arrojóse de la litera y corrió á colocarse junto á la de su esposa para atender de cerca á su seguridad.

Ni los consejos de Olinteth, ni las repetidas instancias de Naothalan y Cinthal, que le rogaban confiase á ellos el cuidado de la princesa, consiguieron desde entonces apartarle de junto á ella, ocupado sin cesar en atenderla, aunque siempre repitiendo la órden de apresurar la marcha.

Andaban efectivamente, como ya hemos dicho, muy de prisa hasta en las horas mas calorosas del dia. Fatigábase Guatimozin, y Gualcazinla le rogaba en vano volviese á su litera, pues finjia no oirla. Mirábale ella entonces con cariñoso enfado, y sacando fuera de la litera su delicada mano, la estendia para enjugarle el sudor que le cubria la frente.

—El sol abrasa, le dijo; los mismos tamemes, acostumbrados á su rigor, parecen rendidos y obedecen con trabajo las órdenes de tu impaciencia. Por amor de tu vida te suplico que vuelvas á tu litera. Tu cabeza arde, y están ensangrentados tus pies.

—Cuida solamente de Uchelit, respondió el príncipe, no sea que reciba algun daño en los vaivenes que dá la litera por la desigualdad del camino.

—Duerme en mis brazos tranquilamente, repuso Gualcazinla, y ningun riesgo corre del género de los que temes: pero ¡ay! aunque el pobre inocente no pueda todavía conocer y sentir los pesares, recelo mucho que el dolor que padezco al ver el tuyo envenene las fuentes de su vida, y que beba la muerte en la leche de su madre.

Estremecióse Guatimozin y tendió una mano sobre su hijo, como si hubiera querido defenderlo de aquel peligro; pero una nube sombria cubrió súbitamente la espresion de tierno sobresalto que animaba su semblante, y cruzando los brazos sobre el pecho, dijo con acento melancólico:

—¡Dichoso el hijo que recibe la muerte de los pechos de su madre, cuando no tiene un padre que pueda darle la libertad!

—Uchelit no está en ese caso, respondió con prontitud Gualcazinla. El padre de Uchelit, aunque jó-

ven, es el primer guerrero entre todos los príncipes Aztecas: cuando la madre se presenta con el niño en algun concurso, hasta los ancianos la saludan con respeto, diciendo: «Es Gualcazinla, hija de Motezuma y esposa de Gu timozin, y el infante que trae en sus brazos es un hijo de héroe, dos veces bisnieto del grande Axayacat.» (1)

Mientras pasaba esta conversacion entre los dos esposos, el dia, que se hallaba en la mitad de su curso, empezó á oscurecer súbitamente, como si quisiese usurpar los dominios del sol una noche estemporánea.

Aquella novedad sorprendió por el pronto á los viajeros: pero en breve los estremecimientos de la tierra y los sordos bramidos subterráneos les anunciaron que el volcan de Popocatepec, en cuyas cercanías se hallaban, disponia una de sus mas violentas erupciones. Dióse prisa la caravana en alejarse de tan formidable vecino; pero no pudieron lograrlo tan pronto que no fuesen testigos de aquella escena amenazante y magnífica.

A las espesas columnas de negro y sulfúreo humo que despedia el cráter, empiezan á mezclarse llamaradas rojizas que coronan las montañas con una aureola de fuego. Bien pronto los bramidos se suceden sin intermision, cada vez mas recios y prolongados: el ancho cráter arroja con violencia ar-

---

(1) *Axayacat*, nombrado *Axayacazin* por los mejicanos, fué uno de los mas célebres monarcas de aquel imperio. Conquistó muchas provincias, hizo edificar uno de los mejores templos de Méjico y dos grandes palacios, uno de los cuales sirvió de cuartel á los españoles.

diente lava, piedras y materias combustibles, que vuelven á bajar como un diluvio de centellas, llegando sus oleadas á considerable distancia.

La inmensa mole de la montaña retiembla en sus cimientos como si fuese á desplomarse: su cabeza encendida se reproduce en lotananza, como en un espejo, en las aguas del gran lago de Chalco, y el cielo y la tierra parecen dos occéanos de fuego.

Los tamemes prorrumpieron en lastimosos gritos, y se vió palidecer á los nobles que acompañaban á Olinteth. Aquel terror no provenia únicamente del peligro en que se hallaban, sino tambien de la creencia general entre los mejicanos, de que las erupciones de aquel volcan eran anuncios ciertos de grandes calamidades.

La luz fatídica que coronaba al Popocatepec reverberaba en la nevada cumbre del monte Ixtacihualt, y Guatimozin en su exaltacion creyó divisar sobre aquel enorme pedestal á la siniestra profetiza, contemplando la desgraciada ciudad próxima á sucumbir al destino fatal que tantos años antes le habia anunciado.

Aquel delirio febril fué tan vivo que, deteniéndose de pronto,

—Gózate, pues, esclamó, gózate, cruel mensajera, de Tlacatecolt en la realizacion de tus vaticinios. (1) Ven á contemplar á la luz de los rayos subterráneos

---

(1) En una nota del primer tomo de esta obra hemos advertido que *Ixtacihualt* significa *dama-blanca*. Este nombre, dado por los mejicanos á aquel monte, tuvo orígen, segun la tradicion popular, en la aparicion de una mujer misteriosa que, entronizada en aquella cumbre, pronosticó

los triunfos de los hombres de tu color, y desploma tu asiento de montañas sobre la raza infortunada, cuyo esterminio ha decretado el formidable espíritu á quien sirves de intérprete. Ven, pues, y entonaremos la cancion de la muerte, sin que tiemblen nuestros lábios, ni veas al resplandor de esas sangrientas luminarias palidecer nuestras frentes.

El ruido de los truenos del volcan apagaba aquellas voces. Era un espectáculo estraño y sublime ver á aquel adolescente desafiando al destino, en medio de aquellos dos colosos de la tierra.

—¡Huyamos, Guatimozin! gritó la princesa. Las almas de los tiranos quieren llegar hasta mi tierno hijo. (1)

Naothalan y Cinthal, asiendo al príncipe de entrambos brazos, le obligaron á huir, y la caravana no se detuvo á tomar aliento hasta que se encontró á considerable distancia de la montaña.

El volcan fué calmando su furor progresivamente, y cuando los viajeros llegaron al pueblo en que se proponian pernoctar, conocieron que todo el peligro habia pasado ya. (2)

---

la destruccion del imperio. Nuestros lectores no habrán olvidado que Motezuma en su primera conferencia con los príncipes de su sangre hizo mencion de este hecho, que era generalmente acreditado.

(1) Era una creencia popular que los volcanes arrojaban en sus erupciones las almas de los reyes tiranos para que castigasen á los pueblos.

(2) La erupcion que aqui se describe acaeció algunos meses antes del tiempo en que la coloca la autora, la que no ha creido tomarse libertad escesiva atrasándola un poco para darla lugar en su novela.

Al siguiente dia continuaron su marcha, incorporándoseles los príncipes de Atlixco y Matlalla, que iban tambien á la asamblea general convocada por Motezuma.

En todos aquellos señores se notaban señales de descontento, pues aunque no hubiese Motezuma declarado públicamente el objeto de la asamblea, decíase como cosa cierta, acaso por haberlo revelado alguno de los ministros, que era para reconocer vasallaje al rey de Castilla.

Las provincias á donde habian llegado estas voces mostrábanse inquietas y disgustadas, pero conservaban todavía tanto temor á Motezuma y tan alto concepto de su prudencia, que no osaban ni nobles ni plebeyos quejarse abiertamente, y aunque hubo algunos gritos dirigidos contra los españoles, y muchos vítores á Guatimozin, todo cesaba y se convertia en respetuoso silencio al oir el nombre de Motezuma.

Entraron en Méjico los viajeros á las nueve de la mañana del octavo dia de su salida de Xocotlan, y apenas dejó Guatimozin en el palacio imperial á su esposa y á su hijo, entregados á las caricias de Miazochil y Tecuixpa, corrió á reunirse con varios personajes, citados por Quetlahuaca al palacio que poseia en Méjico. Acudieron á su llamamiento los Tlatoanis de Xochimilco, Tlacopan, Zopanco, Atenco, Tepepolco, Matalcingo y otros muchos, entre los cuales se contaban algunos de lejanas provincias como eran Miltepec, Canolyacac, Ahualolco y Ajotla, ansiosos todos de inquirir el objeto de la próxima asamblea. Daban los unos por indudable que la intencion de Motezuma era reconocer vasallaje al rey de España; otros vacilaban, y otros lo creian imposible. De esta última opinion

era el príncipe de Matalcingo, el cual aseguró que si cierta fuese tan culpable flaqueza en Motezuma, desde aquel dia le negaria la obediencia, por mas que fuese su pariente.

—Por mí, dijo, se desbarató la conjuracion formada contra los españoles; por mí, que creyendo todavía rey y caballero á Motezuma, desaprobé altamente la inobediencia á su voluntad suprema. Pero despues que el ilustre Guatimozin ha contado muchas lunas en el destierro, y que algunos ministros han sido depuestos de sus destinos sin motivo justo, solo necesito una última prueba de la flaqueza de Motezuma para ser el primero que aclame á un rey mas digno de gobernarnos, y que sepa conservar la gloria del nombre mejicano.

—No sé si debemos, nosotros súbditos é ignorantes, juzgar al gran Motezuma, dijo el anciano príncipe de Tlacopan, pues es tan superior su sabiduría, y los dioses le hablan y aconsejan con tanta frecuencia, que aquello que nos parezca mas injusto ó fuera de razon, puede ser un acto de acierto y sabiduría.

—Los dioses no son ya propicios á Motezuma, dijo Huasco, señor de Cuyoacan, yo he oido de boca de los mismos teopixques estas palabras dignas de atencion: «Motezuma es perseguido por los espíritus, y no habrá soles felices para el país que sea dominado por él.»

—No hay duda en que los dioses han cesado de proteger á mi desgraciado hermano, repuso Quetlahuaca, y que los estranjeros se han convertido en fieras y le tienen entre sus garras. Yo detesto á esos malvados tanto cuanto en otro tiempo los estimaba, y antes que permitir nos esclavicen á su rey, que será

mas tirano si cabe que sus representantes, derramaría contento la última gota de mi sangre. Pero acaso la asamblea de que se trata, aunque tiene indudablemente por objeto reconocer vasallaje á aquel monarca desconocido, no sea tan perjudicial á nosotros como parece á primera vista. Sé con la mayor certeza que el *Malinche* (1) ha jurado al emperador marchar de estas tierras tan luego se le den los tributos que debe llevar á su rey; y como esos hombres, temibles por sus armas y sus fieras domesticadas, tienen ya aliados poderosos, Motezuma habrá creido prudente desembarazarse de ellos sin irritarlos.

—Así lo creo, añadió Olinteth, y si solo se trata del sacrificio de algunas riquezas, pronto estoy á hacerlo sin pesar alguno. El rey de los estranjeros está muy lejos, y cuando ellos salgan de estos dominios bien seguro es que no volveremos á dejarlos entrár.

—¿Y crees tú, príncipe de Xocotlan, esclamó Huasco, que ellos se marcharán satisfechos y nos dejarán tranquilos, cuando nos vean tan flacos que accedamos á reconocernos vasallos de su rey? Su soberbia crecerá con este nuevo triunfo, y lo que ahora seria usurpacion parecerá entonces un acto de derecho. Jamás consentiré en tan indigno medio: para arrojarlos de Méjico tenemos armas y corazon.

—Hablas como jóven, dijo Quetlahuaca. Yo seré el primero que muera defendiendo nuestra libertad: el primero que, si esos estranjeros faltan á su

---

(1) Solian llamar así à Cortés. La traduccion literal de esta palabra no es conocida en nuestra lengua. Parece, sin embargo, que el título de *Malinche* era honorífico.

palabra, se presentará para espulsarlos con las armas en la mano; pero no creo conveniente negarme ahora á las medidas de prudencia que proponga Motezuma, y si él me manda prestar vasallaje, obedeceré como leal súbdito. Motezuma ha ofrecido que saldrán los estranjeros y jamás ha tenido que recordarle nadie sus promesas á Motezuma.

—Mi opinion es igual á la del noble Quetlahuaca, dijo el príncipe de Tepepolco.

—La mia tambien, añadió el de Otumba; pero quiero que antes de todo roguemos á Motezuma satisfaga la codicia de los españoles sin someternos á una vergüenza. ¿Qué necesidad hay de reconocer vasallaje si damos los tributos voluntariamente, y tributos es lo que quieren esos hombres hambrientos?

—¡Si, príncipes! esclamó Guatimozin: pidamos al emperador que se escuse y nos escuse tan grande humillacion; y no importa dar montones de oro que satisfagan la codicia de los tiranos estranjeros.

—¡A ello, pues! gritó el príncipe de Xochimilco. Hagamos venir al ministro Guacolando, y que hoy mismo sepa el emperador nuestra súplica.

Todos consintieron, y un oficial del príncipe de Iztacpalapa partió en busca de Guacolando. Algunos otros Tlatoanis llegaron á la junta mientras se esperaba al ministro favorito, y todos se mostraron satisfechos de la resolucion de sus amigos, y dispuestos como ellos á comprar á cualquier precio la salida de los españoles y la dignidad de su monarca.

Llegó por fin Guacolando, y tomando la palabra Quetlahuaca, le esplicó el objeto de aquella reunion, encargándole de manifestar á Motezuma las súplicas de los príncipes sus tributarios.

—Es inútil, nobles señores, respondió el minis-

tro. Motezuma ha empeñado su palabra al Malinche, y todos sabeis que su palabra es inviolable.

En efecto, era tan conocida aquella caballeresca exactitud del emperador, que al saber estaba empeñada su palabra todos conocieron que seria en vano intentar oponerse.

—¡Pues qué! esclamó colérico el señor de Matalcingo: ¿es cierto lo que se dice? ¿quiere Motezuma reconocerse súbdito de un rey estranjero?

—No será sino vana ceremonia, respondió Guacolando, y satisfechos con ella y algunos regalos, los españoles dejarán libre y tranquilo el imperio. Asi lo ha exigido el gran Motezuma y lo ha ofrecido solemnemente el jefe estranjero.

—Yo me despido ¡oh Tlatoanis! dijo levantándose con impetuosidad el de Matalcingo. Vuélvome á mis Estados y niego la obediencia á un soberano que quiere reconocer por suyo al de los foragidos de Oriente. Cuando necesite un brazo para su defensa y la de su imperio, me volverá á ver Motezuma; pero nunca—díselo asi, Guacolando—nunca me hallará para ser partícipe y testigo de sus flaquezas.

Saliόse aquel príncipe, y poniéndose en pié Guatimozin, dijo con menos ira, pero con mas grave tristeza:

—Dirás en mi nombre al emperador que á mi padre y señor el soberano de Tacuba toca decidir si debe ó no prestarse á la humillacion que se le exije; que yo no puedo representarle tratándose de un acto que desapruebo, y que calificaria muy duramente si no respetase la autoridad que lo decreta. Que puede desterrarme otra vez á donde le parezca ó encadenarme como á Cacumatzin. Soy su vasallo y no resistiré.

—De mí le dirás, añadió Huasco, que no reconozco mas autoridad sobre la mia, que la de los dioses y la del emperador de Méjico.

—De mí, dijo el prudente Quetlahuaca, que á su sabiduría atañe el pesar la gravedad de la resolucion que tome, y á mi lealtad toca obedecerla; pero que si faltan los estranjeros á la palabra que han empeñado á su grandeza, sabré castigarlos vengando su engaño.

Igual manifestacion hicieron la mayor parte de los príncipes, y disolviéndose la junta volvió Guatimozin al palacio imperial, en donde encontró la novedad de haber llegado un momento antes su padre el digno rey de Tacuba.

Pasó á visitarle ansioso de saber su intencion en las circunstancias difíciles en que se hallaban, y le encontró sin otra compañía que la de su hijo Netzalc, jóven de la misma edad que Guatimozin, pues no eran nacidos de la misma madre. Era permitida á los reyes la bigamia; y aunque esta licencia tuviese poco uso, el señor de Tacuba, que casó al subir al trono con una hermana de Motezuma, conservó en calidad de mujer legítima á una señora noble, con quien se habia unido antes de reinar. Fruto de aquella union era Netzalc, tiernamente querido de Guatimozin su hermano, nacido de la princesa de Méjico.

La poca salud del señor de Tacuba le obligaba á no salir casi nunca de sus Estados, y aunque la capital de aquellos estuviese muy cercana á Méjico, hacia muchos meses que no se le habia visto en dicha corte, cuando le trajo á ella la solemne convocatoria.

Aunque físicamente muy debilitado, conservaba aquel príncipe toda la energía de su carácter, y ape-

nas vió confirmadas por Guatimozin las voces que habian llegado á sus oidos respecto al objeto de la asamblea, cuando levántándose con resolucion,

—Basta, dijo, haz preparar las literas, Netzalc, que quiero volverme inmediatamente á mis Estados.

Besóle la mano Guatimozin.

—Eres un digno príncipe, esclamó, y te reverencio como á padre, y como á un verdadero Tepaneca. (1) Te suplico, sin embargo, que no te alejes tan pronto de mis brazos, y que me permitas escuchar algunas hora la sabiduría de tus palabras y traerte mi hijo para que lo bendigas.

Volvió á sentarse el señor de Tacuba, y dijo con grave y triste acento:

—El gran Motezuma I, que derrotó los ejércitos de mis antepasados, (1) jamás pudo imajinar que el se-

---

(1) La dinastía Tepaneca era una de las mas antiguas é ilustres del Anahuac.

(1) El imperio de Atzcapuzalco, fundado por los Tepanecas, era el mas poderoso de todos los reinos del *Anahuac*. Las tiranías y usurpaciones de su último soberano, llamado *Moctlaton*, obligaron á los nobles mejicanos y á los de Tezcuco á coligarse para hacerle guerra: bajo las órdenes del valiente general Motezuma dieron una batalla, célebre en los fastos de la historia mejicana, pues murió en ella Moctlaton, quedando destruido casi todo su ejército. El imperio de los Tepanecas desde entonces hizo parte del mejicano.

Un solo vástago quedó de la dinastía destronada, y el emperador de Méjico, que sin duda era hombre político, creó para aquel princípe el reino de Tacuba.

Muerto el emperador Izcoal, le sucedió por aclamacion

gundo de su nombre que reinase en Méjico, y al cual reconoceria vasallaje el descendiente de aquellos mismos soberanos vencidos por él, deshonrase con tan indigna flaqueza su trono y su nombre. Apresúrate, Guatimozin, á taerme tu hijo para bendecirle, pues no quiero permanecer por mas tiempo en esta corte envilecida.

---

general su sobrino el célebre guerrero Motezuma, que reinó con gloria 28 años, y murió casi al mismo tiempo que el rey de Tacuba. Sucedió á este último su ùnico hijo llamado Alcoyott, y ocupó el trono imperial uno de los que dejó Motezuma I, bajo el nombre de Tizoczin. Murió este ántes que el nuevo rey de Tacuba, que alcanzó el reinado de Axayacat, sucesor y primo de Tizoczin, pues era hijo de un hermano de Motezuma I. Algunos años despues de la coronacion de Axayacat acabó su vida el vástago de los Tepanecas, y de los hijos que tuvo solo le sobrevivió uno, que le sucedió en el trono, casándolo Axayacat con una princesa de su familia.

Para dar al lector mayor conocimiento de la genealogia de nuestro protagonista, añadiremos que muerto Axayacat le sucedió Almitzonzin, reinando todavía en Tacuba el hermano político del difunto emperador, que tenia de la princesa mejícana un hijo que le sucediò en 1497. Este príncipe es el que reinaba en Tacuba cuando Hernan-Cortés llegó á Mèjico, y el mismo que ha dado lugar á esta esplicacion. Casó al subir al trono con una hija de Axayacat su tio, hermana por consiguiente del príncipe que siete años despues subió al trono imperial con el nombre de Motezuma II, y con el cual ya debe estar el lector asaz familiarizado.

Por esta esplicacion se verá claramente que Guatimozin

—Respetado *Taltzin*, dijo el jóven Netzalc, ¿quieres, pues, abandonar al monarca en el momento de su flaqueza? ¿Cumplirás tu deber de consejero y leal súbdito, volviendo la espalda á un trono que se viene abajo? ¿No cree tu prudencia que obrarias mas dignamente presentándote á Motezuma, para fortalecer su corazon y levantar su espíritu?

---

era hijo de un primo y de una hermana de Motezuma II; nieto de Axayacat por su madre, y por parte de padre vástago, por línea recta de varon, de la real familia Tepaneca.

En aquel jóven príncipe y en su padre se habian mezclado la sangre de los Aztecas á la de los antiguos dominadores del Anahuac.

Creemos interesantes estas noticias genealógicas respecto á nuestro héroe, por no hallarse en los historiadores europeos que han tratado de la conquista de Méjico. Bernal Diaz del Castillo, que es el mas minucioso, no hace mencion de Guatimozin hasta el momento en que sube al trono, y no dá de él otros antecedentes sino que era deudo cercano de Motezuma y casado con una hija de aquel monarca. Solis no dice ni aun esto. Presenta á Guatimozin electo emperador por unanimidad, en una edad tan temprana que el mismo historiador español se admira, y dice que debió á sus grandes hazañas el olvido que se tuvo de sus pocos años. El celebre Roberston, que en su imparcial y filosófica *Historia de la América* tributa una especie de homenaje á la capacidad y valor de aquel desventurado príncipe, no nos instruye mejor acerca del orígen y antecedentes del héroe que nos pinta, y que hace su pincel mas interesante. Se limita á espresar que era sobrino y yerno de Motezuma, pero nunca nos le presenta hasta la época de su coronacion.

Estas palabras hicieron fuerza en el ánimo del señor de Tacuba, que permaneció algunos instantes pensativo,

—Es inútil, dijo Guatimozin, el emperador ha empeñado su palabra, y su palabra es inviolable.

—No debe serlo, esclamó con indignacion el anciano. No está empeñada una palabra exigida: no se concede lo que la fuerza arranca. Motezuma es un rey prisionero. Sí, Netzalc, tienes razon: sal y ordena

---

Estraña cosa me ha pareeido que en historia en que se hace particular mencion de los señores mas notables del imperio mejicano, se diga tan poco de aquel *que por sus grandes hazañas* (segun dice Solis) mereció ser elevado al imperio á la edad de 22 años, con preferencia á los reyes de Tezcuco, Matalcingo, Cuyoacan y otros muchos señores poderosos, y como él de sangre real. No concibo como està oscurecido hasta el momento de su coronacion un personaje que tanto figura despues en la historia de la conquista, y que es indudable debió figurar antes, puesto que tan alto aprecio se granjeó entre sus compatriotas que le elevaron al sólio, á pesar de sus pocos años y en circunstancias tan críticas.

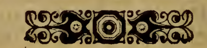
El talento y estraordinario valor que mostrò el jóven rey en la heróica defensa de la ciudad imperial, aumentando el interés que inspira su desventura, hace mas vivo el deseo de conocer su vida anterior y los antecedentes que le condujeron á la elevacion de la que le precipitaron los conquistadores. Este deseo me ha obligado á registrar cuidadosamente cuantos libros se han publicado sobre Méjico, asi en Europa como en Amèrica, y si las noticias que doy no son perfectamente exactas, puedo creer al menos que son verosímiles y no infundadas.

preparar nuestras literas: quiero hablar á ese monarca oprimido, y pedirle permiso para sacarle de su vergonzosa esclavitud.

Obedeció Netzalc, y el señor de Tacuba añadió volviéndose á Guatimozin:

—Vé tu mientras tanto á visitar á nuestres deudos los príncipes de Matalcingo, Cuyoacan, Iztacpalapa y Xocotlan, y hazles saber que los esperamos esta noche en nuestro palacio de Méjico.

Salieron juntos padre é hijo. El uno tomó su litera para ir al cuartel español, y el otro para la casa de Olinteth.



CAPITULO II.

Nuevos presos.

Estaba solo Motezuma cuando llegó Guacolando á presentar el mensaje que le habian encargado los príncipes. Al verle entrar el monarca le tendió afectuosamente la mano, pues habia depuesto en la escuela de la adversidad aquel escesivo orgullo con el cual se imaginaba un Dios, haciéndose tratar como si efectivamente lo fuese.

—Y bien, mi querido ministro, le dijo: ¿qué quiere decir ese semblante triste?

—Los dioses, gran señor, respondió el anciano, han dispuesto que yo no venga á ti sino para comunicarte noticias desagradables.

—¿Qué ha sucedido, pues? dijo con inquietud Motezuma. ¿Han cerrado los ojos á la luz mi esposa ó algunos de mis hijos?

—No, gran señor, la emperatriz vendrá como de costumbre á visitarte con la princesa Tecuixpa y el príncipe tu hijo menor; tus hijos mayores, que estan por órden tuya en este tu nuevo domicilio, siguen sin novedad, como sin duda sabes.

—¿Ha llegado de Xocotlan alguna mala nueva? volvió á preguntar el emperador: ¿mi hija Gualca-

zinla y su esposo han esperimentado alguna desgracia?

—La princesa Gualcazinla y su esposo, contestó el ministro, han llegado á esta ciudad hace algunas horas, y ninguna desgracia les han enviado los dioses.

—Dime, pues, tu pena y no temas la que puedas causarme, repuso Motezuma. Mi corazon esta encallecido.

—Los príncipes de Matalzingo y Cuyoacan, dijo Guacolando, te niegan la obediencia y te declaran que jamás aprobarán tus flaquezas. El príncipe Guatimozin se escusa de asistir á la samblea que has convocado, y dice que su padre y no él debe entender en lo que intentas, pues no le parece conveniente tu resolucion.

Palideció de cólera Motezuma. Por muy abatido que estuviese su espíritu, no fué insensible á aquel, en su concepto, horrendo desacato. Acostumbrado á una ciega obediencia en sus vasallos, venerado hasta entonces por los príncipes sus tributarios, muchos de los cuales eran sus deudos ó sus hechuras, consideróse mas ofendido y humillado por aquella muestra de inobediencia y falta de respeto, que por todos los ultrajes recibidos de los españoles. Levantóse de la silla trémulo de indignacion y gritó con voz tan alta que fué perfectamente oida de todas las personas que estaban en su antesala.

—¡Me niegan la obediencia! ¡Ellos! ¡mis parientes y mis vasallos! ¡Me niegan la obediencia los príncipes de Cuyoacan y de Matalcingo! ¡y Guatimozin! ¿tambien Guatimozin me desobedece y me insulta? ¡Presos todos ellos! ¡presos al intante con cadenas, como rebeldes y traidores!

Aquel acceso de ira quebrantó de tal modo su cuerpo, que cayó casi desfallecido en la silla de que acababa de levantarse, y ya Guacolando iba á llamar á los criados de su servicio para que le diesen algun socorro, cuando abriéndose la puerta se presentó Cortés.

Habia oido las palabras del emperador; pero consecuente á lo que se habia propuesto de persuadirle que todo lo adivinaba su talento ó lo indagaba su vigilancia, le dijo al presentarse con aire de enojo:

—Señor, vengo á pedir á V. M. el permiso de castigar las ofensas que recibe de una corta porcion de vasallos desleales. Sensible me es deciros que los príncipes de Cuyoacan, Matalcingo y Tacuba conspiran contra la legítima autoridad de su soberano, y que divulgan su desobediencia acusando á V. M. de tirano y perverso. El pueblo indignado espera que haga V. M. obrar á su justicia, y yo, como tan interesado en vuestra gloria, reclamo el honor de conducir á vuestros reales pies á esos rebeldes vasallos.

Quedó Motezuma como fuera de sí algunos minutos, y fijando en Cortés sus ojos atónitos, dijo por último con voz alterada por diversos sentimientos.

—¿Lo sabias tú, pues, Malinche? ¿Han tenido los ingratos la imprudencia de hacer llegar á tu oido la noticia de su crímen?

—Nada se me oculta, señor, respondió el caudillo, de cuanto pasa en los dominios de V. M., y por dicha vuestra tengo tanto poder como vigilancia. Dé, pues, V. M. mandamiento de prision contra los rebeldes, y yo aseguro por mi conciencia que antes de una hora estarán encadenados.

Turbóse mas y mas Motezuma, y se veia en su rostro el combate que pasaba en su alma. Su auto-

ridad despreciada y el miedo de disgustar á Cortés le impulsaban al castigo, y su afecto á los culpables y la conviccion secreta de que obraban noble y cuerdamente en desobedecerle le hacian desear salvarles sin parecer debil.

Cortés, que notaba aquella vacilacion, hizo un movimiento de impaciencia, y este movimiento decidió su victoria.

—No te enfades, dijo con viveza Motezuma. Conozco bien los deberes que me impone la justicia y los sabré llenar, por mucho que cueste á mi corazon. Las palabras que andan divulgando esos desacordados príncipes prueban solamente que tienen pocos años y menos reflexion. No te inquietes por ello, ni te molestes en tomar á tu cargo su castigo. Guacolando, añadió dirigiéndose al ministro, comunica á los oficiales de mi guardia la órden de arrestar inmediatamente á los príncipes de Matalcingo y Cuyoacan...

—Y al de Tabuca, dijo Cortés.

—Tambien, añadió con voz lánguida el emperador: tambien al príncipe Guatimozin, para que sea conducido á los Estados de su padre y permanezca junto á él hasta que adquiera mejor juicio.

Salió Guacolando y tras él Cortés, que despues de hablar un instante con algunos de sus capitanes volvió al aposento de Motezuma con semblante tranquilo.

—Quiero que mañana mismo tenga efecto la junta de los príncipes, dijo este apenas le vió, y que reconocido el vasallaje puedas volverte contento y rico á tu pais, y no sufras los disgustos que te causan cada dia mis inquietos vasallos. Cuando no estés aqui, yo te aseguro que sabrán respetarme y no ten-

drán pretestos para decir mal de su rey. La prision de los señores de Matalcingo y Cuyoacan es util para que no puedan con su ejemplo retraer de la obediencia á los otros Tlatoanis, y por lo que respecta á Guatimozin, es un niño que entregaré á su padre. El Tlatoani de Tacuba es súbdito leal, hombre venerable y prudente que asistirá á la asamblea, porque asi se lo ordenaré espresamente por un correo que quiero despacharle esta tarde. Verás en él un príncipe digno y un vasallo sumiso.

En el mismo instante un criado de Motezuma entró en el aposento, anunciando que el señor de Tacuba pedia permiso para hablarle.

Regocijóse el emperador, como si en las circunstancias en que se hallaba recibiese un poderoso ausilio con la llegada de aquel deudo respetable y prudente.

Mandó que le hiciesen entrar al instante y se puso en pié para recibirle; atencion que jamás hasta entonces habia usado con ninguno de los reyes tributarios suyos.

Tambien Cortés se levantó de su silla y aun se adelantó algunos pasos para salir al encuentro del anciano; pero este le pasó por delante, apoyado en el brazo de Netzalc, sin siquiera mirarle, y llegando junto á Motezuma le hizo la reverencia de costumbre, tocando el suelo con la mano derecha y llevándola en seguida á los lábios.

A pesar del gozo que sentia el emperador con la llegada de su deudo y amigo, notó el insultante desden que habia usado este con Hernan Cortés, y apenas le hubo dado la bienvenida se apresuró á señalarle con la mano al jefe español diciendo:

—El guerrero que aqui ves es nada menos que el

ilustre embajador y valiente general del gran rey de Castilla, nuestro aliado y señor, pues es descendiente legítimo del antiguo y venerable Quetzalcoal fundador de este imperio.

Volvió los ojos hácia Cortés el Tlatoani de Tacuba, haciéndole un saludo de cortesía pero no de respeto, y dirigiéndose nuevamente á Motezuma,

—Señor, le dijo, te suplico me concedas un momento de atencion.

—Habla, repuso el monarca sentándose y haciendo seña á Cortés y á los príncipes para que lo imitasen. Habla lo que quieras, noble vasallo, pues nada reserva mi corazon á mi digno amigo Hernan Cortés, y ese jóven que ves á su lado es un pajecillo español, destinado á mi servicio y que nos sirve de intérprete muchas veces, por conocer la lengua mejicana y gozar la confianza de su amo como tambien la mia.

—Hablaré, puesto que así lo exijes, dijo el anciano príncipe sentándose con gravedad, y te manifestaré la indignacion que me agita por haber oido ciertos rumores populares en agravio de tu decoro y sabiduria. Dícese, gran señor, que convocas á tus príncipes para reconocer vasallaje á un monarca estranjero, y te suplico me des permiso para hacer acallar esas voces injuriosas, desmintiéndolas en tu real nombre.

Estaba tan turbado Motezuma, que muchos minutos despues de haber cesado de hablar el señor de Tacuba aun no habia acertado con lo que debia contestarle. La impaciencia que se dejó ver en el semblante de Cortés, á quien el intérprete habia trasmitido fielmente las palabras del príncipe, le obligó por fin á vencer su embarazo, y dijo no sin notable esfuerzo.

—Es cierto que quiero reconocer vasallaje al descendiente de Quetzalcoal, porque asi lo ordenan los dioses.

—Los dioses, esclamó colérico el príncipe, los dioses te han retirado su proteccion desde que permitiste á los españoles pisar los umbrales de sus templos y erigir altares á divinidades estranjeras (1). Los dioses, Motezuma, te castigarán con su ira si te haces reo de tan indigna flaqueza.

Levantóse Motezuma entre ofendido y avergonzado y esclamó:

—¡Tambien, tú, príncipe de Tacuba, tambien tú me ultrajas y me desprecias!

—¡Nadie ultrajará ni despreciará al emperador de Méjico delante de Hernan Cortés! dijo levantándose tambien el caudillo español.

El pajecillo se apresuró á traducir esta declaracion de su amo, y lleno de ira el príncipe se dirigió á él diciendo:

—¡Tú eres el único que lo desprecias y lo ultrajas; tú, huesped ingrato, que le has arrancado de su palacio para traerle entre tus soldados: tú, que abusas de su debilidad para cometer bajo la salvaguardia de su nombre toda clase de injusticias y tiranías: tú, que le aconsejas la humillacion de reconocerse vasallo de un rey estranjero!

No esperó Cortés la traduccion de estos terribles cargos, pues comprendiendo lo necesario por el to-

---

(1) Cortés habia pedido permiso á Motezuma para hacer una capilla á la madre de Jesus, y el emperador no solamente se lo permitió, sino que le envió sus mejores albañiles y carpinteros para que los emplease en el trabajo.

no y los gestos, se apresuró á llamar á sus soldados, indicando á Motezuma con una mirada que debia dar la órden de prender al temerario anciano.

Antes, sin embargo, de que hubiese obedecido el desventurado prisionero aquel mandato mudo, corrió Netzalc á la defensa de su padre, y aunque no llevaba arma ninguna levantó sus robustos brazos en ademan de amenaza, encarándose á los soldados.

Era aquella demostracion un desacato á Motezuma, segun las leyes mejicanas, pues ningun vasallo podia levantar la mano contra otro en presencia del emperador. No lo ignoraba Cortés, y aprovechando el nuevo pretesto,

—Señor, dijo á Motezuma, ¿qué espera V. M. que no manda el castigo de estos culpables?

—Que sean presos, articuló con trabajo el prisionero: yo lo mando: pero no necesito tus soldados, general. Que se hagan entrar mis oficiales.

Partió corriendo el paje á llevar esta órden, y cruzando los brazos sobre el pecho el anciano príncipe, y mandando á su hijo hiciese lo mismo,

—Bien está, dijo: eres nuestro rey y ninguna resistencia pudiéramos oponer á la fuerza de tantos soldados, cuando no bastase á contenernos el respeto que te debemos. Cárguennos de cadenas por tu mandato los que te las han impuesto á tí mismo; pero sepan ellos por mi voz, que este nuevo acto de tiranía y barbárie es el que necesita el pueblo mejicano para decretar su esterminio. Sepan que millones de brazos van á levantarse para romper los hierros que carguen en los nuestros, y.....

No concluyó su amenaza. Los soldados mejicanos, llamados á cumplir las órdenes de Motezuma, se le echaron encima, y escoltados por los españoles

sacaron violentamente al noble anciano y á su hijo para conducirlos á la prision.

Imposible creemos dar al lector idea de la situacion en que se encontraba en aquel momento el espíritu de Motezuma. Sus facciones desencajadas, su frente lívida y sus miradas vagas y ardientes, revelaban lo mucho que padecia. Hablábale Cortés, pero no le escuchaba, y le interrumpia á cada instante gritando con una especie de delirio.

—¡Me escarnecen todos! ¡Todos me mandan! ¡Soy ya un objeto de ódio ó de desprecio! ¡Quiero vengarme! ¡Quiero acabar con todos mis enemigos! ¡Soy todavía Motezuma! ¡Soy el gran Motezuma!

Y se ponia en pié, dando fuertes golpes con el puño en la mesa que cuando estaba sentado le servia de apoyo.

Luego caia rendido y prorrumpia en lágrimas, entendiéndose, entre las muchas palabras que sofocaban sus sollozos, estas y otras semejantes:

—¡Soy un miserable á quien los dioses persiguen! ¡Soy un monarca indigno á quien maldicen sus vasallos! ¡Soy un padre infeliz á quien abandonan sus hijos! Quiero morir.

Cansado Cortés de hacer inútiles esfuerzos por calmarle, lo dejó entregado á sus criados, y mandó le llevasen sus tres hijos mayores, que vivian tambien en el cuartel, para que procurasen distraerlo.

Mientras tanto ocupóse él en hacer cumplir las órdenes del emperador, y antes que el sol hubiese llegado á su ocaso, una misma cadena habia asegurado á los príncipes de Tacuba, al de Cuyoacan y al de Tezcuco, que fué trasportado por mandato de Cortés al cuartel español, á fin de que una misma

guardia pudiese vigilar por la seguridad de todos los presos.

Escapó entonces el príncipe de Matalcingo por haber salido de Méjico huyendo con gran prisa; pero pocos dias despues le alcanzaron los enviados de Cortés, y sufrió la misma suerte que los otros príncipes de la familia real (1).

---

(1) Solis no dice nada de la prision de estos personajes, y solo hace mencion de la del señor de Tezcuco. Bernal Diaz del Castillo dice que fueron presos, y justifica el hecho alegando que *no visitaban á Motezuma y que habian sido cómplices en la conjuracion de Cacumatzin.* No habiendo sido presos al mismo tiempo que dicho príncipe, no es presumible fuese la causa aquella conjuracion, y el no visitar á Motezuma no podia considerarse delito digno de tan gran castigo. El mismo B. D. del Castillo espresa que fueron presos los príncipes de Tacuba y Cuyoacan en vísperas del reconocimiento de vasallaje al rey de España, y al tratar de esto dice: «Como el capitan Cortés vió que ya estaban presos aquellos reyecillos, dijo á Motezuma que pues ya habia entendido el gran poder de nuestro rey y señor, y que de muchas tierras le dan párias y tributos y le son sugetos muy grandes reyes, que será bien que el y todos sus vasallos le den la obediencia etc. etc.

Es de inferir por esto que la prision de aquellos príncipes tuvo por objeto quitar todo obstáculo al reconocimiento de vasallaje, y que la pasada conjuracion, si para algo se recordó, solo fuè como pretesto y no como verdadera causa. Bernal Diaz del Castillo dice que tambien fué preso el príncipe de Iztacpálapa; pero esto se vé desmentido por el mismo, algunas páginas despues, en que dice fué proclamado emperador y asistió personalmente al sitio del cuartel español en que murió Motezuma.

La impresion que hizo en la ciudad de Méjico la prision de aquellos personajes es verdaderamente indescribible. Reinó todo aquel dia una tristeza y perturbacion general: parecia que en cada casa habia muerto algun individuo de la familia que la habitaba. Las calles estaban desiertas, y se veia pintado el mas sombrío dolor en las caras de las pocas personas que transitaban por algunas.

Por la noche formáronse algunos grupos en la plaza del palacio imperial, y aun se notaron síntomas de tumulto, que lograron apaciguar los vigilantes ministros de Motezuma.

Todos los Tlatoanis reunidos en la capital acudieron al palacio á la primera noticia de la prision de sus amigos; pero no se recibia á nadie: la emperatriz y Tecuixpa se hallaban en el cuartel español, á donde habian corrido para interceder por los príncipes, y permanecian por el cuidado que daba el estado de Motezuma: la princesa Gualcazinla en el esceso de su pena se habia ido á encerrar con su hijo y sus criadas en el palacio del duelo (1), jurando que no saldria de él sino cuando fuese á buscarla su marido, libre ya de los hierros de sus opresores.

Sin embargo, no ejecutó la resolucion de encerrarse en aquel gran sepulcro sin tentar prime-

---

(1) Tenia Motezuma entre sus palacios uno que llamaba del duelo ó de la tristeza, porque en él pasaba el tiempo de luto siempre que moria alguna persona de su familia. Todas las paredes de aquel estraño edificio eran de mármol negro, y segun dice Solis al describirle, *solo tenia la luz necesaria para ver su oscuridad.*

ro todos los medios posibles de libertar á los queridos reos: habia hablado con los consejeros y ministros; pero cuando ellos le dijeron que seria inútil rogar á Motezuma, mientras no se alcanzase la aprobacion de Cortés,

—¡Basta! esclamó la digna esposa de Guatimozin. ¡Basta! Mi marido no estimaria una libertad que arrancase su mujer con humillaciones á la dureza de un bandido.



CAPITULO III.

El vasallaje.

Dos dias despues de aquel en que se verificaron los acontecimientos que ocupan el capítulo precedente, efectuóse la gran asamblea que habia sido objeto de tantos disturbios y dicusiones.

Abriéronse de par en par, desde las diez de la mañana, las puertas del gran palacio que servia de cuartel á los españoles y de prision á los príncipes mejicanos, doblándose las guardias y esparciéndose por los alrededores algunas patrullas, encargadas de no dejar que se acercasen sino los señores convocados á la asamblea, y á los cuales se habia dado contraseña.

Acudieron todos exactamente á la hora señalada, y en un momento llenóse de mejicanos, no solamente el vasto salon destinado para la junta y en el cual se habia levantado un trono para el emperador, sino tambien otro que le servia de antesala.

Estaban los Tlatoanis lujosamente ataviados con todos sus distintivos ó divisas; el aspecto grave y silencioso; los ojos bajos, como si no quisiesen distraerse del pensamiento que les ocupaba; mientras

que los soldados españoles que guardaban la entrada del salon armados de pies á cabeza, les miraban con aire de desconfianza.

Era un espectáculo verdaderamente notable y estraño, el que presentaba aquella reunion de señores feudales, de los cuales treinta por lo menos eran príncipes poderosos, en el cuartel de un puñado de soldados aventureros, al pié de un trono irrisorio, levantado para un rey prisionero por sus mismos carceleros.

A los dos lados de aquel simulacro régio habia algunas sillas destinadas á los consejeros y ministros: delante se veian las mesas para los secretarios mejicanos y escribanos españoles, y á la espalda bancos para los señores del servicio del emperador.

Cuando se halló completo el número de los convocados, un oficial del emperador anunció su entrada, y abriéndose una puerta lateral, cerrada hasta entonces, presentóse Motezuma apoyado en los brazos de Guacolando y de uno de sus consejeros, y rodeado de los demas ministros y de varios capitanes españoles. A su derecha iba Cortés con todas sus insignias militares, y despues de todos aquellos personajes marchaban con grande órden los soldados que custodiaban al augusto preso, los cuales se colocaron en semi-círculo junto al trono á espaldas de los ministros.

Estaba Motezuma tan flaco y desfigurado, que apenas podia reconocérsele, y circuló por la asamblea un sordo murmullo que alarmó á los españoles. Subió, sin embargo, al trono mirándolo con señales de admiracion y pena todos los mejicanos, notándose en algunos demostraciones de ira, y en otros lágrimas de compasion y de ternura.

Tambien Motezuma pareció conmovido al tender la vista por el concurso, y dos veces ahogáronse entre sus labios las palabras que quiso articular.

Observando su debilidad, corrió Cortés á colocarse á su frente, fijándole una de aquellas miradas fascinadoras que siempre tuvieron un poder irresistible sobre el augusto cautivo, que al instante recobró el ánimo y dijo con voz débil, pero bastante inteligible:

—¡Príncipes y señores de las mas ricas provincias del Anahuac! inútil es recordaros los beneficios de que me sois deudores. Muchos de vosotros ocupais los tronos de reyes tiranos, esterminados por mí ó por mis grandes antecesores; y otros muchos, despues de vencidos por mi valor, habeis debido á mi generosidad la conservacion de vuestra corona. En el tiempo que he ocupado el trono imperial, sabeis con cuántas victorias he estendido y consolidado el poder de Méjico, con cuantos útiles establecimientos lo he enriquecido, y de qué modo he aumentado el esplendor de la corte. Grandes y numerosos templos han tenido los dioses durante mi reinado: soberbios palacios, que son admiracion de los reyes estranjeros, deja mi munificencia por patrimonio á los reyes mejicanos mis sucesores: colegios mayores y bien dirigidos que los que habiamos tenido, se han abierto por mí para la instruccion de la juventud: premios y honores he inventado para el estímulo de nuestros guerreros, y castigando severamente la ociosidad, he fomentado las artes y los trabajos mecánicos.

Yo he levantado este imperio á una altura que jamás habia alcanzado, y lo he hecho temido y admirado de todos los Estados vecinos.

Tantos cuidados por engrandeceros y aumentar vuestra gloria, han sido recompensados hasta ahora por vuestra fidelidad y obediencia, pudiendo decir con orgullo que jamás monarca alguno ha reinado sobre vasallos tan nobles y leales, ni vasallos ningunos han obedecido á un príncipe tan agradecido y magnífico.

Inútil es, repito, recordaros todas estas cosas que sin duda no podeis olvidar, y solo debo manifestaros que, despues de miles de soles que han brillado para nuestra gloria, ha aparecido el que debe alumbrar nuestra justicia.

Las antiguas profecías se han cumplido ya, y los descendientes de Quetzalc han venido de las tierras amadas del sol, que descubrió Topilzin, para darse á conocer en estos dominios y derramar en ellos los beneficios de su sabiduría. Los estranjeros que hemos hospedado son esos mismos hermanos esperados por tanto tiempo: mil señales de ello nos han dado los dioses, y yo les he tributado honores y respetos que jamás concedí á mortal ninguno; pero que no son suficientes pruebas de la veneracion y lealtad que debemos al sabio de quien descienden Por eso he determinado reconocer vasallaje al monarca que los envia desde aquellas tierras lejanas, y enviarle por tributo las mas ricas joyas, y los tesoros de plata y oro que heredé de mis padres, y que habeis aumentado con vuestros donativos, teniendo el mas vivo placer en mostrarle de este modo mi afecto y obediencia... Al llegar aquí, las lágrimas que brotaron de los ojos de Motezuma y los sollozos que embargaron su voz, desmintieron las palabras que acaba de proferir, y levantaron un sordo rumor en la asamblea conmovida.

Logró reponerse un poco Motezuma y terminó su estudiado discurso, con estas palabras que escucharon con visible disgusto los señores mejicanos:

—Os mando, pues, y os ruego, Tlatoanis generosos y leales, que, imitando á vuestro emperador, ofrezcais obediencia y riqueza al gran descendiente del antiguo fundador de estos pueblos. Corto sacrificio será para vosotros, que tan dadivosos y sumisos habeis sido conmigo, y yo sufro con alegria esta humillacion, porque por el bien de mis pueblos me sacrificaria gustoso, como el gran Chimalpopoca (1).

Nuevos sollozos acompañaron estas últimas palabras de Motezuma, y toda la asamblea prorrumpió tambien en lágrimas y en gemidos.

A vista de tan estremada afliccion se apresuró Cortés á declarar en alta voz, que la intencion de su soberano no era desposeer á Motezuma ni variar en lo mas mínimo la constitucion del imperio, y sus intérpretes repitieron por tres veces aquellas palabras, que calmaron algun tanto el pesar y la agitacion de los mejicanos.

Callaban, sin embargo, como indecisos en lo que debian responder á la proposicion de Motezuma,

---

(1) Era una creencia popular que Chimalpopoca, tercer rey Azteca, perseguido por el odio del poderoso emperador Tepaneca, quiso inmolarse antes que atraer sobre sus vasallos la cólera de aquel enemigo formidable. Hízose degollar efectivamense en el altar de su dios Huitzilopochtli, ofreciéndose en holocausto á la libertad de su pueblo. ¡Rasgo de heroismo sin ejemplo en la historia de los reyes!!

hasta que adelantándose el nuevo soberano de Tezcuco, y un hermano del rey de Tacuba que lo representaba en la asamblea, dijeron que estaban dispuestos á obedecer ciegamente á su lejítimo emperador, aprobando todos los consejos de su sabiduría.

La declaracion de aquellos dos personajes, apoyada al instante por algunos Régulos afectos á los españoles, decidió á los demas, y no sin grande y doloroso esfuerzo sobre sí mismos, suscribieron á aquel acto de suprema humillacion. Verificóse al instante que dieron su consentimiento, con toda la solemnidad que quisieron los españoles, y Motezuma acompañó su homenaje con magníficos presentes para su estranjero señor.

Todos los tesoros que guardaba en aquel palacio habitado por los españoles, y que habia descubierto Cortés la víspera del dia en que determinó prenderle, fueron cedidos al rey de Castilla. Eran tan grandes aquellas riquezas, que solamente del oro, que se pesaba por arrobas, se hicieron al fundirlo muchas y gruesas barras, conservando en granos otra gran cantidad, y muchísima plata que desestimaban en vista de la abundancia del metal mas precioso. Ademas dió Motezuma infinitas joyas de perlas y piedras preciosas, y escudos, carcajes y cerbatanas de un trabajo esquisito.

Los príncipes sus tributarios contribuyeron con casi igual liberalidad, siendo verdaderamente asombrosa la magnificencia de las joyas que enviaron á Motezuma, para que acompañase con ellos el gran presente destinado á su nuevo soberano.

Ademas de tan ricos tributos para Cárlos de Austria, el emperador mejicano entregó á Cortés gran

cantidad de oro para que repartiese á sus soldados, y obsequió á todos los capitanes con algunos de sus mas ricos anillos y lujosos penachos.

La posesion de tan inmensa riqueza no satisfizo en manera alguna los ambiciosos deseos de Hernan Cortés, y solo sirvió para alterar la buena armonía que hasta entonces reinaba entre sus compañeros.

Con motivo ó sin él, divulgóse la voz de que aquel jefe y algunos de sus favoritos, habian escondido gran porcion del oro regalado por Motezuma. Censuróse tambien que ademas del quinto separado para el rey y otro para sí, hubiese sacado Cortés grandes cantidades en resarcimiento de los gastos hechos por él en el ejército, llegando á presentar síntomas alarmantes aquel descontento de la tropa.

No se limitó á esto, sin embargo, la desavenencia y murmuracion. Entre los mismos oficiales se suscitaron rivalidades y envidias, por creerse algunos menos enriquecidos que otros, y como si la fatal manzana hubiese renacido en el americano suelo, la discordia se introdujo con toda su comitiva de calumnias y rencores, entre los guerreros españoles.

La prudencia de Cortés supo acudir con tiempo al remedio. Cedió generosamente parte de la riqueza que le habia cabido entre los soldados descontentos, y recordando á los capitanes la union que necesitaban para llevar á cabo su grande empresa, procurando inspirarles el desprecio de aquellos tesoros alimentando la codicia de otros mayores, logró por entonces aplacar sus rencillas y ocuparlos mas vivamente de las altas esperanzas, cuya realizacion les anunciaba próxima.

CAPITULO IV.

Agitacion.

Mientras esto pasaba, los Tlatoanis mejicanos, que veian no se marchaban los españoles, como lo habian prometido, empezaban á inquietarse sériamente, y los mas decididos á mostrar sin rebozo su descontento.

Asi en Méjico como en las provincias, notábanse señales positivas de alarma, y aun se hablaba secretamente—segun noticias que recibieron los ministros de Motezuma—de la necesidad de proclamar otro emperador, abandonando á aquel que tan flaco se mostraba.

Fué la primera y la mas esplícita en manifestar este deseo la ciudad de Tacuba, altamente indignada por la prision de sus príncipes, y aun llegó á susurrar el nombre de Guatimozin, como único que pudiera libertar al imperio de la esclavitud en que lo habia constituido Motezuma. Pero aquel príncipe estaba preso; estábanlo tambien los señores de Tezcuco, Tacuba, Matalcingo y Cuyoacan, que eran los personajes de mayor prestigio, y de bastante poder y capacidad para dirigir y sostener un levantamiento.

Los nobles, aunque deseosos en su interior de sacudir el yugo de los españoles, que mandaban á nombre de Motezuma con mayor arbitrariedad y tiranía que lo habia hecho este, no se resolvian á mostrar sus sentimientos al pueblo, cargando la responsabilidad de una rebelion el pueblo por su parte, acostumbrado á una obediencia pasiva, estaba muy lejos de suponer que podia en aquel caso decidir con su voz el destino de sus amos.

Comprendian perfectamente esta situacion los ministros, y todo se lo comunicaban á Motezuma, que sin bastante firmeza para intimar á Cortés la salida de sus dominios, empezaba á sentir arrepentimiento de haberse sometido inútilmente á tantos sacrificios y humillaciones.

Solamente sus ministros eran sabedores de estos sentimientos, pues ningun príncipe lo visitaba ya; ningun sacerdote queria hablarle, y aun su misma familia estaba descontenta de él por contrarias causas.

Miazochil, enteramente catequizada por Marina, creia obstinacion absurda la resistencia de su marido en mudar de religion; y tanto mas le desagradaba la fidelidad del monarca á la creencia de sus padres, cuanto conocia era mas íntima la conviccion de aquel, respecto al aborrecimiento que creia inspirar á sus dioses.

Pensaba que el único modo de salvarse de la cólera de unos espíritus poderosos era colocarse bajo la proteccion de otros, y en la persuacion de que toda la familia imperial seria víctima de las irritadas deidades mejicanas si no oponian á su poder el de los dioses españoles, reconvenia de buena fé á Motezuma que se cuidase tan poco de la ruina de su casa, sacri-

ficando sus hijos por una necia fidelidad á divinidades ingratas.

Quejábase Gualcazinla del desgraciado, por muy distinto motivo: creíale injusto y duro con los príncipes sus deudos, encadenados por su órden, y avergonzábase de su debilidad para con los estranjeros. Encerrada con obstinacion en el *palacio del duelo*, se negaba á todos los consuelos que querian darla sus parientes y amigas, pasando los dias y las noches llorando sobre la cabeza de su hijo, ó implorando á los dioses á favor de su patria y de su familia.

No estaba tampoco satisfecha Tecuixpa: enojábanla los votos que hacia su padre por la partida de los españoles, á la par que se dolia de las humillaciones que le habian impuesto.

Luchaban en su corazon mil encontrados impulsos: los españoles, caros á su alma como compatriotas y amigos de Velazquez, inspirábanle horror como opresores de los suyos, y vacilante entre el interés de su pais y de su casa, y el interés de su amor, no acertaba á desear ni la ausencia ni la permanencia de los estranjeros. Cien veces triunfando el amor de los sentimientos mas santos, buscaba á su amante, resuelta á declararle que seguiria su suerte cualquiera que fuese, no teniendo otro Dios que su Dios, otra patria que su patria, ni otra familia que su familia. Cien veces tambien avergonzada y pesarosa de aquellos ímpetus de amor, se presentaba abatida y llorosa en el aposento de su padre, y le decia violentándose con verdadero heroismo:

—Señor, tu pueblo desea la partida de los españoles, y tu familia llora amargamente la prision del los príncipes: debes á tu pueblo y á tu familia el sacrificio de tu amistad para con los estranjeros

y es tiempo ya de que los mandes salir de tus dominios.

A veces, interpretando sagazmente algunas palabras que en sus conversaciones íntimas se escapaban á Velazquez, sospechaba que tenian el designio de destronar á su padre y esclavizar su pueblo, y aun llegaba á temer por la vida de los príncipes prisioneros: entonces despedian sus ojos rayos de ira, y levantándose con indignacion,

—Tus compañeros son unos perversos, decia á Velazquez, y tú eres un ingrato á quien quisiera aborrecer. Pero sabe que yo misma descubriré á los mejicanos las malas intenciones que aqui os detienen; que todos morireis y tú el primero.

Lograba Velazquez casi siempre aplacarla, protestándole que nada deseaba ni pretendia sino hacerla dichosa con su amor y ver igualmente felices á todos los individuos de su familia. Jurábala, y juraba con sinceridad, que amaba tiernamente á Motezuma, y arriesgaria su vida si preciso fuese, en defensa de la del monarca: entonces Tecuixpa vertia lágrimas de gratitud y de ternura, y pagaba con mil dulces caricias las palabras de su amante.

Otras veces llegaban á oidos de la enamorada princesa los dicterios que algunos señores de la servidumbre real proferian contra los españoles, y testigo á su pesar en mas de una ocasion, de los votos de su hermana, que imploraba venganza contra ellos, retirábase entristecida, y al ver á Velazquez,

—No temas: le decia, aun cuando todos los dioses y los hombres se conjuren contra tu vida, Tecuixpa te salvará ó morirá contigo.

Tal era la situacion de las cosas y de algunos de los personajes de nuestra historia, mientras Guati-

mozin y los otros presos, privados de toda comunicacion con sus compatriotas, ignorantes de cuanto acontecia y temiendo por momentos el último sacudimiento de aquel imperio que se derrocaba, pasaban dias de furor y noches de desesperacion, insultando en vano á sus carceleros para acelerar una muerte preferible sin duda á la ignominiosa esclavitud que les amenazaba.

Hubo, sin embargo, por entonces, un acontecimiento que, sacando de su inercia á los mejicanos, pudo hacer inútiles todas las ventajas obtenidas por los conquistadores. Hernan Cortés, llevado de un celo religioso inoportuno, y asaz confiado en su buena estrella, olvidó el mal éxito que tuvo en Tlascala cierta tentativa, y resolvió abolir el culto de los ídolos sustituyendo en los templos con imágenes santas las monstruosas figuras de los mejicanos dioses.

Aquel pueblo sufridor se levantó entonces de súbito, enérgico, decidido, furibundo, y corriendo veloz á la defensa de sus teocalis, hizo retroceder asombrados á los imprudentes, á quienes su propio fanatismo no habia permitido comprender la fuerza de aquel que se atrevian á desafiar.

Hubo de ceder Hernan Cortés, mal su grado, y pronto echó de ver que aun no quedaban satisfechos los mejicanos.

En el mismo dia dió Motezuma audiencia secreta al supremo pontífice y á su hermano el señor de Iztapalapa, cosa que no habia hecho hasta entonces, pues él mismo invitaba á los españoles á asistir con sus intérpretes á todas las audiencias que concedia á cualesquiera de sus vasallos. Alarmóse Cortes cuando tuvo noticia de aquella novedad, y acrecentóse su inquietud despues que algunos indios de

la plebe, que habia ganado para que les trajese en noticias de lo que sucedia en la ciudad, se presentaron muy medrosos á decirle que no querian servirle en lo sucesivo; pues sabian que los dioses y Motezuma se habian ya concertado para matarlos á ellos, y á todos los que les fuesen adictos.

Tomó Cortés incontinenti todas las precauciones que juzgó oportunas á su seguridad, y doblando los centinelas de Motezuma, encargó no se le permitiese hablar con ninguno de los suyos sin hallarse presente el pajecillo español que le servia, ú otro de los intérpretes.

Aquella prevencion pareció, sin embargo, inútil; pues ningun mejicano, escepto los criados del servicio del emperador, apareció en toda la tarde por el cuartel, y la noche se pasó con la misma tranquilidad que las anteriores.

No confió empero el caudillo en aquella aparente calma, y el resultado justificó sus recelos. Al dia siguiente envióle á llamar Motezuma, y notó Cortés á la primera mirada gran novedad en la espresion de su rostro. El celo religioso del monarca idólatra no era menos ciego é intolerante que el de los cristianos de aquel tiempo, y el ultraje cometido contra sus dioses habia reanimado un espíritu que tanto se abatiera al peso de la adversidad.

Salió al encuentro de Cortés con tal decision, que hizo detener al caudillo, y antes de darle tiempo para que le saludase,

—Malinche, le dijo, Huitzilopóchtli ha declarado que abandonará para siempre estas tierras, si en ellas continuais vosotros. La cólera de Tlacatecolt se ha aplacado por fin, y promete que no volverá á perseguirme con tal que os haga salir de mis Estados, y

en caso que os neguéis á ello, ordena absolutamente sean presentados vuestros corazones en su sagrado altar. Nada os detiene en estos paises, pues habeis conseguido cuanto deseábais, y os he colmado de riquezas: partid, pues, sin tardanza todos vosotros, que asi os conviene y yo lo mando.

El tono con que profirió estas palabras causó tal sorpresa á Cortés, que permaneció un instante atónito y sin saber qué contestar. Notando su indecision Motezuma, añadió con mayor firmeza:

—Prepara tus tropas para la marcha, y que se alejen antes de que declarada la guerra os persigan hasta esterminaros.

Comprendió Cortés que no hablaría tan atrevidamente su prisionero á no tener tomadas de antemano sus medidas de seguridad. En efecto, 60,000 hombres de guerra, á las órdenes de Quetlahuaca, solo esperaban ver tremolar una bandera encarnada en la mas alta torre del Teócali de Huitzilopóchtli cercano al cuartel. para correr á sitiar este acabando con los españoles. Aquella señal de guerra debia ponerla uno de los criados de Motezuma á la primera demostracion del monarca; pero si los españoles consentian en la marcha, pondríase en vez de la encarnada una bandera blanca, á vista de la cual debian deponer las armas los mejicanos.

Aunque ignorase Cortés este concierto, comprendió, como ya hemos dicho, que con grande apoyo contaba Motezuma, puesto que tan decididamente le intimaba saliese del imperio, y fingiendo hallarse muy dispuesto á satisfacerle, cumpliendo la promesa que le habia hecho y que no tenia olvidada, solicitó como última gracia se le concediesen algunos dias,

para la construccion de dos ó tres buques que necesitaba para regresar á España.

Puso algunas dificultades Motezuma, pero cedió al fin, y dijo á Cortés que hiciese llamar en su nombre á los carpinteros que habian trabajado en los dos bergantines construidos en Méjico, y que á toda prisa se pusiesen á la obra, pues no sin dificultad esperaba aplacar á los dioses y detener la guerra.

Salió Cortés asáz pensativo y agitado, y Motezuma mandó tremolar la bandera blanca, no sin secreto placer de que pudiese evitarse la guerra.

Indudablemente la cobardía de aquel príncipe, para con los españoles, era efecto de la superstición que le hacia considerarlos como ministros elegidos por los dioses para ejecutar los decretos de su ira; y al oir de boca del pontífice la declaracion de haberse aplacado las deidades que le perseguian, las cuales se convertian en enemigas de los españoles, se disigió en gran parte su temor á estos. Pero la larga costumbre de respetarlos: el poderoso ascendiente que Cortés habia alcanzado sobre su espíritu; el deseo de evitar á las suyos nuevos desastres, y acaso tambien un cierto-género de afecto incomprensible, que siempre tuvo por sus opresores, fueron causas mas que suficientes para causarle alegria, cuando vió posible alejarlos sin necesidad de declararles la guerra.

Avisó al *Hueiteopixque* (gran sacerdote) y al príncipe Quetlahuaca, que podian estar tranquilos, pues los españoles saldrian del imperio tan pronto se concluyesen las naves que con grande prisa habian mandado construir, y el mismo Córtes lo prometió segunda vez en presencia de los ministros.

Calmóse con esto la cólera y agitacion de los me-

jicanos; pero creció rapidamente la inquietud de Cortés, complicándose los embarazos de su posicion.

Motezuma y sus súbditos habian despertado por fin de su letargo. No era ya posible permanecer sin arrostrar una guerra inevitable y de éxito no dudoso; pues cualesquiera que fuesen las ventajas de sus armas y disciplina, eran muy débiles para resistir las fuerzas reunidas de aquel imperio. La muerte era pues el destino que podia esperar en Méjico; pero ¿qué iria á buscar fuera de él? Harto comprendia que solo la victoria podia justificarle: que su temeraria empresa, que conseguida le elevaria al colmo de la gloria calificándose de sublime y heroica, solo mereceria el nombre de locura y crimen, atrayéndole el castigo y la afrenta si le era contraria la fortuna. Si en Méjico se le entreabria el sepulcro, divisaba el presidio en Cuba ó en España. Rebelde á la autoridad constituida en aquella isla, podia ser infamado con el nombre de traidor á su rey; por mas que conquistador de un mundo, su emancipacion de Velazquez haya aparecido un rasgo de noble osadia y de la alta inspiracion. Para él no habia pues otra alternativa en aquel conflicto que el deshonor ó la muerte. La eleccion de un noble español no podia ser dudosa.

CAPITULO V.

Agrábase la situacion de Cortés.

Una mañana envió Motezuma á llamarle y con semblante inquieto

—Malinche, le dijo, he tenido aviso de que en el puerto en que desembarcaste con tu gente, acaban de llegar 18 buques, como los tuyos, llenos de hombres de tu nacion; aquí lo verás, añadió desenrollando sobre una mesa un lienzo grande. Mis pintores acaban de traerme este dibujo, en que han copiado la armada de tus compatriotas, y me he dado prisa en comunicarte tan buena noticia y manifestarte que no tienes ya necesidad de construir los navíos que te hacian falta, pues puedes irte al instante en los que traen tus hermanos.

Tan gran regocijo sintió Cortés, que apenas cuidó de dar gracias á Motezuma por el aviso, pues su primera idea fué la de que aquellos buques venian de España en su ausilio y que en ellos volvian, desempeñada felizmente su mision, los compañeros que habia enviado con cartas y regalos para el emperador.

Dióse prisa en comunicar á sus tropas tan fausta

noticia, y hubo salvas de artillería en su celebridad. Mientras se regocijaban dando gracias al cielo por aquel inesperado ausilio en circuustancias tan críticas, el príncipe de Iztacpalapa se presentó solicitando audiencia de Motezuma. Estaban los españoles demasiado gozosos para negar cosa alguna en aquel momento, y el príncipe fué introducido sin dificultad en el aposento del augusto cautivo.

—¿Qué traes, Quetlahuaca? dijo este luego que vió la alegria de su semblante. ¿Han declarado los dioses alguna cosa que nos sea propicia?

—Los dioses no han dicho nada de nuevo, respondió en voz baja el príncipe; pero los hombres españoles que acaban de llegar á nuestras costas, han dicho mucho.

—¿Qué han dicho? preguntó con ansiedad el monarca. ¿Prometen que no nos harán mal y que se llevarán sus compatriotas?

—Mas gratas son sus palabras, repuso el Tlatoani. Sabe, gran señor, que á los españoles recien llegados se han unido tres soldados del Malinche, que por su órden y con tu permiso andaban tomando conocimiento de las minas que hay en el pais; y que dichos soldados, que entienden ya la lengua mejicana, han servido de intérpretes para que el capitan de la nueva gente española se esplicase con algunos de tus oficiales, que iban en compañía de aquellos.

—¡Acaba! esclamó con impaciencia Motezuma. ¿Ha dicho por ventura el nuevo capitan que su rey no quiere ya nuestro vasallaje?

—Ha dicho que su rey no te ha enviado embajada ninguna, y que los huéspedes ingratos que acojiste en tu seno, no son mas que unos vasallos rebeldes y

traidores, dignos de la muerte. El nuevo capitan y sus tropas, que son los verdaderos servidores del gran monarca de Castilla, vienen en su nombre á castigar los desacatos que contigo han cometido aquellos rebeldes facinerosos, y á devolverte tu libertad y tus tesoros.

Movióla cabeza Motezuma con semblante de duda, y dijo despues de un momento de reflexion:

—Eres crédulo como una mujer, hermano Quetlahuaca. ¿Piensas que el Malinche y los suyos se regocijasen tanto, si esa gente recien llegada viniese realmente contra ellos? Temo que cuanto te han dicho sea una mentira dictada por la astucia, para que les demos entrada franca en nuestra capital y reunirse á sus compatriotas. ¡Quetlahuaca, Quetlahuaca! tú no conoces la malicia de esos hombres de Oriente.

Quedóse pensativo el príncipe, como si pesase el valor de la sospecha de su hermano, y el resultado de aquella meditacion fué decirle con amargura.

—¿Cómo has podido, pues, entregarte y entregarnos á ellos, si tan pérfidos y embusteros los juzgas?

—Malas son las pestes, respondió Motezuma, y malas las tempestades, y sin embargo, cuando una peste se declara ó estalla una tempestad, no hacemos otra cosa que sufrirlas y dejarlas pasar. Los males que nos envian los dioses son inevitables, y todo cuanto puede hacer el hombre mas prudente y valeroso, es aceptarlos con resignacion.

—Los dioses dicen cada dia á los sacerdotes que ya están aplacados, repuso Quetlahuaca, y te ordenan, gran señor, arrojes de tus Estados á esos perversos enemigos.

—Mil gracias doy por ello al grande espíritu, que se ha dignado despertar la piedad de las irritadas deidades que me perseguian, dijo el emperador; pero ¿qué mas puedo hacer? Los estranjeros han ofrecido abandonar el imperio tan pronto como estén corrientes sus embarcaciones, y si los compañeros que vienen á prestarles ayuda quisieren entrar en Méjico, os permito resistir con las armas en la mano.

—¿Y si es cierto que vienen á libertarte y á castigar al Malinche?

—¡Y si mienten!

—¡Si mienten!... Vaciló el príncipe, sin acertar con el partido que deberian tomar en el caso de ser verdad esta hipótesis, y despues preguntó humildemente su opinion á Motezuma; como si en tan grave cuestion no se creyese capaz de determinar cosa alguna.

—Mi dictámen, dijo el emperador, es que no debemos tratar como enemiga á esa gente recien llegada, ni tampoco confiar en ella. Hoy mismo despacharás mensajeros que en mi nombre la obsequien, y regalen; pero que sea advertida no debe pensar en acercarse á esta capital. Mientras tanto haz espiar cuidadosamente á unos y á otros españoles, y veremos lo que de su respectiva conducta podemos deducir.

—Cumpliré tus órdenes, supremo emperador, dijo levantándose Quetlahuaca; pero de todos modos ya sabes que tengo 60,000 hombres sobre las armas dentro de la ciudad, y que á no respetar la palabra que has empeñado á Cortés de dejarle tiempo para concluir sus embarcaciones, sabria evitar á sus compatriotas recien venidos el trabajo de favorecerle ó castigarle.

Salió, concluidas que fueron estas palabras, y vió que no reinaba ya en el cuartel la misma alegria que notó á su entrada. Los soldados parecian inquietos y los oficiales estaban en consulta.

Aquella mudanza era producida por una carta que acababa de recibir Cortés por un Tlascalteca. Era de Gonzalo de Sandoval, que ocupaba en Vera-Cruz la plaza del difunto Escalante, y en ella le avisaba que los 18 buques arribados á las costas mejicanas, eran procedentes de Cuba y enviados por su gobernador y adelantado Diego Velazquez, al mando del capitan Pánfilo de Narvaez; con órden de prenderle como traidor y despojarle de sus conquistas. Segun habia podido indagar Gonzalo, eran respetables las fuerzas de Narvaez, pues traia 160 caballos, 800 infantes y 12 piezas de artillería, que componian un ejército muy superior al que mandaba Cortés.

Viendo trocadas las mas lisonjeras esperanzas en una realidad tan triste, cayeron de ánimo la mayor parte de los soldados que componian este último. Algunos hubo que maldijeron con desesperacion el momento en que se habian puesto á las órdenes de un jefe temerario que á tantos peligros los esponia, y que con escasísima fuerza tenia la locura de intentar á la vez dos grandes empresas, cuales eran la absoluta emancipacion de la autoridad constituida en Cuba, y la conquista de un poderoso imperio.

A escepcion de algunos capitanes, tan osados como su caudillo ó demasiado soberbios para confesar su arrepentimiento, todos aquellos aventureros, que solo eran movidos por la codicia y cuyas esperanzas no habian ido nunca tan altas como las de Cortés, murmuraban de su atrevimiento, y se quejaban

de que los hubiese engañado con falsas promesas para arrastrarlos á una empresa loca y desesperada. Pero aquella difícil situacion, que desalentaba á los mas animosos, parecia creada de intento para que desplegase aquel jefe su poderoso genio y su invencible constancia.

Prodigando oro, elogios y promesas; pronosticando triunfos con la espresion de una completa confianza en la proteccion del cielo; y ostentando un desprecio del peligro que parecia contagioso; logró sin gran dificultad acallar á los mas maldicientes, alentar á los mas tímidos, entusiasmar á los mas apáticos.

Apenas obtenido este triunfo, puso en práctica todos los consejos de su talento y su prudencia para evitar una guerra con sus compatriotas. Envióle Sandoval seis prisioneros de la armada de Narvaez, todos ellos personas de suposicion que se habian atrevido á entrar en Vera-Cruz, á ordenar á aquel capitan se presentase á este como á representante de la legítima autoridad. Cortés aparentó enojarse de que Sandoval hubiese recibido tan mal á sus compatriotas, púsolos en libertad inmediatamente, y despues de obsequiarles con magnificencia los devolvió al campo enemigo, cargados de regalos y con cartas para Narvaez y muchos de sus oficiales. En ellas los felicitaba por su feliz arribo á aquellas costas, recordábales sus antiguas relaciones de amistad, pintábales el buen estado en que se hallaban sus proyectos de conquista, rogándoles no diesen ocasion á que los mejicanos, perdiendo el respeto y temor con que le miraban sacudiesen el yugo haciendo inútiles tantos trabajos y sacrificios como habian costado las ventajas obtenidas. Lisongeaba

diestramente á cada uno, ponderando las buenas cualidades que con el mas leve fundamento podia atribuirle: á este decia que contaba ciegamente con su reconocida prudencia; á aquel que todo lo esperaba de su talento; á muchos que no ultrajaria nunca su lealtad hasta el punto de creer posible hiciesen cosa alguna que redundase en perjuicio del emperador D. Cárlos, á quien esperaba ofrecer en breve la sumision perfecta de todos los Estados mejicanos; y despertaba la codicia dejando comprender cuán grandes riquezas podian prometerse todos de aquella importante conquista. En señal de ellas envió gran cantidad de joyas preciosas que encargó se repartiesen entre lós principales oficiales del ejército enemigo, y mucha plata y oro en grano para los soldados.

No satisfecho con esto despachó en seguida por embajador á un fraile que siempre le acompañaba, y que gozaba, ademas del respeto que en aquel tiempo era comun á todos los de su estado, crédito de hombre prudente y virtuoso.

Tan activas diligencias, si bien inútiles con respecto á Narvaez, no lo fueron para con los suyos. Recibiéronse con alegria y gratitud los regalos; oyerónse con atencion las promesas, y la inflexibilidad de Narvaez, que llegó al estremo rigor de poner precio á la cabeza de Cortés, le hicieron perder tanto, como ganó este con sus dádivas y esperanzas.

Instruido de esta ventaja, y cansado de emplear vanamente todos los medios decorosos de entrar en composicion con el enviado de Diego Velazquez, aconsejóse solamente de su intrepidez, y resolvió tentar la suerte de las armas y morir antes que entregarse á su enemigo.

Comunicó su pensamiento á las tropas, mandándolas disponer para la marcha, y la seguridad que aparentaba les inspiró una confianza de la cual no participaba él mismo.

Observando los mejicanos aquellos movimientos é instruido por el mismo Narvaez de las proposiciones de Cortés y del desprecio con que las habia rechazado, conocieron cuán cierta era la enemistad entre los dos jefes españoles, y muchos nobles opinaron que debian aprovechar la crítica situacion de Cortés para atacarle y destruirle con todos los suyos. Quettahuaca se opuso con teson á este prudente consejo, que el emperador desechaba como indigno de su nobleza, por tener empeñada su palabra de no declarar la guerra hasta la conclusion de los buques mandados construir por órden de Cortés. Debemos confesar que no era la fidelidad debida á aquel empeño única causa de la resistencia de Motezuma al voto de sus vasallos, pues tambien tenian no pequeña parte en su negativa el recelo que le inspiraba, la fortuna y la superioridad de Cortés, y aquella especie de afecto singular que se mezclaba en su corazon con los movimientos de temor y de resentimiento que sentia hácia aquel huesped ingrato.

Algunas veces hemos sospechado que el ódio encierra una gran dosis de entusiasmo, y que nunca aborrecemos mucho sino á aquellos á quienes no nos seria dificil amar con estremo.

Sea como quiera, Motezuma, que se felicitaba del mal aspecto que iba tomando la suerte de sus opresores, no podia resolverse á darles el último golpe, y escuchaba con cierto género de inesplicable emocion los preparativos de su marcha.

Un momento antes de emprenderla entró en su

habitacion Cortés con algunos de sus capitanes, y aparentando serenidad,

—Señor, le dijo, venimos á despedirnos de V. M. y á rogarle se digne permanecer en este palacio hasta nuestra vuelta, que será pronta. Quedan para la guardia y servicio de V. M. el capitan Alvarado y 80 ó 100 hombres mas, que todos merecen mi confianza y que desean ser honrados con la de V. M.

—Ya sabia yo, respondió el monarca, que tratabas ir de guerra contra tus hermanos de Oriente, y sé tambien que ellos te infaman con el nombre de traidor y quieren prenderte ó matarte. Habla con franqueza, Malinche, que todavía puede Motezuma hacerte mucho bien y darte un ejército con el cual destruyas á tus enemigos.

—Doy mil gracias á V. M. por su escesiva fineza, respondió Cortés, pero me es enteramente innecesario el ausilio que se digna ofrecerme. Es cierto que mis compatriotas divulgan calumnias en mi daño, pero muy en breve conocerán su desacuerdo. V. M. tiene provincias que apenas saben lo que pasa en la capital de su imperio; mientras otras, mas próximas y cultas, tienen conocimiento de sus mas ligeras resoluciones. Esto mismo sucede al rey mi amo: nosotros somos de una provincia importante que se llama Castilla, y los recien llegados pertenecen á otra que se denomina Vizcaya, cuyos naturales, comparables á los Otomíes vasallos de V. M., son hombres rudos, poco acostumbrados á la córte, y que ni aun hablan la lengua pura de Castilla. Posible es, pues, que los ignorantes que me injurian no tengan conocimiento de la embajada que me confió el rey mi señor, y que crean ser-

virle persiguiéndome; pero muy luego conocerán s locura y verá V. M. su arrepentimiento.

Miraba el monarca fijamente á su interlocutor como queriendo sorprender en su rostro algun indicio de turbacion; pero Cortés se mantuvo sereno y cuando se puso en pié para abrazarle, añadió con acento seguro y confiado.

—Dios guarde la vida de V. M. hasta mi próxima vuelta, como guardará V. M. la palabra que se ha dignado empeñarme, de reprimir cualquiera rebelion de sus súbditos.

Abrazóle Motezuma y tambien á Velazquez de Leon, que se acercó á besar su mano con visible emocion.

—Que el gran Huitzilopóchtli te proteja, le dijo el monarca, y si fueses vencido ven á Motezuma, que no te abandonará su clemencia. Has sido por mucho tiempo el jefe de mi guardia en esta prision, y ninguna queja puede tener de tí, pues te he hallado siempre atento y respetuoso con tu cautivo.

—Señor, respondió el jóven castellano, que el Dios verdadero, á quien adoro vele por la preciosa vida de V. M. y derrame beneficios sobre toda vuestra augusta familia.

Enternecido estremadamente al concluir estas palabras, lanzóse fuera del aposento para ocultar su debilidad; pero hízole volver Motezuma, y echándole al cuello una gruesa cadena que llevaba siempre en el suyo.

—Conserva esta prenda, le dijo, y si la suerte se cambia algun dia, ten presente que te he dado con ella un testimonio de amistad que nunca será desmentida. Si alguna vez mi oido fuese sordo á tus súplicas, presenta esa prenda delante de mis

ojos, y ella me recordará que he visto en los tuyos lágrimas de ternura al separarte de mí.

Besó Velazquez repetidas veces las manos que habian ceñido á su cuello aquella preciosa prenda, que juró conservar hasta el último suspiro, y salia del aposento devorando en silencio algunas lágrimas que juzgaba indignas de su entereza, cuando se encontró frente por frente con Tecuixpa y Miazochil que, como lo hacian de costumbre, entraban á visitar al emperador:

Detúvose la princesa, y sin la menor consideracion por su decoro, esclamó poseida de dolor.

—¿Es cierto que marchas á la guerra? ¿Es cierto que vas á pelear con infinitos ejércitos de tu nacion, que traen rayos y fieras como vosotros?

Turbado con la imprudencia de Tecuixpa y traspasado de su pena procuró en vano calmarla:

—¡Ay de mi! prosiguió ella: bien sabia que debia perderte, pero esperaba verte partir á tu patria y ser yo únicamente infeliz. ¿Era preciso agravar mi abandono con tu peligro? ¿Saldrás de mi lado para marchar á la muerte? ¿Te dejaré ir á morder la tierra sangrienta de un campo de batalla, sin que encuentres allá ni madre que cierre tus ojos, ni amante que riegue con flores de un sol tu sepultura, ni hermano que pueda vengarte?

Embargaron su voz los sollozos, y Velazquez la condujo á un lugar apartado, donde echándose á sus pies la dijo:

—Sosiega tu corazon, Tecuixpa mia, pues con el ausilio de Dios espero volver pronto á tu lado para gozar completa felicidad como esposo tuyo. Motezuma me ha dado una memoria de amistad, jurando

que nada me negaria que le pidiese á nombre de esta prenda. ¡Ah, Tecuixpa! tu mano será el bien que yo reclamaré á mi vuelta. Pero si la suerte me es contraria, si muero en el campo de batalla... escucha, hermosa mia, la súplica postrera de tu amante. Si muero, reconoce por tuyo al Dios de mis padres y recibe en el bautismo el nombre querido de Isabel ¡era el de mi madre! Ella y yo te esperaremos en el cielo, y ante el trono eterno del Dios verdadero serán unidas nuestras almas, con los santos vínculos del inmortal amor.

—Lo prometo, dijo entre sollozos la princesa.

Pensó entonces el jóven en que iba á dejar el objeto de su cariño en una ciudad en la que de un momento á otro podia estallar una rebelion, y otro temor, ademas de este, le asaltó al mismo tiempo.

Sabia que los dos oficiales que quedaban en Méjico no eran indiferentes á las gracias de Tecuixpa. Alonso Grado disimulaba mal la pasion que habia concebido por la jóven princesa, y Alvarado, acostumbrado á ser el ídolo de las damas, no veia sin una secreta envidia la preferencia que aquella concedia á otro.

La audacia y la imprudencia que caracterizaban á Alvarado eran bien conocidas de Velazquez, que no juzgaba suficientemente afianzada la inocencia de Tecuixpa, ni por su clase, ni por la consideracion que debia tener su compañero á una mujer que le era tan querida.

Estos temores le decidieron á rogar á la princesa que no permaneciese en Méjico despues de su partida.

—Algunas veces, la dijo, me has hablado de una tierna amiga que tienes en Tacuba, y de dos matro-

nas respetables de las cuales una es hermana de tu padre, y ambas esposas del señor de aquella ciudad, que se halla en este cuartel. Vé, pues, Tecuixpa mia, á colocarte bajo la proteccion de ambas reinas, y espera mi vuelta al lado de ellas y de la jóven princesa tu amiga.

—Sí, respondió Tecuixpa; con ella podré llorar libremente, porque tambien ella sabe amar. Otalitza gime ahora la prision de Huasco, como gemiré yo la ausencia de mi Velazquez. Iré á Tacuba, te lo prometo; pero déjame seguirte con las miradas hasta que no alcance á distinguirte.

Los tambores anunciaron en aquel momento la marcha. Oprimióse el corazon de Velazquez. Aquel intrépido capitan, que rivalizó con su jefe en valor y osadía, sintió desfallecer su espíritu al abrazar por última vez á aquella adorada vírgen.

Sus lágrimas corrieron sobre el hermoso seno de la princesa americana, como las de esta bañaron su acerada cota. Tres veces se arrancó de sus brazos y otras tantas volvió á precipitarse en ellos. ¡Parecian presentir que aquel momento de amargura era el mas dichoso que podian ya esperar sobre la tierra!

El tambor continuaba su llamada, y oíase la voz varonil de Hernan Cortés ordenando la marcha.

Estampó Velazquez un último beso en la frente de Tecuixpa y salió presuroso, dejándola desmayada.

CAPITULO VI.

Guerra.

Cortés, sin otra fuerza que la de 300 hombres, pues los Tlascaltecas, prontos siempre á batirse con mejicanos, rehusaban pelear contra españoles, tomó el camino de Zempoala, punto donde se habia detenido Narvaez.

Regocijáronse los mejicanos de su salida, aunque en nada hubiese variado la situacion de la capital. Habia Motezuma mandado que se estuviesen todos en espectativa, y aunque el pueblo clamaba por la libertad de sus príncipes, fácil de conseguir entonces que tan corta defensa tenia el cuartel, el señor de Iztacpalapa logró calmarle hasta saber el resultado de la guerra entre los estranjeros; porque, segun decia Motezuma, si Cortés era vencido, como debia esperarse de la inferioridad del número de sus soldados, los pocos que quedaban en Méjico lo abandonarian sin necesidad de ser arrojados por las armas, ó se entregarian á la clemencia del emperador.

Sosegados los ánimos con esta esperanza, que fomentaban los sacerdotes pronosticando la total ruina de los *teutlis estranjeros*, el pueblo continuó tran-

quilamente sus ocupaciones, y habiendo llegado uno de aquellos dias festivos entre ellos, que se celebraban siempre con juegos y bailes en las plazas, dispusieron sus fiestas con la alegría de costumbre.

Súpolo Alvarado y determinó concurrir á ellas con algunos de sus soldados. Para hacer creibles los hechos que vamos á referir, necesario es que instruyamos al lector mas detenidamente que hasta ahora lo hemos hecho, del carácter de aquel capitan, que ocupa el primer lugar despues de Cortés en la conquista de la Nueva-España.

No le caracterizaba ciertamente la ambicion del caudillo: Valiente, agil, activo, hallaba un placer en las batallas y buscaba en los peligros un alimento para su carácter, inclinado naturalmente á vencer obstáculos y á superar posiciones difíciles; pero rara vez por sí mismo se proponia un objeto grande en aquellas mismas luchas. Sus acciones gloriosas fueron mas bien hijas de aquella innata predisposicion, que efecto de una resolucion premeditada que trabajase por algun fin loable. Mas tarde, cuando se vió en una posicion superior; cuando conoció la gloria y los honores que habia conquistado casi sin proponérselo, es indudable que aprendió á darles valor y que sintió la ambicion de aumentarlos; pero en la época de nuestra historia, no siendo mas que uno de tantos aventureros rapaces, sus miras estaban en una escala muy inferior á las de su jefe, y nunca se desveló como este en pesar las dificultades de la empresa que acometian, como tampoco en considerar la grandeza de sus resultados.

Con un talento limitado y con un corazon cruel, dió en aquella conquista pruebas repetidas de una

ferocidad que no puede ser esplicada por ninguna razon de conveniencia política.

Existia una notable diferencia entre Cortés y Alvarado. El primero no sacrificaba jamás la conveniencia á la humanidad; pero rara vez fué inhumano sin conveniencia. Su fria prudencia podia pesar con serenidad las ventajas de una crueldad, y su sagaz talento le sugeria mil medios de disfrazarla cuando llegaba el caso de ponerla en ejecucion. Alvarado por el contrario, jamás conoció la prudencia ni necesitó motivo para la crueldad. Colérico, imprevisor, violento, feroz por instinto, no sabia sacrificar á la conveniencia el menor de sus inhumanos caprichos, uniendo á este natural sanguinario una codicia insaciable.

La ambicion y una política cruel pudieron endurecer el fuerte corazon de Cortés: la dureza del corazon de Alvarado no supo someterse jamás á la política. Con sus crueldades conquistó el uno un imperio: con sus crueldades arriesgó el otro, mas de una vez, el éxito de aquella grande empresa. Pero la naturaleza al dotarle de un corazon tan fiero, por un capricho no estraño en ella, se habia complacido en revestir á aquel capitan de un esterior apacible y hermoso, y aquellas dotes físicas alcanzaron tanto aprecio entre los mejicanos, que creyó Cortés lo mas acertado dejarle para defensa del cuartel, como á hombre bien quisto y capaz de suplir con su prestigio la falta de fuerza real.

No pasaron muchos dias sin que recibiese un desengaño y conociese su mala eleccion.

Dejó Alvarado solamente treinta soldados bajo las órdenes de Alonso Grado para la guardia del cuartel y los presos, y marchó con los demas á la fiesta

popular que se celebraba en una de las grandes plazas de Méjico.

Nobles y plebeyos mezclábanse allí en corros y danzas alegres, adornados los unos con sus mas preciosas joyas, y los otros con sus vestidos de fiesta, que reservaban para dias como aquel. Era para los españoles una fuerte tentacion la vista de tanta riqueza en un pueblo desarmado, que se abandonaba sin desconfianza á la alegria del baile, y animaba la natural crueldad del capitan el recelo que tenia de que aprovechasen los mejicanos la ausencia de sus compañeros para atacar el cuartel, y acaso tambien el mezquino resentimiento de que no le hubiesen saludado, á su entrada en la plaza, con el respeto que antes lo hacian. Notaba al mismo tiempo las miradas codiciosas con que examinaban los soldados las ricas joyas que llevaban los nobles; y como el cazador que se complace en ver á su jauria seguir la pista de la liebre y despavilar los ojos y afilar los dientes para estar pronta á la arremetida, asi se gozaba Alvarado observando los movimientos de su tropa, deseosa de arrojarse sobre sus indefensas víctimas. No les niega este placer: una señal de su cabeza y la palabra *¡á ellos!* pronunciada en voz muy inteligible, les advierte que tienen el permiso de ceder á los impulsos de su codicia; y continuando el objeto de nuestra anterior comparacion, podemos decir que nunca los mas valientes y ligeros lebreles obedecieron con igual presteza y ferocidad.

Arráncanse los hermosos cabellos de las mujeres para no detenerse en despojarlos de las gruesas perlas que los enlazan: un golpe de acero divide del brazo la mano adornada con ricas sortijas, que se

guardan á vista del mutilado. El noble ostentoso que ha taladrado la membrana de su nariz para colgar de ella un magnífico anillo, deja membrana y anillo en manos de los soldados. Los mas ligeros huyen despavoridos; pero las balas los alcanzan en su fuga, y sobre el cadáver, todavía palpitante, se disputan los soldados las joyas que le arrancan. Los mas animosos resisten con desesperada obstinacion; pero sus desnudos cuerpos no tienen defensa alguna, y están cubiertos de acero sus contrarios. Los mas débiles se arrojan en tierra implorando compasion; pero sus voces se pierden en el clamor general, y se pasa sobre sus cuerpos para llegar á los mas ricos.

Mujeres y hombres, nobles y plebeyos, todos tienen la misma suerte; y saciados de asesinatos y de robos, retiráronse á su cuartel los españoles, dejando sembrada de muertos y heridos la plaza destinada al regocijo.

Alvarado se despojó de sus vestidos, salpicados de sangre, y adornándose con el esmero y elegancia que acostumbraba, entró á visitar á Motezuma con semblante risueño; mientras los soldados se repartian el botin, que su capitan les habia cedido reservándose solamente las joyas mas ricas, entre ellas algunos anillos que, apenas limpios de la sangre que los manchaban, pasaron á adornar sus blancas y torneadas manos.

Sin embargo, su tranquilidad fué muy corta.

Los mejicanos escapados de la matanza, desnudos unos, mutilados otros, y todos furiosos, corren á las casas de los principales Tlatoanis, pidiéndoles venganza. Quetlahuaca se vé sorprendido en su mismo aposento por una multitud de frenéticos que gritan:

—¡Llévanos á matar españoles!

Duda el señor de Iztacpalapa de la verdad de los que refieren aquel hecho bárbaro; pero llévanlo al teatro de la sangrienta escena, y ve horrorizado las pruebas de su exactitud.

Entonces no conoce límites su ira. Cuanto era mas prudente y apacible el carácter de aquel príncipe, es mas terrible su furor cuando supera el ultraje los términos del sufrimiento.

No aguarda á reunirse con otros jefes; no se cuida de organizar un ejército.

—¡Seguidme! grita al pueblo, y se dirige al cuartel español.

No bien ha saludado con gritos de venganza aquel fuerte edificio, cuando le llegan por diferentes lados poderosos ausiliares. Ademas de la gente guerrera que estaba sobre las armas y que llega bajo el mando de un general del imperio, preséntase Olinteth al frente de pelotones armados de chuzos, piedras y grandes hachas de pedernal y cobre.

El ataque no encuentra desprevenidos á los españoles: tócase al arma, y cada oficial y cada soldado ocupa su puesto sin turbacion ni desórden. Alvarado es el primero en presentarse, y á los menos animosos hubiese infundido ardimiento la serena intrepidez del capitan.

Su primer pensamiento fué hacer una salida contra los mejicanos; pero al ver el gran número de estos se limitó á la defensa del palacio, parapetándose del mejor modo posible y colocando las piezas de artillería que le habian dejado en los parajes que mas dominaban la plaza ocupada por los sitiadores.

A pesar de la buena defensa, la fortaleza hubiera cedido al furor y perseverancia de los mejicanos, si sobreviniendo la noche y siendo ya escesivo el nú-

mero de los muertos, no hubiese ordenado Quetlahuaca una retirada, á la cual debieron su salvacion los del cuartel.

Antes de volverse á sus casas los mejicanos quemaron los dos bergantines que tenian los españoles en la laguna, y recorrieron en seguida la ciudad publicando la guerra; mientras que Quetlahuaca con el mismo objeto despachaba correos á las provincias cercanas.

A los primeros albores del nuevo dia se juntaron en la gran plaza de Tlatelulco todos los príncipes, generales y oficiales que encerraba Méjico, y ya les aguardaban allí numerosos nobles y multitud de pueblo. El príncipe de Iztacpalapa fué aclamado jefe supremo, y el esfuerzo de que habia dado pruebas en la víspera justificaba aquella distincion. Revestido de tal autoridad, hizo del ejército varias divisiones, y puso al frente de cada una un general de reconocida capacidad. Mandó distribuir armas de las armerías reales, y ordenó se destruyesen todos los medios de retirada al enemigo, rompiendo los puentes y las calzadas. Tomadas estas medidas dispuso un nuevo asalto, que fué mas vigoroso y tenaz que el de la víspera.

Dirigió aquel príncipe las operaciones con tanta serenidad como intrepidez, y las pruebas de su valor personal no fueron inferiores á las de los mas afamados guerreros mejicanos. Igualmente se acreditaron aquel dia los Tlatoanis de Xocotlan, de Xochimilco, de Zopanco, de Alixco, y otros muchos que seria enfadoso y difícil designar por sus nombres: los dos hijos del desgraciado Qualpopoca merecieron ser comparados por su bravura y osadía con su mismo ilustre príncipe entonces prisionero,

y que habia sido muchas veces jefe suyo en los combates.

La resistencia fué tan tenaz como vigoroso el ataque; pero despues de toda una mañana de continuado combate, el valor de los españoles cedió al número de los enemigos. Heridos la mayor parte de los soldados, quemada una de las puertas del cuartel y abierta una brecha en el muro, los mejicanos habian penetrado ya en el patio, y todo lo que Alvarado pudo hacer fué reunir las tristes reliquias de su pequeña tropa y salirles al encuentro, resueltos á vender caras sus vidas.

Los mejicanos se lanzaron á ellos como enfurecidos leones, y sin duda dentro de algunos minutos no hubiera quedado de los animosos defensores del cuartel sino algunos troncos sangrientos, cuyas cabezas y corazones sirviesen de holocausto en los altares de Huitzilopóchttli, si un rumor súbito, circulando por el ejército triunfante, no hubiese divulgado distintamente estas palabras:

—«El Malinche entra en la ciudad con un ejército mas numeroso que el que sacó de ella. El Malinche ha pasado una de las calzadas, mientras destruian otra nuestros soldados. El Malinche está entrando en la ciudad!

Los mas animosos piden que se le salga al encuentro para presentarle la batalla; los mas tímidos se amedrentan al nombre de aquel afortunado caudillo, que vuelve triunfante de un ejército de sus compatriotas dos veces mayor que el suyo, y claman por la retirada. Ordénala al instante Quetlahuaca, aunque por motivo muy distinto al que se la hacia desear á algunos de los suyos. El valerosos príncipe quiere dar tiempo á los españoles pa-

ra entrar en la ciudad, y atacarlos cuando no pudiesen tener ningun medio de retirada.

Abandonan, pues, el cuartel, dejando atónito á Alvarado, que ignora todavía la causa de aquella inconcebible retirada, y pocos minutos despues toma posesion Cortés de su maltratado alojamiento, apresurándose á reparar el deterioro que ha sufrido.

Su triunfo sobre Narvaez habia sido efectivamente completo, aun cuando no fuese el mas glorioso.

Atacándole en la oscuridad de la noche obtuvo en pocas horas una victoria, no tanto debida á su atrevimiento y valor, como á su liberalidad y á su fortuna; pues la mayor parte de los soldados del enemigo, ganados por las dádivas, codiciosos de la riqueza que se prometian en la conquista de aquel imperio y disgustados con la severidad de su jefe, ardian en deseos de aliarse, en vez de combatir, á sus afortunados compatriotas, y el apresuramiento con que corrieron despues de la batalla á prestar obediencia á Cortés, prueba el poco empeño que debieron poner en resistirle.

Orgulloso con este nuevo triunfo volvió á entrar en Méjico al frente de un ejército de mil trescientos infantes, cien caballos, doscientos ballesteros y los seis mil Tlascaltecas que volvieron á reunírsele despues de su victoria, salvando con su llegada la vida del imprudente y cruel Alvarado, y las reliquias de su gente.

Apenas supo Motezuma el arribo del caudillo envióle á llamar felicitándole por su triunfo: el desgraciado monarca, que se creia despreciado por los suyos, y sospechoso á los españoles, habia sentido los ataques de los mejicanos al cuartel sin atreverse á mandarles retirar, porque dudaba ya de su obedien-

cia, sin osar tampoco à aprobar su declaracion de guerra por temor de los españoles.

Al saber que habia llegado Cortés, y que volvia vencedor, intimidóse aun mas con aquella nueva prueba de la fausta estrella de su opresor, y creyendo que la retirada de los sitiadores habia sido efecto de igual sentimiento,

—Hacen bien, decia, hacen bien en ceder á su destino: los dioses nos engañan para mas facilmente llevarnos á nuestra ruina.

Esperó con inquietud á Cortés, pero lo esperó inutilmente. Fuese que ensoberbecido por su victoria y por el aumento de su tropa creyese ligeramente que podia arrancar la máscara á sus designios; fuese que supusiese á Motezuma cómplice de los que en tanto aprieto pusieron á Alvarado, lo cierto es que se negó desabridamente á verle, y aunque reconvino á Alvarado por sus impolíticas crueldades, mostróse dispuesto á tratar á los mejicanos con el desprecio de enemigos vencidos.

Presto conoció su error.

Unos soldados despachados por Velazquez de Leon en busca de la princesa Tecuixpa y de sus criadas que estaban en Tacuba, llegaron muy heridos al cuartel, diciendo que les habian quitado á las damas que escoltaban, y que por todas las calzadas estaban entrando gentes de guerra.

Alarmóse Cortés con el aviso, aunque se creia entonces bastante fuerte para arrostrar con éxito cualquier peligro, y mandó al instante que saliese uno de sus capitanes con doscientos infantes, ochenta ballesteros y cien caballos, á dispersar el ejército que estaba reuniendo el enemigo. Su admiracion y desengaño fueron grandes cuando, antes de media hora,

los vió volver en desórden, heridos, desbaratados, con una pérdida considerable de hombres y caballos, y seguidos tan de cerca por los mejicanos que un peloton de ellos se entró en el cuartel, detras de los fugitivos.

Desplegó entonces toda su actividad y energía, y pelearon sus tropas y las Tlascaltecas con imponderable decision; pero el enemigo les atacó por todas partes, y abriendo camino los que habian entrado al patio á los que quedaron fuera, precipitáronse algunos batallones que, prendiendo fuego á muchas habitaciones, se atrevieron á subir las mismas escaleras defendidas por numerosas guardias. El humo del incendio y de la pólvora les obligó á abandonar el patio; pero mientras el fuego continuaba dentro sus estragos, por de fuera se oscurecia el aire con la nube de flechas, varas y piedra, que lanzaban á las azoteas y ventanas.

Cada descarga de la artillería cubria de cadáveres un gran trecho de la plaza; pero sucedian á los muertos nuevos combatientes y crecia, lejos de menoscabarse, el número y el vigor.

Encontrábase Cortés en todas partes en donde era mayor el peligro, y cada uno de sus capitanes le rivalizaba en actividad y bravura, alcanzando con no poco trabajo detener los progresos del fuego y sostener heróicamente la defensa, hasta que, llegando la noche, se retiraron los sitiadores.

Comprendiendo Cortés que al dia siguiente volverian al combate, y habiendo conocido ya por esperiencia el valor y la fuerza de aquellos hombres, que hasta entonces creyera débiles y cobardes, determino enviarles una embajada conciliatoria, y para este efecto hizo salir de la prision al jóven Netzalc y lo

despachó con proposiciones de paz. Exijía que depusiesen las armas los mejicanos y se volviesen los Tlatoanis á sus respectivas provincias, ofreciendo marcharse de Méjico cuando los viese desarmados y restituidos á la obediencia de su emperador, al cual eran rebeldes declarando una guerra por él desaprobada.

Partió Netzalc comprometiéndose á mandar la contestacion cualquiera que fuese; y pasóse la noche en el cuartel español curando los heridos y reparando los daños causados por el enemigo.

¡Ay! alguien hubo que la pasó mas tristemente aun. Velazquez de Leon, herido en un brazo, sentia mucho menos aquel dolor físico, que el que le causaba el pensamiento de que acaso moriria en aquella guerra sin haber vuelto á escuchar una dulce palabra de Tecuixpa.



CAPITULO VII.

Muerte de Motezuma.

Serian apenas las nueve de la mañana cuando los guardias del cuartel español pasaron aviso de que un embajador mejicano pedia permiso para hablar á Cortés. Reunió este incontinenti á sus capitanes y mandó conducir á su presencia al parlamentario. Era Naothalan el encargado de aquella mision, y aunque sus años no llegaban á 23, su aspecto grave y guerrero, y sus miradas llenas de decision y energía, inspiraron á primera vista un sentimiento de consideracion. En señal del luto que todavía llevaba por su padre, estaba su cabeza despojada de la negra y profusa cabellera con que la naturaleza le dotára, y no llevaba el penacho de plumas que tenia derecho á usar, como noble y guerrero distinguido. Sujetaban sus sandalias correas sencillas y negras, y del mismo color era el zagalejo ó faldellin que le llegaba hasta la rodilla. Llevaba en vez de aquella especie de albornoz, que era el traje de los mejicanos, una hermosa piel de Bisonte que le cubria toda la espalda y parte del pecho, y empuñaba en la ma-

no derecha una flecha con la punta en alto, (1) mientras que con la izquierda manejaba con gracia y soltura su manto de piel.

Aunque sus miradas, al recorrer rápidamente la asamblea de los españoles, tuviesen una espresion iracunda y casi feroz, que fué mas pronunciada al fijarse en Hernan Cortés, observó, sin embargo, todas las fórmulas de urbanidad que le imponia su carácter de embajador; y rehusando la silla que le ofreció el general, dijo con voz clara y firme, vuelto hácia el intérprete que se habia colocado junto á aquel:

—El ilustre Quetlahuaca, hijo de Axayacat, príncipe de Iztacpalapa y jefe supremo de los ejércitos armados por la libertad de su patria y de su rey, me envia á mí, Naothalan, hijo de Qualpopoca, para que os haga saber á vosotros, general y capitanes castellanos, que ha oido las proposiciones que habeis enviado con el príncipe Netzalc, hijo del soberano de Tacuba mi señor, y que las ha considerado atentamente. El ilustre jefe sabe que pueden recibir sus ejércitos innumerables daños de vuestras perfectas armas y máquinas de guerra; pero ha calculado que aunque por cada uno de vosotros que muera hayan de perecer veinte y cinco mil mejicanos, todavia habreis de acabaros primero que nosotros.

Ademas, el noble Quetlahuaca os advierte que están destruidos todos los puentes y las calzadas escepto una, y que aun cuando no empleásemos las armas

(1) Los embajadores mejicanos llevaban una flecha en la diestra á guisa de insignia: si iban de paz, la punta de la flecha se inclinaba al suelo; si de guerra llevábaula en alto.

contra vosotros habríais de morir de hambre. Esto sabido, solo me resta deciros, á nombre del ya espresado príncipe, que no se halla dispuesto á entrar en tratados de paz con los que tienen encarcelado al gran Motezuma y á los mas altos señores de su imperio; con los que han sacrificado mil víctimas inocentes, cuya sangre pide venganza; con los que han hollado todos los deberes de la hospitalidad y escarnecido nuestra confianza; en fin, con los que han profanado nuestros templos y ultrajado á nuestros sacerdotes. Apercibios, pues, á una guerra sin tregua; á una guerra sangrienta que no puede acabar sino con vosotros ó con nosotros, la cual os declaro en nombre de Quetlahuaca y de todo el imperio mejicano.

Echaron mano á las espadas dos capitanes, mostrándose dispuestos á castigar al atrevido embajador; pero contúvolos el caudillo con un ademan imperioso, y respondió al mejicano:

—Dí en mi nombre al señor de Iztacpalapa que acepto la guerra, y que se queje á su obstinacion de los males que tan temeraria resolucion de parte suya vá á traer sobre el imperio. Que los españoles no tememos ni sus numerosos ejércitos ni el hambre con que nos amenaza; porque nuestro Dios y padre puede convertir las piedras en delicado manjar, y no seria la vez primera que hiciese caer del cielo el alimento para sus hijos. Que por humanidad y agradecimiento á las bondades del gran Motezuma, deseábamos y proponíamos la paz; pero ya que prefieren la guerra, los trataremos sin compasion, y les castigaremos como á traidores á su rey y desagradecidos á nuestra clemencia.

Ordenó, luego que hubo dado esta contestacion, que

se pusiese fuera del cuartel al embajador sin que nadie se propasase á hacerle el menor ultraje só pena de pagarlo con la vida; y Naothalan salió sin apresuramiento, ni muestra alguna de desconfianza ó temor.

—¡Compañeros! esclamó Cortés: nuestros progresos hasta ahora han sido mas felices que gloriosos: debemos agradecer á los mejicanos que sacudan por fin su largo entorpecimiento y nos den ocasion de manifestar que sabemos conquistar con la espada lo que no nos conceda la fortuna.

Aunque no todos tuviesen la misma confianza que sentia ó aparentaba el jefe, ninguno fué tan pusilánime que se mostrase entristecido, y todavía hablaban los capitanes sobre aquella inesperada obstinacion de los mejicanos, cuando los gritos agudos y el sonido de sus instrumentos de guerra, les avisaron que volvian á repetir el asalto.

Ningun ataque, por brusco que fuese, encontraba desapercibidos á los españoles. Inmediatamente se puso Cortés al frente de su ejército, y dejando por guardia del cuartel algunos ballesteros y toda la artillería, salió con el resto de su fuerza á presentar la batalla á los mejicanos; cuyas tropas se veian desde las azoteas del cuartel, llenando varias calles, y avanzando en tropel hácia la plaza.

La caballería dió una carga haciendo espantoso estrago en la apiñada multitud; y mientras avanzaba, haciéndola retroceder, pegaba fuego á las casas que dejaba á su espalda, y desde cuyas azoteas les arrojaban piedras y maderos, que no dejaban de causar bastante daño.

A pesar de la decision y coraje con que peleaban los mejicanos, en aquel primer encuentro todas las

ventajas estuvieron de parte de los españoles, que supieron aprovechar la superioridad de sus armas y de su disciplina, así como el auxilio de sus caballos: pero no tardaron mucho en conocer la dificultad de sostenerlas.

Despues de cuatro horas de combate, durante las cuales habian muerto algunos caballos y considerable número de soldados de infantería, el cansancio se empezó á sentir en el ejército de Cortés, mientras que nuevas tropas mejicanas se sucedian sin cesar como las olas de un mar tempestuoso. La superioridad del número logró alcanzar por fin las ventajas obtenidas al principio por la superioridad de las armas; y aunque los españoles sostuvieron gloriosamente su fama militar, viéronse obligados á retroceder, procurando con increibles esfuerzos ganar la entrada de su cuartel.

Seguialos el enemigo empeñado en cortarles la retirada, dando en aquella ocasion repetidas muestras de decision y arrojo los príncipes Quetlahuaca, Olinteth, Netzalc, y otros cuyos nombres esclarecidos por la gloria, ya que no por la fortuna, han sido tragados por el olvido, sin que exista nacion que los consigne en su historia ni poeta que intente revivirlos.

Lograron por fin los españoles, no sin esperimentar considerable pérdida, ganar su cuartel, donde se limitaron á la defensa del terrible asalto que sufrieron hasta la caida de la tarde.

Siguiendo su costumbre de no pelear durante la noche, se retiraron entonces los mejicanos, y sin pensar en el descanso, que parecia necesario á su fatigada gente, empleó Cortés aquellas horas en hacer concluir ciertas máquinas de madera, á manera de torres, de las cuales esperaba, ademas de la utilidad

material ó positiva, la de causar asombro y confusion al enemigo.

A los primeros albores del dia, concediendo apenas dos horas de reposo á la tropa, y sin haber gozado él mismo diez minutos de quietud, dispuso otra salida de todo el ejército, haciendo entrar dentro de cada una de las torres de madera de 20 á 30 soldados que, defendidos por aquel parapeto, podian disparar sus tiros y ballestas por muchas aspilleras hechas al intento. Con dichas máquinas, toda la caballería y el resto que quedaba de los seis mil Tlascaltecas verificó la salida, aprovechando el desamparo en que encontró las calles para prender fuego en las casas de buena aparencia que veia al pasar.

Salíole por fin al encuentro Quetlahuaca con considerable fuerza, y atacándole al mismo tiempo por la espalda otro ejército numeroso, bajo las órdenes del hermano de Guatimozin, ni las torres ni los caballos pudieron resistir á su impetuosidad. Deshechas las unas, heridos los otros, y la infantería en completo desórden, apenas pudieron los españoles abrirse paso hasta su alojamiento con el ausilio de la caballería.

Un nuevo asalto, mas vigoroso y tenaz que los anteriores, tuvo lugar en aquel dia memorable, y fu la defensa verdaderamente heróica.

La plaza se alfombró de cadáveres; pero los mejicanos, cada vez mas furiosos, hacian de ellos escaleras para trepar á las ventanas. Caian innumerables; pero eran sustituidos inmediatamente, y mientras se empeñaban en la escalada, bajo las boca mismas de los cañones, otros corrian á romper hachazos las puertas, aunque por las aspilleras llc viesen balas, que rara vez eran perdidas. Tan denc

nada resolucion, obtuvo por fin decisivas ventajas. Cayeron bajo los golpes de las hachas algunos trozos de las paredes, y todo el valor y fortaleza de los españoles era poco para resistir al torrente de enemigos que corrió á precipitarse.

El talento de Cortés le sugirió en tan crítica situacion el único recurso que podia salvarlo. Entró en el cuarto de Motezuma, á quien no habia visto despues de su vuelta, y presentóse á él con aspecto severo.

—Ya estais oyendo, le dijo, la guerra impia que me dan vuestros rebeldes. No satisfechos con faltar vilmente á su rey, osan acusaros de haber ordenado su levantamiento. Si quereis que os crea inocente, si quereis todavía salvar de mi venganza á vuestra familia y á vuestro pueblo, venid; presentaos á los sitiadores y mandadles, con toda la autoridad de rey, que depongan las armas y se estén tranquilos; hasta que mi ejército haya salido de los términos del imperio.

Motezuma, que habia pasado todos aquellos dias de combates privado de comunicacion con los suyos, é ignorante del éxito de las batallas, comprendió que no era este favorable á los españoles, supuesto que recurrian á él. Esta creencia y su despecho de haberse visto á la vez desatendido de sus súbditos y despreciado por Cortés, le dieron bastante resolucion para contestar.

—Déjame en paz, Malinche, mis palabras están tan desacreditadas entre los mejicanos como las tuyas lo estan para conmigo. Déjame en paz, que no deseo ya sino morir.

Hinchósele á Cortés la vena frontal, lo cual era en él un indicio infalible de cólera; pero conociendo

en el tono decidido con que hablaba Motezuma que no cederia por temor, reprimió su impaciencia y determinó emplear únicamente medios de persuacion.

No queriendo, sín embargo, rebajar su dignidad á los ojos del prisionero, salió de la habitacion diciendo que no era responsable de las desgracias que aquella negativa pudiera originar al mismo que la hacia, y seguidamente mandóle el fraile de la Merced, Bartolomé de Olmedo, para que le persuadiese.

Agotó este inútilmente súplicas y reconvenciones, y ya iba á salir tambien desesperanzado de vencer la resolucion de Motezuma, cuando entró en la habitacion Velazquez.

Herido en el brazo derecho, llevábalo suspendido al cuello por un pañuelo negro, y su rizada cabellera medio encubria una contusion que tenia en la frente, ocasíonada por el golpe de un trozo de madera de los que arrojaban los mejicanos. No estaba armado: su traje, aunque sencillo, era de rica seda, permitiendo conocer las buenas proporciones de su cuerpo; y llevaba al cuello la cadena de oro que le regalára Motezuma.

La palidez de su rostro, efecto de sus padecimientos morales, mas bien que de su herida, contribuia á hacerle mas amable, imprimiendo en su figura un aire de melancolía que no tenia habitualmente.

Conmovióse al verle el monarca, y le alargó la mano diciendo con acento triste:

—¿Estas herido, pobre mancebo? ¡Todos, pues, sufrimos y somos infelices!

—¡Ah señor! respondió Velazquez, inclinándose con respeto para besarle la mano: nadie mas infe-

liz que yo, que deseando estrechar cada dia mas los lazos de amistad que me unen á la familia de V. M., me veo en la dura necesidad de tratarla como enemiga. Un hermano vuestro, señor, manda el ejército que tiene sitiado este palacio, y si la piedad propia de un ánimo real no mueve á V. M. á cortar tan desastrosa guerra, no puede tener otro término que la total ruina de uno de los dos ejércitos.

—V. M., dijo fray Bartolomé de Olmedo, será responsable delante de Dios de tanta sangre como su obstinacion vá á hacer derramar.

—Señor, añadió Velazquez, no es mi vida la que quiero salvar, pues yo la consagro á V. M. desde este instante y me ofrezco á la muerte si es necesaria una víctima: pero que no se interpongan rios de sangre entre los mejicanos y los españoles: que no sean enemigas dos naciones que deben ligarse con vínculos de afecto y conveniencia reciproca.... ¡que me quede, si vivo, alguna esperanza de felicidad, y que si muero no sea peleando contra vuestros parientes y amigos, y llevando al sepulcro la maldicion de vuestras hijas!

Comprendio Motezuma el pensamiento que dominaba al jóven castellano, y que no osaba espresar claramente, y dijo con emocion.

—¡Jóven! tu no eres indigno de la felicidad que deseas, y plugüiese á los dioses que en este instante pudiera concedértela Motezuma!...

Velazquez reprimió con dificultad la dulce agitacion que le causaban tan lisonjeras palabras, y volviendo á besar la mano del monarca,

—¡Oh, señor, noble y generoso señor! esclamó, el Dios verdadero recompense vuestras bondades, cuyos

recuerdos vivirán eternos en mi corazon. Sí, gran rey, esa ventura inmensa que es el objeto de mi ambicion, debia yo demandarla á vuestros reales pies, presentando á V. M. esta prenda preciosa de amistad que se dignó concederme; pero otro es en este instante mi ruego; el ruego que dirijo á V. M. llamando en mi auxilio á esta misma prenda, que me inspira la presuncion de no ser desatendido. Señor, el capitan Cortés promete solemnemente salir de Méjico en el preciso término de ocho dias, y os suplica mandeis suspender la guerra. Si los mejicanos necesitan una víctima yo pongo en vuestras manos una vida que, lejos de estos paises, me será en adelante odiosa; pero salvad, señor, á vuestros vasallos y á mis compañeros de los horrores de esta guerra sangrienta.

Al concluir este discurso presentaba á Motezuma la cadena que debia recordarle su promesa, y el monarca indio no quiso faltar por primera vez en su vida á la religiosa observancia de sus empeños.

—¡Bien! dijo levantándose: Motezuma no empañará con un perjurio sus últimos dias. Jóven, te ofrecí solemnemente conceder lo que me pidieses á nombre de esa prenda de mi gratitud, y estoy pronto á cumplirlo.

Pidió en seguida su manto y su corona imperial, y revestido con aquellas insignias tan sagradas para el pueblo mejicano, se apoyó en el brazo izquierdo de Velazquez y salió de su aposento con paso trémulo, pero con semblante tranquilo.

Al atravesar por las habitaciones que ocupaban sus hijos, salióle al encuentro el mayor de los tres, y el emperador se detuvo para abrazarlo. Haciendo acercar en seguida á los otros dos, los acarició sucesivamente y los bendijo, encomendando su proteccion al grande espíritu y al poderoso Huitzilopochtli. Los

príncipes se pusieron de rodillas, y como si un fatal presentimiento oprimiese á la vez al padre y á los hijos, uno y otros derramaron algunas lágrimas que arrancaron tambien las de Velazquez.

Por dos veces volvió á abrazar el monarca á los tiernos príncipes, y al articular por último aquellas palabras—¡*protegidos seais por los dioses*!—poniendo las manos sobre sus cabezas, que era la fórmula de su bendicion; su voz casi apagada reveló el esceso de su enternecimiento.

Continuó andando volviendo la cabeza repetidas veces para mirar á sus hijos, y cuando ya no pudo verlos levantó los ojos al cielo con patético fervor, y los bajó en seguida con aire resignado.

Hiciéronle subir á la azotea, y anunciándole con grandes voces los intérpretes, se presentó á la vista de los sitiadores apoyado en el brazo de Velazquez, en el hueco de dos almenas. Apenas le conocieron los jefes mejicanos mandaron suspender el asalto, y mientras todo el ejército doblaba la rodilla respetuosamente, Quetlahuaca, Netzalc, y los señores de Xochimilco y de Alixco se acercaron hasta ponerse en paraje en que pudieran oir y hablar á Motezuma, al cual saludaron profundamente esclamando.

—¡Señor, gran señor, protéjante los dioses!

Correspondió el monarca con cordiales muestras y dijo despues con voz pausada y triste:

—¡Parientes y amigos mios! ¿por qué afligis mi corazon encendiendo una guerra sangrienta á innecesaria?

—¡Supremo emperador y hermano mio! respondió Quetlahuaca: hemos jurado á los dioses vengar los ultrajes cometidos contra ellos y contra tu sagrada

persona: hémosles rogado tambien que te liberten de todos los peligros, y te restituyan tu antigua libertad y poder. Confia, pues, en su clemencia, soberano señor, y deja al cuidado de tus vasallos castigar á tus opresores.

—¡Hermano mio! repuso Motezuma: yo agradezco vuestros buenos deseos y juro igualmente á los dioses que sus ofensores saldrán de estos dominios muy en breve; pero esto basta para su castigo y nuestra tranquilidad. Téngoles empeñada mi palabra de dejarlos salir libremente, y os mando suspender una guerra que miraria desde hoy, si la continuaseis, como un acto de declarada rebelion.

Bajaron tristemente la cabeza los cuatró príncipes; pero un murmullo de descontento circuló por todo el ejército, y una voz que nadie supo de donde habia salido, dejó entender estas palabras:—Otro emperador!—Palideció de cólera y de dolor Motezuma, y creyéndole medroso Alvarado corrió á colocarse junto á él, animándole con la voz y con el gesto. A vista de aquel bárbaro enemigo, cuyas inauditas crueldades estaban tan recientes en la memoria de los mejicanos, sucedieron gritos de furor á los murmullos de descontento; y una flecha, lanzada por mano certera, vino á quebrantar su aguda punta en el escelente peto del estranjero; mientras dos enormes piedras mal dirigidas dieron en la descubierta cabeza de Motezuma.

La sangre que brotó á torrentes bañó el rostro del desgraciado y saltó sobre Velazquez, que recibió en sus brazos el desmayado cuerpo ya casi cadáver.

Violo Quetlahuaca y su voz, semejante al trueno, dejó oir distintamente estas palabras:

—¡Miserables¡ ¡habeis muerto al emperador!!

Consternados los mejicanos arrojáronse por tierra lanzando sordos jemidos, y viendo levantar á Velazquez el sangriento cuerpo de Motezuma echaron á correr desatentados, como si se creyesen perseguidos por la indignada sombra de su régia víctima.

En vano los jefes intentaron contenerlos: en un momento quedó desierta la plaza y los españoles en salvo.

Motezuma fué atenta y cariñosamente asistido por Velazquez y otros oficiales, pero negóse á recibir ningun auxilio; desechó con indignacion la proposicion de hacerse cristiano, recibiendo el bautismo; y murió con serenidad y entereza dignas de su antiguo brio, y capaces de hacer olvidar sus posteriores flaquezas.



CAPITULO VIII.

Heroismo.

La muerte de Motezuma, que quitaba á Cortés oda esperanza de acomodamiento con los mejicanos, e causó un pesar verdadero, en el cual no tenia par- e únicamente el interés propio. Apreció entonces lebidamente los favores que debia al desventurado nonarca, y recordando todos los sufrimientos con que iabia emponzoñado los últimos dias de su vida y as altas cualidades que habia marchitado en su alma, intió una especie de remordimiento que fué, sin em- bargo, sofocado por ideas menos inútiles y por inte- eses mas perentorios.

Conociendo que pasados los primeros momentos le espanto y confusion que causára en los enemigos a muerte del emperador, volverian mas furiosos y edientos de venganza, pensó en los medios de re- istirles, y contemplando los estragos del cuartel, jue necesitaban muchos dias de continuado trabajo para ser reparados, determinó posesionarse del teo- cali vecino, cuya torre sólida y elevada dominaba odas las cercanías, y podia servir considerablemente i la defensa del cuartel. Resuelta esta prudente me-

dida, púsola en ejecucion con la presteza y actividad con que acostumbraba obrar, y á pesar de hallarse herido y estarlo igualmente la mayor parte de sus oficiales, salió sin demora con toda la fuerza disponible.

Uno de sus mejores oficiales marchó directamente á posesionarse del teócali con la mitad del ejército, y Cortés con la otra se encargó de aumentar el terror y la consternacion de los mejicanos, incendiando sus mejores edificios y dispersando los pocos grupos de gente armada que solia encontrar á su paso. Pero aunque no se organizase fuerza alguna, aunque los ejércitos mejicanos, dispersos y acobardados, no se presentasen á sostener el combate á que parecia provocarlos el enemigo, el capitan enviado por Cortés á tomar posesion del teócali halló en la empresa mayores dificultades de las que imaginaba. Dos guerreros habian logrado vencer con la fuerza de su elocuencia y de su ejemplo el terror y desaliento de algunos batallones mejicanos. Su voz enérgica y poderosa resonó, deteniendo como por encanto á aquellos soldados supersticiosos que huian despavoridos de las visiones creadas por su propio terror, y haciendo retumbar como el trueno el nombre ilustre de la víctima real, lograron vencer el espanto con la causa misma que lo infundiera:

—¡En vano huis, cobardes! gritaban con terrible y enfática entonacion: ¡En vano huis, regicidas! la sombra sangrienta os perseguirá hasta el seno de la tierra, si no cuidais de aplacarla obedeciendo el mandato que acabamos de oir de su boca.

Muchos de los fugitivos caen en tierra al oir estas palabras, poseidos de invencible espanto; otros corren á los pies de los dos guerreros que, blandiendo en

las manos sus ponderosas lanzas, y descubriendo sus semblantes cubiertos hasta aquel momento por una ligera visera de las que usaban en la guerra, dejaron ver las juveniles facciones de los hijos de Qualpopoca. Un fuego sobrehumano centelleaba en los soberbios ojos de Naothalan, y entre sus negros arreos resplandecia su morena frente con una magestad semi salvaje; mientras que el rostro de su hermano, bello y melancólico, cobraba nuevo encanto por el santo entusiasmo que en aquel instante lo encendia.

—¿Cómo pensais escapar, insensatos? grita el primero de los dos jóvenes: ¿cómo pensais salvaros de la sombra indignada que os acosa? ¿Creeis que vá solo Motezuma?.... ¡No! una terrible cohorte de fantasmas vá en pos de los cobardes, para cebarse en sus corazones.

Envueltos en llamas invisibles, que todavía hacen hervir su sangre y calcinar sus huesos, se levantan de la hoguera Qualpopoca y sus compañeros, y pisando sobre huellas de caliente ceniza marchan detrás de ellos las innumerables víctimas, cuya sangre formó arroyos en la plaza del regocijo. Ese fúnebre cortejo de hombres mutilados, de vírgenes violadas, de niños degollados sobre el seno de sus madres, rodea y oprime á la sombra de Motezuma, y pidiéndole cuenta de su sangre y acosándole con sus venganzas, fuerzan al débil monarca á refugiarse entre sus mismos asesinos. ¿A dónde ireis que no os alcance la sombra perseguida?... ¿No escuchais como habla á vuestras almas, y les pide descanso? «Reparad los males causados por mi flaqueza, os dice; satisfaced los manes de las víctimas; esterminad á los opresores que mancharon mi gloria... ¡pelead, ven-

ced ó morid! solo asi podré perdonaros y solo asi seré perdonado.»

Mirad cual arden nuestros hogares, y escuchad los lamentos que salen de entre las llamas. Esas voces que no entendeis, están repitiendo las palabras de Motezuma: ¡*pelead, venced ó morid*! Ved á esos impios que corren con rabiosa ira á nuestro santo teocali. Los dioses tiemblan de ira en sus altares de oro y ellos tambien os gritan ¡*pelead, venced ò morid*! ¡Cuántos muertos corren por instantes á aumentar el ejército invisible de las sombras! ¡Desgraciados los que vivan deshonrados y esclavos en medio de esa corte de muertos ilustres! ¡Deteneos, irritados fantasmas! esperad un instante y vereis lo que puede nuestro arrojo. ¡Oh gran Tezcalepuzca! ¡suspende los rayos de tu ira! Cierra, ¡formidable Mictlanteuctli, la eterna mansion de las almas condenadas! (1) No hay entre nosotros impíos que quieran entrar en ella. Nuestra sangre vertida y la de los sacrilegos que osaron profanar vuestros teócalis santos, apagará el incendio de vuestro furor. ¡A la guerra! ¡á la guerra! ¡vencer ó morir! ¡descanso á los muertos! ¡libertad á los vivos!

A esta enérgica alocucion, á la que prestaba inconcebible fuerza el gesto y el tono del orador, todos los

---

(1) *Mictlanteuctli*, que significa *Señor de las tinieblas* ò segun otros *caballero del oscuro palacio*, era elDios de *Mictlan*, ó sea infierno. Segun las creencias mejicanas, los cobardes, los impios y los asesinos, iban á habitar despues de la muerte aquel lugar de tinieblas, del cual no podian volver á salir. Notable semejanza la que existe entre todas las religiones!

que pudieron verle ú oirle respondieron con voces de entusiasmo, y aquel pueblo impresionable y exaltado, pasando rápidamente del desaliento al heroismo, pide ansiosamente venganza y se agita ávido de sangre y de destrozo. Los jóvenes héroes aprovechan aquel momento y marchan seguidos de considerable gente á defender el teócali, á tiempo que los españoles tocaban casi al muro que lo cercaba.

Empresa superior á nuestras fuerzas seria la de pintar dignamente aquel combate, que de todos los consignados en la historia de la conquista, fué sin duda uno de los mas gloriosos para ambos partidos.

Tres veces dió el asalto el bravo capitan Escobar con indecible ardimiento, y tres veces fué rechazado con pérdida de consideracion. El esfuerzo creciente de los españoles no logró entibiar ó enflaquecer ni un minuto la tenaz resistencia de los mejicanos: y al ver los prodigios de valor con que se distinguieron aquel dia los ilustres huérfanos de Qualpopoca, pudiera creerse que los genios de la libertad y de la venganza, se habian personificado en aquellos dos seres tan jóvenes, tan desgraciados y tan heróicos.

Desesperado de poder llevar á cabo su empeño, despachó Escobar un ayudante para que pidiese ausilio, y Cortés en persona acudió con toda su fuerza á sostener á los ya derrotados sitiadores. El valor de los mejicanos no desmayó un punto: pero la carga del enemigo fué esta vez tan vigorosa y decisiva que, arrollados muchos batallones, pudo penetrar Cortés hasta la escalera de la torre. Precipitáronse á defenderla los mejicanos, y disputaron el terreno palmo á palmo; pero resbalando sobre la sangre que corria á arroyos y hollando montones de cadáveres, logró subir el jefe español hasta desplegar su bande-

ra en lo alto de la balaustrada, que corria por todo el cuerpo principal de la torre. Los gemidos de los mejicanos moribundos respondian á los gritos de victoria que arrojaban los españoles; y Cortés, de pié sobre un trono de cuerpos muertos, apoyada una mano que tenia herida sobre la balaustrada, y alzando con la otra su estandarte invencible, apareció tan grande y tan terrible, que los mejicanos creyeron ver en él al mismo Tlacatecolt.

Entonces fué cuando, atravesando por entre el tropel de vencedores y vencidos, se vió correr hácia el conquistador dos guerreros que durante el combate se encontráran siempre en los parajes de mayor peligro. Los mejicanos no necesitan mirar sus rostros descubiertos para reconocer á Naothalan y á Cinthal, bástanles para ser conocidos los formidables golpes de lanza con que se abrian camino hasta llegar á Cortés. El caudillo los reconoce tambien: cien veces en aquel dia ha probado su valor: la sangre que corre de su mano publica la fuerza conque la mano certera de Naothalan arroja sus saetas.

Muchos capitanes se precipitan sobre los dos jóvenes, dispuestos á castigar el atrevimiento con que parecian amenazar todavía al general vencedor; pero los hermanos parten sus lanzas, arrojando los pedazos á los pies de este; se despojan de sus armas con pasmosa, presteza é inclinando la sorberbia cerviz doblan la rodilla delante de Cortés. Un grito de sorpresa é indignacion sale de entre los mejicanos: una sonrisa de lástima y de desprecio contrae apenas los labios del vencedor; pero ciegos á la una y sordos al otro, los dos hermanos se arrastran sobre sus rodillas, y murmurando palabras de súplicas van aproximándose mas y mas al general.

—¡No merecen perdon! esclama Alvarado: los conozco: son hijos del traidor que fué quemado delante del palacio, y ellos solos han sostenido la obstinada defensa de la torre.

—Uno de ellos, observó otro, es el atrevido embajador que nos declaró la guerra.

—¡Que mueran! ¡que mueran! gritó la soldadesca.

Cortés impuso silencio con un gesto, mientras que Cinthal inclinaba hasta el sangriento pavimento su rostro estraordinariamente pálido, y se aproximaba arrastrándose á tocar con sus estendidas manos las rodillas del caudillo. Naothalan se habia detenido un instante; y sus ojos animados de una desesperacion feroz se pasearon rápidamente por todos los grupos que lo cercaban; pero vuelto en sí al eco de un lastimero grito de su hermano, que imploraba piedad, lanzóse tambien por medio de un salto de su cuerpo tendido casi horizontal á los pies de Cortés, y se enlazó á sus muslos como una serpiente que vá estrechando sus espirales en torno de la res que quiere ahogar. Cinthal, por su parte, asido tenazmente de las piernas del general, parecia querer ponerse de alfombra de sus pies, y aquellas estravagantes demostraciones de humildad dejaron tan sorprendidos á los españoles, que ninguno pensó en que podian encubrir un designio siniestro, hasta el momento en que una gran voz de Cortés les reveló el estraño combate que sostenia.

En efecto, los dos hermanos hacian vigorosos esfuerzos para arrojarse con él por encima de la balaustrada, elevada mas de 60 pies del suelo de la plaza; y toda la agilidad y toda la fuerza de Cortés no eran bastantes á salvarle de aquel peligro. Notándolo aunque tarde sus capitanes, se arrojan á

libertarle, y los dos jóvenes, que temen verse arrebatar su presa, hacen un último y desesperado esfuerzo. Enlazados estrechamente al cuerpo de su enemigo, sacan sus cabezas fuera de la balaustrada, y haciendo un empuge vigoroso con los pies se dejan ir con todo su peso, llevando entre sus brazos al objeto de su rencor.

—¡Ya estás vengado, padre mio! grita con ronca voz Naothalan.

—¡Ya estás libre ¡oh patria! de tu opresor! esclama casi exánime Cinthal.

Un momento de terrible silencio sucede á estas voces. Se ven las cabezas de los dos jóvenes pendientes sobre la balaustrada, y sus cuerpos, cuya mitad yace ya fuera de aquel parapeto, arrastran con la gravedad de su peso la otra mitad, que sin embargo, no obedece al impulso, pues Cortés, al cual se han enlazado con brazos y piernas, está asegurado por los suyos que trabajan por sacarle de las garras de sus dos terribles adversarios. Las piernas de ambos salen ya fuera de la balaustrada, y dando una vuelta en el aire quedan colgados, asidas las manos del cuello y de los brazos de Cortés, las cabezas en alto, los pies buscando inútilmente apoyo, y mecidos sus cuerpos en el aire como dos yedras desprendidas del muro en que se estendian.

Cortés hace un último esfuerzo; una mano ha caido ya raspando contra el muro; otra salta al golpe de un acero que la divide del brazo; y mientras el miembro solitario rueda frio y sangriento sobre el pecho del caudillo, el cuerpo de Naothalan cae de lo alto y se estrella sobre las losas del pavimento de la plaza. El otro cuerpo aun se mece en los aires dos minutos: las manos, que han soltado su presa, se

crispan nerviosamente á los palos de la balaustrada, y un instinto de conservacion parece alentar al desventurado que hace esfuerzos por subir. Pero aquella lucha horrible contra la muerte solo dura un instante. La voz de Cortés manda salvar á aquella heróica víctima: en medio de su agonía lo ha entendido Cinthal y dándole fuerzas la indignacion postrera,

—¡No! grita: ¡muerto, pero no esclavo!

Velazquez se ha precipitado á ausiliarle pero antes de que pueda tenderle una mano bienhechora, las de Cinthal abandonan los balaustres, y su cuerpo va á caer á dos pasos del de su hermano.

Cortés suspendió la alegría de su triunfo para hacer recojer aquellos cadáveres. Las almas grandes nunca se preocupan tanto que desconozcan á sus semejantes. El caudillo español contempló largo rato con religioso silencio aquellos restos lastimosos, y entregándolos á los mejicanos que habia hecho prisioneros, les ordenó llevarlos al príncipe Quetlahuaca para que los sepultára con la pompa debida á tan ilustres guerreros.

¡Este ha sido vuestro único holocausto, víctimas generosas! Hechos menos heróicos han inmortalizado el nombre romano; pero vosotros pasásteis oscuros y sereis desconocidos de la posteridad! ¡Vosotros no recibireis otro homenaje que aquel respeto que inspirásteis al jefe de una tropa aventurera, y las lágrimas estériles que á vuestra memoria tributa hoy una mujer!

Los mejicanos encargados de trasportar al campo de los suyos los restos de los hijos de Qualpopoca, no anduvieron doscientos pasos sin encontrarse con un grueso ejército que habian reunido trabajosamente los príncipes, y que bajo las ópdenes del mismo Quet-

lahuaca acudia presuroso á la defensa del teócali

A vista de los dos cadáveres, que les fueron presentados en medio de lágrimas y alaridos, comprendieron sin necesidad de oirlo que los españoles se habian hecho dueños de la Torre, y el hermano de Motezuma juró por la sombra del difunto emperador no permitir á sus opresores aquel asilo sagrado. Ordenó en efecto un ataque violento en el cual peleó personalmente con notable bravura, secundado por todos los príncipes y guerreros mas distinguidos, alcanzando por fin que abandonase la torre el enemigo y se refugiase á su antiguo alojamiento, pues herido Cortés, estropeados la mayor parte de sus oficiales y fatigados todos, era imposible defenderse sin la artillería que aun estaba en el cuartel.

Los mejicanos suspendieron la persecucion tan luego vieron desocupado el templo, y se consagraron esclusivamente al cuidado de llorar á su rey y elegir al que debia sucederle. Algunos de los electores estaban presos por los españoles, los otros discordaban en sus opiniones, y como las circunstancias hacian inoportunas las formalidades usadas en casos tales, el ejército y los sacerdotes proclamaron emperador á Quetlahuaca, y el pueblo todo le reconoció sin otra fórmula ni solemnidad.

Aquel mismo dia se presentaron varios Teopixques de los que tenia presos Cortés, y en nombre de este entregaron al nuevo rey el cadáver de su antecesor, declarando que los españoles no reconocian sino al hijo mayor del difunto que estaba en su poder, y que para él reclamaban el trono vacante por la muerte de Motezuma. Ofrecian de nuevo abandonar á Méjico inmediatamente que fuese coronado el príncipe cuyos derechos sostenian, y

amenazaban de lo contrario con un poderoso ejército que enviaria el soberano de Castilla contra el que osase usurpar el cetro al hijo de su difunto aliado.

Comprendieron fácilmente los mejicanos el interés que tenia Cortés en hacer elegir por emperador á un prisionero suyo, sobre el cual contaba sin duda ejercer ampliamente el mismo influjo que habia gozado con Motezuma, y asi es que, despues de recibir con grandes ceremonias de respeto y amor los mortales restos de su antiguo dueño, cuya vista no dejó de producir el mas vivo terror y violento pesar en el ejército mejicano, convinieron los nobles y jefes en responder al mensaje del enemigo en términos dignos y razonables.

Manifestaron que la monarquía entre ellos no era hereditaria, ni podia recaer en ningun caso en un príncipe niño, que aun no estaba en situacion de defender su trono y dar leyes á su imperio. Que habian ya proclamado un emperador digno de suceder á Motezuma, y capaz de reparar los males que en los últimos meses de su reinado habia producido la flaqueza moral en que cayera el difunto. Que la guerra declarada no podia concluir sino con la ruina total de uno de los ejércitos, y que tan luego consagrasen algunos dias á las sagradas ceremonias de las exequias del rey muerto y la coronacion del vivo, volverian á probar sus armas con los advenedizos que se atrevian á amenazarlos, aun viéndose vencidos y maltratados.

Esta contestacion acabó de arrancar á Cortés las últimas esperanzas de acomodamiento, y sintiendo todas las dificultades de su posicion tuvo un cruel instante de desaliento, en el cual llegó á desconfiar de su talento y á desesperar de su fortuna.

Pasó una noche terrible: aunque muy fatigado

por tantos dias de contínuos combates y desvelos, un insomnio febril le impidió cerrar los párpados ni un minuto. Sus heridas, enconadas con la humedad de la noche, le hacian sentir dolores agudos, á los cuales parecia, sin embargo, indiferente; pues se pasaeba á largos pasos sobre la azotea del palacio, tan pronto con los ojos bajos y la cabeza caida sobre el pecho, cual si una mano de hierro pesase sobre su pensamiento; tan pronto fijando en el cielo sus ojos de águila, como si intentase penetrar sus bóvedas eternas para arrancarle los secretos del porvenir.

Muchas horas habian corrido sin que pensase todavía en buscar un reposo, que conocia imposible, cuando creyó divisar un bulto negro que se levantaba en medio de dos almenas, desplegando gradualmente una estatura casi colosal. En aquel mismo sitio habia visto el dia anterior el cuerpo sangriento de Motezuma: en aquel hueco habian levantado los brazos de Velazquez el cadáver coronado, cuyo manto imperial undulaba destilando sangre sobre aquellas dos blancas almenas, en las que apoyó la víctima sus manos, ni mas ni menos lo mismo que apoya las suyas en este instante el negro fantasma que contempla Cortés, con un sentimiento que si conociera el miedo hubiera podido compararlo á él.

Imaginó al punto que padecia una violenta fiebre y que era víctima de cruel alucinacion; mas el bulto dejó de ser mudo: percibió Cortés algunos sonidos inarticulados que no podian llamarse palabras, pero que procedian indublemente de una voz humana, y persuadido entonces de que natural ó sobre natural, aquel bulto era un ser real y no una vision de su cerebro, se adelantó dando un *quien vive* sonoro y alto.

CAPITULO IX.

El consejo del astrólogo,

—Soy yo, mi genéral, respondió al punto una voz varonil, aunque cascada por los años, y Cortés reconoció á un soldado designado en el ejército por el sobre-nombre de *astròlogo*, y cuya charla de grosera pedantería solia divertir á los oficiales en sus momentos de ocio.

—¿Qué haces aquí, Botello? interrogó el caudillo, que creyó entrever algun misterio en la conducta del viejo aventurero.

Fuese que habiendo seguido á Cortés por curiosidad hubiese tenido oportunidad de observar su agitacion y desvelo, y quisiese justificar sus pretensiones de adivino dando un carácter misterioso á aquel sencillo descubrimiento; fuese que todos sus pasos aquella noche se dirigieran á proporcionar la ocasion de darle un consejo que encerraba el voto de la mayor parte de su ejército, Botello respondió sin turbarse, que estando dormido habia visto en sueños á su general paseándose agitado por triste incertidumdre, y que despertándose con terror habia corrido á consultar á los astros respecto de la

suerte de un jefe tan querido, y que parecia ya tan dudoso de su fortuna.

Aparentó burlarse el general de los sueños del viejo; pero no olvidó preguntar, como por distraccion, qué habia leido en los astros tocante á su destino.

Volvió á fijar los ojos en el cielo el astrólogo, y permaneció algunos minutos observando atentamente las estrellas escasas que aquella noche habian sembrado á trechos el firmamento, y que iban apagando sus pálidas luces á vista de los primeros albores del dia, que comenzaba á iluminar las nubes del oriente. Luego se reclinó sobre una almena y aparentó consultar un librote viejo que sacó del bolsillo, murmurando palabras sin sentido que hicieron asomar la risa á los lábios de Cortés.

—¡Y bien! dijo con la jovialidad que encontraba cuando quería, aun en sus momentos mas amargos. ¿Qué declaran á tu sabiduría las obedientes constelaciones?

Volvióse lentamente hácia él el pretenso adivino, y procurando adquirir una grotesca gravedad, que estaba en oposicion con su rostro naturalmente risueño, y en el cual se notaban todavia ciertos vestigios de la truhanería que le habia caracterizado en sus dias juveniles, dijo con énfasis y atrevida resolucion:

—Leo en los cielos, ilustre señor, que las aves carnívoras tendrán un abundante banquete con nuestros cuerpos, si antes del nacimiento de un nuevo sol no hemos abandonado esta ciudad. Leo tambien que el destino de vuesa merced se halla en un momento de crisis, y que si sale bien de ella llegará á adquirir mucha honra y dinero; pero si por desgra-

cia no acierta á vencer las influencias del signo maléfico, que ahora mismo está pesando sobre su cabeza, ya podemos empezar á llorarle el poco tiempo que logremos sobrevivirle.

Esto es tan claro como la luz del sol, que ya se viene á mas andar á ocupar su puesto en el firmamento. Vuesa merced no tiene mas que este dia para escojer, y si el astro le vuelve á encontrar en Méjico cuando torne dentro de 24 horas á comenzar su curso visible, bien puede encomendar su alma á Dios, que á todos nos debe juzgar muy en breve.

Al concluir estas palabras aparentó hallarse sobrecogido de espanto, y se alejó exhalando gemidos profundos, que á pesar suyo hicieron conmover la fuerte alma del general.

Tenemos observado que todos los grandes talentos son un tanto supersticiosos, y si esto no basta para esplicar la impresion que hicieran en el ánimo de Cortés las palabras del adivino, creemos mas que suficiente recordar al lector el carácter de su época. Permaneció algunos minutos profundamente preocupado: volvió á pasearse con mas visible agitacion, y cuando al toque de diana se levantaron sus oficiales, convocó una junta en la cual declaró que creia indispensable abandonar la ciudad en la próxima noche. Su resolucion no encontró resistencia, pues todos estaban convencidos de la imposibilidad de conservarse en aquella posicion violenta y estraordinaria. No dejó de susurrarse en el ejército que aquel consejo se lo habia prestado al general el viejo Botello; pero Cortés recogió todo el honor de la prudente medida que habia adoptado, y solo cuando el éxito le fué contrario se hizo mencion del des-

venturado astrólogo que, acaso por dicha suya, fué una de las primeras víctimas de su razonable pero desgraciado consejo.

Mientras todo se disponia en el cuartel para realizar aquella noche la fuga, y que se procuraba apartar las sospechas del enemigo enviándole nuevos embajadores con proposiciones cuya contestacion no se exigia sino en término de ocho dias, Cortés, que no se resignaba á desistir completamente de su empresa, pensaba en el mejor medio de dejar abierto un campo á su intervencion en aquel imperio. El resultado de sus meditaciones fué la resolucion de llevar consigo á los tres hijos mayores de Motezuma, y á los príncipes de Tezcuco, de Tacuba, de Cuyoacan y Matalcingo, que tenia prisioneros.

So pretesto de hacer valer los derechos que suponia en los primeros, podia volver á Méjico cuando las circunstancias le fueran mas favorables, y creyó que manteniendo en su poder á los demás personajes, se proporcionaba un medio de entrar en composicion con los mejicanos si llegaba el caso de abandonar completamente su empresa. La libertad de tan altos señores debia ser pagada muy cara por sus vasallos, y cuando fuese preciso renunciar á la gloria de una conquista, seria siempre muy conveniente aumentar las riquezas que debian ser único premio de tantos trabajos y peligros. Pero, ¿cómo se lograria sacar de Méjico á los príncipes y guardar el sigilo indispensable para realizar la fuga? Alvarado hallaba muy fácil remediar este inconveniente, poniendo á los presos unas ásperas mordazas que no les permitiesen exhalar ni un gemido; pero Cortés, que deseaba evitar en cuanto se lo permitiese su conveniencia, nuevos ultrajes y humillaciones á los

parientes de Motezuma, quiso emplear la persuasion antes de recurrir á la violencia.

Presentóse, pues, en las primeras horas de aquella tarde en la prision de los príncipes. Era una sala alta, bastante espaciosa, pero oscura, como lo eran la mayor parte de las habitaciones interiores de las casas de Méjico. La poca luz que tenia le entraba por dos ventanas rasgadas, que miraban á uno de los pasadizos interiores, llenos siempre de centinelas, y por una especie de tronera muy alta que tenia en la pared que daba hácia una calle muy ancha, de las que desembocaban á la plaza en que tenia el edificio su principal fachada.

Una larga y gruesa cadena, que de trecho en trecho tenia una argolla para cerrarse en el tobillo, sugetaba á los cinco presos. El anillo de la una punta se asia al pié izquierdo del príncipe de Tezcuco; el del otro estremo al derecho del rey de Tacuba, y los tres del centro sujetaban á Guatimozin, á Huasco y al señor de Matalcingo, siendo notable casualidad que este enemigo particular del soberbio Tezcucano fuese el mas próximo á él. Al menor movimiento de cualquiera de ellos, el ingrato ruido de los hierros hacia estremecer á los otros, y no podia ninguno dar un paso sin arrastrar consigo á sus compañeros de infortunio.

Aquel espectáculo no pudo menos de causar penosa impresion en Cortés, y apartó los ojos de sus víctimas, que á su aspecto se habian estremecido de horror.

Aunque los sufrimientos inauditos de aquellos cinco meses de prision hubiesen influido notablemente en el físico de Cacumatzin, todavía conservaba la impetuosidad violenta que le hacia esclavo

de sus primeros impulsos, y encendido en furor á vista del jefe español, levantóse tan vigoroso y altivo como en los dias de su poder, estendiendo sus brazos desnudos, cuya varonil musculatura hacia mas visible su enflaquecimiento,

—¡No te acerques, traidor! esclamó con voz de trueno: no te acerques, sino quieres tener la gloria de morir ahogado entre mis brazos.

Desentendióse Cortés de aquel desahogo de una justa ira, y manifestó con atentas y terminantes palabras, que cansado de una guerra que repugnaba á su corazon, y deseoso de arreglar amistosamente las desavenencias que existian entre sus tropas y el pueblo mejicano, habia resuelto salir de aquella capital en la misma noche y esperaba le acompañasen sus prisioneros, hasta que, terminadas las diferencias, se le diesen otras garantías de los empeños que debian contraerse.

—Motezuma no existe, prosiguió, y ese pueblo que le ha asesinado levanta tumultuosamente un nuevo emperador, en desprecio de sus leyes y en perjuicio de otros príncipes cuyos derechos quiero y debo sostener, como representante de un monarca aliado y amigo del difunto emperador. Fuera ya de esta capital, que no debe servir de teatro á una lucha sangrienta, enviaré mis embajadores al usurpador Quetlahuaca, y luego que el órden y la justicia se hayan restablecido; que el sucesor de Motezuma sea elevado al trono, conforme lo exigen las leyes del imperio, y que los tratados de alianza entre España y Méjico se formalicen y cumplan exactamente, entonces abandonaré para siempre esta tierra y os devolveré gozoso á vuestros vasallos.

Pero para poder salir sin escitar nuevas disensio-

nes y derramamiento de sangre, he resuelto verificarlo con el mayor sigilo, y exijo vuestra palabra de seguirme voluntariamente conservando el secreto de nuestros movimientos. Si asi lo jurais, en este instante serán rotas vuestras cadenas y yo descansaré con entera confianza en la fé de vuestra promesa; pero si rehusais prestarme esta garantía, me veré en la dura necesidad de valerme de medios violentos para asegurarme de vuestro silencio.

Ya se disponia el impaciente Cacumatzin á responder al jefe español, cuando tomó la palabra el anciano príncipe de Tacuba.

—¡Motezuma ha muerto! dijo, y despues de breve pausa añadió:

—Retírate, guerrero de Castilla; deja que meditemos las palabras estrañas que acabas de proferir.

—Dentro de una hora, repuso Cortés, vendré yo mismo á escuchar la contestacion.

Salió saludando con cortesía á sus prisioneros, y Cacumatzin gritó en alta voz, haciéndo crujir todos los eslabones de la cadena al fuerte sacudimiento de sus brazos atléticos,

—¡Y qué! ¿entraremos en convenios con el *luilon* (1) que huye cobardemente despues que se ha saciado de robos y asesinatos?.... Muramos todos, pero muramos con honor. Yo escupiré en la frente al primero que pronuncie la palabra *convenio.*

—¡Y yo te arrancaré la lengua! esclamó furioso el anciano príncipe que, aunque cadavérico

(1) *Luilon* equivale á *villano, canalla, y* aun espresa mas que ambas voces castellanas.

ya, todavía conservaba el fogoso orgullo y la severa firmeza que en otros tiempos le habian distinguido: yo te arrancaré la lengua, jóven presuntuoso, si vuelves á articular tan indigna sospecha!

—Respeto tus canas, dijo con violenta sonrisa el de Tezcuco, pero te aconsejo no abuses de ellas al hablar á Cacumatzin. Motezuma ha muerto, tenlo en la memoria; pues si los dioses nos vuelven algun dia la libertad, te has de desvelar para hacer olvidar al emperador los ultrajes que te perdona el príncipe.

—¿Y á quién esperas ver ensalzado al trono imperial? esclamó con vehemencia el de Matalcingo. ¿Supones que existe algun temerario que se atreva á disputarme el derecho que me dan mi nacimiento y mis hazañas?

—¡Yo! gritó furioso Cacumatzin: ¡yo, que soy el primero y mas poderoso de todos los príncipes Aztecas! Yo, que sabré sostener mis prerogativas con la punta de mi lanza, y que no conozco rival que pueda blasonar de mas valiente ni de mas ilustre!

—Mientras exista yo, dijo con altivez el padre de Guatimozin, ni tu ni nadie, jóven soberbio, debe llamarse el primero de los príncipes mejicanos. ¡Pues qué! ¿piensas que ceñirias á tu frente la corona imperial, y que iria á rendirte vasallaje el que puede ser tu padre por los años, y tu maestro por la sabiduría? ¿Piensas tener derechos comparables á los del soberano de Tacuba?

—¡Vástago seco de un árbol caído! prorrumpió con fingido desprecio Cacumatzin: ¡rama deshojada de los Tepanecas vencidos! ¿cómo te atreverias á

entrar en competencia con el hijo de Nezahualpili con el nieto de Nezahualcoyot! (1)

Esta estraña rivalidad, sobre un trono vacilante entre tres hombres encadenados y á merced de un capitan estranjero, hizo sonreir á Huasco y avergonzar á Guatimozin. Interpusieron ambos sus esfuerzos para aplacar la ira de los aspirantes al solio de Motezuma, y hablaron con tanta razon como energía.

—La salida precipitada y sigilosa de los españoles,

---

(1) Cacumatzin se gloriaba con razon de tener por ascendientes á aquellos dos grandes príncipes Chichimecas. Nezahualcoyot fué el Solon de Anahuac: promulgó ochenta leyes, entre ellas una que ordenaba no pudiese durar mas de sesenta dias ningun proceso, ya fuese criminal ya civil. Aquel monarca fué ademas astrónomo, poeta y orador, debiéndole Tezcuco la indisputable superioridad que alcanzó por su civilizacion, entre todos los reinos que formaban parte del mejicano imperio.

Su hijo y sucesor Nezahualpili se distinguió tanto por su talento como por su severa justicia. Como Bruto condenó á muerte á uno de sus hijos por haber infringido las leyes del Estado, y á pesar de la desesperacion de su esposa y de las súplicas del pueblo, aquella terrible sentencia fue públicamente ejecutada.

Estos dos grandes reyes, como todos los de Tezcuco, eran descendientes de los *Chichimecas*, tribus que emigrando, segun se cree, de las regiones del Norte, aparecieron n el Anahuac, antes que los *Nahuatlacas*.

De todos los pueblos habitadores de aquellos paises, el mas antiguo despues del Fulteca, era el Chichimeca, asi com el mas moderno era el Azteca, fundador del imperio mejicano.

observó el de Cuyoacan, prueba suficientemente que están perdidas todas sus esperanzas, y que al ocupar el trono de Méjico ha sabido Quetlahuaca llenar dignamente su puesto y libertar la patria del yugo vergonzoso que se le impuso, bajo el manto que prestaba la autoridad del desventurado Motezuma. Demos gracias á los dioses por este favor inmenso, y tributemos á Quetlahuaca el justo homenaje de nuestras alabanzas. Solo cuando la paz sea completamente restablecida y que el consejo de los electores se reuna para votar en la eleccion de un emperador, se podrá saber si existe algun príncipe que pueda disputar el derecho de reinar sobre los mejicanos, al héroe que ha salvado su libertad. Ahora solo debemos ocuparnos de la contestacion que nos pide el general enemigo.

—Preveo, dijo Guatimozin, que se querrá someternos á nuevos ultrajes si negamos, como sin duda lo haremos, el consentimiento que se nos pide. Prestarnos al silencio; hacernos cómplices en cierto modo de la fuga de los enemigos, y entregarnos á él como armas de que pueda servirse para arrancar á nuestros compatriotas concesiones indignas de su gloria, seria un acto de cobardia y de bajeza, que no juzgo necesario afear delante de vosotros. Creo que nuestra causa triunfa y que debemos morir entonando el himno de victoria.

—Has hablado como un anciano, dijo el señor de Matalcingo tendiendo su mano al jóven príncipe de Tacuba.

—Has hablado como debe hablar un valiente Azteca, dijo con orgullo Cacumatzin.

—Y como siempre piensa un Tepaneca, respondió

lanzándole una mirada altiva el vástago de la dinastía vencida.

El príncipe de la lanza mortal tuvo á bien no contradecir esta vez, y conformes todos en que se respondiese á Cortés que no se obligaban al silencio, ni á seguirle en manera alguna en su fuga, se resignaron á morir antes que tolerar nuevos ultrajes de unos enemigos abandonados ya por la fortuna.

Iban á llamar á un centinela para que llevase á Cortés su resolucion, pidiéndole les ahorrase el disgusto de volverle á ver, y escitándole á librarse de ellos por medio de una sentencia de muerte, que les seria menos amarga que la misma libertad si habian de recibirla de su mano; cuando una flecha, entrando por la tronera del muro esterior, pasó silbando sobre sus cabezas y fué á quebrantar su punta contra las piedras de la pared opuesta. A la primera mirada que los sorprendidos presos echaron rápidamente sobre aquel objeto, tan inesperadamente aparecido, conocieron en el tamaño y color de las plumas que la adornaban, que habia salido del carcax de un guerrero de sangre real; y lo certero del tiro, que no podia haber sido despedido sino de alguna de las azoteas de la calle á que daba aquel costado del edificio, distante de él veinte pasos al menos, probaba tambien que aquel guerrero no era un archero vulgar. La tronera era pequeña y mas alta que la azotea que estaba al frente de ella, por consiguiente el tiro presentaba dificultades que no hubiera superado fácilmente un tirador mediano.

Adelantándose los presos levantaron la flecha y vieron atado en ella un pedazo de lienzo encerado, que desarrollado presurosamente dejó patentes varias fi-

guras geroglíficas, de las que usaban los mejicanos para espresar sus ideas. Al pié de aquellos signos se veia pintado el escudo de la casa real de Tacuba.

—¡Es de la mano de Netzalc! esclamó Guatimozin, y todos se ocuparon en descifrar la alegoría del escrito.

El sentido era claro para personas inteligentes en aquellos signos. Netzalc advertia á los presos, que la fuga del enemigo no era un secreto para Quetlahuaca: que este príncipe tenia fijos los ojos en los españoles, y que convenia al interés de la patria que los augustos cautivos guardasen el silencio que aquellos reclamaban como indispensable para la realizacion de su fuga.

A consecuencia de esto, cuando Cortés se presentó á saber la respuesta, tomó la palabra el señor de Tacuba, y declaró á nombre de todos que juraban observar silencio y no descubrir por su resistencia la salida proyectada; pero que ni se obligaban á desechar los medios de libertad que un feliz acaso pudiera proporcionarles, ni se prestarian jamás á ningun convenio ó acomodamiento, que pudiese desdorar la gloria de su patria.

Cortés se dió por satisfecho y mandó que inmediatamente se les quitasen las cadenas, aunque no relajase la vigilancia de los centinelas que les guardaban.

Nadie se ocupó desde entonces sino en preparar la marcha, llevándose los tesoros que debian á la liberalidad de Motezuma, y los prisioneros y las mujeres que tenian en su poder. Todos parecian gozozos de salir por último de tan crecidos y multiplicados peligros: solamente Cortés y Velazquez de Leon estaban tristes y pensativos. El uno retrocedia con dolor en un camino emprendido con tanta fé y deci-

sion: el otro pensaba en Tecuixpa, á quien no esperaba volver á ver jamás.

¡Si pudiese al menos darla un último y tiernísimo adios! Si pudiese verter en su seno las lágrimas acerbas que desbordaban en su corazon! ¡Si aun la oyese, una vez sola, decirle con su gracioso acento americano, en mal pronunciado español: *yo te amaré siempre!* Pero no era posible verla; no era posible revelar en una carta, que acaso ella no entenderia y que podia caer en manos de sus mismos compañeros, un secreto importante de que dependia la salvacion de todos.

Era pues preciso partir sin una despedida, sin una caricia, sin una lágrima de la vírgen querida. Nunca su imágen se habia presentado tan seductora á la imaginacion del castellano; nunca habia conocido como entonces el precio de la felicidad pasada. Creia ver á sus pies á la tierna princesa rogándole con lágrimas que no la abandonase: contemplaba sus negros ojos, devoradores como el sol de su patria, clavados en los suyos con irresistible pasion; y apretaba Velazquez á su pecho y á sus lábios el cordon de oro, primera prenda de su dicha, dirigiendo al fantasma hechicero mil y mil protestas de imortal amor, y mil y mil reproches contra una suerte impía.

Avergonzado luego de su delirio procuraba aparentar serenidad: daba órdenes, las pedia, se ocupaba de la marcha, fingiendo interés por su seguridad; pero tantos esfuerzos servian solamente para quebrantar mas y mas las fuerzas de su espíritu; y cuando el sol desapareció del horizonte y recordó que no volveria á verlo salir en la ciudad donde habitaba Tecuixpa, un dolor profundo y silen-

cioso sucedió á todos aquellos combates del deber y la ternura.

—¡Pasó ya el último dia de mi dicha! esclamó. ¡Esta noche triste y muda será eterna en mi alma!

Hubo entonces un instante en que se sintió poseido de una especie de vértigo, y estuvo impulsado por una fuerza irresistible, á salir del cuartel, á volar á palacio, á ver á Tecuixpa hollando todos los obstáculos y á jurar á sus pies sacrificar religion, patria y honor, á la pasion inmensa á que queria consagrar esclusivamente su vida.

Felizmente para su gloria, aquel loco pensamiento pasó rápido, y el noble castellano no conservó de él sino un recuerdo confuso y vago, como aquel que suelen dejarnos los sueños.



CAPITULO X.

La noche triste.

La noche apareció sombría y amenazadora, digna ciertamente de las escenas terribles que debia cobijar bajo su lúgubre manto: digna de la calificacion que conserva en la historia de la conquista, donde está designada con el sobrenombre de *triste*.

Un cielo profundamente oscuro, en el cual no aparecia otra luz que la de algunos relámpagos fugitivos, cuyos fuegos eléctricos serpenteaban rápidamente por entre las nubes aplomadas; una llovizna menuda y con frecuencia interrumpida, que no templaba en lo mas mínimo la sofocante temperatura de la atmósfera; algunos truenos sordos que partian de las montañas, sobre cuyas volcánicas crestas paseaba su carro la tempestad, contribuian poderosamente á aumentar la impresion de tristeza que producia en los españoles una fuga forzosa y arriesgada.

Sin embargo, el astrólogo Botello cantaba alegremente un romance morisco, que sin duda talareaba su madre cuando lo mecia en la cuna; y al compás de su canto ayudaba á los carpinteros del ejército

en la conclusion de un puente portátil, necesario para la fuga por haber roto los suyos los mejicanos.

El viejo aventurero, demasiado habituado á los peligros y acaso tambien lleno de confianza en su pretendida ciencia, que á fuerza de aparentar llegó á creer él mismo, no parecia inquietarse en manera alguna por el éxito de su consejo; y enronquecia su voz cascada, y taladraba los oidos de sus vecinos, repitiendo tan recio como lo permitia la fuerza de sus pulmones.

Llora un dia y otro dia
La bella Zaida al cristiano,
Mas ya de tanto llorar
Se van sus ojos cansando.
Y está distante el querido,
Y el no querido cercano,
Y cuando llora por uno
El otro enjuga su llanto.
¡Guay del ausente amador!
¡Guay del que gime lejano!
¡Un viento lleva sus dichas!
¡Otro viento sus quebrantos!
Siempre es tardio el ausente,
Y lentos son sus cuidados,
Y son mentiras sus glorias,
Y son ciertos sus agravios.
¡Guay del ausente amador!
¡Guay del que gime lejano!

. . . .

—¡Basta ya con mil demonios! esclamó impaciente Velazquez, en quien las palabras del romance escitaban ideas que no sospechaba ni remotamente el

cantor. ¿No es suficiente que la atmósfera nos ahogue y los relámpagos nos cieguen, sino que tambien nos has de ensordecer, viejo brujo, con tus malditos graznidos? ¿Qué entiendes tú de amores ni de ausencias, esqueleto ambulante? Vé á consultar las estrellas, ó á pedir consejos al demonio familiar á quien has vendido tu alma, y déjanos de Zaidas y de cristianos.

El testarudo viejo no obedeció exactamente esta órden, y contentándose con bajar un poco la voz y variar el asunto de su canto, prosiguió lentamente y mirando á Velazquez con la pueril desvergüenza de un niño que ensaya una travesura, dispuesto sin embargo, á retroceder si nota que su atrevimiento no consigue intimidar á los que le miran.

¡Naciste en signo funesto!
¡Naciste en hora menguada!
¡Saludaron tus vagidos
De un martes la luz aciaga!
Y no en zenit refulgente
Te dió el sol su pura llama,
Ni asomó sobre tu cuna
La luna su faz de plata.
Una tarde en su descanso,
Melancólica y opaca,
Que no era noche ni dia,
Ni borrascosa ni calma;
Una tarde que sin ruido
Abandonaban las auras,
Y que miraban sin voces
Los pájaros en las ramas;
Una tarde que era imágen
De marchitas esperanzas,

Anuncio de vida breve,
Presagio de suerte amarga;
Una tarde moribunda
Fue tu primera alborada,
Y presurosas tinieblas
Robaron su luz escasa.
Asi serán tus placeres,
Breves y tibios, y raudas
Pasarán las ilusiones
De tu juventud nublada.
¡Despídete, pues, del dia
Que aunque espirante te halaga!
Despídete de venturas
Que siempre miras lejanas!
Despídete, que ya llega
La noche profunda y larga;
¡Y naciste en signo triste!...
¡Y naciste en hora infausta!

Esta vez hubiera podido cantar hasta mas no poder el viejo soldado, sin que le interrumpiera Velazquez. Clavada la barba en el pecho, casi cerrados sus largos párpados, y sin cuidarse de nada de cuanto pasaba á su lado, parecia sumido en una triste y honda meditacion; mas conocíase, sin embargo, que atendia á la música y que sus pensamientos no eran muy estraños al sentido de las palabras.

No se ocultó á Botello la emocion que despertaba en el jóven capitan, y orgulloso con el triunfo se disponia á comenzar de nuevo, cuando fué contrariado por Alvarado, que dando un golpecito con la mano en el hombro de Velazquez,

—¿Qué es eso, amigo D. Juan? le dijo, ¿duerme vuesa merced ó se ocupa de una oracion mental?

Estremecióse el jóven, como el que es despertado bruscamente de un sueño profundo.

—No, por cierto, respondió: pensaba solamente..

—¿Y se pueden saber los pensamientos que ocupaban á tan afortunado galan? De amor sin duda.

La palabra *amor*, en boca de Alvarado, siempre causaba á Velazquez una sensacion penosa; semejante á la que cualquiera de nuestros benévolos lectores esperimentaria sin duda, si viese los castos velos de su virginal querida sirviendo de bandera en un lupanar.

—Pensaba, se apresuró á decir, que la lobreguez de la noche favorece nuestra fuga.

—Sí, en verdad, respondió Alvarado: creo que escaparemos felizmente. La ciudad parece desierta; no se vé un alma por esas calles, y pienso que esos perros indios, que sin duda celebran las exequias del rey muerto y la coronacion del vivo con su maldito brevage, que emborracharia á un muerto, no habrán salido aun de las dulzuras de su primer sueño cuando hayamos llegado al territorio de Tlascala.

—Así sea como vuesa merced dice y como yo espero, respondió el astrólogo, que á fuer de hombre que leia en las estrellas tenia el derecho de tomar parte activa en todas las conversaciones, y aun en las mas sérias discusiones de los capitanes. Pero lo que yo no hubiera permitido, á ser el *Malinche*, como le llaman estos ignorantes idólatras, es que hubiese salido del cuartel la gazmoña india que regaló el Sr. Motezuma á nuestro compañero Olea. ¿Qué demonio ha ido á hacer esa bronceada hermosura cuando salió esta mañana?

—Nada hay que temer de ella, dijo Alvarado: es

una esclava fiel, y muy cristiana y honrada desde que recibió el agua del bautismo.

—Es verdad que está bautizada, pues el buen compañero Olea es hombre de conciencia y no quiso (á imitacion del general, que en virtud como en todo lo demas es el primero en dar ejemplo) no quiso, digo, hacer vida con ella mientras no recibiese el sello de la gracia. Lo que es de eso estoy muy seguro; porque lo mismo hizo con otras dos ó tres indias que le pertenecen, y sé que no es hombre de permitirse franquezas con mujer que no sea tan cristiana como la misma Judit. Pero aunque esa india conozca ya la santísima ley de Jesucristo, tengo acá para mí mis sospechas de que, como hija que es de un señoron de estos que andan ahora revueltos contra nosotros, y se dice que allá en otros tiem pos no tuvo mala voluntad á cierto mozo y que solo por miedo consintió en venir á vivir al cuartel... digo que, por todas estas cosas, soy de opinion que no conviene fiarse mucho de ella.

—¡Quita allá con tus observaciones! dijo Alvarado. Esa pobre india ama como una loca á Olea y está muy sinceramente convertida. Ademas, ha sido enviada por nosotros mismos, para que nos diese noticia de las operaciones del enemigo, y ha desempeñado fielmente su comision.

—Asi sea, volvió á decir el viejo, pero creo que ya la noche está bastante adelantada y que es tiempo de partir.

La opinion del astrólogo convenia sin duda con la de Cortés, pues en el mismo instante se dió la órden de marcha.

Cuatrocientos Tlascaltecas y algunos soldados españoles fueron los encargados de llevar el puente

portatil; otros 200 Tlascaltecas y 50 ó 60 españoles cargaron con la artillería, que era presidida por una partida de á caballo al mando de Sandoval, que formaba la vanguardia. Tras de la artillería salió el bagaje, algunos caballos y 80 indios cargados con barras de oro. Todos los capitanes y soldados llevaban tambien su parte de peso de esta clase, pues no bastando los caballos y los indios disponibles al trasporte de tan inmensa riqueza, permitió Cortés que cada cual se apropiase lo que pudiese llevar sobre sí.

Cortés con otros oficiales y lo mas selecto de la tropa ocupó el centro del ejército, y Velazquez de Leon, Alvarado y otros varios de á caballo, con 100 infantes, tuvieron la retaguardia, llevando delante á los prisioneros y á las mujeres.

A pesar de que Cortés habia hecho salir á los primeros enteramente sueltos, Alvarado juzgó oportuno mandar les atasen entrambos brazos hácia la espalda, y todas las instancias, y aun las reconvenciones de Velazquez fueron inútiles para evitar á los príncipes este nuevo ultraje. Mientras cuatro soldados forcejeaban con el indomable Cacumatzin, que resistia con tenacidad, una mujer, que parecia ocupada esclusivamente en ayudar al trasporte del bagaje, pasó muy cerca de él, y con un tono bajo y pronunciacion clara, aunque rápida, le dijo en lengua mejicana:

—Cede, nada temas; la patria vela y reclama de tí este sacrificio.

Siguióla con los ojos Cacumatzin y presentó los brazos á las ligaduras, aconsejando á sus compañeros de infortunio que imitasen su ejemplo.

Botello, que casualmente estaba cerca, quedó ma-

ravillado de aquella súbita mudanza, y echando una ojeada recelosa sobre la india, que ya estaba distante, dijo á un oficial que pasaba por su lado:

—Perdóneme vuesa merced, mi capitan, pero quisiera saber si la esclava de Olea, que salió esta mañana á observar al enemigo, sabia entonces que debíamos partir esta noche.

—¡Qué diablo te importa! respondió bruscamente el interrogado. Vé á ayudar á tus compañeros y déjate ahora de preguntas misteriosas, que por mi fé no estoy de humor de contestarte.

—¡Pronto en marcha! ¡pronto en marcha! gritó Cortés: es cerca de media noche y la plaza está desierta y oscura como la boca de un lobo.

Todos se apresuraron á obedecer, y ocupando cada uno su puesto, se puso en marcha el ejército con todo el silencio posible.

Méjico estaba en efecto tranquillo y silencioso: no se veia una luz, no se oia ni aun el ladrido de un perro. El puente se echó sin que nadie turbase la maniobra, y el ejército comenzó á pasar sosegadamente. Entonces los prisioneros principiaron á desconfiar de los anuncios que habian recibido: entonces sus ojos tendieron por todos lados miradas inquietas y dolorosas... ¡pero nada se veía! ¡nada podia verse en la profunda oscuridad de la noche! Prestaron toda su atencion: ¡nada se oia!

—Nos han engañado, dijo con sorda voz Cacumatzin á los compañeros que caminaban á su lado, y cuyas facciones no podia distingir en medio de la lobreguez.

—¡No! respondió con acento lleno de conviccion Guatimozin: ¡no! he oido el roce de muchas piraguas que se deslizan ligeramente por la superficie

del lago. Se van acercando; no hay duda:

Te engaña el deseo, príncipe de Tacuba. ¡Nada oigo!... solo el ruido de las pisadas de estos facinerosos y de sus caballos.

—Ese ruido cubre el de las piraguas. ¡Bendito sea Huitzilopochtli! ¡he oido un golpe de remo! ¡otro! ¡muchos! ¡aquí estan!

A estas últimas palabras, pronunciadas con un grito de júbilo, respondieron al punto cien y cien alaridos penetrantes, que eran el *Hurra* de los mejicanos; y un relámpago, que en aquel momento rasgó las negras nubes que cubrian el lago, alumbró el espectáculo de un sin número de canoas cuajadas de guerreros.

Arrojanse multitud de ellos á quitar el puente que habian echado los fugitivos; cargan otros infinitos sobre la vanguardia; llueven por todas partes flechas, piedras, chuzos; y los españoles cercados, desordenados, apenas aciertan á defenderse.

El puente cede por fin á los esfuerzos multiplicados y cae hecho pedazos, arrastrando consigo á muchos de los que estaban sobre él: el lago se llena de hombres, y los sofocados gritos de los que se ahogan forman una armonía terrible con los alaridos feroces de los mejicanos.

Sin embargo, los españoles, repuestos algun tanto de la primera confusion, pelean con su acostumbrado valor y se deciden á vender caras sus vidas. La carnicería se aumenta con la resistencia; el desórden es espantoso: amigos y enemigos, caballos é infantes, jefes y soldados, todos se confunden en el calor del combate, y se hiere á diestro y siniestro sin saber á quién.

En medio de aquella sangrienta confusion, Ve-

lazquez busca á los hijos del desgraciado Motezuma, á los hermanos de la tierna Tecuixpa, que niños é indefensos van á ser víctimas acaso de sus propios deudos ó vasallos. Los llama con fuertes gritos: se abre paso con su acero por entre el tropel de amigos y enemigos, hácia el paraje donde los ha visto antes. ¡Pero no están ya! A la luz de los relámpagos, que se hacen por momentos mas frecuentes, solo descubre un prisionero que se esfuerza vanamente por romper sus ligaduras. Le ven al mismo tiempo varios soldados españoles y corren hácia él gritando:

¡Muere vil traidor, que acaso eres el que nos has vendido!

Velazquez mete espuelas á su caballo y se interpone entre aquel infeliz y los furiosos agresores.

—¡Atrás! grita con voz de trueno: acometed á los enemigos armados y no á los indefensos.

En seguida corta veloz de un sablazo las ligaduras del preso: le mira, le reconoce, le dá su acero y le dice:

—Procura reunirte con tus compañeros, príncipe de Tezcuco: un hombre mas no es nada para intimidar nuestro valor; y un hombre menos, asesinado vilmente, sería mucho para manchar nuestra gloria.

Dice, y enristrando su lanza se aleja buscando siempre á los hermanos de Tecuixpa. Cacumatzin libre se vuelve á un lado y á otro procurando descubrir á sus compañeros: uno solo encuentra: es Guatimozin, á quien acaba de salvar su hermano, pero que acaba de ver espirar á su anciano padre herido en en el corazon por una bala enemiga.

—¡Mi padre ya no existe! dice á Cacumatzin:

salvemos, si es posible, á los hijos de Motezuma, y al desgraciado Huasco, á quien he visto amenazado por un tropel de españoles.

Ambos se precipitan en la confusion de la refriega, y bien pronto son separados por la multitud que se choca y se repele. Guatimozin, peleando como un leon, logra reunirse con algunos jefes mejicanos á los que reconoce por la voz; Cacumatzin, que en la exaltacion de su coraje recuerda que tiene un enemigo particular entre los españoles, cuida menos de su vida que de llamar á Velazquez retándole en alta voz.

—¿Dónde te escondes ahora, arrogante rival de Cacumatzin? gritaba mitad en mejicano mitad en español, pues en su larga prision habia aprendido medianamente esta lengua. ¡Ven, que yo te busco, galan afortunado! ¡Ven, que por tu vida daré la de cien amigos, si es preciso! ¡Ven, cobarde! ¡Ven, traidor!— añadia cada vez mas exaltado.

Nada lo detiene: parecen triplicadas sus fuerzas, invulnerables sus carnes é infatigable su aliento. Muchos mejicanos que le han reconocido en la voz se apiñan á su lado para servirle de escudo: pero él los rechaza y discurre furioso por entre compatriotas y contrarios, como si solo tuviese sed de la sangre de Velazquez: tan cierto es que las rivalidades en amor, son las que encienden ódios mas implacables.

De repente una mano desnuda le agarra fuertemente por un brazo, y voz conocida grita á su oido:

—¡Cacumatzin, ven á recibir á tu rival: es prisionero y te he reservado su vida: soy tu enemigo el de Matalcingo!

En aquel instante otros ejércitos mejicanos, que acudian de refuerzo, llegan por el lado de Méjico con teas ó *coabas* que alumbran de repente aquel teatro de carnicería.

—La suerte te es propicia, dice el de Matalcingo: esas luces vienen muy á tiempo para que puedas recrearte en la agonía de tu víctima.

Le lleva casi con violencia hácia un lado, algo distante de la confusion de la refriega, y Cacumatzin, que recela un engaño, levanta el sable que le ha regalado Velazquez, al cual no habia conocido en el momento en que, salvándole la vida, le concediera aquel don.

—Aquí le tienes! dice el de Matalcingo y desaparece.

En efecto, en medio de un grupo de indios cubiertos de sangre, se veia un guerrero español que se defendia bravamente, con la única arma que le quedaba, que era un trozo de su lanza rota. Descargaba con él golpes terribles á todos lados, y su solo aspecto mantenia á los contrarios á respetuosa distancia, porque su solo aspecto revelaba un héroe. Pero estaba sin yelmo, y de su cabeza descubierta corria con abundancia la sangre de dos heridas, bañando su frente y sus mejillas, que tenian ya una palidez de cadáver, que hacia increible el ardimiento y vigor con que se defendia.

—¡Es él! esclama Cacumatzin, y nombrándose manda apartar á los mejicanos. A aquel nombre respetado, los soldados retroceden y le dan paso, y Velazquez arroja su rota lanza como si hubiese esperado aquel momento para sentir su desfallecimiento. La sangre le cubre los ojos y la limpia con entrambas manos para mirar á su enemigo, haciendo ademan de querer hablarle.

—No deshonres á Tecuixpa, le dice Cacumatzin con una sonrisa de despreciativa lástima, pidiendo una vida que el cielo te concede perder con gloria.

Y arrancando á uno de los soldados mejicanos una espada que habia quitado al cadáver de un español, se la alargó á Velazquez diciéndole:

—¡Defiéndete!

—Es inútil, responde con voz apagada el héroe: el valor no me abandona pero me huye presurosa la vida, acaba de arrancármela; mas despues....

Su voz se apagó, vacilaron sus rodillas, se oscureció su vista.... esforzándose, empero, mientras Cacumatzin levantaba el sable, con repugnante gesto de impaciencia, feroz contra la muerte que iba á arrebatarle su presa, díjole con desmayado acento:

—Descarga el golpe, pero que sea pronto: no pierdas unos momentos preciosos: los hijos de Motezuma, los hermanos de Tecuixpa, reclaman tu defensa. Yo les he servido de escudo con mi cuerpo.... pero me he visto cercado por los tuyos y los príncipes quedaron en poder de una soldadesca desenfrenada. Sus mismos vasallos tal vez los hieran sin conocerlos.... en la confusion, en el furor de la carnicería, no se oye mas que el grito de la venganza. Hácia aquel lado los he visto en medio de un tropel de hombres feroces, que parecian ávidos de sangre. ¡Descarga el golpe y vuela á salvarlos!

—¡Te comprendo! dice con insultante sonrisa el Tezcucano: ¿pretendes conmoverme fingiéndote defensor de los hijos del desventurado rey que habeis asesinado despues de envilecerlo?.... ¡No, pérfido; no, traidor! moriras, aunque no mancharé mis manos con la sangre de un hombre que se finge moribundo. ¡Ola! vosotros los que no os avergonzabais de

no poder matar á un solo hombre, que no tenia mas arma que un pedazo de madera... ya no puede defenderse: yo os lo entrego.

Apenas le oyeron los rabiosos soldados se abalanzaron á la víctima, como alanos al jabalí rendido.

—¡Detenlos! gritó Velazquez: óyeme antes, Gacumatzin: te lo pido por las cenizas de tu madre.

—¡Es un cobarde! murmuró el Tezcucano: ¡matadle al punto! ¿qué tardais, villanos?

—Salva á los hijos de Motezuma, gritó Velazquez cayendo al mismo tiempo desfallecido. Nó miento; no quiero la vida ni puedes dármela tú; mas dame esa promesa... ¡sálvalos!... si por ellos no, por mí. Ese precio pongo á la vida que te conservé. Emplea ese sable... que te he dado... en... salvarlos...

Cerráronse sus ojos al tiempo mismo que se estinguió su voz; pero los bárbaros conocen que aun respira, y se arrojan sobre el postrado cuerpo con ahullidos de hiena.

Lánzase como un rayo Gacumatzin y derriba al primero que se ha atrevido á levantar una mano sacrílega sobre aquella cabeza, que cuasi es ya despojo de la muerte.

—¡Atras jaguares! (1) atrás luilones! (2) ¡desgraciado el que toque á ese cuerpo!

Se inclinó sobre el moribundo doblando una ro-

---

(1) El jaguar, segun creemos haberlo dicho ya, es una fiera de la América la mas carnívora que se conocia en aquellos paises antes de la conquista.

(2) *Luilones* ya hemos dicho que equivalia á *villanos canallas*.

dilla en tierra, y procuró asegurarse de que aun vivia.

—¡Era él! decia mientras tanto. ¡Era él, no hay duda! ¡recuerdo en este intante su voz!...

Levantóse con resolucion, y dijo con acento y ademan imperioso:

—Hácia aquel lado, en aquel tropel que veís de hombres que se destrozan los unos á los otros; están vivos ó muertos los hijos de Motezuma. Corred, y vivos ó muertos sacadlos del campo de batalla.

Apenas dada esta órden inclinóse hasta el suelo; asió entre sus robustos brazos el cuerpo de su rival, y echándoselo al hombro, como si fuera un niño recien nacido, á pesar del peso de la armadura, echó á andar en direccion á la ciudad, sosteniendo con el brazo izquierdo el cuerpo que conducia y abriéndose paso con el otro á favor de repetidos sablazos.

—Mirad al que nos llama jaguares, decian los soldados. Se lleva al muerto para comerse él solo su corazon.

—No, decian otros, lo lleva al altar de Huitzilopchtli: habia jurado que seria presentada por su mano la primera cabeza española que fuese cortada por mano mejicana.

—Ese cuerpo nos pertenecia: decian les primeros.

—¡Dejádselo! respondian los otros: ¡hartos tendremos mañana! ¡El lago estará muchas horas vomitando muertos, pues bastantes ha tragado esta noche!

El combate no se enfriaba, mientras pasaban estas y otras escenas á algunos pasos de distancia del lugar en que se verificaban las mas tumultuosas y sangrientas.

Cortés y otros capitanes y soldados, que á favor de la confusion habian podido pasar por sobre un puente de cadáveres y ganar la tierra firme, volvieron

despues ordenadamente á favorecer la retirada de sus compañeros, animándolos con su voz. Algunos lograron reunírsele; pero la mayor parte de los que lo intententaron hallaron su sepulcro en las aguas.

Mientras tanto seguia Cacumatzin andando con su carga á paso redoblado y sin tomar descanso. Encontrábase á cada paso con tropas mejicanas que acudian al puente y les gritaba:

—Yo soy Cacumatzin; volad á ayudar á los compañeros que combaten en el lago.

Y los mejicanos repetian:

—Es Cacumatzin que se ha libertado, y lo que lleva á cuestas es un cadáver de español que sin duda vá á ofrecer á los dioses. Volemos á ayudar á los compañeros que combaten en el lago.—Y seguian su camino.



CAPITULO XI.

Fin de la noche triste.

La noche no era triste únicamente para los actores en aquellas terribles escenas de matanza: el calor del combate, las emociones del peligro, el entusiasmo por la patria, el ódio y la venganza agitaban sobradamente las almas de los que combatian para que les fuese posible esperimentar el miedo de la muerte, ni los sentimientos tiernos y dolorosos que se reservan en casos tales para los seres pasivos, cuyos combates pasan todos en el corazon.

Mas dignas de piedad que los que hallaron una muerte gloriosa entre los horrores de aquella noche memorable, eran sin duda las infelices mujeres que, soportando en el silencio y en la inaccion choques mas destructores que los de las armas, contaban en la agonía de la ansiedad las largas horas de la noche, ignorando si la que acababa de pasar las habia arrebatado para siempre un hijo, un padre ó un esposo.

Dentro de los marmóreos muros del palacio imperial, dos de estos seres infelices padecian tormentos cien veces mas atroces que cuantos pudiera inventar el ódio para martirio del enemigo mas cruel,

¡Dichosa Miazochil, que llorando sobre la cabeza de su hijo la reciente pérdida de un esposo, debia á aquel inmenso dolor la triste ventaja de ser insensible en cierto modo al resto del universo! Para ella no habia en aquellos momentos ni patria, ni parientes, ni amigos: no habia mas que un sepulcro y un hijo: un recuerdo y una esperanza: un dolor y un deber. A ellos se entregaba esclusivamente sepultada en lo mas interior de sus aposentos, mientras que Gualcazinla y Tecuixpa, reunidas por sus respectivos pesares, vertian una en el seno de la otra la amargura que en vano hubieran intentado reprimir.

¡Ay! ¿cuál de ellas padecia mas y era mas digna de lástima? Difícil fuera decidirlo. La una es esposa; la otra es amante. Aquellas tristes húerfanas, que aun no han tenido tiempo para convencerse de que han perdido á un padre querido, miran ya delante de sí la viudez y la desgracia. La esposa tierna aprieta entre sus brazos al hijo adorado, que acaso en aquel instante queda como ella húerfano sobre la tierra. La vírgen enamorada, cuya felicidad no ha sido todavía sino esperanza, pregunta al cielo si es un sepulcro el tálamo nupcial en que debe buscar á su amante, y la realizacion de sus brillantes sueños. Y ambas tienen tambien entre los mismos peligros que á aquellos objetos de su eleccion, á tres hermanos tiernos; á los amigos que les dió la naturaleza, á los compañeros con quienes las han unido los vínculos de la sangre.

Si los dolores de la esposa son mas profundos; si la agonía que sufre por el padre de su hijo lleva consigo un carácter mas solemne; son al menos mas legítimas sus penas, mas acordes sus sentimientos. Sufre, pero no combate. Tecuixpa se encuentra en una

posicion mas violenta. ¡De un lado la patria, tres hermanos queridos, el esposo de una hermana idolatrada, mil deudos, mil amigos, mil intereses poderosos! ¡del otro Velazquez! ¡Velazquez, que es su vida, su felicidad, su Dios! ¡Velazquez, á quien adora, y á quien acaso está condenada á ver despedazar por manos impias sobre las aras sangrientas de sus cruentos ídolos!

¡No hay otra alternativa! si los españoles triunfan, la esclavitud del imperio será firmada con la sangre de sus príncipes; ¡de sus príncipes, que son los hermanos, los deudos y los amigos de Tecuixpa! ¡si los españoles son vencidos, no habrá para ellos clemencia, no habrá para Tecuixpa esperanza. Será un crímen á los ojos de los vencedores aun el llanto que derrame sobre la mas noble de sus víctimas!

¿Qué votos formará aquel corazon combatido entre los mas santos afectos y la pasion mas poderosa?... ¿Qué deseo se atreverá á espresar ó á acojer siquiera? ¡Oh! no lo sabe la desventurada. Nada dice, nada piensa, pero siente una lucha interior que la despedaza: siente un dolor tempestuoso y terrible. No tiene lágrimas, no tiene palabras; discurre como loca: tan pronto se prosterna delante de una estampa de la Vírgen, que le ha regalado en dias mas dichosos su idolatrado amante; tan pronto invoca con fervor á los dioses de sus padres, sin acertar á proferir la súplica que les dirige.

A veces aprieta á su hermana contra su seno agitado, y bebe sus lágrimas amargas cual si necesitase contagiarse con nuevos dolores, y abrevarse de tantos tormentos que le fuese imposible soportarlos: á veces se desprende con espanto de los brazos de Gualcazinla, y huye de ella como si la cobrase hor-

ror: en aquellos momentos se le viene al pensamiento que su hermana forma votos contra aquella vida, por la cual inmolaria ella cien veces la suya : se le ocurre que la esposa de Guatimozin solo vé en Velazquez á un español, á un enemigo.

Pero aun en el colmo de la propia desgracia no puede ser insensible Gualcazinla á los pesares de aquella hermana, que es la mitad de su alma.

—Ven, Tecuixpa, la dice; ven y lloremos juntas: que juntas suban al cielo nuestras súplicas demandando consuelo. ¡Vele un espíritu benigno por todos aquellos que sean amados y que sepan amar!

Tecuixpa se arroja entonces á sus pies.

—Eres hermosa y buena como la madre del Dios de Velazquez, la dice: tu hermana es una criatura frágil y atormentada, que no ha servido todavía sino para hacerte padecer; pero tú eres la felicidad de cuantos te quieren. Los dioses te conservarán al esposo de tu corazon y tendrás todavía otros muchos hijos, tan hermosos como tú, que se colgarán de tu cuello y besarán tu seno fecundo, llamándote madre. Pero yo seré la flor que se seca antes de dar el fruto; cuyas hojas esparcidas pisaron los amantes felices, sin conocer que tambien en ellas hubo vida y color.

Déjame á mí sola las lágrimas y á mí solo los dolores; sé tú feliz, porque eres esposa y madre, y las esposas y las madres son queridas de los dioses!

—¡Ay de mí! responde Gualcazinla. ¡Dichosa la mujer que baja á la sepultura con su corona de vírgen! Con dolores echa al mundo sus hijos la esposa del hombre, y los hijos salen llorando como si entrasen con pesar en esta vida oscura, cuyo camino está lleno de asperezas y precipicios. ¡Dichosos los que

no bajan nunca del mundo de los espíritus para habitar en el seno de la mujer; porque el seno de la mujer es contagioso, y no se sale de él sin llevar el germen de los dolores! El amor arrebató el alma de Uchelit á las moradas de la luz eterna y la hizo descender á mi seno: ¿pero qué será de mí y de mi hijo si Guatimozin deja de existir? El amor se irá con él, y el alma de Uchelit querrá volverse al cielo en pos de su padre; porque el amor solamente lo trajo á la tierra, y el seno de las viudas es una hoguera apagada y un manantial exahusto.

Tu no entiendes estas cosas, Tecuixpa. ¡Dichosas las que bajan á su sepultura con su corona de virgen!

Tecuixpa ocultó el rostro sobre las rodillas de su hermana y murmuró con acento patético:

—¡El amor nunca se vá! ¡Felices las que llevaron en su seno el fruto del fuego de su esposo, y que cuando le siguen á la sepultura, dejan sobre la tierra los monumentos de su ventura!

En aquel instante se siente algun ruido en los patios de palacio. Las pincesas quedan inmóviles prestando atencion, y perciben rumores de alarma entre los centinelas; pero cesan bien pronto cuando una voz varonil y clara, que ningun mejicano desconoce, hace oir estas palabras.

—Soy Cacumatzin, príncipe de Tezcuco, y quiero ver á la princesa Tecuixpa.

—¡Es Cacumatzin! gritan á la vez las dos hermanas. ¡Han vencido pues! añade Gualcazinla levantando al cielo las manos, con una mirada inefable de regocijo y gratitud.

—¡Han vencido! repite Tecuixpa sobrecojida de un temblor general. Pero la desesperacion le presta valor y se precipita al encuentro del Tezcucano.

Antes de que haya franqueado el umbral del aposento, las mujeres de su servicio se presentan anunciando al guerrero, y casi al instante mismo entra Cacumatzin con su carga.

Retrocede la vírgen espantada y arroja un grito Gualcuzinla, á la vista de aquel cadáver, cuya cabeza pendiente sobre la espalda de Cacumatzin, vá manchando de sangre el pavimento.

—Sosiégate, Gualcazinla, dice el príncipe. Tu marido está libre, combate con gloria, y yo volveré ahora mismo para combatir á su lado. Tú, Tecuixpa, recibe de mis manos á tu amante. Vive todavía y acaso podrás salvarle.

Puso el sangriento cuerpo en brazos de la princesa, que lo estrechó á su pecho lanzando un grito capáz de conmover los marmóreos muros de aquel palacio, y añadió con voz menos segura.

—Si tu amor lo reanima, dile que Cacumatzin, cuya vida ha defendido, velará por la suya, y le proclamará su hermano y esposo tuyo, dándole tierras y señoríos en sus dominios hereditarios. Si muere, dile que su cuerpo será honrado cual si fuese el de mi mismo padre, y que sobre su sepultura juraré solemnemente no tocar jamás á la mujer que le fué querida. Adios, hija de Motezuma, acaso tambien será esta mi última noche: si así fuere, si somos vencidos, si la patria sucumbe.... dile, ¡oh Tecuixpa! que no lleve al sepulcro el peso del beneficio odioso de un enemigo: que le he pagado lo que me dió y que muero aborreciéndole.

Al concluir estas últimas palabras salió presuroso del aposento, y plantándose en la calle antes que las princesas hubiesen vuelto de su primera sorpresa, echó á correr con la ligereza de un gamo en direc-

cion al teatro sangriento que habia dejado poco antes.

Sin avistarle todavia llegaron á sus oidos los gritos de victoria que lanzaban los mejicanos.

En efecto, la mayor parte de los españoles habian perecido, y los pocos que lograron escapar con Cortés á favor de la misma confusion, eran perseguidos por un grueso trozo de los ejércitos mejicanos. Los correos despachados por Quetlahuaca salian ya presurosos á todas las poblaciones del imperio que se hallaban hácia el camino que seguian los fugitivos, con órden de que en ninguna se les concediera asilo, y que se les persiguiese hasta esterminarlos.

El sol empezaba á disipar con sus primeros rayos las densas sombras de aquella noche de horror, cuando Cacumatzin se reunió á sus compañeros; cuya alegria fué bien presto turbada por el espectáculo que la luz del dia alumbró delante de sus ojos.

¡Ay! ¡si en aquel campo de matanza contemplaron con feroz placer montones de cadáveres enemigos, tambien encontraron los restos lastimosos de mil objetos queridos! Allí dormian su sueño eterno, en un lecho de sangre, el anciano rey de Tacuba, los tres hijos del desgraciado Motezuma, el soberbio señor de Matalcingo, y Huasco, el valiente Huasco, el ilustre príncipe de Cuyoacan, el amigo de Guatimozin, el amante adorado de su hermana! Huasco tambien habia abandonado el mundo, que solo habitó veinte y seis años; y cerca de él yacian mutilados los cuerpos de otros muchos guerreros, gloria de la juventud mejicana.

Todo aquel dia de triunfo fué destinado por los vencedores al triste deber de sepultar á los amigos que habian sucumbido, y nadie pensó en celebrar

una victoria que privaba á la patria de muchos de sus mas gloriosos defensores.

Entre los varios atahudes que eran conducidos con pompa al triste *Micòatl*, (1) distante siete ú ocho leguas al N. E. de Méjico, iba uno que se vió salir con gran misterio del palacio imperial.

El cadáver que contenia estaba cubierto por un tupido velo, y los mejicanos que asistian á la solemnidad funeral hacian diversas suposiciones sobre el nombre de aquella víctima.

—Es la esposa de Motezuma, decia uno, que sin duda ha ido á buscar á su esposo al mundo de los espíritus.

—Es el último hijo del muerto emperador, pensaba otro, que no ha querido quedar solo sobre la tierra que abandonaron sus hermanos.

—¡Mirad! esclamaba un tercero: ¿no veis junto al lecho fúnebre de aquel muerto misterioso al soberbio Gacumatzin? Su rostro revela una interna agitacion, que no puede nacer sino del remordimiento El cadáver que traen en esas andas algunos nobles de sus dominios, no puede ser otro que el de su hermano Cuicuitzcat. Motezuma le dió la corona de Tez

---

(1) Micoátl, que quiere decir, segun Clavijero, *camino de los muertos*; pero mas exactamente á nuestro entender *campo de la muerte*, era un llano de bastante estension que servia de cementerio general á los mejicanos. Escepto los emperadores, cuyas cenizas, segun indicios, se conservaban en los templos, todos los muertos eran sepultados en aquel campo, donde se veian innumerables sepulcros en forma de pirámides, y dos Teocalis consagrados al sol y á la luna.

cuco, cuando despojó de ella á Cacumatzin, y el desposeido, al recobrar su libertad, ha dado la muerte al nuevo poseedor.

—Ha hecho bien, decia un jóven: Cuicuitzcat era un cobarde que amaba á los españoles, y que no ha querido armarse contra ellos.

—Era un *luilon*, añadian varios, que incapaz de resoluciones nobles, ha andado escondido en estos dias, no atreviéndose ni á defender su patria ni á declararse por los estranjeros, á cuyos ruegos debió la corona que le ciñó el flaco Motezuma.

—Los tezcucanos lo despreciábamos, dijo en seguida un anciano que se gloriaba de haber sido favorito de Nezahualpili, padre de los dos hermanos objetos de la conversacion.

Aun continuaba esta sobre el mismo tema, cuando llegó el fúnebre convoy al sitio de las exequias.

Colocadas por su órden las varias andas en que habian sido conducidos los muertos, apiñáronse en torno de cada una los respectivos dolientes. Solo el misterioso atahud se veia poco acompañado; mas en cambio tenia el honor de que hiciesen el duelo Cacumatzin y algunos de sus más ilustres vasallos, lo cual hacia inferir generalmente que fuese el difunto algun miembro de su poderosa familia.

Pronto se salió de la duda: el príncipe de Tezcuco, notando que todas las miradas se dirigian hácia el encubierto cadáver, se adelantó algunos pasos haciendo un ademan que reclamaba atencion, y arrancando el velo que cubria al difunto dejó ver á la sorprendida multitud el cuerpo de un guerrero español. Siguió al primer movimiento de sorpresa otro de indignacion, y aun se oyeron algunas voces pronunciar

distintamente palabras de amenaza contra el que se atrevia á colocar entre los muertos ilustres los restos aborrecidos de un enemigo; pero Cacumatzin enarboló su sable é impuso silencio con un gesto imperioso.

—Este que veis aquí, dijo con voz tan clara y vigorosa que resonó de un estremo al otro del campo, es Velazquez de Leon, capitan castellano, y uno de nuestros mas valientes y temibles enemigos.

Yo lo he buscado en el calor del combate, y ávido de su sangre hubiera dado por ella la mitad de la mia; porque el odio de mi corazon perseguia mucho tiempo há á este estranjero impio. Mas los dioses habian determinado que aquel cuya vida detestaba, fuese el salvador de mi vida. Sí, mejicanos, encadenado y perseguido por multitud de enemigos, iba á recibir la muerte de manos villanas y cobardes, que no respetaban á un guerrero indefenso; cuando este hombre, que ya no es mas que tierra, me salvó y me dió esta arma que debia abrirme camino hasta reunirme á mis compatriotas. Gracias á su generosidad, conserva Tezcuco su legítimo príncipe; pero, mas dichoso mi salvador, halló una gloriosa muerte defendiendo heróicamente, contra vosotros mismos, á los hijos del desventurado Motezuma.

¿Quién negará una tumba en el suelo mejicano al que lo regó con su sangre, vertida en defensa de sus príncipes? ¿Quién se atreverá á separar de las inocentes é ilustres víctimas al guerrero que las escudára, y cuyo cadáver fué preciso pisar para llegar á ellas? Solamente alguno de los que dispararon las piedras contra la sagrada cabeza del emperador, alguno de los que se mancharon en la sangre de sus hijos, seria bastante infame para levan-

tar la voz contra este muerto, que no pide mas que siete pies de tierra para dormir en paz su último sueño.

Si tal hombre se encuentra entre los que me escuchan, salga al punto y responda; pues yo, Cacumatzin, hijo de Nezahualpili, príncipe de Tezcuco, primer elector y consejero del imperio, yo le reto por regicida y cobarde, y le proclamo vil á la faz de los cielos y de la tierra! ¡salga al punto y responda, cualquiera que sea, pues esta arma que el guerrero español puso en mi mano, sabrá conquistarle un sepulcro; aun cuando para estorbarlo se uniesen todos los ingratos y todos los cobardes que abundan en el mundo!

Al concluir estas palabras blandió el acero con ademan soberbio y provocativo, volviendo la vista á un lado y á otro como si buscase opositores; pero nadie se presentó en calidad de tal: nadie tomó la voz para combatir su generoso intento, y Guatimozin, que al estremo opuesto del campo custodiaba los cadáveres de su padre y de los hijos de Motezuma, se adelantó presuroso hasta tocar con su mano derecha la de su primo, que empuñaba el sable de Velazquez.

—¡Cacumatzin! esclamó con emocion: el príncipe de Tacuba se encargaria de vengarte si en tal empeño perdieses la vida, y el cadáver del castellano no quedaria insepulto, mientras hubiese en el imperio un solo hombre de corazon noble.

Muchas voces se alzaron entonces victoreando á los dos príncipes, y Guatimozin dijo con no menor espresion pero con voz mas baja.

—Mas que por todas tus hazañas, te has ilustrado con esta accion generosa, hijo de Nezahualpili, y

si la corona imperial no estuviese ya en las sienes del ilustre Quetlahuaca, yo retaria al primero que osase negar que tu eres el mas digno de llevarla.

Estas palabras, proferidas con aquel acento que revela una emocion profunda, agitaron dulcemente el alma del fogoso Tezcucano. Apretó la mano de su primo, y venciendo en aquel instante su justicia y su generosidad á su ambicion y á su orgullo, respondió:

—Y yo seria en eso caso tu adversario, príncipe de Tacuba, pues á ningun hombre reconoceré jamás por mas digno que tú.

Comenzóse al instante mismo la ceremonia de las exequias (1), y cada uno de los dolientes ocupó su respectivo puesto.

---

(1) Las ceremonias de las exequias se limitaban á depositar los parientes algunas joyas y el retrato del difunto en el sepulcro que le estaba destinado. En seguida los Teopixques llevaban el cadáver á la pira, que era de maderas odoríferas, y lo quemaban con muchas aromas. Recojian las cenizas en una copa de plata ó de oro y la colocaban en la tumba, que cerraban despues al compás de un canto fúnebre, en el cual imploraban al sol y á la luna, para que alumbrasen siempre con serena luz el solitario campo de los muertos. Tambien se enterraban algunas veces, en los últimos tiempos del imperio, cadáveres enteros, que colocaban sentados cubiertos de sus mejores galas; pero era mas general la costumbre de quemarlos.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

